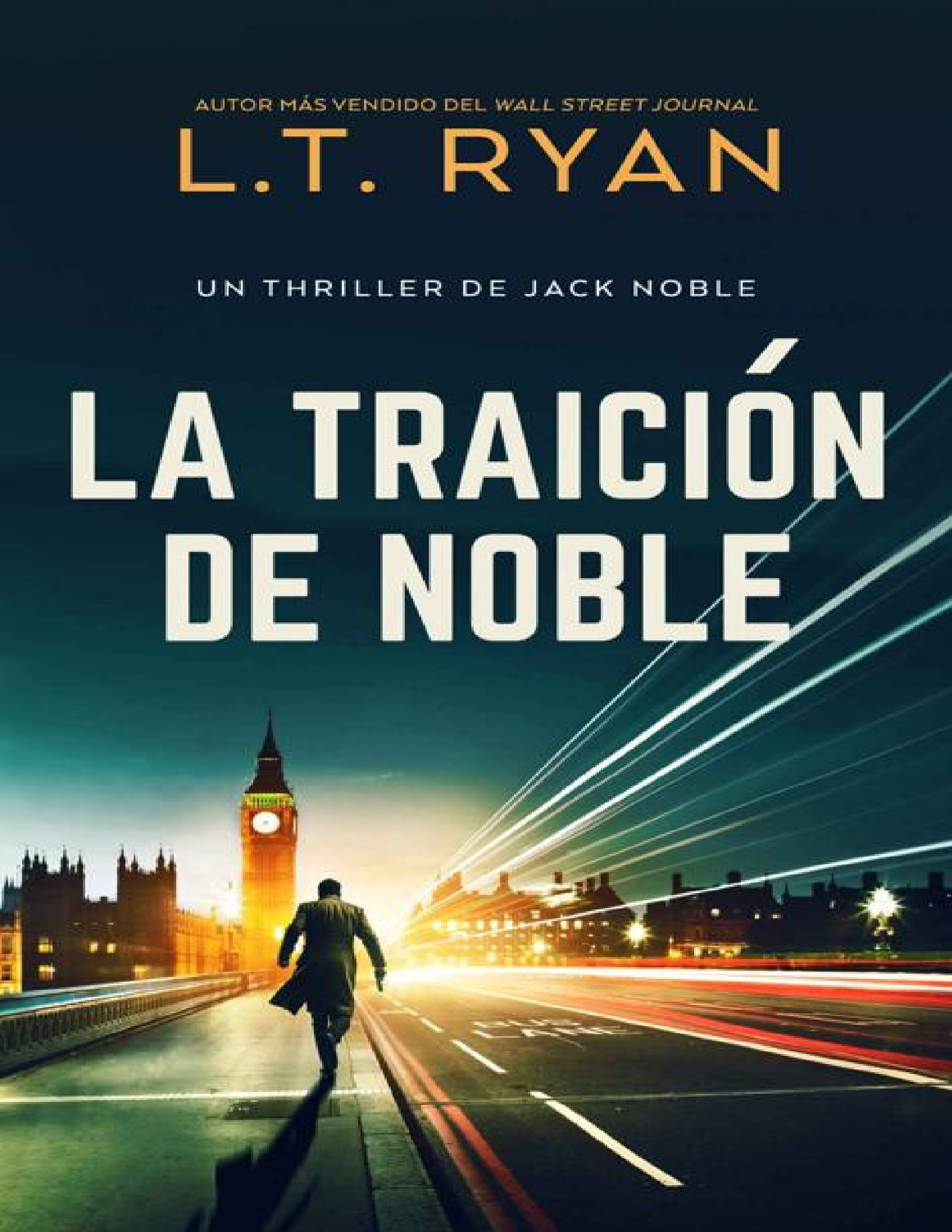
AUTOR MÁS VENDIDO DEL *WALL STREET JOURNAL*

L.T. RYAN

UN THRILLER DE JACK NOBLE

LA TRAICIÓN DE NOBLE



LA TRAICIÓN DE NOBLE

UN THRILLER DE JACK NOBLE

LIBRO 7

L.T. RYAN



LIQUID MIND MEDIA

Copyright © 2013, 2025 por L.T. Ryan. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede copiarse ni reproducirse en ningún formato, por ningún medio, electrónico o de otro tipo, sin el consentimiento previo del propietario de los derechos de autor y del editor de este libro. Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o utilizados de manera ficticia. Para más información contactar:

contact@ltryan.com

http://LTRyan.com

https://www.facebook.com/JackNobleBooks

ÍNDICE

The Jack Noble Series
Episodio 11

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Episodio 12
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Episodio 13
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 40
Episodio 14
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Episodio 15
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72

Nunca Vuelvas a Casa: Capítulo 1
Nunca Vuelvas a Casa: Capítulo 2
Also by L.T. Ryan
Acerca del Autor

THE JACK NOBLE SERIES

El Recluta
El Primer Engaño (Precuela)
Los Comienzos de Noble (Jack Noble #1)
Distancia Mortal (Jack Noble #2)
Línea Borrosa (Jack Noble #3)
Las intenciones de Nobel (Jack Noble #4)
Muerte en Grecia (Jack Noble #5)
Las Retribuciones de Noble (Jack Noble #6)
La Traición de Noble (Jack Noble #7)
Nunca Vuelvas a Casa (Jack Noble #8)
El Juicio de Noble (Jack Noble #9)
Nunca Ruegues por Misericordia (Jack Noble #10)
Fecha Final (Jack Noble #11)
Fin del Juego (Jack Noble #12)
El Ultimatum de Noble (Jack Noble #13)
La Leyenda de Noble (Jack Noble #14)
La Venganza de Noble (Jack Noble #15)

Reciba una copia gratuita de El Recluta. Visita:
https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

EPISODIO 11

CAPÍTULO 1

Jack Noble estaba de pie en el estrecho pasillo del 777 de British Airways. Tosió en su mano para aclararse la garganta del sabor del aire reciclado. Le dolían las articulaciones y tenía los músculos tensos y doloridos. Las plazas de primera clase estaban agotadas, por lo que tuvo que conformarse con un asiento en clase turista. Pensó que fue debido a reservar su vuelo en el último minuto posible.

Levantó la mano y agarró una bolsa del techo para una mujer mayor. Su hombro sonó cuando bajó el bolso y se lo entregó. Ella sonrió y le dio las gracias. Él asintió, se volvió y se unió a la multitud que avanzaba hacia la parte delantera del avión. Por primera vez, no le importó la espera ni la multitud de gente. Tenía tiempo. Decidió seguir la corriente y seguir siendo parte de la multitud. Tuvo una sensación de certeza en un momento en el que no estaba seguro de lo que encontraría al llegar a la puerta.

Entonces, después de salir del avión y entrar en un pasillo más amplio, se encontró rodeado por todos lados por otros viajeros. Estaba hombro con hombro con las dos personas con las que había compartido el vuelo. Jack creyó recordar al tipo que se presentó como Kyle. Era británico, calvo y gordo, olía como si no se hubiera duchado en más de cuarenta y ocho horas. La mujer, en cambio, era joven y linda y olía agradablemente. Se había presentado como Hannah. Ella era de Virginia Occidental y estaba de regreso en Londres, donde asistía a la universidad y trabajó como niñera. Llevaba demasiado maquillaje, como Jack creía que hacían la mayoría de las mujeres jóvenes. El hecho fue evidenciado por la mancha de delineador de ojos que se extendía desde el rabillo del ojo hasta el lóbulo de la oreja. Una víctima de las tres horas que había pasado acurrucada en su asiento, dormida y acercándose demasiado a Jack. Lo evidencia la mancha de delineador de ojos en su hombro.

Menos mal que no conoceré a una mujer.

Había pasado las últimas siete horas aplastado entre el hombre y la mujer. ¿Qué son unos minutos más?, pensó. Sólo habló con el chico el tiempo suficiente para saber que no le importaba volver a verlo nunca más. No es que lo fuera a hacer. Y la mujer había sido lo suficientemente agradable y linda como para que a él no le importara volver a toparse con ella. Aunque sabía que tampoco lo haría.

¿Quién se topa con compañeros de vuelo por segunda vez?

La manada de pasajeros se detuvo abruptamente como cientos de hojas caídas a la deriva en el agua donde se obstruye el arroyo. Más adelante, la gente se empujaba por una posición mientras el grupo se fusionaba en una sola fila por necesidad. Con dos o tres metros de ancho y hombro con hombro, no podían atravesar la salida del pasillo o la entrada a la puerta, según el punto de vista de cada uno. Para Jack, la apertura significó el paso a una terminal del aeropuerto de Heathrow, por la que había pasado al menos una docena de veces utilizando el mismo número

de alias.

Hoy, sin embargo, sería la primera vez que Jack Noble caminara oficialmente por el aeropuerto internacional de Londres.

Una a una, la gente pasó por la estrecha abertura y la fila se hizo más corta. Jack respiró profundamente, permaneció tranquilo y relajado. La joven se había ubicado en la fila frente a él. Se cruzó de brazos y golpeó el suelo con el talón derecho varias veces.

—Relájate—, dijo Jack. —Terminaremos en un par de minutos.

Ella volvió la cabeza, asintió y sonrió. La fila avanzó y ella la siguió. Jack también.

Finalmente, escaparon del pasillo. Jack se encontró con una ráfaga de aire reciclado y desinfectado que salía de un ventilador situado encima. Momentos después, el olor dio paso a una ráfaga de mal olor cuando el hombre mayor detrás de él extendió la mano y colocó su mano firmemente sobre el hombro de Jack.

—Es bueno estar en casa, ¿no? — dijo el tipo que podría llamarse Kyle mientras se inclinaba cerca de la oreja derecha de Jack.

El primer instinto de Jack fue darle un codazo al plexo solar del tipo. En cambio, se liberó del agarre del hombre, giró la cabeza hacia la derecha y asintió una vez sin establecer contacto visual.

El hombre empujó hacia adelante, chocó con Jack y continuó hablando. Jack no estaba seguro de lo que dijo. Había desconectado al hombre mientras escaneaba la terminal en un esfuerzo por orientarse y aislar cualquier amenaza potencial. No fue difícil de hacer. Todo lo que tenía que hacer era detectar la ola de gente. La fila que venía hacia él tenía quizás dos o tres personas de ancho. Pero la que fluía tenía siete de ancho en su parte más estrecha. El camino hacia la salida supuso. Así que salió del pasillo y se unió a ellos. Uno más entre ellos.

No siempre era lo más fácil para Jack.

Cuando se presentó la oportunidad, Jack se liberó del grupo. Escuchó al hombre llamarlo desde atrás y lo ignoró. Quería poner la mayor distancia posible entre él y el chico. Jack sabía que habría otro atasco en la aduana. No importaba qué tan lejos se adelantara, sería devuelto al grupo tan pronto como el arroyo volviera a circular.

Aunque intentara salir adelante sin nada que declarar, lo detendrían. Siempre lo hacían. No recordaba ningún momento en el que no lo hubieran detenido. Incluso cuando tenía doce años, cuando viajaba con su hermano Sean y sus padres, lo habían detenido.

Hoy fue especial porque sería la primera vez en más de una década que entregaría un pasaporte con el nombre de Jack Noble.

La idea ya le provocó un nudo en el estómago.

¿Frank Skinner había cumplido su palabra? ¿El director del SIS borraría el nombre de Jack de todas las bases de datos conocidas por el hombre? ¿Al menos las conocidas por mundo libre?

Hace unas semanas, Jack Noble era un fantasma. Se creía muerto después de una estadía breve en el Delfín Negro, la tristemente célebre prisión de máxima seguridad de Rusia. Luego, Jack fue transportado a Grecia, donde se refugió en la isla de Creta. Los hombres de Ivanov tardaron seis meses en encontrarlo. Cuando lo hicieron, Frank tomó la decisión de traer a Jack de regreso a los EE. UU. Sin embargo, no todo fue para el beneficio de Jack. Frank necesitaba que le hicieran un trabajo y Jack lo hizo. ¿Realmente tenía otra opción? Resultó que valió la pena. Tenía su libertad y una conciencia semi clara.

La línea que se movía lentamente lo puso en una especie de trance. No se dio cuenta de que había llegado al mostrador hasta que el hombre habló.

—Pasaporte, señor.

Jack no necesitaba mirar directamente al hombre del fino bigote marrón para saber que lo estaba evaluando. Siempre lo hacían. ¿Podría culparlos? Con un metro ochenta y dos y poco más de noventa kilos, Jack llamaba la atención. Los agentes de policía y agentes de aduanas siempre lo vigilaban un poco más de cerca que a otros viajeros. No es que encajara en un perfil per se. Tenía el aspecto de un hombre que sabía cómo manejarse y podría tener motivos ocultos. Si lo hacía o no, no importaba.

El agente de aduanas silbó una melodía básica mientras esperaba que su computadora le devolviera información. El compañero del tipo rebuscó en el equipaje de mano de Jack. Aunque Jack sabía que el agente no encontraría nada, se sentía nervioso. ¿Y si por error hubiera colocado o dejado un pasaporte falso en el bolso? *Imposible*, pensó. Nunca había usado esta bolsa y sus pasaportes falsos estaban esparcidos entre una docena de cajas de seguridad en ocho países diferentes.

—¿Qué asuntos tiene usted en Londres, señor Noble?

—Visitando a mi prima—, dijo Jack.

El agente enarcó una ceja y le indicó a Jack que continuara.

Jack no lo hizo. Sabía que todo lo que tenía para dar era una respuesta sencilla. Decir más lo abriría a más preguntas. Si el chico necesitara más, lo pediría.

—Muy bien—, dijo el agente. Le entregó a Jack su pasaporte mientras el otro agente colocaba el bolso de Jack frente a él. Ambos hombres miraron hacia la siguiente persona en la fila, aparentemente olvidándose por completo del hombre llamado Jack Noble.

Lo cual estaba bien para él. Agarró su bolso, cerró la cremallera y se lo echó al hombro. Se reunió con la multitud que se dirigía hacia la puerta de llegadas. Una vez más, se encontró muy cerca de Hannah y del tipo que podría llamarse Kyle. Jack cometió el error de hacer contacto visual con el chico. Se giró cuando el hombre levantó la mano para saludar a Jack.

—Jack—, gritó el chico.

Jack hizo todo lo posible para evitar al hombre, abriéndose camino entre la multitud para llegar más adelante. La circunferencia de Kyle le impediría hacer lo mismo con algún tipo de eficiencia.

Jack llegó a la puerta de llegadas, escudriñó los rostros de la multitud que esperaba a sus seres queridos, socios comerciales o a la persona para la que habían sido contratados para recoger.

Nadie esperaba a Jack, que era lo que él esperaba. Estaba en Inglaterra para trabajar con profesionales. Ubicarse en el aeropuerto los vincularía con Jack si alguien cavara lo suficientemente profundo.

Y cuando traes a un hombre para asesinar a alguien, no quieres que te relacionen con ese hombre.

Jack continuó abriéndose camino entre la multitud, llegó a un punto donde la manada se había reducido lo suficiente como para poder caminar sin necesidad de girar el torso hacia un lado para pasar junto a alguien. Finalmente, se encontró parado afuera. Usó su mano para protegerse los ojos del sol mientras buscaba la fila de taxis. La encontró y encontró a Hannah parada cerca, frustrada y molesta. Tenía su bolso abierto y estaba rebuscando en él, sacudiendo la cabeza. Jack supuso que había perdido las llaves o la cartera.

Kyle estaba de pie junto a ella, con las llaves del auto en la mano y una leve sonrisa en el rostro. ¿Cómo había logrado ganarle a Jack afuera? Un viajero habitual, supuso Jack. El tipo conocía el aeropuerto de Heathrow como si conociera su propia casa.

Jack se acercó a Hannah y le dijo: —¿Todo bien?

Kyle dijo: —Está bien, señor Noble. Ella solo…

—Le pregunté a ella—, dijo Jack.

Hannah evitó su mirada. Su enojo era obvio. Tenía las orejas y las mejillas de un rojo brillante, los ojos entrecerrados y las fosas nasales dilatadas. —Perdí mi cartera. Todo mi dinero, mi tarjeta de crédito, incluso mi maldita tarjeta de la biblioteca, estaba todo ahí. Necesito estar en casa en unos treinta minutos. ¿Cómo se supone que voy a llegar allí ahora?

Kyle hizo girar las llaves alrededor de su dedo índice y silbó, como si Hannah fuera un perro. —Te dije que puedo llevarte.

Ella miró a Jack. La tensión en su rostro desapareció, sus ojos le suplicaron ayuda. A Jack no le había gustado el chico desde el momento en que se dejó caer en el asiento junto a Jack. Durante el vuelo sintió que Hannah tampoco se preocupaba mucho por él. Pero la expresión de su rostro indicaba algo más que disgusto, y Jack se preguntó si le tenía miedo al hombre.

—¿A dónde vas? — preguntó Jack.

—Kensington—, respondió Hannah.

—Yo también. Puedes acompañarme.

—Tonterías—, dijo Kyle. —Los llevaré a ambos. Tengo un coche aparcado justo enfrente...

—Cállate, Kyle—, dijo Jack. —Estoy harto de tus parloteos. Tienes cinco segundos para salir de mi vista.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Yo…? — El rostro de Kyle se enrojeció de vergüenza, se dio la vuelta y comenzó a caminar. Cada pocos pasos miraba a Jack, herido.

Jack pensó que debería sentir pena, pero no lo hizo. El hecho de que estuviera semiretirado no significaba que tuviera que ablandarse y empezar a tratar bien a todos.

—¿Lista para tomar ese taxi? — preguntó Jack.

—Oh, ¿hablas en serio? — dijo Hannah.

Jack miró de reojo a la joven.

—Lo siento—, dijo. “Pensé que solo estabas siendo amable. Ya sabes, deshacerte de él por mí.

—Lo estaba haciendo. Pero la oferta sigue en pie. No tiene sentido que te quedes varada aquí.

Se mordió el labio inferior mientras la mirada de sus ojos marrones recorría el cuerpo de Jack.

—Soy inofensivo—, dijo.

—Por alguna razón no lo creo. Pero no creo que intentes nada conmigo con un taxista presente.

Jack se rio. Le gustó la confianza de la chica y le dijo: —Te diré una cosa, Hannah. ¿Por qué no te doy dinero para un taxi?

Levantó los hombros en el aire unos centímetros y sacó el labio inferior. —Eso funcionaría, supongo.

La acompañó hasta un taxi que la esperaba, abrió la puerta trasera del pasajero y esperó a que Hannah entrara. Luego buscó en su bolsillo su billetera. Giró la cabeza hacia la izquierda mientras lo hacía, contemplando la larga fila de taxis y la gente haciendo cola, hombro con hombro. Entre el muro de rostros, un hombre se destacó. Era alto, vestía un traje oscuro y se mantenía a unos metros de la multitud. Sus ojos estaban fijos en los de Jack. Pasó un momento y los dos hombres se enfrentaron, separados por quince metros.

El hombre empezó a caminar hacia el taxi.

Jack metió la pierna dentro del vehículo abierto y dijo: —Deslízate.

—¿Qué? ¿Pensé que ibas a conseguir tu propio taxi?

—Cambio de planes—, dijo Jack mientras se sentaba en el asiento trasero, obligando a Hannah a deslizarse. Cerró la puerta de golpe y miró por encima del hombro derecho.

—¿Qué estás mirando? — preguntó Hannah. Ella se giró en su asiento.

—No tienes un exnovio loco que podría haberte estado esperando, ¿verdad?

Hannah se rio. —No.

Jack no creía que el hombre tuviera nada que ver con Hannah, pero sabía que era mejor estar seguro.

El hombre no había perdido el paso y ahora estaba a seis metros del taxi.

—Ve—, dijo Jack.

—¿Qué quieres que haga? — dijo el conductor. —Tenemos que esperar nuestro turno.

El hombre se detuvo a tres metros del taxi. Jack miró por encima del otro hombro y vio que un sedán negro se había detenido en medio de la carretera. El tipo del traje entró de un salto.

—Será demasiado tarde—, dijo Jack. —Vete. Ahora.

CAPÍTULO 2

El conductor agarró la palanca de cambios como si estuviera alcanzando el tirador de una máquina tragamonedas. Se lamió los labios, envolvió los dedos alrededor del mango y puso la transmisión en primera. El vehículo hizo un clic audible y dio una ligera sacudida al pasar por un punto muerto. El conductor se alejó de la acera y se metió en el carril siguiente, ayudado por el hecho de que el sedán detrás de ellos lo estaba bloqueando.

—Más rápido—, dijo Jack.

—¿Cuál es tu problema? — preguntó el conductor, mirando a Jack por el espejo retrovisor.

Jack se inclinó hacia adelante y colocó su antebrazo derecho sobre el hombro del asiento del pasajero. —Pon el pie en el acelerador o te echaré del taxi a patadas y lo haré yo mismo.

—Está bien—, gritó el conductor. Pisó el acelerador a fondo, haciendo que Jack cayera hacia atrás en su asiento. Logró meter el codo izquierdo, lejos de Hannah. Aun así, su hombro chocó con el de ella y ella dejó escapar un grito doloroso.

—Maldita sea—, dijo.

—Lo siento—. Jack miró fijamente por el espejo retrovisor, con los ojos fijos en el conductor que parecía demasiado asustado para mirar a Jack. Quizás el chico prefirió concentrar sus esfuerzos en la carretera. Jack supuso que era lo último considerando que el hombre iba aproximadamente a ciento diez kilómetros por hora en un área designada para cincuenta.

—¿Quieres decirme de qué se trató todo esto? — preguntó Hannah.

—No—. Jack se movió en su asiento y se reposicionó para poder mirar detrás del taxi. Vio el sedán negro a unos diez coches de distancia.

El conductor empezó a reducir el acelerador.

—No disminuyas la velocidad—, dijo Jack.

—¿Por qué no? — preguntó el conductor.

—¿Ves ese auto negro ahí atrás?

Los ojos del conductor pasaron de la carretera al espejo retrovisor. Su mirada se posó en Jack y luego pasó a su lado. —Sí, lo veo.

—No sé quién es, pero o te están buscando a ti o a mí. No sé qué clase de hombre eres, pero puedo decirte esto con seguridad. Si me persiguen, no querrás tener nada que ver con ellos. ¿Entiendo? Así que será mejor que hagas lo que digo cuando lo digo. Aumenta tu velocidad. Llévanos lo más lejos que puedas, luego, cuando estemos en un área con la que estés muy familiarizado, quiero que salgas de la autopista y comiences a abrirte camino por la ciudad. Evita el tráfico a toda costa.

—Esto es Londres. ¿Cómo se supone que voy a evitar el tráfico?

—No me importa cómo lo hagas, hombre. Descúbrelo o podríamos estar todos muertos.

—¿Qué tal si me detengo, salgo y te ofrezco?

—¿Eres realmente así de estúpido?

El conductor miró fijamente a Jack. El taxi aceleró y se alejó del sedán negro. No por mucho tiempo, pensó Jack. Pero mientras el otro coche se quedara atrás, el taxista debería poder perderlos si conocía bien la ciudad. Si no, lo único que Jack podía esperar era que los hombres estuvieran desarmados.

—¿Quién eres? — le preguntó Hannah.

Jack se encogió de hombros y le dijo: —Es complicado.

—¿A qué te refieres? Me parece una pregunta bastante sencilla.

—Mira, Hannah, no sé si esos tipos te vieron bien o no. Si lo hicieran, cuanto menos sepas sobre mí, mejor.

—¿Por qué?

—Porque... — Jack hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas. —Necesitas una negación plausible de tu parte en caso de que alguien te haga preguntas sobre mí.

Hannah entrecerró los ojos, sacudió la cabeza y miró hacia otro lado. Jack vislumbró la ira en sus ojos reflejada en la ventana.

Volvió su atención al vehículo que los seguía. El coche había acortado la distancia y ahora los adelantaba desde dos coches de distancia.

—Acelera—, dijo Jack.

—No puedo ir más rápido. Una multa más y me revocarán la licencia.

—Ese auto nos alcanza y es posible que te revoquen la vida.

Esto provocó una reacción de miedo por parte de Hannah, pero Jack la ignoró.

El vehículo que los seguía giró hacia la izquierda y aceleró. Jack maldijo en voz baja. Hannah se dejó caer en su asiento hasta que su cabeza estuvo debajo de la ventana. ¿Miedo o astucia callejera? En cuestión de segundos los dos coches estaban uno al lado del otro. Las ventanillas del otro vehículo estaban polarizadas. Jack no podía decir cuántas personas había dentro del auto. Sabía que había al menos dos, por lo que planeó un tercero.

Jack buscó dentro de su abrigo. Pero allí no había ningún arma. Ni siquiera una funda. No podía viajar con un arma. En años anteriores, se habría encontrado con alguien en el aeropuerto que le habría proporcionado al menos una pistola. En algunos casos pudo salir de una instalación gubernamental, lo que le permitía viajar con un arma escondida en el doble fondo de un bolso o maleta. Esta vez tendría que esperar hasta reunirse con alguien de la gente de Dottie. No tenía idea de cuándo ocurriría eso. Ciertamente, no a tiempo para lidiar con los hombres que lo seguían.

Durante unos minutos fue como si los dos coches estuvieran parados. Luego, el sedán negro se alejó y salió de la carretera.

—Puedes sentarte—, le dijo Jack a Hannah. —Se fueron.

—¿Puedes decirme quiénes eran?

—No.

—Si mi vida está en peligro, me gustaría saber quién podría ser. ¿Por qué no puedes decírmelo?

—Porque no lo sé.

Hannah se enderezó en su asiento y dijo: —Puedes bajarte en la siguiente salida.

—Detente a unas cuadras de su edificio—, añadió Jack.

Cinco minutos más tarde, el conductor detuvo el taxi en la acera. Hannah saltó. Jack sacó su billetera, le entregó al conductor tres billetes de diez libras y salió del taxi.

—¿Qué estás haciendo? — preguntó Hannah.

—Acompañándote a casa.

Ella se cruzó de brazos y arqueó la espalda. —Estoy empezando a pensar que hubiera sido mejor dejar que el espeluznante Kyle me llevara a casa.

Entonces ese era su nombre.

—Estoy pensando lo mismo—, dijo Jack. —Pero él no lo hizo, yo sí. Y necesito asegurarme de que llegues bien a casa.

Ella lo estudió por un momento. —Mi edificio tiene portero. Él es más grande que tú. Intenta entrar y haré que te patee el trasero.

Jack sonrió. Le gustó la actitud de la chica. —Suena bien para mí.

Jack no tenía el mapa de Londres memorizado, pero sabía que estaban muy cerca del Palacio de Buckingham y Hyde Park. La única razón por la que supo esto fue porque vio un letrero que lo decía antes de salir de la carretera.

—Esta parece una zona cara—, dijo.

—Lo es.

—¿Cómo puede una universitaria permitirse vivir en un lugar como este?

Ella sonrió. —Bueno, para empezar, vivo en un pequeño apartamento. Es como un dormitorio principal convertido en apartamento. Una habitación que lo tiene todo. Y la familia para la que trabajo paga por ello.

—¿Para quién trabajas?

Ella giró ligeramente la cabeza y lo miró por el rabillo del ojo.

—Está bien, retiro la pregunta—, dijo Jack. —Aunque sé dónde vives. Podría simplemente seguirte.

Se detuvo, se volvió hacia Jack y lo agarró del brazo. —Eso no es gracioso, Jack. En serio, ni se te ocurra seguirme o visitar a la familia para la que trabajo cuando esté allí.

Jack levantó las manos en fingida defensa. —No te preocupes. En el momento en que entres a tu edificio será la última vez que me verás.

—¿Lo será?

Jack asintió. —Si.

Ella señaló y dijo: —Eso es todo.

—¿Dónde está el portero?

—Mentí—. Ella sonrió. —¿Vas a acompañarme el resto del camino?

—Creo que lo puedes hacer sola.

Ella extendió su mano. —Adiós, Jack.

La vio subir unas escaleras de hormigón manchadas por años de exposición. Sacó las llaves y entró al edificio sin mirar atrás. Jack se demoró varios minutos. El aire era templado y la brisa ligera. Escaneó la calle y las casas circundantes, asegurándose de que nadie estuviera mirándolo a él ni al edificio de Hannah. Le había causado al mundo suficientes daños colaterales y no quería agregar a Hannah a esa lista.

Después de media hora, decidió que estaba bien irse. Sacó su teléfono móvil, encendió el GPS y marcó el nombre de su hotel en el campo de búsqueda. Se alojaría en el Plaza, al otro lado del puente de Westminster. Un lugar elegante, pero sus opciones habían sido limitadas. La distancia hasta el hotel era de menos de tres kilómetros. Jack decidió caminar.

CAPÍTULO 3

El hombre que Hannah conocía como Jack Noble permaneció fuera de su edificio durante casi treinta minutos. ¿Cuáles eran sus intenciones? Ella no pensó que él pretendía hacerle daño. Parecía demasiado protector en la fila de taxis, en el auto y después de que se bajaron. Pero verlo allí afuera la asustó un poco. Aunque él parecía estar observando la calle y otros edificios, no los de ella.

Consideró pedir ayuda. Después de todo, su empleador tenía algo de fuerza y siempre le había dicho a Hannah que, si se encontraba en un aprieto, simplemente llamara.

Sin embargo, Hannah no llamó.

Jack había sido muy amable en el avión y tenía un rostro que a ella le resultaba familiar. Ella no lo conocía, pero él la hacía sentir cómoda. No era algo fácil de hacer con la *siempre ansiosa de Hannah*. Ella se rio de su descripción de sí misma. Su padre siempre había dicho que tenía un gran motor. Pero ella sabía que había algo más. Sentimientos que ella reprimió, pensamientos que escondió de los demás. Siempre tranquila por fuera, pero con una sonrisa falsa plasmada en su rostro.

Jack comenzó a alejarse. Hannah se pasó al otro lado de la habitación, donde tenía un mejor ángulo de visión de la calle. Había estado a la vista durante todo ese tiempo. Seguramente él también lo sabía. No había nada que le impidiera caminar media cuadra y esperar a que ella saliera de su departamento.

Así que volvió a pedir ayuda. Entonces sus palabras volvieron a ella.

Negación plausible.

Olvídate de él, se dijo. Eso es lo que él quería y lo que pensó que ella haría. Llamar tendría el efecto contrario. Indicaría que ella sí sabía algo sobre él, y la mirada en sus ojos cuando dijo esas palabras le hizo saber que eso no era lo que quería.

Quizás si fuera mayor habría tratado la situación de otra manera. Pero no lo era, y no lo hizo.

Los pensamientos de Jack se desvanecieron y Hannah centró su atención en la pila de correo sobre la mesa triangular de madera junto a la puerta blanca manchada y desconchada por décadas de abandono.

El sobre de arriba era de su universidad. Deslizó su dedo debajo de la solapa de la esquina y lo abrió. El pegamento resistió y el sobre se rasgó. Abrió la abertura y sacó una carta impresa en papel grueso de color marfil. Estaba doblado en tres partes y olía a corteza de árbol. Abrió la carta y leyó el contenido para sí misma.

La carta no contenía las noticias que esperaba.

Hannah cayó contra la puerta. Unos cuantos pedacitos de pintura blanca seca cayeron al suelo como hojas en primavera. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se llevó la mano a la boca para ahogar un sollozo.

Esto no puede estar sucediendo.

Hannah levantó el brazo y miró la carta. Las letras negras parecían mojadas y levantadas. Había un bonito mensaje a pesar de las malas noticias que contenía. Una vez más, leyó las palabras que destrozaron su sueño. El mensaje no había cambiado. Había perdido su beca, en parte por falta de financiación y, también, por su falta de asistencia. No había tenido problemas para aprobar con éxito sus materias, a pesar de las clases a las que faltó. La única razón por la que no estuvo presente fue porque su empleador la necesitaba un poco más de lo habitual el semestre pasado. Y, si bien la beca ayudó, también lo hicieron los fondos que le pagó su jefe. Sin ambos, no podría permitirse el lujo de ir a la universidad en Londres.

Golpeó la puerta con la mano libre y más trozos de pintura cayeron y se juntaron en el suelo. Un montón de nieve que nunca se derretiría. Se secó las lágrimas de los ojos y se aclaró la garganta. —Ya basta de sentir lástima por ti misma—, dijo. —No les sucede nada a aquellos que se quedan de brazos cruzados, viendo pasar la vida.

Hannah decidió ir a ver a la Señora Carlisle y preguntarle si podía asumir tareas adicionales. Ser niñera para Mia era casi un trabajo de tiempo completo, pero había otras cosas que debía hacer en la casa y la señora Carlisle le había cogido cariño a Hannah. Eso había sido obvio desde el principio. La mujer había mencionado varias veces que le gustaría que Hannah estuviera más cerca. ¿Qué había de malo en preguntar? Además, sin el dinero de la beca, no podría pagar la escuela. Tendría tiempo extra disponible. El trabajo extra le permitiría ahorrar más.

Cansada, parcialmente derrotada, pero esperanzada, Hannah se retiró a su cama individual en el rincón más alejado de la habitación. Retiró el edredón de plumas azul pálido y se arrastró sobre el colchón, donde un sueño embriagador la invadió.

CAPÍTULO 4

Jack se detuvo frente a la puerta de vidrio tintado de humo y vio su reflejo. Su camisa arrugada a rayas azules con botones, parcialmente metida dentro de sus pantalones caqui arrugados, hacían juego. Se había quitado la chaqueta durante el camino hacia el hotel y la tenía puesta sobre el antebrazo. Su cabello castaño estaba enmarañado en el lado izquierdo, una reliquia de su siesta durante el vuelo.

Se dio cuenta del hecho de que, si bien él no podía ver el interior, cualquiera que estuviera en el vestíbulo del hotel podía verlo. Tiró del pomo de latón de la puerta, atravesó el vestíbulo y se detuvo delante del mostrador de facturación. Un joven estaba en cuclillas en un taburete frente a un monitor de computadora. No se enteró la presencia de Jack. Jack se aclaró la garganta un par de veces y el hombre respondió diciendo: —Estaré contigo pronto—, sin levantar la vista.

Claro que lo harás.

Observó al hombre por un momento. Los delgados dedos del tipo bailaron sobre un polvoriento teclado negro. Las letras blancas de las teclas negras estaban casi descoloridas. Después de que se hizo evidente que *estaré contigo pronto* en realidad significaba *cuando me apetezca*, Jack se alejó del mostrador y encontró un asiento vacío cerca, pero no cualquier asiento. No podía estar de espaldas a la entrada del hotel. Eso le daría a alguien la oportunidad de acabarlo. Del mismo modo, no podía mirar hacia la entrada, quedando expuesto a cualquiera que entrara al vestíbulo desde los ascensores.

Y no quería estar de espaldas al hombre detrás del mostrador cuando el chico finalmente considerara que Jack merecía su atención.

Entonces se sentó en una silla de tela azul con respaldo alto. Era rígida e incómoda, lo cual estaba bien, ya que se sentía somnoliento por el vuelo y su aventura desde el aeropuerto hasta el hotel y, si la silla hubiera sido blanda, se habría quedado dormido.

Su posición en el vestíbulo le permitía controlar la entrada, los ascensores y el escritorio con nada más que un ligero giro de cabeza. La acera frente al hotel estaba llena de gente, pero nadie que pasara lo alarmó. Ni los turistas ni los locales fueron considerados una amenaza inmediata. Una pareja de ancianos entró al hotel y se dirigieron arrastrando los pies hacia la zona de recepción. Jack miró al chico detrás del mostrador. El empleado levantó la vista durante una fracción de segundo, como había hecho cuando Jack entró. Nuevamente, los ojos del empleado volvieron a su pantalla, pero esta vez sus brazos subieron y bajaron con un movimiento rápido y luego se hizo a un lado. Tenía una sonrisa plasmada en su rostro estrecho.

—¿Les puedo ayudar en algo? — El empleado se dirigió a la pareja de ancianos.

Jack negó con la cabeza. ¿Parecía un estadounidense tan ignorante que no merecía la misma atención? Lo que fuera, no había tiempo para pensar en ello.

Oyó un timbre, giró la cabeza y vio las puertas de latón del ascensor abrirse.

Jack movió ligeramente la cabeza, movió más los ojos, levantó la mano derecha y se frotó un lado de la cara, protegiéndolo de quienquiera que saliera del ascensor y entrara al vestíbulo.

El tipo era alto, guapo, de cabello oscuro y con una barba de dos o tres días en su rostro ancho y delgado. Llevaba lo que parecía ser un traje de diseñador, hecho a medida. Rayas blancas atravesando la tela azul oscuro. La mayoría pensaría que el tipo era millonario y estaba de vacaciones. Pero no Jack. Porque, mientras la mayoría se detiene en la apariencia robusta y el traje personalizado, los ojos de Jack se dirigieron a los zapatos. Y los zapatos que usaba este tipo eran los de un trabajador. ¿Caros? Sí. Pero estos zapatos fueron diseñados para llevar al hombre del punto A al punto B y a todos los puntos intermedios, sin importar las circunstancias. ¿Barro y lluvia? Ningún problema. ¿Fuera de la carretera? Ningún problema. ¿Saltar algunas vallas? De nuevo, no había problema. ¿Patear algunas cabezas? Para eso fueron hechos.

Y también tenían que verse bien.

Jack notó que el tipo se parecía al hombre que vio en la cola de taxis en Heathrow.

El tipo sacó su teléfono celular y se alejó del vestíbulo.

Jack se levantó lentamente para no llamar la atención. Se dirigió a la esquina de la habitación y se colocó cerca de la máquina que servía café gratis a los huéspedes del hotel. Un ficus falso proporcionó cobertura adicional. El hombre estaba fuera de su vista, pero sabía que no por mucho tiempo. Las únicas áreas más allá del vestíbulo del ascensor eran dos pasillos que conducían a habitaciones adicionales, la piscina y el gimnasio. El chico ya tenía una habitación y estaba demasiado vestido para ir a la piscina o al gimnasio.

El hombre entró al vestíbulo con el teléfono celular en la mano izquierda sosteniéndolo a un lado de su cabeza, bloqueando la visión de Jack. Aun así, a Jack no le gustaba dónde se había posicionado el hombre. Habría sido mejor si se hubiera dirigido hacia las puertas principales y tal vez hubiera salido.

El tipo se detuvo en la recepción y dio la espalda al vestíbulo.

Jack vio eso como su oportunidad. Se dirigió hacia el frente del vestíbulo, agarrando su teléfono celular en su mano derecha y acercándolo a su cara. Cuando llegó a la mitad del camino entre la máquina de café y las puertas, escuchó al hombre hablar, con acento británico.

—Jack Noble.

Lo estaba esperando, pero no estaba preparado para ello. Jack giró la cabeza hacia la derecha. El empleado desvió su mirada del hombre del traje personalizado a Jack. El tipo del traje empezó a mirar por encima del hombro. El chico no se movió. No estaba hablando con Jack, estaba preguntando por él.

Jack desvió la mirada hacia adelante, puso la mano en la puerta y escuchó al tipo decir: —¿Quién era ese?

Jack supuso que el hombre se refería a él. No esperó a escuchar la respuesta del empleado. Sus pies tocaron la acera y giró a la derecha, cruzó la calle en diagonal y atravesó la primera puerta que encontró. Al entrar, una ráfaga de aire cálido cayó sobre él. Las gotas de sudor de su frente se evaporaron. No se tomó el tiempo para evaluar su entorno. En cambio, se giró, dio dos pasos a su derecha y se colocó detrás de un maniquí cubierto de lentejuelas junto al cristal polarizado.

—¿Puedo ayudarle? — dijo una voz femenina, británica, fría.

Jack desvió la mirada hacia la izquierda. Vio el reflejo de la mujer flotando en la ventana. Ella era delgada, de mediana edad y, más allá de eso, a él no le importaba. Notó que ella estaba parada junto a un estante de vestidos de noche. Sus ojos se movieron de izquierda a derecha. El lugar era una tienda de ropa femenina de diseñador. Eso explicaba el olor dominante del

perfume.

—Dije, *¿puedo ayudarte*? — ella arqueó una ceja.

—Estaré fuera de tu camino en un momento—, dijo Jack.

—Si no vas a comprar algo, por favor vete—, dijo la mujer.

Jack la miró para aclarar su respuesta anterior. Ella se estremeció ante su mirada. Giró la cabeza a tiempo para ver abrirse la puerta del vestíbulo del hotel. El hombre del traje salió, miró a la izquierda, luego a la derecha, se volvió hacia este último y se quedó al otro lado de la calle. Los ojos del hombre se movían metódicamente, cuadrado por cuadrado.

Jack maldijo en voz baja. Estaba tratando con un profesional. Dio dos pasos hacia atrás, con la esperanza de que eso redujera la posibilidad de que lo vieran desde afuera.

—Está tintado y espejado—, dijo la mujer. —Él no puede verte.

—Eso debe ser un verdadero dolor de cabeza para los que miran escaparates—, dijo Jack.

Ella forzó una risa retórica. —No los quiero. Ensucian mi tienda. Sólo compradores serios. Lo cual obviamente no eres. Así que tan pronto como tu pequeño amigo se pierda de vista, sal de mi lugar.

Hospitalidad británica.

—Sí, señora—. Un momento después añadió: —¿Hay alguna posibilidad de que tengas una puerta trasera?

—No—. Apuntó con un dedo pálido y delgado hacia la puerta principal.

Jack esperó hasta que pasó el hombre del traje y luego salió de la tienda. El aire fresco de primavera, una mezcla de flores de cerezo y gases de escape, lo saludó una vez más. La humedad restante en su frente se enfrió. Siguio al tipo al otro lado de la calle, manteniéndose lo suficientemente atrás como para poder escapar en caso de que se produjera una persecución.

El hombre se detuvo frente a un lugar llamado Libby's y entró. Desde donde estaba Jack, parecía haber un menú pegado con cinta adhesiva en el exterior de la ventana al lado de la puerta principal. Jack esperó un minuto, luego cruzó la calle y continuó hacia el restaurante. Se detuvo al llegar a la esquina. El olor a humo de leña envolvió el edificio. Jack se llevó las manos a la cara y se presionó contra el cristal.

Cuatro personas que comían en una mesa al lado de la ventana se estremecieron cuando notaron que él los miraba. Ellos miraron hacia arriba, con la boca abierta y los ojos entrecerrados.

Jack se encogió de hombros, ofreció una media sonrisa y volvió a examinar la habitación. ¿A dónde se había ido el tipo? El lugar estaba poco iluminado. Ofrecía cierta sensación de privacidad a pesar del diseño abierto del lugar. Filas de mesas sin nada que las separe unas de otras. Vio al hombre, seis metros delante de él, sentado en la barra. El chico parecía confiado. No estaba constantemente mirando por encima del hombro ni mirando alrededor de la habitación. Estaba esperando, luciendo indefenso y flácido. De la misma manera que actúan algunos de los depredadores más letales del planeta.

—¿Qué diablos estás haciendo?

Jack se echó hacia atrás y giró la cabeza hacia la izquierda. Había despedido al hombre corpulento con pantalones negros y camisa blanca abotonada que se dirigía hacia él.

—¿Bien? — dijo el chico.

—Buscando a mi hermano—, dijo Jack.

—Bueno, estás asustando muchísimo a mis clientes. Así que, o entras y tomas una copa y algo de comer, o te vas—. Pasó el pulgar por encima del hombro.

Jack puso sus manos en la ventana y presionó su rostro contra el cristal. El hombre del traje

se levantó de su taburete y caminó hacia la parte trasera del restaurante.

—Voy a entrar—, dijo Jack. Pasó junto al hombre corpulento y abrió la puerta. —¿Dónde está tu baño?

—El baño está atrás.

Jack se movió con cautela por el restaurante, preocupado de que el tipo del traje no fuera la única persona en el lugar buscándolo. El restaurante podría haber sido un lugar designado para reunirse en caso de que las cosas fracasaran.

Se lanzaron miradas en su dirección. Ninguna se quedó. Casi de inmediato regresaron a sus platos, a sus bebidas o a sus compañeros de almuerzo.

Jack tardó menos de diez segundos en cruzar la longitud de la habitación. Entró en un pasillo poco iluminado, se detuvo frente a la puerta del baño de hombres y la abrió. Una luz cálida inundó el pasillo, llevando consigo el olor floral del ambientador químico.

Jack entró, desarmado y cauteloso.

El tipo del traje estaba parado frente a un urinario, de espaldas a Jack.

Jack se detuvo.

—¿Puedo ayudarte con algo? — dijo el chico con acento británico.

Jack no dijo nada y dio un paso silencioso hacia adelante.

—Le advierto que no se acerque. Estoy armado.

Jack ignoró la advertencia y dio otros dos pasos, tranquilizado por la creencia de que el hombre concluiría la tarea que tenía entre manos. Sólo entonces el tipo tomaría su arma y se daría la vuelta. En ese lapso, Jack podría acortar la distancia y neutralizar al tipo.

Él estaba equivocado.

El hombre del traje giró en semicírculo, con la pistola en la mano y una sonrisa en el rostro.

—Hola Jack.

CAPÍTULO 5

Jack estaba a más de un metro de distancia del hombre del traje oscuro. Su corazón se aceleró, sus músculos se tensaron y sentía que tenía el estómago en la garganta. El tipo tenía su pistola en la mano, pero no apuntaba bien y estaba desequilibrado. La posición del chico abrió una ventana de oportunidad para el ataque, aunque pequeña. Jack no dudó. Años de entrenamiento e instintos afinados se hicieron cargo. Se giró hacia un lado y se lanzó hacia adelante. Su brazo derecho neutralizó la amenaza del arma. Su puño izquierdo neutralizó la amenaza del hombre.

En dos segundos la pelea terminó.

Jack recuperó la pistola. Se inclinó sobre el hombre y le abofeteó la cara. Al ver que el tipo no volvió en sí, lo abofeteó nuevamente.

El hombre gimió. Sus párpados se abrieron, sus ojos se enfocaron en las luces brillantes detrás de la cabeza de Jack y luego giraron hacia atrás y se inyectaron de sangre.

—¿Quién eres? — preguntó Jack.

El tipo gimió, volvió a enfocar la mirada y no dijo nada.

—Contéstame—, exigió Jack.

El hombre se aclaró la garganta. —Slater. León Slater.

—¿Qué quieres de mí, León? ¿Por qué me estabas esperando en el hotel?

León negó con la cabeza.

—Eras tú en el aeropuerto, ¿no?

León asintió.

—¿Por qué? — preguntó Jack. —Nadie sabe que estoy en Inglaterra.

—Te equivocas—. León se echó hacia atrás y se apoyó sobre los codos. Su cabeza permaneció debajo de la base de un orinal manchado.

Jack se levantó, le ofreció la mano a León y ayudó al hombre a ponerse de pie. —¿Qué quiere decir eso?

—Viajaste hasta aquí bajo tu propio maldito nombre. ¿No crees que en el momento en que escanearon tu pasaporte todas las malditas agencias del Reino Unido se dieron cuenta de tu presencia?

El punto era bueno y le dio a Jack motivos para hacer una pausa. Por supuesto que estaba preocupado por eso, pero su nombre había sido limpiado. No lo buscaban en el Reino Unido por nada. Y, pensó que si algo iba a pasar, habría sido en la aduana, y una llamada rápida a Frank lo habría solucionado.

—Estoy jubilado—, dijo Jack. —Realmente no había pensado en eso. ¿Cómo llegaste tan rápido al aeropuerto si me habían avisado hacía poco?

—Conocíamos tus planes de vuelo. Dottie insistió en que fuera a verte y te acompañara en

caso de que alguien intentara llegar a ti primero.

—¿Dottie? — Jack no había considerado que León estaba allí para recibirlo y acompañarlo a casa de Dottie.

—Sí—, dijo León. —Yo trabajo para ella. De todos modos, te fuiste a toda prisa y estabas en el taxi con la chica. Pensé que sería mejor comunicarme contigo más tarde.

Jack se acercó a los lavabos, dejó correr el agua caliente y se echó un puñado en la cara. —¿Por qué me apuntaste con tu arma?

—Te estaba ofreciendo el arma—. León le dio unas palmaditas en el costado izquierdo, cerca de la axila. —Mi pieza está enfundada aquí mismo. Sabía que estarías desarmado y pensé que tal vez apreciarías un arma. ¿No te pareció gracioso que no te estuviera apuntando?

—Podrías haber dicho algo más que estoy armado.

—Quería terminar mi orina. Cristo, ¿es eso un crimen?

Jack inspeccionó la pistola que le había quitado de la mano a León, una Browning High Power de 9 mm. Le dijo algunas cosas. León había estado en el Servicio Aéreo Especial (SAS-siglas en ingles) y probablemente se había retirado hacía algún tiempo, ya que la mayoría de los muchachos ahora llevaban la Sig Sauer P226. También supuso que León no tenía intención de hacerle daño. El seguro de la Browning estaba puesto.

—De nada, por cierto—, dijo León.

Jack asintió una vez. —¿Cuánto tiempo llevas fuera?

—¿De qué?

—SAS.

—¿Quién dice que yo era SAS?

—¿Quién más lleva todavía una Browning?

—He oído que algunos miembros de varias organizaciones de inteligencia lo hacen.

—¿Eso significa que nunca fuiste SAS?

—Yo no dije eso—. León mostró una sonrisa y Jack le devolvió la sonrisa.

—Vamos, déjame invitarte a una bebida—, dijo Jack.

León mojó una toalla de papel y se secó la cara. Los dos hombres salieron del baño y se sentaron al final de la barra. León pidió para ambos una cerveza de la que Jack nunca había oído hablar. Cuando el camarero dejó la cerveza frente a él, Jack notó de inmediato que una espuma de color canela ocupaba un tercio de la taza. Los rayos del sol poniente se abrieron paso a través del vidrio polarizado del restaurante, atravesaron la jarra de Jack y se volvieron de un color naranja quemado mientras encontraban un lugar de descanso al final en la antigua barra.

Jack levantó la jarra que contenía la cerveza bañada por el sol y tomó un gran trago. Saboreó la espuma que le sobró en el labio superior mientras hacía girar el líquido en la taza en el sentido contrario a las agujas del reloj. Burbujas y cerveza mezcladas.

—Pronto oscurecerá—, dijo León. —Deberíamos ponernos en marcha.

—¿Cuál es la prisa? Mi hotel está a media cuadra.

—No puedes quedarte allí ahora, Jack. Si yo pude encontrarte, cualquiera puede.

Jack se encogió de hombros. —Yo puedo arreglármelas solo.

—Además, Dottie quiere verte esta noche.

—Estoy cansado. Sólo quiero descansar esta noche. Hace semanas que no duermo bien por la noche.

—Puedes dormir en el camino. Tenemos camino por delante.

—Pensé que vivía en la ciudad—, dijo Jack, preocupado ahora de que todo lo que León le había dicho hasta ese momento fuera mentira.

—Cierto. Pero ella también tiene un lugar fuera de la ciudad. Esta noche, como todas las noches de los últimos meses, ella está fuera de la ciudad. Es un lugar que él no conoce. Y quiere que te quedes con nosotros esta noche para poder discutir los términos contigo mañana.

Las dudas de Jack persistieron. Se llevó la mano a la espalda, fingiendo rascarse una picazón. El rígido mango de la Browning le rozó la palma. El alivio lo invadió como las cálidas aguas del Mediterráneo. ¿Un hombre empeñado en matarlo le ofrecería un arma cargada? Jack pensó que no. Entonces levantó su jarra, la inclinó hacia su boca abierta y terminó su cerveza. Se dio unas palmaditas en el pecho y los bolsillos, más que nada por costumbre, asegurándose de no haber dejado nada atrás.

—Entonces pongámonos en marcha—, dijo.

León lideró el camino hacia la puerta. El tipo corpulento asintió, fingió una sonrisa y luego miró hacia otro lado. Jack siguió a León afuera.

—Maldita sea—. León se detuvo, dio un paso atrás y chocó con Jack.

—¿Qué pasa?

—Entra.

Jack lo hizo.

—Hay cuatro hombres frente al hotel—, dijo León. —En un Bentley negro estacionado en la calle.

Jack deslizó la cabeza por la abertura y vio a los hombres. Estaban vestidos con ropa oscura, camisetas de manga larga y pantalones cargo negros o gris oscuro. Extremadamente musculosos. Probablemente armados. Dos de ellos entraron al hotel. Uno estaba en la acera, mirando hacia arriba. El cuarto se reclinó contra el Bentley.

—¿Quiénes son? — preguntó Jack.

—Supongo que trabajan para alguien que tiene interés en saber porqué entraste a nuestro país.

—¿Adentro o afuera? — la voz llamó desde atrás.

Jack se volvió y vio al hombre corpulento.

—Decidan lo que decidan, deben dejar de bloquear mi puerta.

—Cállate—, dijo Jack.

León puso una mano sobre el hombro de Jack. —Lo que mi amigo americano quiso decir fue: ¿tienen una salida trasera? — León se abrió la chaqueta y dejó al descubierto su arma enfundada.

La expresión del hombre estaba en blanco. Echó la cabeza hacia atrás, señaló hacia la cocina y dijo: —Por allí.

León dijo: —Muchas gracias— y le entregó al tipo un billete doblado.

Tan pronto como salió del comedor, Jack tomó la Browning. La revisó de nuevo y dejó el seguro puesto. Quedaban dos toques rápidos para completar el trabajo. Esperaba que no llegara a eso, no en medio de Londres.

La cocina era ruidosa, luminosa y llena de encimeras y estantes de acero inoxidable. Las voces se callaron mientras las miradas se posaban sobre los dos hombres armados que se apresuraban hacia la salida. Un hombre corpulento, pelirrojo y con una larga barba de chivo trenzada, se alejó de su tarea en la freidora y bloqueó el estrecho camino entre el equipo de cocina y la puerta que daba al exterior. Parecía un vikingo moderno.

—¿Quiénes son ustedes? — preguntó el pelirrojo.

—¿De verdad quieres saberlo? — dijo León, apuntando casualmente su pistola en su dirección.

—Quiero saber qué están haciendo en mi cocina. Están poniendo en riesgo la comida—. La cabeza se apoyaba sobre el grueso muñón de su cuello. Tenía los ojos muy abiertos. Jack se preguntó si el tipo estaba drogado o simplemente tenía deseos de morir.

—Sólo estamos de paso. Habla con el gordo que está enfrente. Nos dijo que no nos quedáramos en la puerta.

—Podrían haber pasado por el frente.

—No, no pudimos—, dijo León.

Jack se preguntó qué diablos estaba pasando. Si hubiera estado a la cabeza, lo habría sacado y habría pasado por encima de su cuerpo inconsciente. Sin embargo, aquí estaba León tratando al chico como si estuviera en el club de debate. Empujó a León hacia adelante.

—Solo hazte a un lado, amigo—, dijo León. —No quieres que estemos aquí cuando lleguen los demás.

El pelirrojo entrecerró los ojos y estudió a los dos hombres por un momento. Luego dio un paso atrás y les permitió pasar por la cocina.

Entraron en un callejón estrecho. El cielo era de un tono rosa intenso. Los edificios altos protegían la zona de los últimos rayos del sol. El aire era fresco, especialmente después de estar en la cocina caliente.

—Mi auto está a dos cuadras de aquí—, dijo León y salió corriendo.

Jack vaciló, pensó en dar media vuelta y salir corriendo en la otra dirección. Cuatro horas en la ciudad y ya lo habían perseguido, le habían apuntado con un arma en un baño, había visto un Bentley con cuatro tipos obviamente buscándolo y lo había confrontado un cocinero cabreado que parecía un dios vikingo cubierto de grasa y harina.

Quizás sería mejor que regresara a casa.

Los pasos de León se redujeron a un ritmo arrastrado. Jack miró hacia arriba y vio al hombre frente a él, corriendo en el lugar.

—¿Vienes?

Jack miró hacia atrás. Una cuadra más o menos, luego la carretera abierta. Ya tenía una buena ventaja de diez metros. Si corría, podría perder al tipo.

—¿Bien? No tenemos toda la maldita noche.

Jack se giró, empezó a caminar y aceleró hasta ponerse a trotar. —Vamos—, dijo mientras se acercaba a León.

CAPÍTULO 6

Thornton se reclinó en su silla y apoyó la base del cráneo en el borde del respaldo. Miró por encima del hombro a los cuatro hombres que estaban acurrucados al otro lado del imponente escritorio de caoba. Miró de un hombre a otro y sacudió la cabeza mientras establecía contacto visual con cada uno. No dijo nada, pensó que los hombres se habrían sentido más cómodos si él les estuviera gritando. Al menos entonces podrían medir con precisión su nivel de irritación. En cambio, el silencio en la habitación contó la historia de su enojo por no haber podido traer al hombre que ese mismo día apareció en su pantalla como la aleta dorsal de un gran tiburón blanco, detectado por un salvavidas, demasiado cerca de la costa, rodeando a su presa.

Ninguno de los hombres conocía a Noble tan íntimamente como Thornton. Ninguno de ellos estaba en Montecarlo cuando tuvo un encuentro con Jack, que en ese momento había utilizado un seudónimo. Quizás si hubieran estado allí, Noble ya no sería un problema. Entonces Thornton no habría tenido que gastar más de un millón en honorarios legales para librarlo de abofetear a Dottie después de que ella lo insultó y avergonzó.

Esos son los riesgos que corres cuando traes a tu equipo B.

¿Pero qué dice eso sobre su equipo A? No pudieron hacer el trabajo esta noche.

Thornton colocó las palmas de las manos sobre el escritorio, se inclinó hacia adelante y se levantó de la silla. Levantó la mano. Su dedo índice tembló de ira. Los hombres frente a él se enderezaron.

—Déjenme—. Thornton apuntó hacia la puerta. Los cuatro hombres se dieron vuelta, con las cabezas gachas y avergonzados, y se dirigieron hacia la puerta. —Tú no, Owen—, añadió Thornton. Owen era el protagonista. El chico A del equipo A. Cuando un trabajo se hacía bien, él recibía la mayoría de los elogios. Esta noche se llevaría la peor parte de la ira de su jefe.

Owen se detuvo, se volvió y esperó. Los otros tres chicos salieron, uno por uno, por la puerta abierta. El último hombre cruzó el umbral. La pesada puerta reforzada se cerró con una resonancia que indicó a los hombres en la habitación que estaban aislados, separados, protegidos.

Owen levantó la cabeza e hizo contacto visual con Thornton, quien sonrió y señaló la silla frente a la suya. Ambos hombres se sentaron. Thornton sacó un cigarro, lo encendió y permaneció en silencio durante un minuto para lograr un efecto dramático. El fuerte olor del cigarro envolvió sus sentidos y recordó haber conocido a Owen en una partida de póquer en el cuarto de atrás. El hombre había lanzado una mano por la que Thornton estaba apostando todo. Había visto las cartas de Owen. Ases de bolsillo. Un As en el flop. Thornton tenía un gran potencial. Apostó todo lo posible. Owen llamó. Basura en el turn, As en el river. Owen dobló sus cartas, asintió y se levantó para tomar una cerveza. Dos días después, Thornton llamó al hombre a su oficina y le ofreció un trabajo.

Esta noche era la primera vez que Owen lo decepcionaba.

—Entonces dímelo otra vez, Owen. ¿Cómo no pudiste encontrar al señor Noble?

Los músculos de la mandíbula de Owen se tensaron. El hombre parecía estar haciendo todo lo posible por controlar su temperamento. *Algo bueno, pensó Thornton. Él sabe que no debe desafiarme.*

—Tenía reserva en el hotel. Nosotros fuimos allí. Él no estaba allí.

—¿Tenías todas las salidas cubiertas entonces? — preguntó Thornton.

—No importaba…

—Siempre importa.

—Él nunca se registró.

—Sí, eso dijiste.

—Incluso probamos algunos de sus alias conocidos, en caso de que hiciera varias reservas.

Thornton asintió. —¿Y mostraste la foto?

Owen cerró los ojos y respiró hondo. Era la viva imagen de la calma, excepto por sus puños y sus mandíbulas ondulantes.

—Sí—, dijo lacónicamente. —Mostramos la foto. La chica detrás del mostrador no recordaba haberlo visto.

—¿Revisaste algún otro establecimiento en el área?

—Hay un pub cerca. Entramos. El gerente dijo que no había visto a nadie que encajara con la descripción.

—¿Algún otro lugar?

—Había una tienda de ropa para damas al otro lado de la calle, pero pensé que no habría entrado allí.

—Te lo imaginaste, ¿eh? Alguien allí podría haberlo visto. ¿No pensaste en eso?

Owen no dijo nada.

—¿Entonces me estás diciendo que no revisaste debajo de cada piedra?

Owen siguió sin decir nada. Su mirada endurecida se suavizó.

Thornton se levantó y salió de detrás de su escritorio. Caminó por el perímetro de la habitación y luego se detuvo detrás de Owen. Puso sus manos sobre los hombros de Owen y lo apretó para tranquilizarlo. ¿Cómo pudo el mejor, el chico A de su equipo A, haberle fallado de esta manera?

—¿Quién es este hombre? — preguntó Owen.

Thornton apartó las manos. —Hace siete meses. Monte Carlo.

—Ya veo—. Aunque Owen no había estado allí, Thornton le había contado lo sucedido. —¿Crees que está aquí por ti?

—No lo sé. Sin embargo, esa puta esposa mía lo conoce, así que no pasaría por alto que ella sea la razón por la que está aquí. Y si ese es el caso, entonces podría ser el motivo por el que él está aquí.

Owen asintió lentamente mientras juntaba las puntas de sus dedos índices. —Deberíamos tener a alguien vigilando la casa.

—Ella no está ahí. No ha estado allí en semanas—. Thornton rodeó el escritorio, se sentó y se desplomó. —No estoy seguro de dónde está ella en este momento. Esperaba que trajeras al señor Noble y él pudiera decírnoslo.

—¿Qué más sabes sobre este tipo?

Thornton se encogió de hombros. —Poco. Él puede arreglárselas solo, lo sé. Me gustaría que usaras tus contactos para saber más.

—Mis contactos son tus contactos.

—Sabes a quién me refiero.

—¿Por qué tus contactos no pueden investigarlo?

Thornton sonrió a su socio. —Están ocupados con otra cosa.

Owen levantó una ceja e hizo un gesto de *continúa*.

Thornton lo despidió con un enérgico movimiento de muñeca. —Pronto, Owen. Te contaré muy pronto. Habla por teléfono con tu chico y descubre algo.

Owen se movió en su asiento. Sus manos estaban alrededor de los reposabrazos. Su cuerpo se inclinó hacia la puerta. Claramente estaba listo para salir de la habitación. —¿Algo más?

—No. Puedes irte ahora.

Owen asintió, se levantó y se fue. Thornton esperó unos minutos y luego sacó un teléfono móvil del bolsillo interior de su chaqueta. No era su teléfono móvil habitual. Ese permaneció boca abajo sobre su escritorio. Sabía, desde hacía algún tiempo, que a ciertas agencias locales y extranjeras les gustaba monitorear ese teléfono. Lo usaría, pero no para nada relacionado con sus negocios, sólo para molestarlos. Pero ahora necesitaba hacer una llamada de negocios, y eso requería el teléfono que nadie conocía.

Sostuvo el teléfono en la mano, el plástico frío tocaba su palma sudorosa. Su dedo rozó un botón en el costado y la pantalla del teléfono cobró vida. Un estanque tranquilo con peces koi nadando lo recibió. Navegó por la pantalla, presionó y mantuvo presionado el número 5. Un momento después, el teléfono comenzó a sonar.

—¿Hola? — respondió un hombre.

—¿Naseer? ¿Eres tú?

—Hola, Thornton. ¿Va todo según lo planeado?

—Por eso es por lo que te llamo.

—Mis planes están listos, Thornton. Sin embargo, dependen de nuestro acuerdo previo.

—Y nuestro acuerdo depende de que me pagues.

Naseer se rio, con la boca demasiado cerca del auricular. Thornton se apartó el teléfono de la oreja.

—Nos veremos pronto, amigo mío—, dijo Naseer.

—¿Cuándo?

—En uno o dos días.

—Necesito tiempo.

—No puedo darte más.

Thornton hizo una pausa. —De acuerdo.

Los hombres permanecieron en la línea, aunque nadie habló. Finalmente, Naseer dijo: —¿Hay algo más?

—Sí—, dijo Thornton. Cogió un vaso medio lleno de whisky. —Jack Noble. ¿Has oído hablar alguna vez de él?

Naseer repitió el nombre. —No lo conozco. ¿Quieres que haga algunas llamadas?

—Sí, por favor.

—Lo haré y traeré mis hallazgos a nuestra reunión.

CAPÍTULO 7

Naseer presionó finalizar llamada en la pantalla de su teléfono y luego colocó el dispositivo sobre la mesa. Levantó la mirada hacia la belleza de cabello oscuro sentada frente a él y le sonrió. Sólo había una razón por la que una mujer tan atractiva estaba con él, y eso le parecía bien. Ser multimillonario tenía sus ventajas. Mujeres hermosas arrojándose a sus pies era una de ellas. Controlar a hombres igualmente ricos pero más débiles era otra, y eso resumía su relación con Thornton Walloway.

Thornton tenía la necesidad de encajar con hombres realmente poderosos. Los hombres con dinero no eran lo suficientemente buenos. Demonios, podría tener ese tipo de fraternidad en su club de campo. Pero no, Thornton quería ser parte de algo. El tipo de algo que haría que otros hombres cayeran de rodillas y lloraran abiertamente. Thornton quería el mismo tipo de poder del que disfrutaba Naseer. Y mientras Naseer dejara que Thornton creyera que el hombre alcanzaría el mismo poder y posición dentro de su grupo, Naseer tendría a Thornton agarrado de las pelotas.

La mujer dejó el tenedor, se inclinó hacia adelante y preguntó: —¿Está todo bien con tu amiga?

Naseer asintió mientras tomaba un sorbo de su copa de vino. Tenía curiosidad por saber porqué ella preguntó. Ella parecía saber que no debía tratar de meterse en sus negocios.

—¿Qué fue eso de Jack?

Naseer enarcó una ceja y sonrió con curiosidad. ¿Dos veces ahora?

—¿Por qué lo preguntas? — dijo.

—No hay razón—, dijo. —Simplemente sonaba fuera de lugar. Conocí a la mayoría de tus amigos y no recuerdo a ningún Jack. No recuerdo ningún nombre normal.

—Sí, bueno—, Naseer giró lentamente su cuello. —En primer lugar, no has conocido a una décima parte de mis amigos. En segundo lugar, no es uno de *mis asociados*. No sé quién es Jack Noble ni me importa. Probablemente no sea más que un imbécil británico que cabreó a otro imbécil británico que espera que le haga un favor.

La mujer apoyó el codo sobre la mesa, cerró el puño y apoyó la barbilla encima. Ella sonrió y parpadeó lentamente. —Tú, mi querido Naseer, eres un canalla británico.

—Y tú eres una perra americana—, dijo en broma mientras se reclinaba en su silla y hacía girar el vino en su copa. —Sabes, he matado hombres por menos que eso.

—Menos mal que no soy un hombre—. Ella se giró en su asiento, mirándolo directamente.

Se apartó de la mesa y dejó que sus rodillas se abrieran. —Es bueno que no lo seas.

Ella se levantó de la silla, gateó hacia él y se subió a su regazo. —Ningún hombre haría esto, ¿verdad? — Ella se sentó a horcajadas sobre él y besó su cuello mientras sus dedos bailaban sobre su pecho desnudo. Lo rascó con las uñas, ligeramente al principio y cada vez más fuerte a medida que sus uñas recorrían su apretado abdomen.

—Estoy seguro de que hay algunos—, dijo Naseer. —Pero tendría que matarlos.

Ella le mordisqueó el lóbulo de la oreja, le besó la mejilla y la mandíbula. Sus labios se acercaron cada vez más a los de él. Ella arqueó la espalda, presionando sus senos contra su pecho, inclinó la cabeza y le lamió los labios.

Un golpe en la puerta acabó prematuramente con el momento.

—Naseer, tenemos que hablar—, dijo un hombre detrás de la puerta.

—Siempre con las malditas interrupciones—, dijo Naseer.

La mujer se bajó de su regazo y volvió a su asiento.

—No volverás a irte, ¿verdad?

Ella sacudió su cabeza.

—Estuviste aquí sólo unos días la última vez—. Él le frunció el ceño. —¿No más tías o tíos enfermos o lo que sea que te lleve a Estados Unidos por un par de semanas?

—Soy todo tuyo en el futuro previsible.

—Y no lo olvides.

CLARISSA PERMANECIÓ SENTADA EN LA MESA HASTA QUE ESCUCHÓ EL CLIC QUE INDICABA QUE LA sólida puerta se había cerrado. El olor persistente de la colonia de Naseer se desvaneció. Confiada en que estaría sola durante unos minutos, dejó que sus emociones jugaran. Inhaló y exhaló pesada y cautelosamente. Sus manos temblorosas se secaron las lágrimas de sus mejillas. Se obligó a ponerse de pie, cruzó la habitación tambaleándose, se arrojó al baño y encendió la luz. Un reflejo manchado de lágrimas en un espejo ovalado la saludó. El cabello oscuro teñido le caía en mechones sobre la cara. Se lo metió detrás de las orejas. Cogió un pañuelo de papel y lo usó para secarse las lágrimas, teniendo cuidado de no esparcir el rímel que se corría.

Por un momento, se miró fijamente en el espejo y luego dijo: —¿Qué estás haciendo para que estos tipos estén tan interesados en ti, Jack?

Sabía qué clase de hombre era Naseer y conocía el tipo de hombres con los que él se asociaba. Como él, eran psicópatas, fríos y crueles. Estaban empeñados en remodelar el mundo a su imagen por todos los medios necesarios. Su propósito en Londres no era sólo recopilar información sobre Naseer, sino también sobre su amplia red.

Agregar a Jack a la ecuación sólo complicaría su misión.

Consideró llamar a Sinclair y sacarla de la situación. Dadas las circunstancias, probablemente era la mejor opción. Ella decidió no hacerlo. Tenía que descubrir por qué Jack estaba en Londres y por qué alguien le pidió a Naseer que lo investigara. Pensó que sería mejor no hacer que Sinclair se diera cuenta de la presencia de Jack hasta que supiera por qué estaba allí. Tenía un contacto que podía utilizar y que podría saber el por qué y mantendría su consulta en privado.

La parte más complicada sería encontrar a Jack y alertarlo sin que se diera cuenta de su presencia. Si había una persona que podía arruinar la tapadera que había construido con Naseer y su grupo, ese era Jack. Eso les haría retroceder meses, y en esos meses podría pasar cualquier cosa.

La idea le provocó escalofríos. *Dios ayuda al mundo si Naseer desata su venganza*, pensó.

Cerró los ojos, inhaló, exhaló, abrió los ojos.

—Componte, niña—, le dijo a su reflejo. —Mantente concentrada. Primero Naseer y luego Jack.

Tomó su mano, la llenó de agua y se la echó en la cara. Cogió una toalla verde claro y la usó

para secarse los ojos y las mejillas. Abrió la puerta, preparándose para una inquisición de Naseer en caso de que la escuchara hablar sola o notara las débiles huellas de lágrimas en sus mejillas.

Pero la habitación estaba vacía.

Clarissa pasó corriendo junto a la mesa y salió del comedor. El comedor se encontraba entre dos pasillos. Naseer había salido hacia el oeste. Clarissa usó la puerta del este.

El sinuoso pasillo conducía a una sala de estar de gran tamaño equipada con tres televisores de pantalla plana de sesenta pulgadas. Allí, los hombres veían habitualmente fútbol, squash y criquet. Clarissa evitaba la habitación con la mayor frecuencia posible. Esta noche la habitación estaba vacía. Supuso que todos se estaban reunidos. Cualquier cosa por la que habían llamado a Naseer era importante. Esperaba saber más tarde, pero hasta ese momento, Naseer se había mostrado reacio a compartir información con ella. Toda la información que había reunido había sido obtenida a través de otros métodos.

Continuó por el pasillo hasta llegar a su habitación. Realizó un escaneo rápido en busca de microfonos. Se había convertido en una rutina para ella hacerlo, pero no encontró ninguno. O no lo había hecho hasta ese momento o Naseer confió en ella y no los plantó en su habitación, o los plantó donde ella no pudiera encontrarlos. Clarissa tuvo que asumir esto último. Cogió su bolso del armario, lo dejó sobre la cama y luego le dio la vuelta. La bolsa contenía un doble fondo que había resultado útil en varias ocasiones. En este caso, contenía un teléfono celular y un dispositivo codificador. Ni siquiera Sinclair sabía que tenía este teléfono.

Conectó el conector macho micro USB del codificador a su teléfono y esperó a que ambos dispositivos se encendieran. La lista de contactos del teléfono estaba vacía y el historial de llamadas no se guardó. Si alguna vez confiscaran el dispositivo, no obtendrían nada. Marcó un número de memoria, uno que Jack le había dado años atrás en caso de que algo le sucediera o si ella se encontrara en problemas y no pudiera comunicarse con él.

Al tercer timbrazo contestó un hombre. —¿Quién es?

—¿Brandon? — preguntó Clarissa.

—Depende—, dijo.

—Es Clarissa. La amiga de Jack.

—¿Qué deseas?

—Necesito saber si sabes algo sobre el paradero de Jack.

—¿Quién es, de nuevo?

—Clarissa.

—¿La hija del coronel Abbot?

—Sí.

Una pausa. Luego: —Creo que si Jack quisiera que supieras eso, ya lo sabrías.

—Estoy preocupada por él, Brandon.

—¿Lo estás tú o la CIA?

—Lo *sabrías* si lo estuvieran. No intentes decirme lo contrario. Estás más conectado que nadie.

—Tienes razón—, dijo. Su aliento llenó el auricular y ella se imaginó que sostenía el teléfono entre la mejilla y el hombro, con las manos libres. —Dijiste que estás preocupada ¿Por qué?

—No puedo decirlo.

—¿Cómo?

—Lo que estoy haciendo es clasificado.

—¿Qué pasa si ya sé lo que estás haciendo?

—Entonces no debería tener que decir nada.

Brandon se rio entre dientes, dejando a Clarissa sintiéndose un poco más tranquila.

—Está bien, Clarissa—, dijo Brandon. —No supiste esto de mí, pero Jack está en Londres. Recibió una oferta de un antiguo empleador para hacerles un último trabajo. Está allí para acabar con un hombre llamado Walloway Thornton.

A Clarissa casi se le cae el teléfono. Conocía el nombre, lo había oído mencionar de pasada a Naseer. Extendió la mano hacia atrás y se sentó. La cama se hundió por la mitad bajo su delgado cuerpo.

—¿Alguna idea de por qué? — preguntó ella.

—No, y ahí es donde termina mi participación. Adiós.

—Espera.

La línea estaba en silencio, pero todavía conectada.

—¿Qué? — preguntó Brandon.

—No le digas a Jack que lo estaba buscando, ¿de acuerdo?

—¿Por qué no?

—Él quería que me fuera con él y en cierto modo me negué. No quiero que piense que estoy tratando de encontrarlo. O, ya sabes, suspirando por él o algo así.

Brandon se rio. —¿De eso se trataba todo esto? ¿Me hiciste revelar los secretos de ese hombre porque te arrepientes de haberte ido?

—No, no es eso en absoluto, solo…

—Como sea, señora. Escucha, nada de esto sale a la luz, lo tienes. Recuerda, mis amigos son más poderosos que tus amigos.

La línea se desconectó. Clarissa sintió ganas de tirar su teléfono a la pared. ¿Cómo podía ser tan estúpida? ¿Por qué no podía simplemente dejar las cosas en paz?

Por Jack, por eso. Y ahora tenía que descubrir dónde podía encontrar a Thornton Walloway. Y asegúrese de que Jack no estuviera cayendo en una trampa.

CAPÍTULO 8

Una luz brillante se filtraba a través de las rendijas de las persianas venecianas verticales. Finos dedos de luces bailaron sobre el rostro de Jack. Apretó los párpados con fuerza y se alejó de la fuente de luz. La noche anterior no se había molestado en encender la luz para mirar la habitación. La fatiga lo había vencido. Dejó caer su bolso y se desplomó sobre la cama de gran tamaño. Se había dormido antes de que su cabeza tocara la almohada. Vio por primera vez la habitación. Era blanca, brillante. A los pies de la cama había un armario antiguo y a la izquierda una cómoda. Ventanas altas de guillotina a la derecha. Sus ojos se acostumbraron, se paró y se dirigió hacia la ventana, dividió las persianas en dos y miró hacia el patio trasero. El sol flotaba a centímetros de un grupo de árboles.

Pasó las piernas por el costado de la cama, se agachó y agarró la camisa y los pantalones caqui del día anterior. Se vistió y se detuvo frente al espejo, intentando alisar las arrugas con la mano. Su cabello todavía estaba enmarañado en un lado. Se pasó las manos por la parte superior y los lados de la cabeza, pero no hizo ninguna diferencia. Y no importó. Estaba entre viejos amigos aquí.

El oscuro aroma del café recién hecho lo recibió cuando abrió la puerta. Echó un vistazo a su reloj. Ocho de la mañana. Ignoró su cuerpo diciéndole que en realidad eran sólo las tres. Hasta donde él sabía, no había otra forma de adaptarse a la diferencia horaria. Sus pies abandonaron la comodidad de una alfombra peluda y aterrizaron en el fresco piso de madera que conducía a la escalera. Descendió rápidamente, cada paso hacia abajo resultaba en un chasquido o un estallido, ya sea por la madera o por sus rígidas articulaciones. Al pie de las escaleras oyó los sonidos de la cocina: cacerolas chocando, ligeros ruidos, platos y cubiertos colocados sobre una mesa. Siguió el ruido que inevitablemente lo llevó a su destino.

León lo vio primero. El chico sonrió, asintió, giró sus anchos hombros y encaró a Jack. Junto a León estaba Dottie. Parecía veinte años más joven que su edad. Ella siempre lo parecía. Si le hubiera dicho a alguien que ella había llegado al otro lado de los sesenta, no le creerían. Y ella lo castraría por decir eso. Las mujeres como Dottie eran una especie rara, pero Jack estaba más acostumbrado a ellas que la mayoría de la gente.

—Buenos días, Jack—, dijo, sonriendo, con una taza colgando de un brazo extendido. —¿Café?

Jack tomó la taza llena del humeante líquido negro y se la llevó a la cara. El vapor chamuscó los bordes internos de sus fosas nasales. Tomó un sorbo del borde de la taza. El café le calentó la boca, la garganta, el pecho y el vientre.

—Me alegro de que no sean gente del té—, dijo.

Dottie le dedicó una sonrisa misericordiosa mientras negaba con la cabeza. —Nunca

entenderás nuestro humor, Jack.

—Estoy bien con eso.

Jack miró más allá del hombre y la mujer frente a él y miró hacia afuera a través del ventanal extra ancho y extra alto. Ahora tenía la vista de la planta baja de lo que vio a través de las ventanas de su dormitorio. El exuberante paisaje verde combinado con el olor y el sabor del café podrían adormecerlo y darle una falsa sensación de seguridad. Se preguntó si cada día de su jubilación comenzaría exactamente con este sentimiento.

Sus ojos escanearon perezosamente el área detrás de la casa. Los terrenos cuidadosamente cuidados contaban con una elegante selección de flores y arbustos. Había un juego de niños en el rincón más alejado, probablemente una reliquia dejada por el dueño anterior. Al menos añadía credibilidad en caso de que alguien viniera a husmear. Árboles maduros rodeaban la propiedad, ofreciendo mayor privacidad y protección contra miradas curiosas. Mantuvieron a Dottie y su gente fuera de la vista. También mantuvieron ocultos a los intrusos hasta el último minuto.

—Aquí es seguro—, dijo.

Jack se encogió de hombros.

—Te veo mirando—, dijo. —No hay necesidad de preocuparse. Tengo seguridad en todas partes.

—Apuesto a que podría verlos.

—No, no lo harías—, dijo León.

—Yo te vi, ¿no?

Dottie enarcó una ceja, con una mirada curiosa en su rostro. Jack supuso que León no le había contado cómo se habían conocido los dos hombres. Ella había dado lo mejor de sí y Jack lo había superado.

León sonrió y sacudió la cabeza. —Dijiste que podías detectarlos. No es que lo hayas hecho. Al observar tus ojos, pasaste por alto al menos a tres de mis hombres.

—Ahí hay uno—, dijo Jack asintiendo con la cabeza. —Y ahí—, otra inclinación de cabeza. —Y ahí—, un último movimiento de su mandíbula hacia la izquierda.

—Interesante—, dijo León.

—De todos modos—, dijo Jack. —¿Quieres hablar un rato o quieres contarme qué estoy haciendo en Inglaterra?

—Por eso siempre me gustó trabajar contigo, Jack—, dijo Dottie. —No hay ningún pelo de miedo por ahí. Siempre directo al grano.

—Y tú bailas alrededor—, dijo.

—Me conoces bien—, dijo.

—Muy bien—, dijo, preguntándose cuánto tiempo duraría el tango antes de que ella se pusiera manos a la obra.

—¿Debería irme? — preguntó León, sonriendo.

—No—, dijeron Dottie y Jack al mismo tiempo.

Los tres compartieron una sonrisa, tomaron sorbos de sus tazas de cerámica y se dirigieron al otro lado de la cocina. Cada uno de ellos tomó asiento ante la mesa redonda de roble, cada uno de los cuales era una punta de un triángulo. El estómago de Jack rugió de hambre, pero se negó a pedir comida. Dottie parecía estar dispuesta a hablar y él no quería darle ningún motivo para postergar más las cosas.

—Tuviste la desgracia de conocer a mi exmarido en Montecarlo—, dijo.

Jack asintió y no dijo nada.

—Él no siempre fue así, Jack. Honestamente, no lo era—. Ella se tomó un momento. —

Pensé que cuando dejé la agencia había terminado con hombres así. Ya sabes, todo el ego, todo sobre ellos, sin importar el gasto.

Jack asintió de nuevo. Todavía no decía nada.

—Lo conocí la última vez que hiciste un trabajo para mí. Estaba asistiendo a la fiesta de algún Señor. Olvidé quién. Fue un evento elegante, había mucha gente poderosa allí. *Quid pro quo*. Me invitó mi ex subdirector de la agencia. Ahora ocupa mi antiguo puesto de Director. Siempre disfruté ese tipo de cosas cuando estaba a cargo, así que naturalmente acepté. Y fue allí donde conocí a Thornton Walloway.

—Debes haber quedado encantada al instante—, dijo Jack con sus palabras mezcladas con sarcasmo.

Dottie le respondió. —Él no era así cuando lo conocí. Y no lo olvides, yo era más joven y más que capaz de cuidar de mí misma. Entonces, sí, tal vez me pareció un poco áspero. No me molestó. Después de años de trabajar con algunos de los hombres más mortíferos de Gran Bretaña—, hizo una pausa, sonrió, miró a León y Jack, —en el mundo, de hecho. Bueno, no podría estar con un tipo que se retira por la noche frente al televisor y se queda dormido en un sillón reclinable de gran tamaño, con las manos apoyadas sobre su barriga cervecera mientras le sirvo otra.

Jack sonrió. —No hubiera esperado que lo hicieras.

—¿Qué puedo decir? Siempre seré una chica lista para la acción.

La sonrisa de Jack se prolongó y luego se desvaneció. —¿Entonces qué pasó?

—¿Qué pasó? — repitió la pregunta, tal vez tratando de encontrar una respuesta. —Thornton hizo su dinero con el vidrio. ¿Crees eso? ¿Mil millones de dólares en vidrio?

Jack no lo creyó. Aunque no lo dijo.

—Pero eso fue sólo la mitad de la historia. Invirtió su dinero en determinadas personas. Algunas de ellas son las mismas personas por las que luché para encarcelar, ¿sabes? Algunas de ellas son el tipo de personas para las que te contraté, Jack. Aunque yo no lo sabía en ese momento. Pensaba que toda su riqueza era de vidrio.

Jack asintió. No tenía nada que añadir todavía, así que no dijo nada.

—Las cosas fueron bien durante los primeros cuatro años. Luego, hace un par de años, cambiaron. *Él* cambio. Thornton se volvió abusivo, verbal y físicamente. Se volvió reservado. Pensé que tal vez estaba teniendo una aventura. Su ira era un reflejo de la culpa que sentía. Si hacía una pregunta, me golpeaba. Simple como eso.

—¿Por qué te quedaste?

Dottie miró hacia otro lado. Jack siguió su mirada. Su mirada viajó más allá de la ventana, más allá del jardín, y se detuvo en algún punto imaginario que Jack no podía ver.

—No lo sé—, dijo finalmente.

—¿No lo sabes? — preguntó Jack.

Dottie giró la cabeza noventa grados y miró fijamente a Jack. —Tal vez sí, pero no quiero decirlo.

Jack levantó las manos en un gesto de *rendición*. Si no quería contarle más, era su prerrogativa. Él no presionaría. Algunas cosas era mejor dejarlas para terapia.

—Como puedes ver, después del mes que pasé en un hospital de Montecarlo, me retiré a este lugar. No sabe dónde está. Nunca se lo dije. Lo compré hace años. Sabía que si las cosas salían mal, ya fuera con Thornton o con uno de sus asociados, necesitaría un lugar donde esconderme. Este lugar funciona bien. Tengo una fuerza de seguridad que no es de su propiedad. Él tiene dinero, pero yo traje mi propia dote a la fiesta. Todo esto es mío, Jack. No pagó por nada de eso.

—¿Qué otra cosa? — preguntó Jack, listo para que ella fuera al grano.

Dottie asintió y desvió la mirada hacia la derecha durante un segundo, una señal para que León saliera de la habitación.

Negación plausible.

—Volveré en unos minutos—. León se levantó, asintió con la cabeza hacia Jack, luego pasó junto a la mesa y salió de la cocina.

Jack puso un brazo sobre la mesa y se inclinó hacia adelante. —Entonces, ¿qué quieres que haga, Dottie?

Una sonrisa se formó y rápidamente desapareció. Su expresión se erosionó, dejando atrás un rostro retorcido por el dolor, el miedo y la ira. —Acabar con él.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no León, o uno de tus otros muchachos aquí, o uno de tus antiguos agentes?

—Porque eres el mejor. Y te tiene miedo, Jack. En el momento en que te vea, entrará en pánico y eso te dará unos segundos extra. Esos pocos segundos son todo lo que necesitarás para terminar el trabajo.

Jack se reclinó, se movió poco a poco hacia la izquierda, colocó el brazo izquierdo sobre el respaldo de la silla y sostuvo la taza medio llena en la mano derecha. Hizo girar el café en el sentido contrario a las agujas del reloj, haciendo que el residuo marrón más claro en la parte superior formara una isla giratoria en el centro. Pensó que le gustaría estar en una isla esta mañana. En algún lugar tropical y nada cerca de Europa continental. Le debía a Dottie en más de un sentido. Ella le había ayudado a empezar. Lo recuperó cuando su mundo se derrumbó a su alrededor. Ella le presentó a las personas que le habían ayudado a convertirse en un hombre rico. Pero, sobre todo, siempre había sido una amiga y ahora estaba necesitada. Y él no podía rechazarla.

Tomó un trago de su taza y luego la dejó sobre la mesa. —Lo haré.

Dottie se levantó y rodeó la mesa, pasando junto a Jack.

—Primero necesito saber algunas cosas—, dijo.

—Por supuesto—. Dottie pasó a proporcionar la dirección de la casa y la oficina de Thornton y los códigos de seguridad necesarios para el acceso. Ella le contó los restaurantes, bares y clubes de striptease que frecuentaba. Le dio los nombres de los hombres de mayor confianza de Thornton. Mencionó los nombres de sus mujeres, que eran muchas. Cuando terminó, dijo: —¿Algo más que puedas necesitar?

—Necesitaré acceso a armas. Un M40 para el golpe, si puedo hacerlo a distancia. Dos pistolas, preferiblemente de 9 mm. Necesitaré un HK MP7, modelo S, con un silenciador y al menos tres cargadores de repuesto, en caso de que vaya a la guerra con sus hombres—. Jack tomó la taza y tomó un último trago del líquido tibio. Después de tragar, su boca quedó llena de posos de café como limo atrapado en una red. —Además, quiero una pluma letal.

—¿Una pluma letal?

—Parece una pluma, equipada con una aguja y un depósito lleno de veneno. Cuando le colocas el extremo de la pluma a alguien y luego haces clic en la punta, la aguja sobresale y penetra y un momento después el líquido sale del depósito y entra en la víctima.

—Interesante.

—Si tengo que hacer esto en un bar lleno de gente, en un club de striptease o en la calle, no quiero que me vean con un arma en la mano. Todo el mundo tiene un teléfono con cámara hoy en día. Lo último que necesito es volver a ver mi cara en la televisión. Ya no tengo a nadie que me ayude si las cosas van mal.

—Estoy contigo, Jack.

—Pero no puedes permitirte el lujo de estar asociada con un asesino conocido, Dottie. No les llevará mucho tiempo juntar las piezas del rompecabezas. Sé que gran parte del trabajo que hice para ti no fue sancionado. No es necesario que esas cosas salgan a la luz ahora.

Ella asintió, forzó una sonrisa y no dijo nada.

—Entonces, ¿puedes conseguir las armas?

—León tiene acceso a algunas. Haré algunas llamadas para el resto. Esta noche debería tener todo lo que necesitas.

—¿Tengo un coche? — preguntó Jack.

—En el frente. Está listo para ti.

—¿Thornton lo conoce?

—Lo compré ayer, en efectivo, con mi dinero. Está registrado con un nombre falso. Él no sabe nada y no descubrirá nada al respecto.

Jack se reclinó en su silla, se levantó y volvió a llenar su taza. Dejó la taza sobre el mostrador y buscó una taza de viaje. Encontró una en el armario, transfirió el café y lo completó.

—Las llaves están en el encendido. En la guantera hay algo de dinero en efectivo, una tarjeta de cajero automático y un teléfono móvil imposible de rastrear.

—Gracias. Volveré esta tarde.

—No, no vuelvas. Consigue un hotel. Es mejor que no regreses en caso de que te vean y te sigan.

Jack estuvo de acuerdo en que tenía razón. —Entonces dame un número para comunicarme contigo y uno para León.

—Ya está programado en el teléfono. Yo soy el número dos de marcación rápida, él es el número tres. Cuatro y cinco son para emergencias.

—¿Qué tal uno?

—Nunca programo uno, Jack. Es demasiado difícil para mí alcanzarlo con el pulgar.

Jack se acercó a Dottie y la abrazó. Su perfume superó el fuerte olor a café, trayendo de vuelta varios de los recuerdos que había reprimido durante tanto tiempo.

—Ten cuidado, Jack. Si crees que no puedes, llámame. Puedo conseguir que León o alguien más te ayude.

Jack negó con la cabeza. —Solo, Dottie. Esto debe hacerse solo.

No estaba seguro de si lo decía en serio o si se trataba de algún tipo de falsa bravuconería. Quizás le vendría bien la ayuda. Tal vez sólo obstaculizaría la misión. No lo sabía, pero ya había sellado su destino. Sería difícil retractarse de su declaración.

Se alejó y salió de la cocina. Dottie se quedó atrás. León lo recibió en la puerta principal y le entregó una segunda Browning.

Jack se guardó la pistola en el cinturón. Sus pantalones tiraron hacia abajo bajo por el peso de las dos pistolas. —¿Tienes algo más ligero?

—Tendrá que bastar por ahora. Tendré mejores armas esta noche. Llámame a las cinco y concertaremos un lugar para encontrarnos.

Jack salió de la casa sin responder. Vio un coche solitario, un Fiat rojo, aparcado en el centro de un camino circular. Inclinó la cabeza hacia un lado, preguntándose cómo se suponía que encajaría dentro. ¿Tenía algo contra los Land Rovers? Incluso algo de tamaño mediano le habría funcionado.

De mala gana, Jack se sentó detrás del volante. Encontró que era más espacioso de lo que parecía. Giró la llave en el contacto y puso la transmisión en primera. Soltó el embrague mientras

pisaba el acelerador y el coche rodó por el camino de entrada.

CAPÍTULO 9

Hannah escuchó el chirrido agudo de un pequeño motor combinado con el sonido de los neumáticos levantando grava suelta. Se apresuró a asegurarse de no haber alcanzado a la señora Carlisle. Lo último que quería hacer era quedarse afuera de la casa esperando que su jefe regresara. Salió de detrás de los setos a tiempo para ver la parte trasera de un Fiat rojo alejándose de la parte delantera de la casa. El coche no le resultaba familiar. Hannah respiró hondo y se sintió segura de no haber perdido el tiempo viniendo a casa sin avisar.

Cruzó la grava excavada y pateó las piedras sueltas para colocarlas en su lugar a medida que pasaba. Se paró frente a la alta puerta de entrada de madera. Respiró hondo preparándose para la humillación que tenía que recibir. Una aldaba de latón envejecido, manchada por años de lluvia, nieve y hielo, colgaba de la boca de un león de latón igualmente envejecido fijado en el centro de la puerta. Levantó el pesado anillo de latón y lo dejó caer. Crujió al caer y luego golpeó la puerta con un ruido sordo.

La puerta se abrió y un ojo se asomó. Se abrió un poco más. El hombre saludó a Hannah con una sonrisa.

—No te esperábamos—, dijo.

—Lo sé, León. Aunque realmente necesito hablar con la señora Carlisle.

—¿Está todo bien?

Hannah se encogió de hombros y extendió los brazos, con las palmas hacia arriba y los pulgares hacia afuera.

—Bueno, entonces entra. La señora Carlisle está arriba preparándose para el día. Bajará en unos minutos.

—Oye, ¿quién estaba en el auto que acaba de alejarse? — preguntó ella.

León se dio vuelta y se alejó sin responder. Hannah lo siguió al interior. En lugar de girar a la izquierda y seguirlo hacia la sala de estar, Hannah continuó directamente hacia la cocina. El olor a melón recién cortado, a fresas y a café la envolvió. Miró hacia el mostrador y vio tres tazas junto al fregadero. Tras una inspección más cercana, todas habían sido usadas recientemente. Cada una tenía una fina capa de lodo negro en el fondo. Una estaba manchada en la parte superior con lápiz labial rojo, el mismo tono que usaba la señora Carlisle. Su mirada recorrió la encimera de granito. La cafetera estaba encendida y la olla con capacidad para doce tazas estaba a menos de la mitad de su capacidad, lo que indicaba que, al menos una persona había vuelto a llenar su taza. Si la señora Carlisle recién ahora se estaba preparando para el día, ¿quién había estado tomando café? ¿Significaba esto que Erin y Mia ya habían regresado de vacaciones? ¿O la señora Carlisle y León habían estado sentados con quienquiera que se fuera en el auto rojo? Seguramente la señora Carlisle ya se habría preparado si hubiera tenido un invitado.

—Hannah, qué delicia.

Ella saltó ante el sonido de la voz. No había oído a nadie entrar a la cocina.

—¿Te importaría servirme una taza también? — preguntó la señora Carlisle.

—Claro, señora. ¿Qué taza estaba usando? — Hannah esperó su respuesta sin darse la vuelta.

—Esas son de anoche, querida. Coge tazas nuevas del armario.

Las tazas se podían explicar, pero no la jarra de café medio llena. Hannah las descartó, llenó dos tazas y las llevó a la mesa, donde ya esperaban la nata y el azúcar. Tocó el plato de crema de peltre. Estaba fría, al igual que la crema que contenía. Levantó la vista y le sonrió a la señora Carlisle. ¿Por qué le había mentido la mujer? ¿Qué estaba escondiendo?

—¿Qué vas a hacer hoy? — preguntó la señora Carlisle. —No te esperaba hasta dentro de al menos una semana.

Hannah se mordió el interior de la mejilla por un momento mientras dejaba a un lado el misterio de la taza de café y se concentraba en sus verdaderos problemas.

—¿Hannah? ¿Todo está bien?

—Me quitaron la beca, señora. No podré pagar la escuela.

—Bueno, estoy segura de que puedo ayudarte con eso.

—No quiero limosna, señora. Si tengo que quitarme este término, está bien, lo haré. Lo que me gustaría saber es si puedo dedicar algunas horas extra. Estoy dispuesta a hacer cosas además de ser niñera de Mia. Puedo trabajar aquí o en una de las otras casas. Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa que necesites.

La señora Carlisle se levantó y caminó hacia la ventana. —No sé si eso es posible, Hannah. Al menos no en este momento. He... —Hizo una pausa y se volvió hacia Hannah. — Probablemente tenemos que irnos por un tiempo. No lo sé con certeza todavía. Pero podría estar fuera por un mes, tal vez dos. Mia no estará presente y las casas no necesitarán que nadie más que el personal que ya está disponible se ocupe de ellas.

—Por favor, señora—, dijo Hannah. —Tendré que volver a casa y sabe que no puedo pasar tanto tiempo con mi padre. No puede soportarlo y...

—Está bien, Hannah—, la señora Carlisle colocó una mano reconfortante en el hombro de Hannah. —¿No asistirás a la escuela este trimestre?

—Eso es correcto. Sin la beca no puedo pagarla. Esperaba poder trabajar más para usted, ahorrar dinero y recuperar mi beca el próximo semestre.

—¿Y si nos acompañas? Podrías ser la niñera de viajes de Mia. Dado que efectivamente trabajarías al menos el doble de horas, aumentaría tu salario dos veces y media su tarifa actual. ¿Cómo suena eso?

Hannah se levantó y abrazó a la mujer mayor. Inhaló el tenue aroma de su dulce perfume, notando que no era tan fuerte como debería si se lo hubiera puesto recientemente.

—Lo tomaré como un sí—, dijo la señora Carlisle.

Hannah se echó hacia atrás. El nudo en su garganta le impedía hablar. Ella asintió ante la imagen borrosa de lágrimas de su jefe y luego se inclinó y la abrazó un poco más.

—Está bien, ya es suficiente—. La señora Carlisle se liberó del agarre de Hannah. —¿Por qué no pasas los próximos días ayudando a las criadas? Puedes empezar aquí por la cocina.

—Sí, señora—. Hannah se dio vuelta y caminó hacia el fregadero. Cogió las tres tazas y las colocó debajo del grifo. Enjabonó un trapo y luego les limpió los restos de café, el lápiz labial y las huellas dactilares.

CAPÍTULO 10

Jack estaba sentado en el Fiat al otro lado de la calle del edificio que tenía la dirección que le había dado Dottie. La oficina de Thornton. Era un edificio de ladrillo gris de tres pisos que ocupaba media cuadra. Tres filas de ventanas con espejos uniformemente espaciadas del piso al techo envolvían el exterior. Detrás de una de esas ventanas estaba la oficina de Thornton. Jack se preguntó si el hombre estaría allí. ¿Quién más estaba ahí? ¿Thornton mantuvo una fuerza de seguridad con él todo el tiempo, incluso en su oficina corporativa? ¿Sabían los empleados de ese hombre en qué más estaba metido Thornton? Demonios, ¿algunos de ellos también estaban interesados?

Jack tenía una serie de preguntas que lo carcomían. Sentarse afuera del edificio y esperar lo dejó con poco más que hacer aparte de cuestionar la situación. Cuando Jack vio a Thornton en Montecarlo, le resultó obvio que aquel tipo traía malas noticias. Aún así, fue impactante descubrir que el hombre estaba tan involucrado en actividades criminales como había dicho Dottie. No tenía motivos para dudar de ella, pero todavía no podía deshacerse de la molestia en el fondo de su mente que le decía que ella se había inventado algo sólo para endurecer a Jack hacia el hombre.

Pero no importaba. Recordó cómo Thornton intentó matarlo. Había visto lo que Thornton le había hecho a Dottie. Si lo hubiera visto antes de que llegara la policía y detuviera a Thornton, Jack lo habría matado en el acto. Pero no lo había hecho, y no lo hizo. Y ahora estaba en Londres para hacer lo que debería haberse hecho hace más de seis meses.

Supuso que su imagen estaba grabada en la memoria de Thornton. ¿Pero el chico lo notaría a plena luz del día? El bar del casino estaba débilmente iluminado. Los muelles donde habían tenido su enfrentamiento estaban oscuros, con sólo una o dos luces naranjas en el techo. Quizás Thornton tenía una imagen distorsionada de Jack Noble, una que apenas se parecía a la realidad.

La idea le dio a Jack el coraje para entrar al edificio y terminar el trabajo en ese mismo momento. Pero no lo hizo. Sabía que no podía correr ese tipo de riesgo tan pronto. Había demasiadas personas potencialmente inocentes dentro, por ejemplo. Y existía la posibilidad de que Thornton supiera exactamente quién era Jack y, dada la llegada de las cámaras y sistemas de seguridad, Thornton sabría que Jack estaba en el edificio en el momento en que pusiera un pie en la propiedad.

Y entonces la mente de Jack divagaba. Comenzó a pensar en las implicaciones de hacer el trabajo, lo que lo llevó a preguntarse una vez más por qué él. Sabía que Dottie confiaba en él. Siempre lo hizo. Habían trabajado juntos en el pasado, tanto en trabajos autorizados como no autorizados. Él nunca la decepcionaría y ella nunca lo decepcionaría a él. Pero en casi todos esos casos, Jack tenía el elemento sorpresa a su favor. Su objetivo no conocía su rostro. Excepto por dos golpes cuando lo contrataron para eliminar a agentes rebeldes. Pero esos estaban

sancionados, y él tenía la libertad de hacer lo que considerara necesario sin temor al gobierno ni a la policía ni a nadie, excepto a los propios agentes deshonestos, por supuesto.

Ahora estaba aquí, fuera de las oficinas de su objetivo. Un objetivo que conocía su rostro y conocía su nombre. Demonios, Thornton podría incluso saber que Jack estaba afuera.

¿Y si Dottie le hubiera tendido una trampa? ¿Qué pasaría si estuviera trabajando con alguien como Frank y juntos hubieran arreglado el fin de la vida de Jack? Le había parecido extraño que la llamada de quien suponía que había sido León hubiera llegado poco después de decirle a Frank que había terminado con la agencia y el negocio. Lo único que quería era su libertad, jubilarse. Quizás Frank tuvo una idea diferente.

De repente, cada rostro que veía se convirtió en una amenaza. No era una amenaza posible, sino una amenaza real y auténtica. Cada hombre, cada mujer. Jóvenes, viejos, en el medio. Porque en el mundo del espionaje, no es el que esperas que te mate el que lo hace. Sucede cuando bajas la guardia ante una persona de apariencia inocente que parece incapaz de quitarte la vida.

Jack se dio una palmada en las mejillas, con la mano abierta y luego con el revés. Izquierda, luego derecha. Sacudió la cabeza y disipó los pensamientos paralizantes que contenía. Este no era el momento para dejarse vencer por el miedo y los pensamientos de pánico. Si Dottie le había tendido una trampa entonces lo arreglaría como cualquier otra vez que le hubieran tendido una trampa.

Autoconservación, ante todo.

Luego venganza.

Así que lo único que le quedaba a Jack era esperar y observar. Observó a la pareja de ancianos pasar junto a su coche. Esperó mientras en cuestión de segundos pasó el cortejo fúnebre de alguien no muy querido. Esperó y observó cómo la mitad del edificio se vaciaba sobre las aceras a la hora del almuerzo. Y, nuevamente, cuando regresaron. Durante todo el proceso, no hubo ni rastro de Thornton Walloway.

Así que Jack esperó aún más.

Prestó especial atención a las personas que entraban y salían del edificio en horarios irregulares. Haría una evaluación rápida y luego, si sentía que encajaban en su perfil, tomaría una foto con el teléfono celular que Dottie había dejado en el auto. Sólo unos pocos merecían tanta atención. Pero consideró el hecho de que no conocía a los socios criminales de Thornton y pensó que no estaría de más tener las fotografías.

A través del escaneo y la elaboración de perfiles, una cosa se filtró en la cabeza de Jack sin haber sido procesada adecuadamente. Un coche había estado aparcado detrás de él durante todo el día. No demasiado cerca. No muy lejos. Había llegado poco después que él. Nunca vio salir a nadie. Eso no significaba que nadie lo hubiera hecho. Pero si lo hubieran hecho, se lo había perdido. Lo cual parecía poco probable teniendo en cuenta que había notado a todos los perros que se detenían a orinar en la boca de incendios visible en la esquina inferior derecha de su espejo retrovisor.

El sol se reflejaba en el parabrisas del vehículo, por lo que a Jack le resultaba imposible ver si había alguien dentro. Contempló salir y caminar hacia el auto. Decidió que no. No aquí, no frente al edificio de oficinas de Thornton.

Entonces Jack obtuvo la oportunidad que estaba esperando.

Cambió su atención del coche situado detrás de él al edificio. Su mirada se desvió del primer al tercer piso, volvió a bajar y se posó en el agujero oscuro donde los vehículos habían desaparecido y salido a lo largo del día. Su atención una vez más comenzó a desviarse, pero

antes de que la entrada al nivel de estacionamiento abandonara su campo de visión, emergió un Bentley negro.

Y parecía ser el mismo de la noche anterior, afuera del hotel.

El Bentley giró a la izquierda al salir del garaje, avanzó y se detuvo en la esquina, veinte metros detrás de Jack. Giró otra vez a la izquierda y se acercó a su posición por detrás.

Jack miró hacia otro lado. Las ventanillas del Bentley estaban tintadas por los cuatro lados. Mirar fijamente el auto sólo haría que lo notaran. El Bentley pasó. Jack giró la llave en el contacto del Fiat. Pisó el embrague, pisó el acelerador y se alejó de la acera. Pasó de primera a segunda. Miró por el espejo retrovisor y vio que el auto que había estado estacionado detrás de él todo el día también se alejaba de la acera.

Jack marchó con el Bentley, manteniéndose a unos treinta metros detrás. Tomó nota de los nombres de cada calle por la que pasaba y los memorizó. El diseño de Londres, y de la mayoría de las principales ciudades europeas, no encajaba lógicamente con su cerebro. Se extienden desde un punto central sin cuadrícula para que, llegar del punto A al punto B, sea tan simple como requerir solo los puntos cardinales para navegar.

Entonces hizo todo lo posible para crear un mapa en su mente. Si llegara el momento, sabía que podría encender el GPS del teléfono celular. Aunque experiencias pasadas le hicieron dudar de hacerlo. Ya lo habían rastreado mediante GPS una vez y prefirió no revivir la experiencia.

Las luces de freno del Bentley se encendieron como un par de ojos seductores, y luego el elegante vehículo negro se detuvo frente a una sastrería personalizada llamada Federico's. La puerta del conductor se abrió. Un hombre salió. Se parecía mucho a uno de los hombres que Jack había visto frente al hotel. El tipo dejó la puerta abierta, dio dos pasos hacia la parte trasera del auto y abrió la puerta trasera. El conductor miró hacia el norte, el sur, el este y el oeste. Se levantó las gafas de sol y sus ojos recorrieron grandes arcos de lado a lado. Dijo algo y luego salió el hombre que iba en la parte trasera del Bentley.

El pasajero era mayor. Su perilla plateada estaba recortada tan cerca de su cara como su cabello hasta su cabeza. Su traje oscuro le decía a cualquiera que estuviera a su alcance que el dinero nunca sería un obstáculo. Sin duda, éste era el hombre que Jack había encontrado en Montecarlo. El hombre que había intentado matar a Jack. Este era el hombre que había golpeado a Dottie a punto de matarla.

Thornton Walloway.

Jack pasó lentamente. Usó su mano izquierda para ocultar su rostro de la vista. Mantuvo sus gafas de sol puestas para ocultar sus ojos. Los segundos que tardaron en pasar parecieron minutos. Se detuvo en la acera de enfrente y dejó el Fiat al ralentí. Usando los espejos retrovisores y laterales, observó a Thornton entrar a la sastrería. La puerta de cristal tintado se cerró. El conductor desapareció dentro del Bentley. Los faros cortaron la lúgubre niebla que se cernía sobre la calle. El vehículo de lujo negro se alejó de la acera, pasó a Jack y giró a la izquierda en el cruce.

—Maldita suerte—, murmuró Jack.

Podría terminarlo allí mismo. En el mejor de los casos, entraría y colocaría una bala en el centro de la frente de Thornton. Existía la posibilidad de que se produjeran víctimas accidentales, pero Jack podía vivir con eso. En el peor de los casos, tendría que matar a algunas personas en la tienda y luego enfrentarse al conductor, quien, probablemente, también hacía las veces de guardaespaldas de Thornton. De cualquier manera, le gustaban sus probabilidades.

Sacó ambas Browning. Las pistolas estaban bien cuidadas y recientemente engrasadas. Volvió a colocar cada cargador y puso una bala en cada recámara. Tenía dos disparos antes de

que alguien pudiera reaccionar. Para un hombre como Jack, eso era suficiente.

Se inclinó, abrió la guantera y rebuscó en ella buscando algo con qué cubrirse la cara. Encontró una camiseta azul hecha pedazos, manchada de aceite. Se la acercó a la cabeza. Un ajuste perfecto. Tiró del freno de mano y sacó las llaves del contacto. Los vapores de gas llenaron el estrecho interior. Bajó la ventanilla del lado del conductor un par de centímetros, luego abrió la puerta y salió a la acera. Examinó la calle, de norte a sur. Tranquilo a excepción de algunos peatones. Su preparación terminó ahí.

En la mayoría de los escenarios, el tiempo fue un aliado. Hoy no. Aquí no. Jack decidió que ni siquiera podía tomarse el tiempo para caminar por la acera frente a la tienda, luego cruzar la calle y dar la vuelta. En ese momento, el conductor podría estar nuevamente en la calle y tal vez supiera cómo era Jack. El conductor podría situarse entre Jack y el Fiat, lo que complicaría mucho las cosas.

Jack atravesó el aire húmedo y cruzó la calle en diagonal en dirección a Federico's. Planeaba girar la cabeza en dirección opuesta cuando golpeara la acera, evitando que cualquiera que estuviera dentro pudiera ver su rostro. En el mejor de los casos, tendrían un tipo de cuerpo para continuar. Y si bien Jack era algo así como un espécimen físico, no era lo suficientemente impresionante como para ser único en su clase.

Pero no salió según lo planeado. No llegó al otro lado de la calle. En cambio, el coche que lo había estado siguiendo se detuvo con un chirrido frente a él. La ventanilla del lado del conductor bajó. Un hombre con cabello rubio rizado y cejas casi blancas apuntó con un arma a Jack.

—Métete en el coche, Jack.

Jack vaciló y dio un paso atrás. Se dio cuenta de que el vehículo era emitido por el gobierno.

—No intentes correr. Te mataré a tiros.

Las manos de Jack fueron a las empuñaduras de sus pistolas.

—Ni se te ocurra.

Jack miró hacia ambos extremos de la calle. A su izquierda, la sastrería y media docena de vehículos subiendo hacia él. A su derecha, el conductor del Bentley.

—Date prisa, Jack, antes de que te disparen.

El conductor del Bentley miró en dirección a Jack. Metió la mano en el bolsillo de su abrigo. ¿Iba a por una pistola? ¿O un teléfono celular? ¿Era mejor enfrentarse a ese hombre o al rubio que iba dentro del sedán gubernamental más barato?

El conductor del Bentley sacó una pistola.

—¡Ahora! — dijo el conductor del sedán del gobierno.

Jack dio un paso hacia su derecha, agarró la manija de la puerta trasera y se lanzó hacia el vehículo mientras éste se alejaba.

CAPÍTULO 11

—¿Qué estás haciendo, Jack?

Clarissa se encorvó detrás del volante de su pequeño auto, llena de incredulidad ante lo que acababa de presenciar. Ya era bastante malo que Jack pareciera estar listo para intentar un ataque dentro de una tienda en una zona concurrida. ¿Pero entrar en un vehículo propiedad de la inteligencia británica? ¿En qué diablos estaba pensando?

Mientras avanzaba por la calle, se dio cuenta de que Jack sólo había tenido dos opciones después de que el coche se detuviera. Entra o recibirás un disparo del conductor o del hombre que estaba parado en la acera entre la tienda y la esquina. Ella lo reconoció, ya que lo había visto antes en casa de Naseer. El tipo le dio escalofríos. Haría todo lo posible por mirar hacia otro lado cuando pasara. Un tipo como él probablemente no creería en las coincidencias. Había sumado dos y dos, le dijo a su jefe. Su jefe hablaría por teléfono con Naseer y entonces se desataría el infierno. Lo último que Clarissa necesitaba era que Naseer le preguntara sobre su paradero e intenciones. La sacarían de la tarea en el momento en que enviara una actualización de estado. Si ella viviera tanto tiempo.

Cuando Clarissa se acercó a la intersección frente a la sastrería, tuvo que tomar una decisión. Girar y subir dos cuadras, luego volver a incorporarse a la carretera y correr el riesgo de perder a Jack. O continuar y rezar para que el hombre no la viera. Ya estaba perdiendo terreno frente al sedán, por lo que girar en la intersección parecía la opción menos atractiva. Presionó el pedal del acelerador. El pequeño coche se sacudió y aceleró.

El hombre se encontraba ahora más cerca de la entrada de la sastrería. Su cabeza se movió unos centímetros. Sus ojos hicieron el trabajo pesado, escudriñando la calle y los edificios. Parecía relajado, pero consciente. Jack lo había asustado, pero al final, el coche del gobierno podría haber ayudado a Jack. Quizás el tipo pensó que se trataba de una extorsión normal. Sabía que él estaba capacitado para detectar anomalías y actuar de inmediato. Y eso era algo que Clarissa podría utilizar a su favor.

Así que se hizo parecer como todos los demás en el camino. Se llevó la mano izquierda a la cabeza, con el teléfono móvil en la palma y presionado contra la mejilla. Su mano derecha se agitó violentamente frente a ella, animando su falsa conversación. En el último segundo, giró la cabeza hacia la derecha como si hubiera visto algo súper lindo en el escaparate de una tienda. El esfuerzo sirvió para ocultarse aún más de la vista. Después de pasar, Clarissa miró por el espejo lateral. El tipo miró en la dirección opuesta. Si se había fijado en ella, ocultó bien su reacción. Probablemente, había visto a una mujer en un coche y la había archivado como si no fuera una amenaza.

Llegó a la siguiente intersección y redujo la velocidad hasta detenerse. Una fila de tres coches se acercó por la izquierda. Cinco por la derecha. Miró hacia el espejo retrovisor. El tipo

se acercó a ella. Sus ojos bajaron un centímetro. El sedán gubernamental se distanció aún más. Si no cruzaba pronto la intersección, los perdería.

—Vamos vamos vamos—. Dio unos golpecitos con el talón de su pie libre y hizo saltar las rodillas.

Los nudillos golpearon la ventanilla del lado del pasajero.

Clarissa jadeó, saltó y miró hacia arriba.

El chico la miró por encima de las gafas de sol que ahora estaban colocadas sobre su nariz. Le hizo un gesto con la mano para que bajara la ventanilla.

Extendió su mano derecha y presionó un botón. La ventana se deslizó hacia abajo.

—Eres la dama de Naseer, ¿verdad?

Clarissa no dijo nada.

—¿Qué estás haciendo en esta parte de la ciudad?

—No tengo que darte explicaciones.

Él sonrió y colocó los antebrazos sobre el alféizar de la ventana. —¿Qué te parece si vienes a tomar una copa conmigo?

Ella no dijo nada.

—¿No? Tal vez debería llamar a Naseer y decirle que estás fuera, al otro lado de la ciudad frente a él.

—Y mientras estás en eso, ¿por qué no le mencionas que acabas de coquetear conmigo?

La sonrisa del chico se desvaneció. Levantó la cabeza unos centímetros y movió los labios de lado a lado. Murmuró algo en voz baja que sonó despectivo.

—¿Qué dijiste? — preguntó Clarissa.

Sacudió la cabeza y no dijo nada.

—Sí, eso es lo que yo pensaba. Saca tus sucias manos de mi vehículo—. Ella apretó el acelerador y se alejó antes de que él tuviera la oportunidad de desconectarse por completo del auto. Su brazo, codo o mano chocó con el marco de la puerta con un ruido sordo y tal vez un crujido. Miró por el espejo retrovisor y lo vio inclinado, acunando su brazo derecho.

Su júbilo se desvaneció cuando se dio cuenta de que había perdido de vista el vehículo del gobierno.

Y a Jack.

CAPÍTULO 12

—Te he estado observando desde que llegaste—, le dijo el hombre a Jack. —No podíamos creer que tu nombre estuviera marcado. Pensé que tenía que ser un error, o tal vez algún otro Jack Noble viajando de Estados Unidos a Londres. Quiero decir, ¿por qué Jack Noble viajaría con su propio nombre? De verdad, ¿por qué lo harías?

Jack se masajeó las sienes con los pulgares. Respiró hondo, aspirando el aire reciclado que transportaba el leve olor a agujas de pino. Su miedo se había hecho realidad.

—¿Por qué debería decírtelo?

—Soy del Servicio de Seguridad. MI5, amigo. Ya sé mucho sobre ti. Exmarino con vínculos con la CIA. Hubo un tiempo en que trabajaste para una agencia que comparte un acrónimo con nuestro MI6. Te fuiste hace mucho tiempo, pero aun así contrataste con ellos para ataques no autorizados, tanto extranjeros como nacionales. Estuviste trabajando con ellos hace apenas una semana. Un general ruso fue asesinado en un teatro al norte de Moscú. Tú estabas ahí. Pregúntame ¿cómo sé eso?

Jack no dijo nada, estaba concentrado en el camino que tenía por delante.

—Mira, amigo, descubriré qué estás haciendo aquí de una forma u otra. Puedes decírmelo aquí. O puedes decírmelo en una celda, si eso es lo que prefieres.

Jack se giró, miró por la ventanilla lateral y suspiró.

—O si realmente no te aprecias, puedo encontrar personas que ames y empezar a cuestionarlas. ¿Qué tal si empiezo con mi antiguo jefe? Supongo que será más cooperativo.

Jack giró la cabeza y estudió al hombre por un momento. ¿Realmente iría tras Dottie? Decidió ganar algo de tiempo y tratar de descubrir qué quería realmente. —¿Tienes identificación?

El tipo sacó una placa y un documento de identidad. Ambos tenían impreso el nombre Mason Sutton. Trabajaba para la inteligencia británica, el Servicio de Seguridad, MI5. La dirección que figuraba en la placa decía Thames House. Jack sabía que eso estaba al otro lado del río desde Vauxhall Cross, la sede del MI6. Jack había pasado un tiempo allí en el pasado cuando trabajaba para Dottie en golpes sancionados. Recordó cómo eran las insignias entonces. Si Mason hubiera falsificado sus credenciales, habría hecho un trabajo bastante bueno. Su placa era igual a las que Jack recordaba en su cabeza. Supuso que el diseño no había cambiado mucho en los últimos diez años. No tenía motivos para hacerlo. La inteligencia británica no sucumbió a una versión de dos puntos.

En ese punto, las opciones de Jack eran limitadas. Darle a Mason lo que quería o caer entre las grietas burocráticas y quedarás encarcelado indefinidamente.

—¿Qué quieres saber?

—Como dije, ¿por qué viajaste con tu nombre real?

—Deja de molestarme.

Mason sonrió, se inclinó, puso una mano en el antebrazo de Jack y dijo: —Hazme caso.

—Estoy jubilado—, le dijo Jack. —Mi nombre es bueno. Soy libre y estoy limpio en los EE. UU. y en todas las naciones amigas. No me buscan en relación con ningún delito. No me buscan para interrogarme sobre ningún delito. Puedo viajar sin restricciones. ¿Por qué mi nombre aparecería en su sistema? Quizás estés buscando otro Jack Noble. ¿Alguna vez pensaste en eso?

Mason soltó el brazo de Jack y se echó a reír. —Oh, Jackie, eres otra cosa. ¿Lo sabes?

Jack no respondió.

—Eres quien creemos que eres, amigo. Sí, tienes razón, no te buscan para nada. Ahora. Pero es mejor que tengas la seguridad de que cuando aparezca tu nombre, los gobiernos se preocuparán por lo que estás haciendo en su país. Demonios, Carnival Cruise Lines se preocuparía si aparecieras en su itinerario. Un tipo como tú no viaja por placer. Y no te molestes en contarme una historia tonta. No soy un estúpido agente de aduanas que pasa el día hasta que llega el momento de marcar el reloj.

—Te lo dije, estoy jubilado.

—Sí, eso dijiste—. Mason conducía con las rodillas mientras encendía un cigarrillo. Dio una profunda calada y exhaló en dirección a Jack. —Los hombres como tú no se jubilan, Jack. No hasta que alguien les mete una bala en el cráneo.

—¿Es eso para lo que estás aquí?

Mason se encogió de hombros, hinchó las mejillas y forzó el aire a través de los labios ligeramente cerrados, creando un sonido de aleteo. —Dame una razón y sí, te despediré.

—¿Te he dado una razón?

—Aún no.

—Entonces, ¿qué quieres de mí? No me detuviste en medio de la calle y me sacaste de la ciudad para preguntarme por qué me subí a un avión usando mi nombre real. Y no conozco ninguna tienda popular que un travesti como tú pueda visitar. ¿Así que qué quieres?

Mason sonrió, asintió y dijo: —Bien, iré al grano, amigo. ¿Qué querrías de Thornton Walloway?

—¿Quién?

—No es lo mejor para ti, cómo dijiste, darme vueltas, Jack. A partir de este momento, soy tu amigo. ¿Lo tienes? Amigo. No me quieres como enemigo—. Mason hizo una pausa. Sus ojos revolotearon entre los de Jack. Él continuó. —Has estado afuera de su edificio de oficinas todo el día. Tan pronto como su auto salió a la calle, saliste tras él. Su Bentley se detiene, conduces media cuadra y luego te detienes. Él sale, entra a una tienda de ropa, luego te bajas de tu pequeño auto y cruzas la calle como si estuvieras empeñado en presentarle su destino abandonado. Tengo tu número, Jack. Podría construir un caso de conspiración para cometer asesinato allí mismo. Entonces, ¿qué te parece si me cuentas lo que está pasando?

—Hace siete meses cometí un error. Hice algo que sabía que no debería haber hecho. No me contaron toda la historia y pude alegar ignorancia, pero el hecho es que sabía lo que estaba pasando. Pensé que lo que había conseguido nunca terminaría en manos de alguien con la capacidad de ejecutar. Y lo hice por dinero, simple y llanamente. Había estado pensando en dejar el negocio, lanzarme al mar, jubilarme. Este trabajo me hubiera permitido hacerlo. Pero luego tuve una experiencia que me cambió la vida, minutos antes de que se suponía que debía hacer el lanzamiento. Todo cambió.

—¿Qué fue?

Jack estudió al hombre por un momento antes de decidir no contarle sobre las situaciones de

Mandy y Clarissa. No hay razón para darle munición extra al tipo. —Digamos que era algo con lo que nunca me había enfrentado antes.

—De acuerdo.

"De todos modos, esta cadena de acontecimientos me llevó a Francia, Italia por un breve tiempo y luego a Rusia. Hice una parada en un lugar encantador llamado el Delfín Negro, evité por poco una tumba poco profunda y me encontré relajándome en Grecia durante unos meses. Me obligaron a ayudar al SIS, tenías razón en eso. Pero tenía que hacerlo. Era, para todos los lados, mi desastre por limpiar. Y lo hice. Lo terminé. Perdí algunos amigos en el proceso.

Mason entrecerró los ojos, se frotó la barbilla y dijo: —Tú mataste a ese viejo idiota, Ivanov, ¿no?

Jack levantó los hombros unos centímetros y miró hacia otro lado. Hizo ambas cosas a propósito. Dos gestos simples que afirmaron los pensamientos de Mason y dijeron que *no hice nada*.

—Genial, eres un héroe. Salvaste al mundo. Limpiaste tu desorden. ¿Cómo te lleva eso a Londres? ¿Qué tiene que ver con Walloway?

Jack miró hacia adelante. No había prestado atención a la ruta que habían tomado y no estaba seguro de dónde estaba. El paisaje urbano se había convertido en un entorno suburbano en rápida decadencia. Más adelante había una zona densamente boscosa. Se movió en su asiento y miró entre Mason y la carretera.

Dijo: —Tuve un encuentro casual con él en Montecarlo.

—¿Qué estabas haciendo en Montecarlo?

—Matando tiempo—. Jack hizo una pausa para hacer más preguntas. Cuando no hubo ninguna, continuó. —Me encontré con Dottie allí. Habían pasado más de unos pocos años desde la última vez que trabajamos juntos. Le compré una bebida. Walloway se acercó e hizo una escena. Exaltado totalmente. Me encontré con él de nuevo esa noche, él y sus muchachos.

—¿Mataste a alguno de ellos?

Jack no dijo nada.

—Bueno. Entonces, ¿qué más?

—¿Quién dice que hay más?

—Entiendo que tú y él tienen una historia. Pero no encaja que lo arriesgues todo para venir aquí sólo por eso. Tú mismo dijiste, ya terminaste, estás jubilado.

—Se topó con Dottie esa noche. Pasó un mes en el hospital. Compró los jueces de allí y salió impune. Es decir, menos el tiempo que pasó en prisión.

—Ah, entonces ella se acercó a ti y te pidió que lo sacaras—. Mason giró la cabeza, hizo contacto visual con Jack y añadió: —No respondas a eso.

Jack no lo hizo. Mantuvo la boca cerrada y los ojos abiertos. El coche empezó a reducir la velocidad. Más adelante vio un claro a la derecha que conducía a un camino de grava o camino de entrada. El vehículo siguió desacelerando y luego giró hacia la carretera. Ninguno de los dos dijo nada mientras el auto descendía, rebotaba y se balanceaba de izquierda a derecha y viceversa. Finalmente, el sedán se detuvo y Mason lo estacionó.

—Este es el trato, Jack...

—Estoy armado, Mason. Puede que me dispares primero, o puede que no. Pero antes de hacer cualquier cosa, ten en cuenta el hecho de que tengo dos pistolas Browning HP y puedo acceder a ellas antes de que puedas reaccionar.

Entre risas, Mason dijo: —¿Crees que te traje aquí para matarte?

Los ojos entrecerrados y hacia arriba de Mason y su carcajada hicieron que Jack se sintiera

cómodo.

—Solo estoy siendo cauteloso—, dijo Jack.

Mason se tomó un momento para recomponerse y exhaló con un silbido agudo. —Estoy aquí porque quería saber tus intenciones hacia Walloway y decirte que queremos que lo elimines. Te pagaremos doscientos mil euros más de lo que te pague Dottie.

Dottie no le pagaba nada. Jack había aceptado el trabajo por motivos personales. Sin embargo, eso no le impediría recibir dinero del gobierno británico.

—Entonces, ¿por qué me detuviste allí? Lo tenía. Estaba solo en esa tienda con uno, tal vez dos empleados.

—Sabemos cuándo queremos que se haga. Va a haber una reunión.

—MI5—, dijo Jack. —Eres contraterrorismo, ¿verdad?

Mason asintió, en un movimiento singular y decisivo.

—Entonces ¿eso significa…?

Otro movimiento singular y decisivo de la cabeza de Mason confirmó que Thornton Walloway estaba involucrado con algunos hombres malos.

—Y en esta reunión, ¿habrá otros que querrás eliminar?

—No necesariamente—, dijo Mason. —Queremos que tengan miedo. Queremos que sepan que sabemos sobre ellos.

—Entonces es por eso por lo que me necesitas. Walloway es el único objetivo. Sin embargo, el disparo no será a distancia, por lo que el tirador debe acercarse. Lo suficientemente cerca como para que pudieran verlo. Y no puede permitir que vean a uno de sus operadores en el momento del golpe. Pero estar cerca me pondrá en una posición precaria. Otros podrían morir.

De nuevo, un solo asentimiento. No se dijeron palabras.

Jack entendió. Tenían suficiente información sobre Walloway para justificarlo, pero no sobre los demás. Si Jack tenía que matarlos, que así fuera.

El fuerte olor a humo de leña había invadido el coche. La mirada de Jack se desvió, recorriendo el bosque circundante. Extrañas sombras aumentaron su nivel de alerta. Todavía no sabía si podía confiar en Mason. ¿Por qué tuvieron que venir aquí para discutir esto? ¿Qué tan cerca estaba la persona o casa más cercana? Había notado varios caminos de entrada después de pasar el último vecindario. Probablemente alguien estaba lo suficientemente cerca como para que se escuchara cualquier disparo. Pero, ¿sería inusual? ¿Cazaba la gente en Inglaterra? Por supuesto que lo hacían. Pero, ¿cazaban aquí, en estos bosques?

—Abre la guantera—, dijo Mason, rompiendo el silencio que había persistido por la forma en que el humo de leña flotaba en el dosel de hojas que los cubría.

Jack deslizó su mano a lo largo del tablero hasta que encontró el pestillo. La puerta de la guantera se abrió. Dentro había una Beretta M9, la pistola preferida de Jack. Sacó el arma y la inspeccionó.

—También hay un silenciador y un cargador de repuesto—, dijo Mason.

Jack metió la mano y la puso sobre el silenciador. Lo enroscó en el extremo del cañón. Sacó el cargador de repuesto y luego cerró la guantera.

—Está bien—, dijo Mason. —Vete ahora.

—¿Qué?

—Me escuchaste. Afuera. Estaré en contacto pronto.

—No tengo idea de dónde estoy. No tengo coche.

—En breve llegará un hombre con tu coche. Se fueron justo después que nosotros.

¿Cuántos lo habían estado siguiendo? Jack puso su mano en la manija de la puerta y vaciló.

—Continúa, Jack. ¿De verdad crees que te dejaría aquí para que te tendieran una emboscada después de darte un arma?

El sonido de los neumáticos crujiendo y escupiendo grava rugió desde atrás. Jack estiró el cuello y vio acercarse el Fiat.

Mason extendió los brazos. —¿Feliz?

Jack asintió, abrió la puerta y salió.

El coche de Mason cobró vida con un rugido, arrancó y se detuvo a quince metros de la carretera. El Fiat se detuvo junto a Jack. Un hombre saltó, pasó junto a Jack y corrió hacia el auto de Mason. El tipo subió y tomó el asiento que había ocupado Jack. El sedán avanzó, arrojando grava a su paso.

Jack se encontró solo con el Fiat en medio de la nada.

CAPÍTULO 13

Naseer tamborileó con los dedos de su mano izquierda siguiendo un patrón rítmico a lo largo del borde de su escritorio. Uno, dos, tres, cuatro, pausa. Una y otra vez, sus dedos repitieron el ritmo.

Thornton llegó quince minutos tarde a su reunión. Naseer tenía poca paciencia con las tardanzas, pero hoy no permitió que eso le molestara. No esperó con paciencia ni con impaciencia. No estaba ni tranquilo ni ansioso. Él simplemente esperaba.

Y siguió haciendolo.

Sus pies descansaban en la esquina del antiguo escritorio que le había costado varios miles de dólares. El escritorio tenía una historia, pero Naseer no la sabía. Le prestó poca atención al hombre que recitaba nombres de personas que tenían cierta prominencia en la historia. El escritorio tenía el aspecto que Naseer quería. Los visitantes también lo comentaban a menudo. Eso era lo que realmente le importaba a Naseer. Eso y el hecho de que el mueble grande y atrevido lo puso inmediatamente en una posición de poder, algo que encontró útil la mayor parte del tiempo.

No es que necesitara ayuda en esa área.

Además de su dinero, del que disponía en abundancia, tenía fuerzas que ejecutarían cualquier cosa que ordenara, y con nada más que una llamada telefónica. En cualquier parte del mundo, en cualquier momento que quisiera.

Walloway aportaba algo nuevo. Tenía dinero para igualar la riqueza de Naseer. También tenía contactos que Naseer no podía tocar, personas importantes en la industria y el gobierno. Por eso, había aguantado al hombre más tiempo del que su personalidad y actitud justificaban. Últimamente, se había cansado de las exigencias y del incesante narcisismo de Walloway.

La imagen fija en el monitor de seguridad de su escritorio cobró vida. Uno de sus hombres caminó por el pasillo hacia la oficina de Naseer. El tipo se detuvo frente a la puerta de la oficina. Naseer esperó a que llamaran a la puerta, luego presionó el botón que controlaba la cerradura y dijo: —Entra.

Samir entró en la oficina, dejando de lado las formalidades. —Él está aquí. Él y uno de sus muchachos.

—¿Cuál? ¿El guardaespaldas?

—Tal vez.

—¿Como lo ves a él?

—Es un imbécil, como siempre. Parece un poco animado.

—¿Qué significa eso?

—Continúa diciendo que no debería tener que esperar.

Naseer colocó su mano sobre el mouse de la computadora y guió el puntero hacia una imagen

en miniatura debajo de las imágenes del pasillo. Hizo clic en el pequeño cuadrado y la transmisión cambió al vestíbulo. Vio a Walloway de pie, de espaldas a la pared, con el brazo derecho sobre el izquierdo y la pierna izquierda cruzada sobre la derecha. Sus mejillas parecían rojas. Tenía los ojos entrecerrados. Naseer pensó que el hombre parecía un pequeño troll enojado.

—¿Naseer? ¿Debería traerlo?

—Sí. Pero sólo a él, no a su acompañante.

—Muy bien—. Samir dio un paso atrás, se giró y cerró la puerta detrás de él mientras salía de la oficina de Naseer.

Naseer volvió a cambiar la pantalla principal al pasillo fuera de su oficina y desmarcó la casilla que silenciaba el sonido. Si Walloway decidiera armar un escándalo y hacer un berrinche en el camino, lo sabría.

Sintiendo la necesidad de garantizar su propia protección, Naseer abrió el cajón superior izquierdo del escritorio. Chirrió cuando las correderas dobladas rozaron una contra otra. Sacó una caja de titanio, la abrió y sacó su Heckler & Koch MARK 23. Aseguró el supresor y probó las miras láser. Si tuviera que usarla, sería silenciosa y precisa.

Naseer poseía varias armas de fuego costosas. Detrás de él, montada en un estante, había una Pfeifer-Zeliska .600 Nitro Express Magnum. La había disparado una vez y casi lo derribó. El arma fue hecha para cazar elefantes. Le había costado cerca de veinte mil dólares. Una miseria para un hombre de su talla. Encerrada en una caja fuerte había un P-38 plateado fabricada por Walther por el que había pagado más de un millón de dólares en una subasta. Esa nunca la había disparado.

No necesitaba un arma costosa cuando se trataba de su defensa personal. Necesitaba poder y matanza. El MARK 23 era más que capaz de ofrecer ambas cosas.

Walloway y Samir aparecieron en el monitor. A través de los altavoces ocultos del escritorio, Naseer escuchó los zapatos de suela dura de Walloway resonar en el suelo de madera. Pasó el MARK 23 a su mano izquierda, agarró el ratón y presionó el cuadro de silencio. Pensó que sería mejor ocultar su arma, así que deslizó el cajón del medio del escritorio quince centímetros y colocó la pistola dentro. Le resultaría bastante fácil recuperarla, si fuera necesario.

Se oyó un golpe seco en la puerta. Grandes nudillos golpearon tres veces en rápida sucesión.

Naseer buscó debajo de su escritorio y presionó un botón. Un clic desde el otro lado de la habitación indicó que la puerta había sido abierta. El pomo giró y la puerta se abrió. Samir entró, extendió el brazo y condujo a Walloway al interior de la oficina. Walloway caminó hacia el escritorio de Naseer, se detuvo y le tendió la mano.

Naseer se negó a tomar la mano del hombre. En lugar de eso, señaló una silla y dijo: —Siéntate.

Walloway se dejó caer en la silla y cruzó la pierna derecha sobre la izquierda. —¿De qué se trata todo esto?

—Están listos para reunirse contigo—, dijo Naseer.

—¿Quienes?

—Mi gente.

—Si son tu gente, ¿por qué diablos tengo que reunirme con ellos?

Naseer se recostó y sonrió. Golpeó rítmicamente con los dedos el borde del cajón abierto que guardaba su pistola. La madera desgastada parecía papel de lija. Thornton Walloway se había convertido en una molestia mayor de lo que valía. Naseer tenía el dinero para financiar toda esta operación, pero necesitaba un chivo expiatorio. Él planeó que Walloway fuera ese tipo. El

hombre tenía dinero, necesidad de encajar y falta de sentido común. Sin embargo, Naseer comenzó a dudar de que pudiera lidiar con ese hombre por mucho más tiempo.

—Digo eso sólo en el sentido de la palabra, Thornton. Estas son personas con las que he hecho negocios en el pasado. Se han acercado a mí. Están dispuestos a hacer negocios contigo. Quieres trabajar conmigo y, por tanto, con ellos. Lo único es que quieren conocerte primero.

—Sí, lo que sea. ¿Cuándo?

—Mañana por la mañana, a las ocho.

—¿Me hiciste venir aquí para decirme que nos volviéramos a encontrar mañana por la mañana?

Naseer sonrió y no dijo nada. Todo era un juego de poder.

Las mejillas de Walloway se pusieron rojas. —Estoy empezando a preguntarme qué traes a la maldita mesa, Naseer. Es mi dinero el que se utiliza. Mis contactos que van a conseguir que las personas adecuadas miren para otro lado. Mis muchachos van a hacer el trabajo pesado.

—Si quieres salir, la puerta está ahí—. Naseer extendió el brazo y señaló la puerta. —Nos las arreglaremos con o sin ti.

Todo el rostro de Walloway enrojeció. Forzó la entrada y salida del aire por sus amplias fosas nasales. Un sonido sibilante emanó de su garganta. Se quedó quieto, con las manos agarradas a los brazos acolchados de cuero del sillón.

—Está bien. Llamaré más tarde para informar el lugar de la reunión.

—Una cosa más—, dijo Thornton.

—¿Qué cosa?

—Jack Noble. ¿Descubriste algo sobre eso?

Naseer asintió.

—¿Bien? — dijo Thornton, con los brazos extendidos y las palmas apoyadas en el escritorio, su calor formando un anillo de condensación alrededor de su mano.

—Él está aquí para matarte.

EPISODIO 12

CAPÍTULO 14

Jack condujo durante una hora antes de que finalmente tomara la decisión de encender el GPS. El sistema de navegación confirmó que iba en la dirección correcta. Estaba a sólo unos kilómetros de la casa de Dottie. No planeaba regresar allí, pero quería un hotel lo suficientemente cerca como para poder llegar a ella en unos minutos si fuera necesario.

El tiempo que Jack había pasado perdido le hizo bien. Las cosas habían sucedido tan rápido que no había tenido tiempo de formular su propio plan. Esperaba tener tiempo para realizar algún reconocimiento y trazar el golpe con anticipación. Si bien no era alguien que se apartara del camino de la oportunidad cuando se presentaba, haber intentado aprovechar la situación fuera de la sastrería estuvo fuera de lugar. Había demasiadas cosas que podrían haber salido mal. En ese momento estaba enojado con Mason por interferir, ahora sabía que el hombre le había hecho un favor. Si Jack hubiera dado el golpe, ahora podría estar sentado en un banco de metal, encadenado y confinado en una celda de nueve por nueve.

Entonces Jack decidió que la mejor opción era esperar el momento en que la preparación y la oportunidad se encontraran. A partir de ahora había que ignorar las posibilidades aleatorias.

Empezó a sentir la necesidad de un socio ahora que se había involucrado un tercero. Le preocupaba que el MI5 se hubiera añadido a la mezcla. No podía descartar que el MI6 también pudiera estar involucrado, ya que era la agencia que monitoreaba los eventos mundiales y, probablemente, notificaba al MI5 sobre su presencia.

¿A quién podría acudir por ayuda? Su opción de confianza más cercana, Pierre, estaba internada en un hospital de Francia. Aunque Jack planeaba visitar al hombre después de completar su trabajo en Londres, sabía que el francés no le sería de utilidad en esta situación.

Jack buscó dentro de su abrigo y sacó su teléfono celular de un bolsillo interior. Marcó un número familiar, colocó el teléfono a un lado de su cabeza y lo escuchó sonar. Levantó la vista de la carretera y en el último momento se dio cuenta de que el semáforo se había puesto en rojo. Pisó el freno, cogió el volante con ambas manos y dejó caer el teléfono. El coche se detuvo con un chirrido a medio camino de la intersección. Sonaron las bocinas y los ancianos miraron fijamente. Uno le agitó una obscenidad. Jack le devolvió el saludo, luego bajó la mano entre las rodillas y palpó el suelo en busca del teléfono móvil. No pasó mucho tiempo para encontrarlo. Miró la pantalla y vio que el celular todavía estaba conectado, así que presionó el ícono del altavoz. Seguía sonando. Jack mantuvo la línea conectada y siguió sonando, sin desviarse nunca al correo de voz.

Finalmente, colgó y volvió a marcar. Quizás había marcado otro número sin darse cuenta.

La línea se conectó y sonó. Sin respuesta. Sin correo de voz.

—Vamos, Oso—, dijo Jack. —¿Qué está sucediendo?

Sin embargo, él sabía lo que estaba pasando. Había marcado el número de transferencia de

llamadas de Oso. En el pasado, siempre había sonado en cualquier teléfono que tuviera el grandulón. Era obvio que Oso había eliminado el reenvío. Ahora sonó en el vacío, alejándose como un asteroide descarriado que recientemente hubiera pasado cerca de la Tierra y hubiera sido lanzado en órbita, arrojado de regreso al espacio profundo.

No podía culpar a Oso. El hombre había encontrado paz en su vida, tenía a alguien por quién vivir: Mandy. Su vida había estado en riesgo dos veces por culpa de Jack. Lo mejor para Oso era mantenerse alejado de él.

Aun así, Jack pensó que tal vez había habido un error con el número de transferencia. Entonces, hizo algo que nunca había hecho antes. Marcó directamente el número personal de Oso.

Pero la línea no sonó. En cambio, hubo una serie de tonos. Luego, la voz de una mujer, que probablemente llevaba veinte años muerta, se puso en línea y le dijo que lo sentía porque el número al que intentaba comunicarse había sido desconectado. Y, lamentablemente, no había más información disponible que ella pudiera proporcionar.

Ahora bien, esto no significaba que Jack no pudiera comunicarse con Oso si quisiera. Todavía tenía conexiones que podían encontrar a cualquiera, en cualquier lugar. Pero era obvio que su amigo había seguido adelante y quería mantener la distancia y la invisibilidad.

Probablemente era lo mejor.

Jack decidió que en unos meses encontraría a Oso. Como mínimo, quería asegurarse de que su antiguo socio recibiera su parte de sus ganancias.

Eso lo dejó sin nadie a quien recurrir, excepto quizás León. Dottie confiaba en él, lo que significaba que Jack también debería poder hacerlo. Su opinión había tenido peso para él en el pasado. Sin embargo, esta vez era diferente, aunque no podía identificar porqué y no podía deshacerse de ese sentimiento.

La otra opción era pedirle ayuda a Mason, ya fuera del propio hombre o de uno de sus agentes. Pero eso sería un callejón sin salida. Jack lo sabía. Estaban dispuestos a pagarle para que hiciera el trabajo y así poder distanciarse. Aunque pensó que no estaría de más preguntar. Tal vez Mason recomendaría a alguien ajeno a su organización.

Entonces Jack tenía tres opciones. Trabajar solo, trabajar con León o trabajar con un agente desconocido. Cada una presentaba aspectos positivos y negativos. León tenía experiencia en Fuerzas Especiales y eso no se podía descartar en una situación como esta. Sin embargo, eso no significaba que fuera el socio perfecto. Jack había estado rodeado de muchos tipos que encajaban en el mismo perfil, y rara vez sus métodos y los de ellos coincidían. Cualquiera que Mason conociera tendría antecedentes similares a los de Jack, lo que significaba que podrían seguir sus métodos sin demasiadas instrucciones. El problema era que, no sabía si Mason era digno de confianza, y cualquiera que le proporcionara podría estar allí para espiar y dar un relato de primera mano al MI5. *Boom, acabado.* Fue el pensamiento que vino a la mente de Jack.

Trabajar solo era la única opción que tenía sentido. Si algo salía mal, Jack sería el único responsable y sólo sería responsable de sí mismo. Mejor así, pensó.

Vio un hotel una cuadra más adelante, a la derecha. Redujo la velocidad, entró en el aparcamiento y aparcó detrás del hotel. Veinte minutos después estaba en su habitación, boca arriba, casi dormido. Sonó el móvil, el que le había dado Dottie. Respondió sin comprobar primero el número.

—Es León—, dijo el hombre. —Tengo las cosas que pediste. ¿Dónde estás?

Jack le dijo a León el nombre del hotel y León dijo que estaría allí en media hora.

CAPÍTULO 15

Clarissa desvió la mirada a tiempo para evitar la mirada del hombre mayor vestido con el traje de diseñador. Ella entró a la casa. Él salió. Ella sintió que él la miraba de reojo, incluso después de haber pasado. Estaba segura de que si giraba la cabeza, lo vería mirándola.

—Hola, muñeca—, dijo.

Ella sonrió, asintió y no miró hacia atrás.

—Dije hola.

—Y te escuché.

Él dijo algo más, pero ella ya había atravesado el vestíbulo y había girado por el pasillo que conducía a la oficina de Naseer. La había llamado unos momentos antes y le había dicho que quería verla. Afortunadamente, estaba cerca de casa. No quería tener que responder dónde había estado todo el día.

Las luces del pasillo eran más tenues de lo normal. El pasillo parecía silencioso y cálido. Respiró hondo unas cuantas veces antes de llegar a su oficina y, luego, se detuvo cerca de la puerta. Se arregló la camisa y los pantalones. Se sintió tonta al hacerlo. Sabía que Naseer observaba el pasillo en el monitor de su computadora.

Clarissa escuchó cómo se abría la puerta. Cogió el pomo, abrió la puerta y entró. Naseer no levantó la vista cuando ella entró en su oficina. Él asintió una vez mientras su mirada permanecía pegada a su monitor.

—¿Quién era el viejo? — preguntó ella.

—Sólo un tipo viejo—, respondió.

—¿Era ese el canalla británico?

—Pensé que yo era el canalla británico.

—Lo eres, ¿y supongo que él es tu gemelo?

Naseer se rio y su mirada se liberó del monitor.

—Creo que su traje por sí solo costaba más que todo mi guardarropa—, dijo.

—Usas algunos harapos.

—Sí, pero hago que esos trapos se vean bien.

—Eso sí que lo haces.

—Entonces, ¿para qué querías verme?

Naseer volvió a mirar la pantalla, hizo clic con el mouse varias veces mientras lo movía de lado a lado y luego volvió a concentrarse en Clarissa. —Tengo una reunión por la mañana.

—¿Con ese viejo?

—¿Por qué estás tan interesada en él?

Clarissa se encogió de hombros. —No hay razón. Simplemente parece... diferente.

—Él es diferente. De todos modos, él no tiene importancia. La razón por la que te cuento de

mi reunión es que probablemente no regresaré hasta dentro de unos días. Quizás me necesiten en otro lugar, sólo por un tiempo.

—De acuerdo.

—Quizás quieras considerar viajar por unos días. Quizás tomes el tren a París y reemplaces esos harapos que llevas—. Se agachó y abrió el cajón del medio del escritorio. Él sonrió, metió la mano dentro, sacó una billetera y la colocó sobre el escritorio. —Allí hay unos cincuenta mil euros y cheques de viaje. Eso debería cubrir tus gastos.

Clarissa cogió la cartera y la metió en su bolso sin inspeccionarla. Sospechaba que contenía un micrófono o un dispositivo de seguimiento.

—¿Por qué no puedo quedarme aquí?

—Puede que no sea seguro.

—¿Será seguro cuando regreses?

—Más seguro que cuando no estoy aquí.

—¿Te preocupan las fuerzas externas? ¿O presencias internas?

—A veces pienso que eres demasiado inteligente para estar conmigo.

—Probablemente tengas razón.

Naseer se inclinó hacia adelante. —Vamos, vete. Reserva tu billete tan pronto como regreses a tu habitación. Quiero que te vayas a primera hora de la mañana.

—Sí, señor—. Clarissa se levantó y salió de la habitación. Sintió que él la miraba en su monitor mientras caminaba por los pasillos hacia su habitación. Tenía cubierto cada centímetro cuadrado del lugar. Probablemente eso incluía su habitación. ¿La cuidaría toda la noche? Supuso que él tenía mejores cosas que hacer, pero no se arriesgaría con la billetera hasta que hubiera salido de casa.

Entonces abrió un cajón y colocó la billetera en la parte de atrás, debajo de una pila de camisas. Eso haría difícil que un micrófono captara cualquier cosa que ella dijera.

Diez minutos más tarde había reservado su billete de tren a París. Si ella iba o no era otra historia. Necesitaba hablar con Sinclair y ponerlo al día. Quizás él tuviera algo que ella pudiera hacer mañana. Sin embargo, llamarlo desde la casa la asustó. Naseer era un hombre paranoico. Y rico. Muy rico. La combinación de ambos significaba que tenía casi cada centímetro del lugar bajo vigilancia. Buscó en su habitación y no encontró nada, pero eso no significaba que no hubiera algo allí. Incluso el baño debía considerarse riesgoso.

Ella decidió dar un paseo. Se metió el teléfono móvil en los pantalones, salió de su habitación y caminó por la casa, tomando una ruta que limitaba su exposición y reducía sus posibilidades de encontrarse con Naseer. Pasó junto a Samir cerca del vestíbulo y saludó. Aparte de devolverle el saludo, él la ignoró.

Salió al aire fresco de la tarde. El dulce aroma de los cerezos en flor la envolvió. Se alineaban en el camino de entrada de medio kilómetro de largo y ensuciaban la propiedad. Flores rosadas, oscuras y pálidas, flotaban en el aire como copos de nieve manchados de sangre. Clarissa arrastraba los pies por el suelo, creando senderos. El espacio desnudo se llenó rápidamente cuando cayeron flores frescas.

Consciente de no demorarse demasiado, Clarissa caminó por el camino de la entrada. Cuanto más lejos de la casa, mejor. Llegó al final. Allí giró a la derecha y caminó otra cuadra. Aparte de un coche que pasaba, la calle estaba desierta. Sacó el móvil y realizó su llamada.

Sinclair respondió.

—Necesito saber qué sabes sobre la presencia de Jack Noble aquí—, dijo.

—Es curioso—, dijo Sinclair. —Iba a preguntarte lo mismo. ¿Cómo te enteraste de eso?

—Naseer estaba hablando por teléfono y mencionó su nombre.

—¿Qué quiere Naseer con él?

—Nada. Era con quien estaba hablando. El tipo quería que Naseer buscara toda la información que pudiera encontrar sobre Jack.

—Bueno, poco después de que viste a Jack por última vez, recibió una llamada en la que le pidieron que le hiciera un favor a alguien.

—Está aquí para matar a alguien.

—Presumiblemente.

Clarissa sabía que no había nada que presumir. La gente no haría que Jack viajara seis mil kilómetros en vano. No podía decir si Sinclair conocía los detalles y decidió ocultarle la información. Seguramente no planeaba ofrecer la información que Brandon le había divulgado la noche anterior.

Y te recomendaría que te mantengas alejada de él, Clarissa. No puede salir nada bueno de mezclarse con él allí. Van a descubrir tu identidad y tendremos que empezar de nuevo. Corrección, tendré que empezar de nuevo. Te encontrarás en Alaska durante tres meses.

—Sí, sí. No se va a estropear nada, no te preocupes.

—¿Qué más puedes decirme?

Una fuerte ráfaga de viento pasó, trayendo consigo una ola de flores de cerezo. Mechones de su cabello cubrían su rostro. Se los metió detrás de las orejas mientras esperaba que amainara la brisa.

—Hay una gran reunión mañana. Algo está pasando. Quiere que vaya a París por unos días.

—Interesante.

—¿Sabes algo al respecto?

—No. ¿Tú?

—No precisamente. Me encontré con un hombre británico mayor cuando regresé hoy. Creo que está involucrado de alguna manera.

—¿Tienes un nombre?

Decidió darle una información a Sinclair con la esperanza de que el hombre le correspondiera. —Walloway. Recuerdo haber oído el nombre Walloway.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea y Clarissa supuso que Sinclair había introducido el nombre en su ordenador y ahora esperaba los resultados.

—¿Eso te suena? — preguntó ella.

—Thornton Walloway—, dijo Sinclair. —Es multimillonario, ganó mucho dinero con una empresa de vidrio. Creemos que tiene vínculos terroristas, pero nunca se ha demostrado nada. Se ha mantenido bastante limpio, aunque hubo un incidente el año pasado en Montecarlo

—¿Qué pasó?"

—Um—, Sinclair chasqueó la lengua contra el paladar tres veces. —Asunto interno.

Clarissa no dijo nada.

—Bueno, sí está involucrado con Naseer, o con cualquier otra persona, es bastante discreto al respecto. De todos modos, te necesito cerca de esa reunión.

—No sé cómo. Me dio una billetera con mucho dinero en efectivo. Supongo que la billetera tiene micrófonos. Probablemente haya colocado un dispositivo de seguimiento allí.

—Te diré una cosa, Clarissa. Si puedo averiguar dónde es esta reunión, haré que alguien se reúna contigo en la estación de tren. Les das la billetera y luego vas a la reunión.

A ella no le gustó cómo sonó eso. —Si me ve cerca de allí, todo esto habrá terminado.

—Tienes razón, tienes razón. Maldita sea, tenemos que poner los ojos en esta reunión.

—Déjame comunicarme con Jack. Él puede ayudar.

—De ninguna manera. Ya no es apto para este tipo de trabajo, Clarissa. Si lo involucras, conseguirás que lo maten. Podrías hacer que te maten a ti también.

—Sólo fue una idea, eso es todo.

—De acuerdo.

—Está bien, ¿entonces tomaré un tren hacia París por la mañana?

—Sí, pero llámame antes de abordar, en caso de que algo cambie.

—Está bien— dijo Clarissa, se despidió y colgó. No le gustó, pero sabía que tenía poco que decir al respecto. Habían trabajado duro para ponerla en esa posición y arruinar su trabajo no era una opción.

Caminó por la entrada manchada de flores, regresó a la casa, a su habitación, escondió el teléfono móvil en el doble fondo de su bolso. Luego fue al comedor a cenar. Encontró la habitación vacía, lo que le vino bien.

A mitad de la comida, entró Samir.

—Naseer quería que me asegurara de que todo estuviera listo para mañana. ¿Tienes tu billete para París?

Clarissa asintió.

—¿A qué hora?

Tragó su comida y alcanzó a decir: —El tren sale a las ocho de la mañana.

—Consulta conmigo antes de irte. Puede que te acompañe.

Clarissa sonrió y asintió, transmitiéndole una imagen de calma a Samir. En el interior, el pánico se apoderó de ella. Su corazón se aceleró, sus palmas se humedecieron y sus pulmones se tensaron. ¿Por qué viajaría con ella? ¿Naseer había encontrado su teléfono móvil y lo había intervenido? ¿Tenía micrófonos parabólicos en uso? Podría haber estado dentro del alcance de ellos mientras hablaba con Sinclair. ¿Podría ser esa la razón por la que se saltó la cena esta noche? Si ese era el caso, y así es como planeaban resolver el asunto, estaba segura de que tendría ventaja contra Samir. Nada en él la intimidaba.

—Está bien—, dijo.

Clarissa esperó hasta que Samir saliera de la habitación. Terminó de cenar y se retiró a su habitación para pasar la noche.

CAPÍTULO 16

Jack se despertó cuando alguien llamó a su puerta. No lo había asustado ni hecho que se incorporara de un sobresalto. Simplemente abrió los ojos, deslizó su mano desde debajo de su cabeza y bajó por su costado hasta encontrar el mango de la Beretta. Esperó a que llamaran de nuevo, aunque sólo fuera para verificar que había alguien llamando a su puerta. ¿Por qué gastar energía si no lo necesitaba?

Oyó el segundo golpe y miró el reloj. Habían pasado treinta minutos desde que habló con León.

Justo a tiempo.

Pasó las piernas por encima de la cama y se tomó su tiempo para levantarse. Otro golpe fuerte. Alcanzó el pomo de la puerta con la mano izquierda y levantó la Beretta hasta el nivel del pecho. Una configuración incómoda, sin duda. La puerta se abrió de izquierda a derecha. Lo sacudió un poco. León estaba en el rellano con una bolsa de lona negra y un portavasos de cartón que contenía dos vasos de papel llenos de café. El vapor se escapa por la fina abertura de las tapas. Jack dio un paso atrás a su derecha y abrió la puerta.

Un minuto más tarde, los hombres estaban sentados uno frente al otro en la pequeña mesa redonda en el lado opuesto de la habitación, junto a la amplia ventana. Un rayo de luz amarilla de una farola partió la mesa por la mitad. Jack por un lado, León por el otro.

—Todo lo que necesitas está en esa bolsa—, dijo León.

—Muéstramelo—, dijo Jack. Extendió la mano y abrió las persianas. Las ventanas tenían espejos en el exterior, por lo que no le preocupaba que lo vigilaran.

León se levantó, dio dos pasos a su derecha hacia la cama y abrió la cremallera del bolso. Sacó un rifle de francotirador M40 y se lo tendió a Jack para que lo inspeccionara.

Jack lo despidió con un movimiento de su mano izquierda.

León colocó el rifle sobre la cama, metió la mano en la bolsa y sacó un HK MP7 con un silenciador fijado al cañón. Una vez más, extendió el arma. Esta vez Jack extendió la mano, tomó la metralleta de manos de León y la dejó sobre la mesa, a su derecha.

—¿Qué otra cosa? — preguntó Jack.

León sonrió y metió la mano en la bolsa por tercera vez. Sacó una Beretta M9.

—¿Cómo lo supiste? — preguntó Jack.

—Tengo mis formas—. Dejó la 9 mm sobre la mesa y se sentó. —No hay plumas letales ni tonterías por el estilo. Tendrás que hacer esto como un hombre.

Jack puso los ojos en blanco. El idiota del SAS no tenía idea de cómo manejar un trabajo como lo hacía Jack. —Ya pensé yo que no sería capaz de realizar un trabajo encubierto como este.

León asintió y se volvió hacia la ventana. Jack observó los ojos del chico reflejados en la

ventana. Se lanzaron de izquierda a derecha. El hombre tenía una expresión de preocupación en su rostro.

—¿Qué? — preguntó Jack.

—Nada—, respondió León.

—¿Seguro? No parece que fuera solo nada.

Los ojos de León se movieron hacia la derecha y se detuvieron cuando se encontraron con el reflejo de Jack en la ventana. —Deberías dejarme asociarme contigo.

El estómago de Jack se apretó. Ya había descartado a León como socio potencial. No tenía idea de las habilidades de ese hombre aparte de que solía ser SAS. Y lo de antes no significaba nada para Jack. León no le habría hecho mucho bien a Jack incluso cuando el tipo estaba en servicio activo en las fuerzas especiales. Por otra parte, dadas las circunstancias que probablemente enfrentaría, tener allí a un hombre con el conocimiento de León podría ser útil. Sin embargo, no había forma de saber si el conjunto de habilidades se mantenía.

—¿Qué dices, Jack?

—¿Cuál es tu motivo?

—¿Disculpa?

—Tu motivo—, repitió Jack. —¿Por qué quieres hacer esto?

El tipo se movió en su asiento y giró la cabeza lentamente. Entrelazó los dedos de su mano derecha con los de la izquierda. Hubo silencio entre los hombres por un minuto. Sus ojos estaban cerrados. Ninguno de los dos parpadeó.

—Quiero ver terminar su vida. No sabes las cosas que ha hecho ese hombre, Jack. Simplemente no lo sabes. Dottie no sabe ni la mitad. Antes de ser su guardaespaldas, fui el de él. Fui a todas partes con él. Vi las cosas que hizo. Es un verdadero bastardo, Jack.

—Entonces definitivamente estás fuera.

—¿Por qué?

—Es demasiado personal.

—Es personal para ti también.

—Pero sé cómo controlarme.

—¿Crees que no sé cómo controlarme? Soy SAS, hombre.

—No, no creo que puedas. Y tú eras SAS.

—He trabajado en privado desde entonces.

—Eres un asistente personal glorificado.

Las mejillas de León se pusieron rojas y una fina película de sudor cubrió su frente. Apretó los puños y los golpeó contra la mesa.

—Mira—, dijo Jack. —No puedes controlar tu temperamento. ¿Qué pasa si nos colocamos en posición y ves a Thornton y decides que quieres hacer algo más que simplemente ponerle una bala entre los ojos? Esa rabia comienza a crecer. Haces un movimiento. Arruinas nuestro plan. Lo siguiente que sabes es que estás muerto o que ambos lo estamos. O peor aún, capturados. Mira, un tipo como tú querrá dejar claro un punto. Quieres demostrarle a Thornton que eres el jefe, no él. Quieres atacarlo y hacerle pagar con dolor las cosas que ha hecho.

León no dijo nada.

—No me importan nada todas esas cosas. Sólo lo quiero muerto y luego quiero seguir adelante con mi vida. Sabía que venir aquí fue un maldito error. Pero traerte conmigo agravaría ese error. Así que quédate en casa. Quédate con Dottie. Haz tu maldito trabajo para que yo pueda hacer el mío.

León bajó la cabeza. Se llevó la mano a la cara y se frotó la mejilla. —Tienes razón, Jack.

Quiero venganza.

—Entonces déjame cuidar de Thornton. Solo.

Pasó un momento, los hombres no dijeron nada. El silencio se prolongó durante cinco largos minutos. Finalmente, León se levantó y caminó hacia la puerta.

—Hazlo sufrir—, dijo.

Jack asintió y no dijo nada. Esperó a que León saliera de la habitación, luego puso la cerradura de seguridad y regresó a la cama. Mientras alcanzaba el control remoto del televisor, su teléfono celular vibró en la mesa de noche.

—¿Ahora qué?

Cogió el teléfono y no reconoció el número.

—¿Hola?

—Jack, soy Mason.

—¿Qué?

—Encantado de hablar contigo también, amigo.

—Vete a la mierda, Mason. ¿Qué deseas?

—Hay una reunión mañana por la mañana. Todos los personajes principales estarán allí. Está en un antiguo almacén, abandonado. Necesitamos llevarte allí esta noche.

Jack respiró hondo y exhaló. —Está bien, dime dónde.

—Enviaré a un tipo a buscarte.

A Jack no le gustó la idea, pero no tenía otra opción. —Está bien, estoy en el...

—Sé dónde estás. Estará allí a las dos de la madrugada.

—Excelente—" Jack se quitó el teléfono de la cabeza.

—Y Jack…

No se molestó en escuchar. Presionó el botón rojo de colgar y arrojó el teléfono a los pies de la cama.

CAPÍTULO 17

Un hombre musculoso con la cabeza rapada llegó a las dos de la madrugada. No se presentó, simplemente preguntó si Jack estaba listo. Estaba listo desde la una y cuarto, así que naturalmente respondió que sí. Salieron en el coche del hombre, un vehículo tan pequeño que sus hombros se tocaban. Mencionó que el vehículo era más económico ya que funcionaba con electricidad.

A los cinco minutos de viaje, el tipo dijo: —¿Tienes hambre?

Jack dijo: —No.

El tipo dijo: —Está bien, pararemos.

Se detuvieron detrás de un restaurante italiano abierto las veinticuatro horas en el Soho. A pesar de la hora, el lugar estaba lleno. El chico pidió albóndigas en salsa marinara. Jack pidió café y dos rebanadas de tarta de queso. Pensó que la pasta le resultaría igual de pesada en el estómago, así que ¿por qué no comer su postre favorito? Estuvieron en el restaurante durante treinta y cinco minutos, tiempo durante el cual ninguno de los dos habló. Jack miraba al chico de vez en cuando, sólo para encontrarlo mirándolo fijamente. Eso lo hizo sentir un poco incómodo.

A las tres de la madrugada el tipo pasó por delante del almacén.

—Eso es todo—, dijo.

Jack giró la cabeza y se concentró en el almacén mientras pasaban. —Es un lugar grande.

El chico asintió. —Así es, amigo mío.

El auto se detuvo a dos cuadras de distancia. El tipo salió y empezó a caminar hacia el almacén. Jack esperó un segundo y luego se unió a él.

Las farolas, muy espaciadas, proyectaban nebulosos charcos de luz anaranjada. La calle mojada brillaba. Sus pasos apagados resonaron en los edificios que componían el corredor industrial. Un rugido mecánico persistió.

Se detuvieron frente a la entrada principal del almacén. El tipo metió la mano en el bolsillo y sacó una llave. La insertó en la cerradura, le guiñó un ojo a Jack y giró la llave.

—¿Cómo conseguiste la llave del lugar?

—Después de saber dónde se celebraría la reunión, enviamos a un chico.

Muy bien, pensó Jack.

El hombre abrió la puerta y entró. Jack lo siguió. Un aire pesado y mohoso lo envolvió. Cada paso que daban provocaba que el polvo se elevara a medio metro de altura. Jack pensó que podía sentir las esporas de moho entrando en su sistema respiratorio, anclándose al revestimiento de sus pulmones. Si el lugar todavía estaba en uso, los hombres y mujeres que trabajaban allí probablemente tendrían una gran demanda que presentar en el futuro.

Jack se detuvo en medio de la habitación. Algo se deslizó por el suelo, a unos metros de

distancia. Pasó su bolso de lona de su mano derecha a su izquierda. Se pasó el brazo por la espalda y agarró su Beretta.

—Solo ratas, amigo—. El tipo cerró la puerta y encendió una linterna equipada con un filtro rojo. Era menos probable que se notara la luz difusa desde el exterior si alguien estuviera observando el viejo edificio en ruinas.

Jack siguió la luz y memorizó la habitación.

—Me imagino que se reunirán allí—. El tipo enfocó la luz hacia su derecha, a la izquierda de Jack, en el extremo norte. El espacio estaba vacío. Más allá, había un montón de basura y pilas de madera.

—¿Por qué? — preguntó Jack.

—¿Por qué no?

—Está a la vista.

—Nadie va a estar aquí, amigo.

—¿Por qué no la oficina?

El tipo iluminó el suelo con su luz y la acercó al extremo sur de la habitación. Apuntó a la oficina. —Echa un vistazo.

Jack caminó hacia la oficina. La puerta estaba cerrada con tablas. El cristal que cubría el frente estaba roto, pero aún intacto. A menos que estos tipos quisieran dedicar preciosos minutos a deconstruir la barrera, se encontrarían en el suelo del almacén.

El hombre levantó el brazo y apuntó un rayo de luz hacia la esquina del techo. —Allí, arriba.

—¿Qué pasa con eso?

—Ahí es donde debes instalarte.

A Jack no le gustaba que el tipo le dijera dónde debía esperar y luego realizar su trabajo. —¿Qué pasa con la otra esquina?

—Bueno, para empezar, no tendrás el mismo tipo de cobertura. Mira allí.

Jack lo hizo. Vio una caja de metal sólido, tal vez de dos por tres metros, alrededor de tres de alto, una hendidura que parecía tener quince o diecisiete centímetros de alto que abarcaba todo el ancho del frente.

—Ahora—, dijo el tipo mientras movía el brazo hacia la otra esquina. —Mira, allí.

Jack vio una plataforma rodeada de barandillas de acero. Un buen lugar para disparar, pero sin cobertura. Lo descubrirían en el momento en que entraran al almacén. Arriba, en la caja, tenía protección. Y si sucediera algo y decidieran investigar, podría eliminarlos uno por uno.

—¿Ves mi punto?

Jack asintió, consciente de que el hombre tal vez no viera el gesto en la oscuridad. Pensó en preguntar por el otro extremo de la habitación, pero pensó que tendría que investigar por su cuenta después de que el tipo se fuera.

—¿Qué tienes en esa bolsa, amigo?

—Un rifle, una pistola de repuesto, un sándwich.

—¿Te importa si echo un vistazo?

—Sí, me importa.

El chico se encogió de hombros. —Como sea—. Estiró la mano y le tendió una linterna de repuesto.

Jack agarró el sólido mango y sintió su peso en la mano. Si fuera necesario, podría utilizarla como arma. Por supuesto, las cosas tendrían que ser bastante espantosas para hacerlo. La encendió, enfocó el haz hacia la esquina de la habitación y se dirigió hacia la escalera.

—Espera—, dijo el chico.

—¿Qué?

El tipo metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño teléfono móvil. —Mantén presionado cinco y te conectará con nosotros.

—¿Vas a responder?

—No.

—De acuerdo. ¿Entonces quién?

—Alguien.

—¿Cuándo debería usarlo?

—Cuando el trabajo esté hecho.

—¿Qué pasa si las cosas van mal?

—Úsalo.

—¿Enviarán refuerzos?

—No—, el chico hizo una pausa por un momento y sonrió. El resplandor rojo de su luz proyectaba sombras diabólicas en su rostro. —Simplemente les hará saber que necesitan un plan B y que tienen que recoger tu cuerpo.

Jack se volvió de nuevo y se dirigió hacia la esquina de la habitación. Escuchó al tipo detenerse en la puerta y dijo: —Oye, calvo.

—¿Sí? — dijo el tipo, con el hombro presionado contra la puerta, la mano en el pomo y la linterna reflejándose en el suelo.

—Si esto resulta ser una trampa, hazle saber a Mason que iré por él primero.

El hombre no dijo nada. Atravesó la puerta y desapareció en la noche.

Jack esperó hasta que escuchó cerrarse la puerta y luego recorrió cada centímetro de la planta baja. Revisó detrás de cada pieza de maquinaria abandonada, movió cada plataforma desgastada. Enfocó su linterna dentro de la oficina tapiada. No buscaba nada en particular.

Regresó a la escalera cerca de la oficina del almacén, ubicada en un pequeño pasillo entre la oficina y la pared exterior del edificio. Conducía a una delgada pasarela formada por tablones de madera colocados sobre vigas transversales de metal espaciadas irregularmente. Los tablones eran grises y astillados. Cada pocos pasos que daba, la madera se arqueaba y crujía. Se colgó la bolsa de lona sobre el pecho y se agarró a la barandilla con la mano izquierda. Le daría unos segundos en caso de que la madera debajo de sus pies cediera. No había una barandilla adecuada, por lo que la caída repentina sería dolorosa. Quizás lo suficiente como para separarle el hombro izquierdo o doblarle la muñeca hasta que se partiera.

Pero no llegó a eso. La vieja madera resistió y Jack llegó al recinto metálico. Era lo único en el lugar que parecía haber sido construido en los últimos veinte años. Lo golpeó con el cañón de su arma y el sonido resultante indicó que el recinto era grueso y sólido. Un buen lugar para esconderse, pensó. Lo único es que no le gustaba la idea de quedar confinado dentro después de disparar.

Sin embargo, había un problema. El recinto estaba asegurado con una gruesa cadena y un candado.

Jack tiró de la cadena. Pasó a través de dos cáncamos. El candado unía los extremos de la cadena con muy poca holgura. Podía abrir la puerta del recinto, pero sólo unos diez centímetros. No lo suficiente como para que él pudiera pasar. Sabía que podía intentar disparar a través de la cerradura pero, incluso con un supresor, cualquier persona que pasara podría escuchar el sonido. En una zona industrial como ésta, la gente trabajaba a todas horas del día y de la noche. Si una persona escuchara el sonido y llamara a la policía, el plan se arruinaría.

Vio un espacio entre el recinto y el techo. Se agarró a la cornisa y levantó la cabeza hasta

poder ver por encima. El techo del recinto parecía como si hubiera sido cortado de una cerca de tela metálica y, debajo, había varias vigas de acero delgadas entrecruzadas. No había manera de entrar. Podría colocarse encima, en la valla, pero eso dejaría su cabeza expuesta cuando apuntara.

Se dejó caer sobre la pasarela, iluminó la habitación y examinó el perímetro del nivel superior del edificio. La pasarela se extendía unos metros más hacia su izquierda y luego continuaba por la pared izquierda. En el extremo opuesto de la habitación vio una repisa que se extendía unos dos metros y medio. Había unos cuantos barriles grandes y lo que parecían ser dos lonas. Pensó que tal vez podría refugiarse allí.

Jack agarró su bolso de lona, se lo echó al hombro y empezó a caminar por la pasarela. Llegó al centro de la habitación y escuchó cómo se abría la puerta de abajo. La puerta se abrió, permitiendo que un rayo de luz penetrara en el interior. Comenzó delgado junto a la puerta y se expandió hasta tal vez un metro de ancho en su cenit. Jack se presionó contra la pared. Apagó la linterna, que previamente había colocado contra su estómago para ocultar el haz. Escuchó voces, pero no pudo entender lo que decían. Nadie entró. Se quedaron alrededor de la entrada mientras hablaban. Luego, la puerta se cerró, pero no del todo. Quedó abierta una rendija. Todavía nadie había entrado.

¿Quién estaba ahí fuera? ¿Un par de borrachos perdidos? ¿Un tipo que acaba de salir del trabajo y busca un lugar para drogarse? ¿Una puta haciendo una trabajo?

Jack mantuvo su espalda contra la pared y se hizo a un lado el resto del camino hasta el otro extremo. Las tablas crujieron, se arquearon y se doblaron. Sintió que iban a estallar, pero nunca lo hicieron. Si alguien hubiera entrado, habría oído el ruido, de eso no había duda. Quizás pudieran oírlo desde fuera del almacén.

Jack llegó a la plataforma y se tomó dos minutos para permanecer entre las sombras y escuchar. Cuando estuvo seguro de que no había nadie afuera, se puso a trabajar. Arrastró los dos barriles hasta el borde y los separó más de un metro. Colocó una de las lonas sobre el costado del barril a la izquierda y tiró de la lona lo más que pudo hacia la pared exterior. Amontonó la otra lona entre los dos barriles. Allí era donde planeaba refugiarse. Esperaba que la lona estirada desviara las miradas de su posición.

Se arrastró bajo la lona mohosa, dejó su M40 a su derecha, su MP7 a su izquierda, y mantuvo su mano alrededor de su M9.

Y Jack esperó. Un minuto se extendió a diez. Diez se convirtieron en treinta. Los transeúntes bloquearon la franja de luz producida por una farola que se derramaba por el suelo del almacén. Le llegó el olor del humo del cigarrillo. Sintió un ligero anhelo de nicotina, y lo dejó a un lado. El ritmo y la cadencia de las voces eran similares, pero el tono siempre sonaba diferente. Nunca la misma gente. ¿Eran personas que iban o volvían del trabajo? ¿O había un gran grupo de personas frente al edificio?

Aun así, nadie entró.

Habían pasado dos horas y tenues rastros de luz, cálida y brillante, no artificial, se filtraban a través de las ventanas pintadas y las grietas en el exterior, el techo y la puerta entreabierta. Una única ventana a tres metros de altura no estaba cubierta por pintura ni tablas, sólo por un poco de suciedad. A través de ella, Jack vio la cresta del sol reluciente, como plata líquida detrás de espesas nubes. Sus rayos eran opacados por el cielo gris. Observó por un momento, respiró profundamente y se relajó.

Y entonces alguien entró.

CAPÍTULO 18

Clarissa caminó hacia la plataforma, rodeada por al menos otros doscientos viajeros. Miró la hora en el gran reloj que colgaba en el extremo norte de la estación internacional de St. Pancras. Las siete y cincuenta de la mañana. Miró hacia arriba, hipnotizada por las intrincadas vigas de acero enrejadas. Aunque atrapada en medio de una multitud de gente, se sentía felizmente sola. Nadie aquí la conocía. Nadie tenía idea de su pasado. No sabían nada sobre a qué se dedicaba. Ella era simplemente Clarissa, una turista estadounidense que viajaba de Londres a París.

Sola.

Un hecho que no había pasado desapercibido para algunos viajeros varones, y posiblemente algunas mujeres.

Pero ella los ignoró. Mantuvo sus ojos enfocados hacia adelante.

La multitud disminuyó ligeramente a medida que la gente giraba hacia la izquierda o hacia la derecha para conseguir sus entradas o un periódico o tomar una taza de café o un danés.

Clarissa siguió adelante. Lo mismo hizo una parte de la multitud. Juntos, se dirigieron a la plataforma y se detuvieron en oleadas. Se encontró aproximadamente a un cuarto de distancia del frente de la fila. Ella permaneció inmóvil por unos momentos. El aire forzado soplaba aire reciclado calentado hacia abajo. Ella miró su reloj. Siete y cincuenta y ocho.

Oyó un leve zumbido a lo lejos, posiblemente el tren. O quizás los sonidos de la gente hablando.

El zumbido se hizo más fuerte. Se inclinó hacia delante y miró de lado a lado de la pista. Apareció el tren, amarillo y blanco. Entró en la estación y los frenos chirriaron bruscamente. Una ráfaga de aire caliente pasó a su lado y le levantó el pelo. Ella inhaló profundamente. Le recordó el metro de Nueva York.

El tren se detuvo. Los frenos de aire se asentaron, el acero y la fibra de vidrio explotaron y chirriaron. Sonaba como un anciano dejándose caer en su desgastado sillón reclinable.

Las puertas se abrieron y el aire reciclado salió. Clarissa estaba al frente de su fila y fue la primera en entrar a la cabina. Evaluó el área de asientos y se dirigió hasta el final, tomó un asiento que la colocó en la esquina, permitiéndole ver a todos los que estaban adentro, así como a cualquiera que entrara por las puertas en ambos extremos.

Quince minutos más tarde estaban en movimiento. Se reclinó y trató de relajarse. No era una cosa fácil de hacer.

Veinte minutos después se acercaron al túnel. Recordó haber visto un programa que detallaba la construcción del tubo que pasaba por debajo del Canal de la Mancha. El túnel del canal. Algunos se referían a él como el Chunnel. Por lo que recordaba, tardaría unos treinta minutos en pasar.

Cinco minutos después de que el tren entrara en el Eurotúnel, vio al hombre cuando atravesaba la puerta del fondo. Él la miró a los ojos y caminó hacia ella. Tenía el pelo oscuro, hasta los hombros. Una larga barba incipiente se alineaba en su mandíbula, enmarcaba su barbilla y su boca. Una rápida sonrisa se formó en sus labios. Se detuvo a un metro delante de Clarissa, miró a su izquierda, luego a su derecha y luego se sentó a su lado.

—Clarissa—, dijo.

Ella no dijo nada.

Se inclinó más cerca, mirándola todo el tiempo.

—¿Qué deseas? — preguntó ella.

Él sonrió y se encogió de hombros. —Nada en realidad.

—Entonces sigue adelante, amigo.

—No seas así, Clarissa.

—¿Cómo es que me conoces?

—Simplemente lo hago, Clarissa.

—No uses ese nombre aquí.

—¿Por qué no?

—¿Para quién trabajas?

—Conoces a la gente.

—¿CIA?

Él se encogió de hombros. —Tal vez.

—¿Estás con Naseer?

—No.

—Dime.

—¿Por qué debería?

Metió la mano en su bolsillo y envolvió su mano alrededor de la pistola calibre .22 que había colocado allí. Ella levantó la mano y le hizo un gesto. —¿Quién eres?

Su sonrisa desapareció. —No lo harías.

—Lo haría.

Sus ojos se entrecerraron. Ella pensó que él la estaba evaluando.

—Mi nombre es Spiers. Estoy en un grupo similar al tuyo. Europa continental, principalmente. Algo de África del Norte. Se podría decir que el trabajo que hago se parece más al que hace tu Randy.

Randy está ahí para limpiar los desastres que hicieron otros.

Clarissa agarró con más fuerza la empuñadura de su pistola y pasó el dedo índice entre el gatillo y el guardamonte.

—Recibí una llamada anoche sobre un problema potencial. Me enviaron tu nombre, foto, información general. Me dijeron que fuera a Londres y tomara este tren. Así que lo hice.

—¿Cuáles son tus órdenes?

—Aparte de encontrarte aquí y acompañarte a París, no lo sé.

—¿Qué quieren conmigo allí?

—Como dije, no lo sé.

Se movió en su asiento y enderezó la puntería.

Miró entre su cara y su arma, y luego hacia atrás. —No te preocupes. Si estuviera aquí para matarte, me lo habrían dicho de inmediato para que pudiera hacer los preparativos necesarios.

Miró alrededor del tren. No vio nada más que miradas en blanco y ningún lugar a donde correr.

—Solo te lo pondrás más difícil si corres.

La expresión de su rostro le dijo que hablaba en serio. Se reclinó en su asiento y se acomodó para el resto del viaje. Sabía que no había forma de deshacerse de él. Salieron del túnel y Clarissa desvió su atención de Spiers al paisaje fuera del tren.

Su teléfono celular sonó. Ambos lo miraron fijamente. Él respondió y se lo llevó a la cabeza. Las únicas palabras que pronunció fueron *sí* y *no*. Él la miró fijamente durante la llamada.

Colgó y bajó la mirada al suelo. Se llevó la mano derecha a la frente y se frotó los ojos. Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué era? — -preguntó Clarissa.

—Malas noticias.

—¿De qué tipo?

—Del peor tipo.

—¿Me involucran?

—Sí.

—¿Qué?

Levantó la vista, todavía sacudiendo la cabeza. —Debo tenerte en París conmigo durante una semana.

CAPÍTULO 19

La puerta se abrió con un chirrido generado por pasadores oxidados sobre bisagras oxidadas. Cuatro hombres, de Oriente Medio, entraron al almacén en fila india. Jack no reconoció a ninguno de ellos. Se apiñaron en medio de la habitación, fumando y hablando en voz baja. Hablaban en una lengua extranjera, una que Jack no conocía.

Minutos más tarde, entró otro hombre del Medio Oriente. Tenía una presencia imponente. Los hombres en la habitación guardaron silencio y se posicionaron un poco separados unos de otros. Todos se volvieron hacia el chico nuevo. Habló, pero de nuevo, palabras extranjeras que no tenían sentido para Jack.

Uno de los hombres se dirigió hacia el extremo opuesto de la habitación. Se deslizó por el costado de la oficina y subió la escalera.

Jack cogió su MP7 y la adelantó unos centímetros. Tenía treinta balas en el cargador y el arma estaba configurada para tres ráfagas semiautomáticas. Apuntaría al hombre que suponía era el líder. Tal vez uno de los otros tipos se acercaría y recibiría una bala. Jack lo dudaba, pero de cualquier manera, el primer disparo acabaría con alguien. ¿Cómo reaccionarían los hombres? Su mirada pasó de un hombre a otro. Tenían el aspecto de guerreros curtidos en batalla. Quizás no fuera una guerra convencional. ¿Pero qué fue era realmente? Las naciones cambiaron con el tiempo y, si querían sobrevivir, tenían que adaptarse.

Jack se preguntó qué tan rápido reaccionaría otro hombre después de ese primer disparo. ¿Qué tan rápido descubrirían de dónde había venido el disparo? ¿Cuántos hombres más podría eliminar durante ese tiempo? ¿Uno? ¿Dos? ¿Los cuatro?

El hombre en el extremo sur de la habitación que había subido la escalera ahora subió a la pasarela que cruzaba la oficina y se dirigió hacia el recinto metálico.

¿Por qué? ¿Mason lo delató? Parecía extraño que lo primero que hicieran fuera dirigirse a la caja. No la oficina. La discreta jaula de metal en la esquina.

Jack esperó el siguiente movimiento del hombre. Si se detenía en la jaula, entonces simplemente estaba siendo cauteloso. Si continuaba por la pasarela, Jack supondría que tenían información privilegiada y sabían que lo habían colocado allí. Y si ese fuera el caso, entonces todas las apuestas estaban canceladas. Comenzaría con el líder y saldría de ahí.

Pero no vio a dónde iría después porque nunca llegó a la jaula. Se agachó en medio de la pasarela, directamente frente a Jack. Y lo hizo porque se abrió la puerta principal y entraron tres tipos más. Los dos primeros eran copias al carbón, bajos, robustos, blancos. Probablemente ex fuerzas especiales. El tercer tipo estaba en forma, pero era mayor. Y Jack lo reconoció.

Thornton Walloway, bienvenido al espectáculo.

El primer grupo de hombres formó una fila, con el líder en segunda posición desde el punto de vista de Jack. El hombre le tendió la mano. Thornton dio un paso adelante y la sacudió. Frente

a Jack, el hombre de la pasarela se mantuvo agachado.

Nadie levantó la vista. Ni Thornton y ni sus hombres, porque, presumiblemente, querían mantener sus ojos sobre los demás. Y los otros muchachos no querían darles a los británicos una razón para mirar hacia arriba, así que mantuvieron sus ojos fijos y nivelados.

El enfrentamiento benefició a Jack, pero el hombre que estaba al otro lado de la habitación no lo hizo. Ahora Jack tenía que monitorear el piso y a los seis hombres allí, y tenía que vigilar al tipo que yacía en la pasarela. ¿Cuál era su propósito? ¿Iba a investigar la jaula de metal? ¿O iba a tomar una posición en ella? ¿Estaba allí para brindar seguridad adicional? ¿O eliminar al otro grupo de hombres?

El presentimiento de Jack era que el tipo no había ido allí por Jack. Fue por motivos de seguridad.

Con el hombre al otro lado del camino, Jack supo que acertar con su rifle M40 ya no era una opción. Tuvo que deslizarse hacia atrás para ponerse en posición. No habría problema si todos los hombres estuvieran en la planta baja. La saliente bloqueaba la mayoría de sus movimientos. Pero el chico frente a él tenía una vista perfecta.

Entonces Jack se movió lentamente, acercó su MP7 y recuperó su pistola Beretta M9. La primera se encontraba a unos centímetros de su izquierda. Ésta permaneció firmemente sujeta en su mano.

Entonces el líder de los chicos del Medio Oriente comenzó a hablar lo suficientemente alto como para que Jack lo escuchara.

—¿Conseguiste los materiales?

—Todavía no—, dijo Thornton.

—¿Por qué no?

—No es como si estuviera entrando a una farmacia y comprando un jarabe para la tos, Naseer.

Jack se puso a trabajar en el nombre Naseer. Aunque no lo recordaba.

—Esto es material radiactivo—, continuó Thornton. —Se necesita algo de tiempo.

Naseer se puso las manos en las caderas, enderezó la espalda y giró la cabeza hacia la izquierda y luego hacia la derecha. —Elegí trabajar contigo porque dijiste que podías hacer que las cosas sucedieran.

—Y lo he hecho. Necesitabas músculo, lo tengo para ti. Necesitabas contactos con los políticos, MI5, los puse en contacto contigo.

¿MI5? ¿Masón?

—Pero no lograste entregarme lo que necesito para un RDD.

¿RDD? Jack repitió la palabra un par de veces. Él lo sabía. Dispositivo de dispersión radiactiva. Una bomba sucia. Los tipos eran terroristas y Thornton estaba justo en medio de todo eso.

—Viene en camino—, dijo Thornton. —Sólo necesito unas pocas semanas más.

—Se me está acabando el tiempo—, dijo Naseer. —Tengo otras fuentes, ¿sabes? Están fuera del país, por lo que se presenta una nueva serie de problemas. Pero con los contactos que me has dado puedo tenerlo aquí en menos de dos semanas. ¿Sabes lo que eso significa, ¿verdad? Ya no serás necesario.

—Entonces lo entregaré en una semana.

Nadie habló durante un minuto. Jack notó que el hombre al otro lado del camino levantaba el torso y lo apoyaba sobre los codos. Se preguntó si el tipo se había fijado en él o si el silencio de Naseer era una señal de algo. Sacó una mira telescópica de su bolsillo y apuntó al tipo. Lo vio

mirando hacia abajo. Vio sus manos vacías.

Vio la oportunidad de poner su rifle en una mejor posición. Por la forma en que este trabajo se estaba desmoronando, salir disparando sería la única opción de Jack.

Entonces, extendió la mano hacia atrás, sacó el arma hacia adelante y deslizó su cuerpo más hacia la lona. Su mano izquierda sostenía el cañón del M40. Su dedo índice derecho se apoyó en el gatillo y apretó unos tres milímetros de holgura. Naseer sería el primero, luego Thornton.

Al diablo con Mason. Los mataría a todos.

Jack escuchó por sí mismo que el MI5 estaba en el bolsillo de Thornton y ahora apoyaban a Naseer. Quizás no todo el grupo, pero sí alguien dentro de él.

Thornton debe haber oído hablar del complot para acabar con su vida. Se puso en contacto con Mason, quien siguió a Jack. El tipo dijo que quería que acabaran con Thornton, pero intervino cuando Jack estaba a punto de asestar el golpe en medio de la ciudad. El tipo envió a Jack a una misión suicida. ¿Por qué le había importado a Mason si atrapaban a Jack o no? No lo hizo. Y seguro que no le importaba poner a Jack en una situación sin salida en el almacén.

Jack había calculado tres hombres, esperado dos, planeado cuatro. Había siete en el almacén, sin incluirse a él.

Malas probabilidades para cualquiera.

Esperaba poder disparar desde la seguridad proporcionada por la jaula de metal.

Estaba cerrada con llave.

¿Mason lo sabía? ¿Había explorado el lugar con antelación? ¿Lo habían elegido Mason y Thornton por esa misma razón?

Pero eso no explicaba al hombre en la pasarela encima de la oficina. Tenía un propósito. ¿Pero cuál?

—Una semana no es suficiente—, dijo Naseer. —Tienes cuatro días.

Thornton se volvió, acurrucado con sus dos hombres. Después de un minuto, se giró y dijo: —Vete a la mierda, Naseer. Lo recibirás en una semana.

Naseer respiró hondo y exhaló ruidosamente. Él asintió dos veces, con movimientos exagerados. Thornton sonrió, satisfecho con su pequeña victoria. El tipo era multimillonario y no estaba acostumbrado a que le dijeran que no o que su opción no era la mejor.

Entonces, el recuerdo llegó a Jack. Conocía el nombre Naseer. Había leído un artículo sobre él hace unos años. Naseer también era multimillonario. Un viejo adinerado, por lo que recordaba. Un hombre poderoso. Tenía los recursos para comprar a cualquiera que tuviera un precio. Introducir materiales al país no debería haber sido un problema para el tipo. ¿Qué quería con Thornton?

Naseer sonrió.

Thornton sonrió.

Los hombres detrás de Thornton sonrieron.

Jack miró hacia el otro lado, con la mira en el ojo, y vio una sonrisa en el rostro del chico de la pasarela.

¿Alguien había abierto una botella de óxido nitroso o a Jack se le estaba escapando algo?

Ajustó su mirada y vio a uno de los hombres detrás de Thornton meter la mano dentro de su abrigo y sacar un arma. El tipo dio un rápido paso hacia adelante, colocó el cañón del arma en la nuca de Thornton y apretó el gatillo.

Dos de los hombres del Medio Oriente se estremecieron hacia su izquierda y levantaron el brazo derecho para cubrirse la cara. Los movimientos de Naseer fueron opuestos. Se estremeció hacia la derecha, protegido por la izquierda. Un zurdo, pensó Jack.

Todo lo que quedó en el lugar donde había estado Thornton fue una nube rosada de niebla que flotó en el aire antes de posarse sobre el cuerpo sin vida de Thornton y el suelo circundante.

Naseer se enderezó, retomó su postura y miró hacia abajo. El disgusto se extendió por su rostro.

—Maldita sea, mis zapatos están arruinados.

No le importa el hombre muerto, pensó Jack, *sólo sus preciosos zapatos*.

—Bien hecho, Owen—, dijo Naseer, señalando con la cabeza hacia su derecha. —No pensé que lo harías.

El hombre de la pasarela se levantó y se dirigió hacia la escalera.

—Te di mi palabra—, dijo el hombre llamado Owen. —No necesitabas a ese tipo ahí arriba.

Naseer se encogió de hombros. —He visto a hombres faltar a su palabra antes. Hasta que no se demuestre, la palabra de un hombre significa poco menos que nada.

—Significa todo para mí, Naseer.

—¿Alguna vez le diste tu palabra? — Naseer señaló al hombre muerto en el suelo.

Owen bajó la cabeza y bajó la mirada hacia el cuerpo sin vida de Thornton.

—Eso es lo que pensé—, dijo Naseer. —De todos modos, me has demostrado tu lealtad.

Owen asintió. Lo mismo hizo el hombre que estaba a su lado.

—Ahora, ¿el dinero? — preguntó Naseer.

—He comenzado las transferencias—, dijo el tipo que estaba al lado de Owen. —Deberíamos haber transferido el veinticinco por ciento antes del mediodía. El resto tardará algunas semanas.

—¿Por qué unas semanas? — preguntó Naseer.

—No queremos que parezca demasiado sospechoso—, dijo el tipo.

—Pero dentro de dos semanas sabrán que está muerto.

—Transfiérelo todo—, dijo Owen.

—No podemos hacer eso—, dijo el tipo.

—¿Conoces los códigos, Owen? — preguntó Naseer.

—Sí.

Naseer asintió.

Owen se giró y le disparó al otro tipo en la frente. El hombre permaneció allí durante lo que parecieron dos segundos de más. Sus grandes ojos sin vida se fijaron en Owen. La expresión horrorizada se congeló en su rostro. Cayó de rodillas y luego se desplomó hacia adelante. El charco de sangre que goteaba de su frente se fusionó con el de Thornton.

—Sabía que tenía razón acerca de ti—, dijo Naseer.

—¿Qué haremos con los cuerpos? — dijo el tipo de la pasarela mientras cruzaba hacia el grupo del medio.

Naseer miró a su alrededor y su mirada se detuvo cerca de Jack. —Esas lonas de ahí arriba.

Un escalofrío recorrió la espalda cubierta de sudor de Jack. No tenía a dónde ir. Su única opción sería luchar. Dejó de lado el M40 en favor del MP7. Treinta rondas en tiros de tres ráfagas. Diez oportunidades contra cinco tipos que probablemente estaban todos armados.

El chico que había estado en la pasarela caminó hacia la oficina, giró a la izquierda y subió la escalera. Caminó hacia la jaula de metal.

—Yafi—, dijo Naseer.

El hombre en la pasarela se detuvo, colocó su mano izquierda sobre la jaula de metal y se tapó la boca con la derecha. —¿Qué?

—Olvídate de las lonas. Es demasiado arriesgado llevarse los cuerpos. Vamos a quemar el

lugar.

Entonces Yafi se giró, cruzó la parte superior de la oficina y bajó la escalera. Se encontró con los otros hombres en el medio de la habitación. Él y otro tipo movieron los cuerpos debajo del saliente. Jack escuchó lo que parecían cajas y paletas de madera siendo arrojadas de un lado a otro.

Madera seca vieja. Una pira funeraria improvisada, pensó.

Luego Owen se fue, seguido por Naseer y el resto de los hombres. La puerta se cerró de golpe. Siguió un sonido de estrépito. Las cadenas se enganchan a través de las manijas de las puertas soldadas. Un fuerte chasquido resonó en todo el almacén.

Jack se dio cuenta de que lo habían encerrado dentro del almacén. Se colocó el MP7 sobre el pecho, se metió la pistola M9 en la cintura y sostuvo el rifle M40 en la mano izquierda. Había dos formas de salir de la plataforma. La pasarela o una caída rápida. Eligió la caída. Más rápido, era mejor. Se giró y dejó que sus piernas se deslizaran. Colocó el rifle en el borde y se agachó. Entre sus pies y el suelo quedaban dos metros y medio de vacío. Extendió la mano por encima y agarró el rifle, luego se dejó caer al suelo con las rodillas dobladas. Rodó hacia la derecha, se detuvo y se apoyó sobre su espalda. El dolor persistía en la rodilla izquierda y en ambos tobillos. Su espalda baja se sentía como si un peso le cayera encima. Se sentó y volvió la cabeza. Detrás de él estaban los cuerpos apresuradamente cubiertos con materiales inflamables.

Esperó el humo y las llamas. El almacén permaneció oscuro, polvoriento y silencioso. Se arriesgó y abrió una de las ventanas. La ventana estaba prácticamente cerrada por años de polvo y suciedad. Después de un minuto de lucha, cedió un centímetro. Los sonidos del trabajo industrial lo invadieron. Se levantó, miró y no vio a nadie. Probó con la puerta, que, como sospechaba, se dobló pero no cedió. Las cadenas tintinearon mientras empujaba. Los hombres debieron haber planeado regresar más tarde para prender fuego al lugar.

Tiene sentido. La mejor opción fue a altas horas de la noche. Estaría oscuro y semidesierto. El fuego tendría tiempo de propagarse y causar el daño que necesitaban.

Jack regresó a la ventana, echó un último vistazo al almacén y se quedó mirando la pila de leña encima de dos cuerpos sin vida. Jack notó el Breitling Chronomat de Thornton. Caja y correa de acero inoxidable, esfera azul, subesferas negras. Un reloj atractivo. Fácilmente costaría ocho mil dólares. Jack se lo quitó de la muñeca al muerto y se lo metió en el bolsillo. Dejaría que Dottie decidiera qué hacer con él. Luego, encontró la billetera de cada hombre, sacó sus identificaciones, dinero y tarjetas de crédito. Arrojó las carteras vacías sobre los cuerpos y reemplazó la madera que había movido.

—Adiós—, dijo mientras se daba la vuelta.

Escondió la M40 en un rincón detrás de un palé intacto, luego abrió la ventana unos metros y trepó. Las suelas de sus zapatos golpearon la calle con un ruido sordo. Miró a la izquierda, giró a la derecha y empezó a caminar.

CAPÍTULO 20

Tres horas más tarde, Jack se encontraba en mitad de la carretera, dos manzanas al norte de la casa de Dottie. Se dirigió al frente del taxi, le entregó al conductor cuatro billetes de diez libras y le agradeció el viaje.

A estas alturas, había algunas cosas que Jack había aceptado como un hecho.

Mason sabía por qué Jack estaba en la ciudad. Si el tipo tuvo parte en lo que Jack acababa de presenciar, entonces podría estar esperándolo en casa de Dottie. El tipo podría incluso haber atado algún cabo suelto allí. De hecho, Dottie le había dicho a Jack que no regresara a la casa. Ella quería que se quedara en un hotel. Ella había temido por su seguridad desde el principio. ¿Por qué correr tal riesgo? Thornton ya se había colocado en un mal camino, uno que lo llevó a la muerte sin ninguna intervención.

La casa estaba en el lado este de la calle. Jack caminó hacia el oeste. Pasó, ni demasiado rápido ni demasiado lento. Miró cada pocos pasos. El camino semicircular parecía vacío, pero altos setos bloqueaban parte de él. La casa también parecía vacía, al menos por lo que podía ver. Las cortinas estaban corridas y las ventanas cerradas. Después de pasar la propiedad, cruzó la calle y giró a la izquierda. Luego, nuevamente a la izquierda, ubicándose en la calle que corría paralela detrás de la casa. Recordó que el terreno detrás del de Dottie estaba vacío. No había nada más que árboles. Los densos bosques ofrecían abundante refugio. A cada paso que daba Jack, se desviaba un poco hacia la izquierda, hasta que encontró su codo rozando un árbol. Echó un rápido vistazo a su izquierda y luego desapareció en la zona boscosa.

Los bosques eran espesos, pero el suelo estaba bien cuidado y libre de raíces y arbustos. El aire olía dulce, naturalmente proveniente de árboles y flores en flor. Trotó unos doscientos metros y se detuvo a tres metros del borde del bosque. Sacó la mira de su bolsillo y se la puso en el ojo derecho. Las ventanas estaban cerradas, pero las persianas y las cortinas abiertas. Los dormitorios parecían vacíos. El salón también. Revisó cada ventana de la cocina, esperando ver a Dottie y León en la mesa o junto a la cafetera. Pero ellos no estaban allí.

Nadie lo estaba.

Por favor dime que salieron a tiempo.

Dio unos pasos hacia adelante, se escondió detrás de un espeso roble, cerró los ojos y escuchó. Se oyó una cortadora de césped a lo lejos. Niños jugando. Un perro ladrando. Campanas de viento en movimiento por la ligera y cálida brisa que rozó el rostro de Jack con un aire que llevaba la fragancia de las flores de cerezo. Nada fuera de lo común. Y eso fue suficiente para Jack.

Cruzó el césped y subió las escaleras hasta la puerta que se abría frente a la mesa de la cocina. Giró el pomo y se sorprendió al descubrir que estaba abierto.

—¿Hola? — Gritó a través de la abertura de cinco centímetros. Un riesgo, sin duda. Mason o

uno de sus hombres podría estar dentro. Pensó que era mejor sacar al lobo de su guarida en lugar de entrar directamente en ella.

No hubo respuesta.

Abrió la puerta y entró en la cocina. Olía a desinfectante con un toque de limón. La cafetera estaba vacía, desmontada y con los filtros marrones en una pila cuidadosamente colocados a un lado.

—¿Hola? — llamó de nuevo.

Y nuevamente, ninguna respuesta.

Entonces vio algo que estaba seguro no había estado allí antes. Un osito de peluche encima de la mesa de la cocina. Marrón, andrajoso y vestido con un mono azul. Dottie no tuvo hijos propios, por lo que no le pertenecía a un nieto. No tomó a León como padre, no con la dedicación que le mostró a Dottie. Quizás se había equivocado. Quizás perteneciera a uno de los hijos de las criadas.

Continuó por la casa con un plan para revisar cada habitación. Sin embargo, no pasó la base de las escaleras. Un coche se detuvo en el camino de entrada y se detuvo junto a la puerta principal. Las ventanas estaban cubiertas, por lo que no podía saber quién estaba ahí afuera. Cerró los ojos, escuchó, oyó hablar a un hombre, luego a una mujer. Dottie y León, supuso.

Se escuchó el sonido de una llave girando una cerradura, luego el crujido de una vieja puerta que se atasca en el marco, deformada después de décadas expandiéndose y contrayéndose.

Dottie entró primero.

—¿Jack? — dijo ella. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Quería decírtelo en persona.

La mirada de Dottie bajó uno o dos centímetros y volvió la cabeza. Jack creyó ver el comienzo de una o dos lágrimas.

León entró detrás de ella.

—¿Qué estás haciendo aquí, Jack?

—Empiezo a sentirme no deseado—, dijo Jack.

—No deberías haber venido aquí—, dijo Dottie con voz temblorosa. —¿Y si alguien te siguiera?

—Entre León y yo, ¿estás realmente preocupada de que aparezcan un par de tipos aquí?

Ella sacudió su cabeza. —No precisamente.

Jack escuchó dos voces más, ambas femeninas, una reconocible. Dottie dio un paso atrás, extendió la mano hacia atrás y cerró la puerta. Jack miró por encima del hombro y se preguntó quién estaría ahí fuera.

—Entonces dime, ¿cómo te fue? — preguntó Dottie, fuerte y en control. Ella se reclinó contra la puerta. León se paró a su lado y le tomó la mano. Ella lo agarró con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—No tuve que hacer nada.

—¿Qué?

—Su propio hombre le disparó por detrás y luego mató a otro del de su grupo.

—¿Quien? — preguntó León. —¿Como se veía?

—Puedo hacerlo mejor que eso. Sé su nombre.

Nadie habló durante unos segundos.

—Owen—, dijo Jack.

León dijo: —¿Por qué?

—Se estaban reuniendo en un almacén con Naseer, Yafi y un par más. Thornton estaba

tratando de demostrar que tenía las pelotas más grandes de la sala. No le funcionó tan bien. Lo mejor que puedo decir es que Owen y Naseer estaban trabajando juntos antes de que esto sucediera. No fue algo espontáneo. Fue premeditado.

—¿Fue rápido? — preguntó Dottie.

Jack asintió y añadió: —Sin dolor. Muerto antes de tocar el suelo. Nunca lo vio venir.

La expresión de Dottie no cambió.

—¿Lo querías de otra manera? — preguntó Jack.

Ella no respondió.

—Lo mismo le pasó al otro hombre, aunque lo vio venir. Thornton fue impactado en la parte posterior de la cabeza, el otro tipo fue entre los ojos.

León negó con la cabeza. Dottie se secó una lágrima de la mejilla, la única que cayó.

—Una cosa más—, dijo Jack.

—¿Sí? — dijo Dottie.

—Mason Sutton. ¿Lo conoces?

—¿Qué hay de él? — preguntó Dottie.

Pero Jack no respondió. No habló porque la puerta se abrió y entró un recuerdo.

Y parecía más hermosa de lo que Jack recordaba.

—Jack—, dijo.

—Erin—, dijo Jack.

—Mierda—, dijo Dottie.

—Dottie—, dijo León. —Ven conmigo.

Dottie miró a Jack y a Erin, sacudió la cabeza y volvió a decir: —Mierda—. Luego, permitió que León la llevara hacia la cocina.

—¿Qué estás haciendo aquí? — preguntó Erin.

Jack dio un paso adelante. Quería olerla, tocarla, asegurarse de que fuera real. Su cabello era más oscuro que el rubio sucio que había sido hace siete años. Sus ojos todavía eran verdes y sus labios aún carnosos. Tenía mejor aspecto que entonces, más madura, en el buen sentido.

—Yo…— Las palabras no se formaban.

—La tía Dottie te llamó, ¿verdad?

Jack asintió.

—No se trata de mí, espero.

Jack sacudió la cabeza, incapaz de apartar la mirada.

—Parece que has visto un fantasma, Jack—. Una sonrisa, rápida y juguetona, bailó en su rostro.

—Nunca pensé que te volvería a ver. No después de cómo terminaron las cosas.

—Con la forma en que terminaron las cosas, ¿quieres decir cuando me dijiste: *Lo siento cariño, tengo que irme*?

—Yo nunca dije eso. Nunca te llamaría cariño.

Ella se rio y la tensión entre ellos se derritió, el equivalente a un dos centímetros de un iceberg.

—¿Cuánto tiempo estarás en la ciudad? — preguntó ella.

—Yo no... — Jack hizo una pausa y se frotó la barbilla. —No mucho, al menos no lo creo.

—Oh, bueno, probablemente sea lo mejor. Nos estamos preparando para despegar por unos días.

—¿A dónde van?

La puerta se abrió y tanto Erin como Jack volvieron la cabeza hacia el sonido.

—Esta es…

—Hannah—, Jack terminó la frase de Erin. La chica que había ocupado el asiento junto a él durante seis horas en un avión y luego en un taxi, era inconfundible. El hecho de que ella apareciera en la casa le hizo preguntarse si su historia en el vuelo había sido una tapadera.

—¿Jack? ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Ustedes dos se conocen? — preguntó Erin.

—Sí—, dijo Jack. —Nos sentamos uno al lado del otro en el vuelo.

—Qué mundo tan pequeño—, dijo Hannah. —¿Cómo conoces a Erin?

Jack sonrió y miró hacia Erin, quien se sonrojó. Dijo: —Larga historia. De hecho, estoy aquí para visitar a Dottie, quien, supongo, ¿es tu empleador?

—Sí, seguro que sí—. Hannah sonrió ampliamente. —Y probablemente debería ir a ver si ella necesita que haga algo antes de irnos.

Cuando salió, la puerta se abrió una vez más. Una joven entró. Llevaba un vestido de verano a cuadros amarillos y blancos con botones azules y un clavel falso cosido justo debajo del hombro derecho. El atuendo complementaba su cabello rubio y ojos azules. Jack calculó que tendría cinco años. Y era tímida. Evitó mirar a Jack directamente y se puso detrás de Erin. Sus pequeños brazos rodearon el muslo derecho de Erin.

—Mamá—, dijo la niña. —¿Quién es?

—¿Eres madre? — preguntó Jack.

Erin sonrió, se encogió de hombros y arqueó las cejas.

—Entonces, ¿estás casada? — Bajó la mirada hacia su cintura, buscando su dedo anular izquierdo.

—No—, dijo ella.

—Desaparecido en combate.

Jack se volvió y vio a Dottie parada en la puerta de la cocina.

Ella dijo: —Ven aquí, Mia. Deja que tu madre hable con su amigo.

Esperaron mientras la niña saltaba hacia la cocina. Antes de llegar a Dottie, miró hacia atrás y le sonrió a Jack. Luego, con la misma rapidez, se dio la vuelta y pasó corriendo junto a su tía abuela.

—Entonces, esa es mi hija, Mia.

—Ella es adorable.

—Sí, lo es.

—¿Cuántos años tiene ella? ¿Cinco?

—Ella es todo un personaje.

—Lo apuesto. Probablemente actúa igual que tú. Se parece a ti. Probablemente lo sepas.

—Generalmente.

—Ella no tiene tus ojos.

—Ella tiene los ojos de su padre.

—¿Quién era su padre?

—A ella le gusta el parque, jugar fútbol. Atleta nata, como su padre. Es más rápida que todos los niños, incluso los que son dos o tres años mayores. Juega fútbol contra niños tres años mayores que ella. ¿Crees eso?

Jack sonrió y no dijo nada.

—Ella no tiene cinco años. Ella tiene seis años. En realidad, seis y medio.

Jack no dijo nada. Su sonrisa se desvaneció. Dio un paso atrás.

—No lo sabía—, dijo Erin. —Cuando tuvimos esa estúpida discusión, ya casi no recuerdo lo

que se dijo. Supongo que algo así como no poder estar con un hombre que hizo las cosas que tú hiciste. Jack, tenía miedo, eso es todo. No tenía idea de que eso te alejaría. Y yo no lo sabía entonces. No sabía nada de ella. Si lo hubiera hecho, las cosas habrían sido diferentes.

—Esto... yo... ¿Qué? — Su corazón latía dentro de su pecho más rápido de lo que jamás recordaba. Se enfrentó a hombres armados, fue capturado, torturado y golpeado. Nunca nada lo había asustado y excitado tanto como este momento. Escalofríos recorrieron su espalda. La carne de sus brazos y muslos le picaba. Las lágrimas se tragaron sus ojos.

—Ella nació siete meses después de que te fuiste.

—¿Ella es…?

—Sí, Mia es tu hija, Jack.

CAPÍTULO 21

—¿Oso?

Oso levantó la vista del libro que tenía en el regazo y le sonrió a Mandy. —¿Sí?

—¿Cuánto tiempo más nos quedaremos aquí?

Compartió la frustración de la niña por estar encerrada en la pequeña habitación del motel. Cuando abandonaron D.C., tenía toda la intención de dirigirse al norte. Pero un instinto le dijo que condujera hacia el sur y fuera a un lugar donde nunca hubiera estado. Cuatro horas después de iniciado el viaje, giró aleatoriamente a la derecha. Ahora estaban a una hora al este de Memphis, Tennessee. No tenía idea de cuánto tiempo se quedarían ni a dónde irían después. No quería tocar ninguna de sus cuentas bancarias. No aún. No hasta que estuviera seguro de que estaban a salvo. Y sabía que eso podría llevar algún tiempo.

Pero Oso sabía a dónde quería ir. París. De vuelta a casa de Kat.

—Por favor dime— Mandy hizo un puchero burlón.

—No lo sé—, dijo Oso. —El tiempo que sea necesario.

—¿Mientras sea necesario?

Quería responder con la verdad. Pero no podía abrirse así a nadie, y mucho menos a una niña de once años.

—Eso—, dijo. —¿No me escuchaste? ¿Tienes cera en los oídos?

—Lo que sea—. Mandy le dio la espalda y siguió jugando en la Game Boy que él le había comprado en Charlottesville.

Abrió su libro y encontró la página correcta, pero la interrupción interfirió en forma de gritos afuera de su puerta.

—¿Qué demonios es eso? — dijo, levantándose de su silla. Echó un vistazo a su reloj. Aún no eran las ocho de la mañana. Caminó entre las dos camas tamaño matrimonial, abrió el cajón de la mesita de noche y sacó su pistola. Se metió la pistola en la cintura de sus pantalones cortos color caqui y luego se ajustó la camisa hawaiana para que cubriera el mango y al mismo tiempo le permitiera un acceso rápido.

—¿Qué pasa? — preguntó Mandy. —¿Quién es?

—Quiero que camines detrás de mí. Pero cuando llegues al baño, entra y cierra la puerta con llave.

—Oso, me estás asustando.

Se arrodilló, inclinó la cabeza e hizo contacto visual a su nivel. —Probablemente no sea nada, cariño. Solo estoy siendo cuidadoso. ¿De acuerdo?

—Está bien—, dijo.

Sabía que ella había puesto su cara de valiente ante él. A veces se preguntaba si estar cerca de ella ayudaba a la chica. Temía que las situaciones en las que la puso la arruinarían más adelante

en la vida. Tal vez estaría mejor en un internado en Francia o Suiza o dondequiera que la gente envíe a sus hijos cuando tienen demasiado dinero y poca paciencia.

Oso se dirigió hacia la puerta, seguido de Mandy. Ella le agarró la mano izquierda. Sintió su aliento, cálido y rápido, contra su antebrazo. Miró a su derecha, al espejo, y vio que ella buscaba el faldón de su camisa con una mano. Hubo un ligero tirón hacia abajo cuando lo agarró. Se detuvo frente al baño y miró por encima del hombro.

—Está bien, entra—, susurró.

Ella asintió y no dijo nada. Su pequeño cuerpo se deslizó detrás de él y desapareció en el baño. La mayoría de los niños habrían cerrado la puerta de golpe, ajenos a su entorno. Pero Mandy no. Oso le había enseñado bien. Cerró la puerta con cuidado y giró la manija para que el pestillo no hiciera ningún ruido.

Buena chica, pensó Oso.

Cruzó el metro y medio restantes en un par de pasos, girando hacia un lado por la cintura. Las voces de afuera se elevaron. Acercó la mano a la puerta y se llevó la oreja a la mano.

—Estoy cansado de tu basura, Stevie—, dijo un hombre. —Quiero mi maldito dinero y lo quiero ahora.

—No lo tengo—, dijo Stevie. —Necesito otra semana, Don.

—Eso es lo que dijiste hace dos semanas—, dijo Don. —Sin embargo, aquí estoy, todavía me faltan tres grandes.

Las palabras y la cadencia eran las mismas que escucharía en Nueva York. Los acentos estaban llenos de acento sureño y las palabras eran largas. Esto divirtió a Oso. Se encontró sonriendo a pesar de la incertidumbre de la situación.

Deslizó su pie hacia la izquierda. Su gran figura siguió. Colocó su ojo derecho frente a la mirilla. Normalmente, él no habría hecho esto. En el momento en que su rostro cruzara frente al pequeño agujero, se oscurecería por fuera, alertando a cualquiera que estuviera allí de su presencia. Sin embargo, estaba seguro de que los hombres al otro lado de la puerta no eran más que ratas comunes.

Y Oso era un exterminador profesional cuando se trataba de ese tipo de bichos.

Uno de los hombres era alto, y tenía postura relajada. Apoyaba el codo y el antebrazo contra la desgastada barandilla de madera y cruzó la pierna izquierda sobre la derecha. Mientras hablaba, hacía muchos gestos con la mano derecha. Su cabello era oscuro, peinado hacia atrás. Llevaba gafas de sol de imitación de diseñador. Después de años en Nueva York, Oso podía reconocerlos a seis metros de distancia. Este tipo era Don.

El otro tipo, Stevie, estaba a un metro de distancia, justo fuera del alcance de Don. Alternaba desde las puntas de los pies hasta los talones, como si estuviera listo para salir a correr. Su cabello era corto, ralo y castaño. Su rostro era delgado y la piel que lo cubría estaba llena de viruelas y cicatrices. Entrecerró los ojos ante la brillante luz del sol. Oso pensó que, dado que el tipo no podía permitirse el lujo de devolverle el dinero a su amigo, Stevie debió haber pensado que era mejor no usar sus gafas de sol de imitación de diseñador cerca de Don.

Oso notó una cosa más. Stevie tenía un bulto encima de la parte trasera de la cadera izquierda. Sus dedos índice y medio izquierdos se movían sin parar.

Oso maldijo en voz baja.

Accionó el botón de seguridad. Se balanceó de derecha a izquierda con un leve chirrido. Abrió la puerta. La charla del otro lado cesó. Ambos hombres volvieron la cabeza hacia él. Puso su boca cerca del hueco y volvió la cabeza hacia un lado en un intento de mantenerla fuera de la vista.

—¿Les importaría llevar su argumento a otra parte? — dijo él.

—Que te jodan—, dijo Don. —Cierra tu maldita puerta antes de que te rompa la cara con ella.

Oso cerró la puerta. Dio un paso atrás. Apretó los puños.

La puerta amortiguó el sonido de la risa de Don. El tipo logró detenerse el tiempo suficiente para decir: —Ese tipo es más marica que tú, Stevie.

Oso caminó hacia el fondo de la habitación. Saltó y estrechó sus manos, como un luchador preparándose para un combate. Pero en este caso, Oso intentaba calmarse. Se prometió a sí mismo que cambiaría. Necesitaba dejar atrás sus viejas costumbres. Él lo sabía. El único camino a seguir era recto. Incidentes insignificantes como este sólo servirían para meterlo en problemas.

Pero no podía quitarse de la cabeza la voz engreída del tipo.

—Que se joda ese punk.

Corrió hacia la puerta y la abrió de golpe.

Ambos hombres se volvieron con los ojos muy abiertos. Oso los eclipsaba.

—Te dije que lo llevaras a otro lugar.

Don sacudió la cabeza y volvió a su forma. —Realmente debes querer que te golpee la cabeza contra la puerta.

Oso dio un paso adelante. Estaba a unos centímetros del hombre y se alzaba sobre él. —Escucha, enano, puedo hacer más que romperte la cara. Puedo darte dos semanas enteras de dolor tan intenso que desearás simplemente haber apretado un gatillo y haber terminado con tu patética y pequeña vida.

Don no retrocedió. Empujó a Oso en el pecho.

El gran hombre no se movió. Echó hacia atrás su brazo derecho, preparado para atacar.

—¿Oso?

Mandy.

Oso aflojó los puños y extendió las manos frente a él. Dio un paso atrás, sacudió la cabeza hacia Don y continuó hacia la habitación del hotel.

El miedo en el rostro de Don se desvaneció. Una sonrisa reemplazó la mueca que tenía hace unos momentos y dijo: —Maldito coño.

Oso necesitó todo lo que tenía para cerrar la puerta.

—¿Qué pasó? — preguntó Mandy.

—¿Qué estás haciendo fuera del baño? — dijo Oso juntando sus manos temblorosas.

—Te oí pasar pisando fuerte, y la puerta abriéndose de golpe y gritando. Estaba asustada.

Cerró los ojos, respiró hondo y exhaló lentamente. Sabía que Mandy había estado asustada durante toda la terrible experiencia. Por más asustada que ella pareciera en ese momento, él sabía que tenía que ser tres veces peor mientras se escondía detrás de la puerta.

—Está bien—, dijo Oso. —Mira, todo va a estar bien. Solo un par de tipos discutiendo por ahí. Se habrán ido en un...

¡Boom!

Oso gritó y empujó a Mandy al baño y cerró la puerta. Sonó un segundo disparo. Oso sacó su pistola. Se abalanzó hacia la puerta y la abrió en lugar de mirar primero por la mirilla.

Stevie estaba de pie junto al cuerpo que se retorcía de Don apuntando el arma a su cabeza.

—Simplemente no podías esperar, ¿verdad? Tenías que ir y amenazar a mi hermana. Bueno, ahora eres hombre muerto, Don.

Don tartamudeó y suplicó por su vida. No parecía poder usar los brazos ni las piernas. No tenía ninguna posibilidad de escapar. Stevie dio un paso adelante y se paró sobre el pecho del

hombre. Se inclinó, agarró la nuca de Don con su mano izquierda y colocó el cañón de su pistola en la frente del tipo.

Don intentó levantar los brazos, pero no pudo. No tenía control sobre sus extremidades. Los impulsos eléctricos provocaron que su cuerpo convulsionara. Oso supuso que una de las balas le cortó la columna vertebral al tipo.

Stevie apretó el gatillo por tercera vez. La sangre, el cerebro y el cráneo explotaron y flotaron en el aire como una nube en forma de hongo. Oso sintió que cubría la piel expuesta de sus manos, brazos y piernas.

—Tienes que estar bromeando—, dijo Oso.

Stevie le apuntó con el arma que temblaba en sus manos.

—No quieres hacer esto—, dijo Oso.

El débil sonido de las sirenas se hizo más fuerte. Stevie giró la cabeza, miró hacia arriba y hacia abajo por el sendero, por encima de la barandilla del estacionamiento y hacia la carretera.

—Solo corre, hombre—, dijo Oso.

Stevie dejó caer su pistola y salió corriendo. Bajó la mitad de las escaleras y saltó la barandilla. Se desplomó en el suelo, permaneció allí un minuto y luego se levantó. Las sirenas aumentaron de volumen, pero Oso aún no podía ver los coches patrulla. Stevie se subió a un Firebird o Trans-Am de los años 80. El vehículo cobró vida con un rugido. Se lanzó hacia adelante y luego giró en semicírculo, levantando polvo, humo y trozos de grava mientras salía del estacionamiento.

Oso estaba en la puerta, con los brazos extendidos por encima de la cabeza y los dedos agarrados al borde de la puerta. Dos coches de policía entraron en el aparcamiento. Cortaron las sirenas y dejaron encendidas las luces estroboscópicas. Luces rojas y azules rebotaban en todas las superficies.

—Allí arriba—, dijo un policía bajo y corpulento. —No te muevas.

—Estás perdiendo el tiempo—, dijo Oso.

—Cállate—, dijo el policía.

—Este tipo está acabado—, dijo Oso. —El otro tipo se fue. Dirigido al este. Black Firebird o Trans Am.

El policía bajo hizo un gesto de asentimiento al otro, el tipo que tenía un pie en su patrulla y usaba la puerta para protegerse. El tipo guardó su arma en su funda, volvió a meterse en su patrulla y salió del estacionamiento.

El policía bajo volvió su atención a Oso. —Quiero que salgas de la habitación y coloques las manos en la barandilla.

—No debería hacer eso—, dijo Oso.

—Hazlo ahora.

—Voy a arruinar la escena del crimen si lo hago.

El policía parecía confundido, inseguro. —Está bien. No te muevas. Voy a subir allí.

Oso había guardado su pistola detrás de su espalda. Seguramente la policía lo registraría en algún momento y él sabía que no lo perderían de vista.

—¿Oso?

Movió su cuerpo hacia la derecha. —Mandy, necesito que vengas aquí, pero mantente fuera de la vista.

La muchacha se acercó sin pronunciar palabra. Oso bajó una mano y se subió la camisa unos centímetros. “Coge el arma, Mandy. Entonces quiero que la tomes y la pongas en tu bolso.

Cogió la pistola y dio un paso atrás. —¿No debería meterla por dentro de mis pantalones

cortos, como lo hiciste tú? No me registrarán. ¿Lo harán?

—Escóndela en tu bolso, cariño. No te meterás en problemas de esa manera.

El policía de abajo debió haber pedido refuerzos. Otro coche patrulla entró a toda velocidad en el estacionamiento y frenó bruscamente. El vehículo patinó unos cinco metros, levantando grava antes de detenerse. Unos minutos más tarde, llegó un tercer coche patrulla. Dos de las patrullas bloquearon los accesos. Oso se preguntó por qué no había aparecido todavía un detective. Quizás el pueblo era demasiado pequeño.

Un policía se quedó en el estacionamiento mientras los otros dos se acercaban por ambos extremos. Sus pasos de suela dura se alternaban mientras subían las escaleras. Uno de los policías maldijo cuando llegó al rellano y vio la sangrienta escena. El otro se inclinó sobre la barandilla y vomitó.

Oso supuso que no había demasiados asesinatos en esta parte de Tennessee.

—Quédate donde estás—, dijo el policía más bajo.

Oso asintió. —No iré a ningún lado mientras ustedes se mantengan tranquilos. Vi todo lo que pasó. Puedo decirte exactamente lo que necesitan saber.

Hizo todo lo posible para proteger la habitación de sus miradas indiscretas. No fue difícil para su estatura de más de dos metros bloquear la entrada. Sin embargo, sabía que eventualmente entrarían y llevarían a Mandy a un lado y la interrogarían. Incluso podrían conseguir que ella les contara sobre el arma. Y todos los demás secretos que contenía su cerebro.

Pero no llegó a eso. Oso escuchó cómo se abría la ventana trasera. Escuchó el sonido de una bolsa al caer al suelo y a Mandy susurrar: —Hay una escalera de incendios. Me esconderé en el bosque.

CAPÍTULO 22

—¿Ella sabe de mí? — preguntó Jack.

El sol brillaba a través de una vidriera. Astillas de luz roja, amarilla y azul caían sobre Erin en patrones desorganizados.

Erin sacudió la cabeza y miró hacia la mesa. —Ella cree que su padre falleció antes de que ella cumpliera un año.

—¿Le mostraste fotos de él?

—Si, supongo. Le mostré fotos de algún tipo al azar. Lo saqué de Internet. Un chico de Australia. No pensé que hubiera ninguna posibilidad de que ella lo conociera alguna vez.

—Inteligente.

Erin sonrió y agachó la cabeza. —Pensé que era lo mejor, Jack. No pensé que volverías a aparecer. Y si lo hicieras, planeaba ocultártela.

—No funcionó tan bien, ¿verdad?

—No tenía idea de que estabas aquí. Créanme, si lo hubiera sabido, habríamos sido claros en todo. No puedo creer que tía Dottie no me lo haya advertido.

Yo tampoco.

—Tal vez ella quería que yo lo descubriera—. Ofreció una leve sonrisa.

—No te engañes, Jack. Ella sabe que es mejor que Mia no te conozca. Cualquiera de nosotros lo sabe.

Su sonrisa se desvaneció. El impacto emocional de sus palabras dolió más que cualquier herida que hubiera sufrido. Pero en cierto nivel, sabía que las palabras de Erin eran ciertas. Las personas que rodeaban a Jack terminaban muertas, y no de una manera agradable. Sabía que cualquier persona que le importara estaría mejor lejos de él.

—Lo siento—, dijo Erin. —Tengo que protegerla.

—Entiendo. ¿Puedo al menos sentarme con ella un rato?

—No creo que sea una buena idea, Jack.

—Vamos, tú también puedes estar allí. Sólo quiero hablar con ella un rato. No diré nada sobre ser…

Erin sacudió la cabeza y miró hacia otro lado. Su boca se torció hacia la izquierda. Jack sabía que ella se estaba mordiendo la mejilla. Una señal de que ella consideraba permitirle hablar con Mia.

—¿Qué dices? — preguntó él. —Sólo quiero saber un poco sobre ella. Ahora mismo veo a esta linda niña y si no sé más que eso, no la recordaré como debería.

Erin no dijo nada.

—Sólo quiero saber cómo es ella.

—De acuerdo—. Erin se levantó, se giró y se dirigió hacia la cocina sin decir una palabra

más.

Jack la siguió. Entró a la cocina y vio a Mia sentada a la mesa, comiendo un sándwich. Se dirigió en dirección opuesta, tomó una taza y la llenó de café. Le parecía divertido poder enfrentarse a cualquier hombre del mundo sin temor, pero la realidad de estar sentado frente a una mesa frente a su hija lo asustaba.

Dottie se levantó y salió de la habitación. La expresión de su rostro le dijo a Jack que no lo aprobaba. León permaneció sentado, con una curiosa sonrisa en su rostro.

—Mía—, dijo Erin. —Mi amigo Jack solía ser un espía.

—¿En verdad?

Jack miró por encima del hombro y vio que los ojos de la chica se abrieron como platos.

—Está fascinada con los espías—, dijo Erin.

Jack se acercó a la mesa y se sentó.

—¿Eras realmente un espía? — preguntó Mía. Su mirada se llenó de asombro y sospecha.

Jack sonrió. —Sí, seguro que lo fui.

—¿Alguna vez espiaste a una persona famosa?

—Sabes que no puedo decírtelo si lo hice—. Inclinó la cabeza hacia adelante, le guiñó un ojo y bajó la voz. —Está todo clasificado.

La chica suspiró.

—¿Qué más te interesa? — preguntó Jack.

Mía le habló de jugar fútbol y muñecas, dibujar y leer. Tenía amigos, tanto reales como imaginarios. Continuó durante casi una hora. En algún momento, León se levantó y salió de la habitación, dejando a Jack solo con Mia y Erin.

—¿Cómo conoces a mi mamá? — preguntó Mía.

—Somos viejos amigos—, dijo Erin.

—Le pregunté a él—, dijo la niña.

—Bien. Por supuesto que sí—, dijo Erin.

—Nos conocimos cuando yo trabajaba como espía—, dijo Jack.

—¿De verdad?

—Sí, en serio.

—¿Estabas espiando a mi mamá?

Jack se rio. —No. Y, por supuesto, tu mamá no lo sabía en ese momento. Ella era toda una dama y no habría tenido nada que ver conmigo si hubiera sabido mi secreto.

—¿Eras novio y novia?

Jack y Erin se miraron.

—Eso es complicado—, dijo Erin.

—¿Por qué? — preguntó Mía.

Explicar eso confundiría a la chica.

—No—, dijo Jack. —Solo éramos amigos. Buenos amigos.

—Entonces, ¿por qué nunca te había conocido antes? — preguntó Mía.

—Ya conoces el negocio del espionaje—. Jack se encorvó y encontró la mirada de la chica al mismo nivel. —Nunca sabes a dónde te llevará. No he estado en Londres en siete años.

Erin se atragantó con el café. Se aclaró la garganta y dijo: —Creo que fue hace mas des ocho o nueve años, Jack. ¿No es así?

—Ah, tienes razón—. Jack no podía creer que hubiera cometido ese desliz. —Vida de espía, supongo. Los años se mezclan.

La niña se rio. La habitación quedó en silencio y permaneció así durante un minuto.

—¿Conocías a mi padre? — preguntó Mía.

—Lo conocí después de que Jack se fue—, dijo Erin.

Mia miró a Jack, quien sacudió la cabeza y dijo: —Nunca lo conocí, cariño—. Las palabras le dolieron cuando sus propios ojos le devolvieron la mirada.

Dottie entró en la habitación. —¿Qué te parece si vamos a la ciudad hoy, Mia?

Mía asintió. —Me gustaría eso, tía.

Dottie se volvió hacia Jack y Erin. —Eso les dará a ustedes dos algo de tiempo para ponerse al día. Es decir, a menos que planees irte hoy, Jack.

—No iré a ninguna parte por un tiempo—, dijo Jack.

Dottie respondió a sus palabras con una mirada de desaprobación.

La cocina volvió a quedar en silencio. Jack escuchó una aspiradora haciendo su trabajo en algún lugar de la casa. Pensó que nunca viviría en un lugar lo suficientemente grande como para necesitar ayuda externa para mantenerlo limpio. Aunque, le atraía la idea de una sirvienta que se ocupara de sus propiedades mientras él estaba fuera.

Entonces escuchó pasos que se acercaban con intención. Rápidos, deliberados. Llevaban noticias. Se enderezó en su silla.

Entró León. Su rostro parecía pálido. Esta no era la noticia que esperaban.

—¿Qué pasa, León? — preguntó Dottie.

—Ha habido un ataque—, dijo León.

—¿Qué tipo de ataque? — preguntó Jack.

—Un ataque terrorista.

—¿Dónde?

—En la ciudad, cerca del Palacio de Buckingham.

CAPÍTULO 23

—¿Cómo te enteraste? — preguntó Jack.

—Está en la tele—, dijo León.

—Muéstrame.

León salió corriendo de la cocina. Jack se levantó y alcanzó al hombre. Entraron en el estudio, una habitación cuadrada con paneles de madera de unos cinco metros de cada lado. Los muebles eran pesados y masculinos. Había librerías empotradas a juego. Dudaba que Dottie pasara mucho tiempo en la habitación. Probablemente todo lo que había allí lo había dejado el dueño anterior.

León tomó el control remoto y activó el sonido del televisor. Una reportera frenética miró por encima del hombro el edificio que había sido atacado. Las llamas sobresalían a través de las ventanas rotas. El humo se derramaba y elevaba en el aire. La gente aturdida caminaba a tropezones por las calles y las aceras brumosas. Los cadáveres yacían en el suelo. Algunos de ellos estaban desmembrados.

—No lo puedo creer—, dijo León.

La transmisión de audio se había cortado. En lugar de la voz de la periodista, todo lo que escucharon fueron comentarios estáticos y chirriantes. Un cartel se desplazó por la parte inferior de la pantalla. Decía: *Sospecha de ataque terrorista cerca del puente de Westminster*.

La imagen tembló y luego se estabilizó. El audio regresó. Gritaron voces. Jack escuchó a alguien gritar: —¡Otro! —. La periodista y el camarógrafo cayeron al suelo. Otra explosión arrasó la manzana de la ciudad.

—Ha habido otra explosión. Sucedió justo…

El audio se cortó nuevamente.

La cámara giró de lado a lado y enfocó los restos destrozados de la fachada de un restaurante. Un hombre corpulento con barba roja estaba frente a él. Su delantal manchado de sangre colgaba delante de su redondo estómago. Desatado, ondeaba al viento. La sangre brotaba de una herida en su cabeza.

—Ese tipo me resulta familiar—, dijo León.

Jack asintió. Reconoció al hombre. El cocinero de la parte trasera del restaurante. Y el edificio que había sido bombardeado era el hotel donde tenía reservas.

El pelirrojo miró hacia su izquierda, se estremeció, giró y echó a correr.

El audio se cortó.

—Corre—, gritó la periodista.

La imagen rebotó y se sacudió mientras el camarógrafo seguía de cerca a la reportera. La mayor parte de la imagen en la pantalla era de su cabeza y espalda. Los rizos negros rebotaban con cada paso que daba. Después de unos segundos, el camarógrafo se dio la vuelta. La cámara

enfocó el hotel. Otra explosión lo atravesó. Una bola de fuego explotó a través de las ventanas de la planta baja. La puerta se disparó seis metros en el aire y aterrizó encima de una mujer que había sido derribada al suelo por la onda expansiva.

El edificio empezó a temblar y luego se derrumbó. Una enorme nube de polvo, suciedad y trozos de hormigón estalló hacia arriba y hacia afuera. Corrió hacia la cámara. La nube envolvió al equipo de reporteros en cuestión de segundos.

—Mi querido Señor—, dijo León.

Jack no dijo nada. Se quedó mirando la imagen borrosa en la pantalla. El audio permaneció encendido. Escuchó sonidos del edificio derrumbado asentándose y gente gritando. Algunos pidiendo ayuda, otros por miedo, otros en un intento de ser escuchados antes de morir.

¿Cuánta gente había estado dentro de ese edificio? ¿Cuántas personas seguían vivas y atrapadas bajo los escombros?

La nube de polvo empezó a diluirse. La agotada periodista los miró desde el otro lado de la pantalla. Se arrodilló en medio del camino. La sangre cubría su mejilla izquierda. Sus ojos parpadearon lentamente. Su boca se abrió y se cerró, pero no salió nada. Parecía un pez que alguien había arrojado al suelo junto a ellos.

El pelirrojo se acercó por detrás de ella.

—Eran siete—, dijo.

El camarógrafo inclinó su equipo hacia el pelirrojo.

El pelirrojo continuó. —Los vi venir por detrás del hotel. Dos de ellos vinieron corriendo hacia mí, armados con metralletas.

La periodista pareció darse cuenta del hombre pelirrojo y del hecho de que había dicho algo de interés periodístico. Entró en modo noticias y volvió al cuadro central.

Ella dijo: —¿Puedes describirlos?

—No—, dijo el pelirrojo. —Tenían máscaras. Pero entraron al restaurante y dispararon a la mitad de la gente que estaba allí.

—Incluyéndote.

Sacudió la cabeza.

Señaló la herida en su cuero cabelludo. —Estás sangrando profusamente. Parece que te hirieron.

Se pasó la palma por la parte superior de la cabeza y se quedó mirando la mano durante unos momentos. Levantó la vista y dijo: —Mataron al dueño—. Su brazo extendido apuntaba a un montículo de carne vestida en el suelo detrás de él. La cámara enfocó el cuerpo. —Lo saqué a rastras por si el edificio se derrumbaba. Su familia merece un ataúd abierto.

—Ese también es el chico del restaurante—, dijo León. —El gerente que te hizo pasar un mal rato.

Jack cogió el mando a distancia y apagó el televisor.

—Los tipos que mataron a Thornton—, dijo.

—¿Qué hay de ellos? — preguntó León.

—Son quienes hicieron esto.

—¿Por qué?

—Hablaron de un RDD.

—Sin embargo, se trataba de simples explosivos y armas de fuego.

Jack asintió. —Lo entiendo.

—Entonces, ¿por qué crees que fueron ellos?

—Porque esto no fue un ataque terrorista—, dijo Jack.

—No tienes sentido, Jack—, dijo León.

—Tiene razón—, dijo Dottie desde atrás.

Jack se volvió y la vio parada en la puerta. Huellas de lágrimas oscuras se alineaban en sus mejillas y dijo: —Tenían un objetivo.

—¿Quién? — preguntó León.

—Jack—, dijo Dottie.

León giró la cabeza y miró a Jack. No dijo nada.

Jack sacudió la cabeza y dejó caer el control remoto. —Era a mí a quien buscaban, León. Alguien me tendió una trampa y tengo una buena idea de quién fue.

—¿Quien? — preguntó León.

—Haré algunas llamadas—, dijo Dottie.

Jack asintió. Se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Su vista de la calle estaba obstruida por los altos setos en medio del patio y la alta valla que rodeaba la propiedad. Lo único que se podía ver era el hueco dejado para el camino de entrada.

—¿Qué tipo de sistema de seguimiento tienes aquí? — preguntó Jack.

—Uno bueno—. Dijo León.

—¿Tienes la espalda cubierta? ¿Ángulos que cubren la calle?

—Sí, lo tenemos—, dijo León. —¿Ahora quieres darme una pista de qué diablos está pasando?

Jack pasó junto al hombre y no dijo nada.

—Yo también tengo contactos, ¿sabes?

Jack se detuvo y se dio la vuelta. —Entonces habla por teléfono y averigua qué saben sobre ese bombardeo. Simplemente actúa como si estuvieras preocupado por tu seguridad. No menciones mi nombre. Aún no. Primero veremos qué información tienen.

—Entiendo—. León sacó su teléfono celular y realizó una llamada.

Jack caminó hacia la cocina. Mía le sonrió. Erin miró hacia arriba, con una expresión de preocupación cubriendo su rostro. Hannah se había unido a ellos en la mesa y compartía la preocupación de Erin.

—No creo que esto haya sido un ataque terrorista—, dijo Jack.

Erin miró a Mía. —Hannah, ¿por qué no llevas a Mia atrás por un rato?

—No—, dijo Jack. —A la otra habitación. No afuera.

—¿Por qué no? — preguntó Mía.

—Vamos, Mía—. Hannah sacó a la niña de la habitación a pesar de sus protestas.

Jack y Erin permanecieron en silencio por un minuto.

—¿Qué está pasando, Jack?

—Estoy seguro de que la explosión fue un atentado contra mi vida.

—¿Por parte de quién?

Jack negó con la cabeza. Había un delicado equilibrio en juego aquí. No podía decirle demasiado.

Erin dijo: —¿No lo sabes? ¿O no quieres decírmelo?

Jack dijo: —Ambas.

—¿Crees que piensan que tuvieron éxito?

—¿Sin una identificación positiva de un cuerpo? No.

—¿Crees que pueden rastrearte hasta aquí?

Jack mintió. —No—. No creía que ella le creyera.

—Jesús, Jack. ¿Qué hiciste? ¿Para qué viniste aquí?

Jack vio algo por el rabillo del ojo. Sacó su pistola y se dirigió hacia la ventana. Su mirada recorrió el patio trasero y escudriñó el bosque. La escena era tranquila. El patio y el bosque parecían vacíos.

—¿Jack? — Dijo Erin, su voz un poco menos venenosa.

—Vine aquí por un trabajo, Erin. Mi último trabajo.

—¿Entonces por eso intentaron matarte? ¿Venganza por lo que sea que hiciste para completar el trabajo?

Jack negó con la cabeza. —Nunca lo completé. Estos muchachos se encargaron de todo por mí.

—Entonces, ¿por qué venir tras de ti?

—Eso es lo que estoy tratando de descubrir.

—¿Crees que es porque saben que tú sabes que lo hicieron?

Él se encogió de hombros. —No exactamente. Querían que supiera que lo hicieron. Creo que planearon matarme al mismo tiempo.

—¿Cómo es que no lo hicieron?

—Es complicado.

—Entonces, ¿algo que hiciste en el pasado? ¿Quizás le hiciste algo a uno de ellos?

—Posiblemente. Pero de una cosa estoy seguro: tú y Mia tienen que salir de la ciudad ahora mismo.

—No iré a ninguna parte a menos que me des alguna información aquí.

Jack negó con la cabeza. —Aún eres terca, ¿no? ¿Qué quieres saber?

—¿Quien hizo esto? ¿Quién te quiere muerto?

Jack regresó a la mesa. Se paró a medio metro de distancia y miró hacia abajo. Esperó un minuto y luego dijo: —Terroristas.

Ella retrocedió poco a poco en su silla.

—Y la inteligencia británica.

—Ay dios mío. ¿Crees que están trabajando juntos?

—Por ridículo que parezca, es lo único que tiene sentido.

CAPÍTULO 24

La policía no tardó mucho en descartar a Oso como sospechoso. El recepcionista les dijo a los policías que cada centímetro cuadrado de espacio público tenía cámaras. El policía bajito entró en la oficina. Veinte minutos más tarde regresó y le dijo a Oso que se quedara en su habitación, recibirían una declaración de él más tarde. Todavía querían saber por qué se produjo la discusión fuera de su habitación.

Pero Oso no tenía idea. Eran tipos al azar. Él les dijo eso de antemano.

Su gran cuerpo había hecho un buen trabajo protegiendo el apartamento de la matanza. Entonces, tan pronto como entregó su ropa cubierta de sangre y cerebro, le permitieron cerrar la puerta. Tan pronto como la puerta se cerró, Oso se dirigió hacia la ventana abierta.

Metió los brazos y la cabeza por la abertura. Agitó los brazos mientras escaneaba los árboles en busca de movimiento. Mandy salió del bosque. Él le hizo un gesto con la mano para que se acercara a él. Dio dos pasos y se detuvo. Metió la mano en su bolso y sacó el arma. La mantuvo alejada de su cuerpo como si fuera un chinche apestoso. Ella se encogió de hombros y arrugó la cara.

Oso señaló con el dedo el área detrás de ella. Ella asintió y luego desapareció detrás de los árboles nuevamente. Cuando volvió a aparecer, tenía las manos vacías.

El hecho de que acabara de pedirle a un niña de once años que escondiera un arma hizo que se le revolviera el estómago.

Corrió por el campo abierto. Su esbelta figura saltaba con gracia a través de la hierba que le llegaba hasta la cintura. Saltó y se agarró al último peldaño de la escalera de incendios. Su impulso la llevó hacia adelante y luego hacia atrás. Echó el hombro derecho hacia atrás y alcanzó el siguiente peldaño. Le tomó unos quince segundos hacer la subida. Oso se dio cuenta de que había bajado unos dos metros para llegar a la plataforma en la que ahora estaba.

—Espera ahí—, le dijo Oso. Sacó las sábanas de la cama y tiró una por la ventana. —Agárrala.

Se envolvió la muñeca derecha con la sábana y la agarró con ambas manos. Oso empezó a tirar. Mandy usó sus pies para escalar la pared. Podría haberla levantado, pero Oso no se molestó en decírselo. Cualquier cosa para generar un poco de confianza, pensó.

Unos segundos más tarde, la levantó sobre el alféizar de la ventana y la dejó sobre la mesa. Deslizó las piernas por el borde y se dejó caer al suelo, donde dejó escapar un fuerte suspiro.

—Lo siento, Mandy.

Ella se encogió de hombros.

La horrible sensación volvió a apoderarse de él. Esta vida le parecía muy normal a la niña. Hacía sólo unos meses perdió a su madre. Ahora casi esperaba que ella le pidiera una cerveza.

—¿Cómo estaban los bosques?

—Nada mal. Había una agradable brisa y muchas ardillas y pájaros. Fue algo relajante. Mejor que estar sentada aquí.

—¿No extrañaste a tu Gamer Boy?

Mandy se rio. —Game Boy, Oso .

Oso asintió y no dijo nada.

—¿Cómo estuvieron los policías? — preguntó ella.

—Bajitos.

Ella se rio. —Todo el mundo es bajo a tu lado.

—No André el Gigante.

—¿Quién?

—Nadie. Los policías estaban bien. El chico que dirige este lugar captó todo con la cámara. Saben que no estuvimos involucrados.

Mandy se puso malhumorada y se reclinó en su silla.

—¿Qué? — preguntó Oso.

—¿Murió un hombre?

Oso levantó los hombros uno o dos centímetros en el aire. —No estoy seguro. Se lo llevaron en una ambulancia.

Mandy se mordió el labio inferior. Su mirada permaneció fija en la de Oso.

—Estoy segura de que estará bien, Mandy.

Ella asintió. —De acuerdo.

No podía decirle la verdad. No tiene sentido hacerlo. Sólo la molestaría. Estaba seguro de que le pagaría la terapia por el resto de su vida. Una vez que se acomodaran en algún lugar, por supuesto.

—Entonces, ¿cuándo podemos irnos? — preguntó ella.

Oso también se preguntó eso. Cuanto más tiempo permanecieran en la habitación del motel, mayores eran las posibilidades de que sucediera algo. Ya sea que la policía descubra quién era o que alguien más apareciera con la intención de silenciar a Oso. Quería salir de allí más que Mandy.

—¿Estás cansada de estar encerrada aquí conmigo? — preguntó él.

Ella asintió. —Y también un poco asustada.

—Seguro. Yo también, pero la policía me dijo que me quedara un rato por si necesitaban hacerme más preguntas. Me hice el más tonto que pude, pero vieron el vídeo. Me vieron ahí parado cuando el tipo se volvió loco con su amigo.

—¿Nos vamos a quedar?

Se encogió de hombros y golpeó la mesa con sus gruesos dedos. Uno dos tres cuatro. —Tal vez tal vez no. Lo decidiré cuando vea que se han ido.

—¿Les diste tu nombre?

—¿Qué más les podría haber dado?

—Oso, sé que tienes como diez identificaciones falsas.

—¿Como sabes eso?

Ella se encogió de hombros e intentó volver al tema original. —Solo quiero irme. Quizás podamos intentar ir a Florida nuevamente. Tienes un amigo allí, ¿verdad?

Oso la miró durante un minuto. Decidió dejar pasar el comentario de las identificaciones falsas. Habría mucho tiempo para preguntarse cómo llegó a saber eso. Aunque, en primer lugar, se preguntó cómo sabía ella el término.

—¿Puedo encender la televisión? — preguntó ella.

Oso asintió y Mandy se levantó, agarró el control remoto y encendió la televisión. Notó el movimiento exagerado de su brazo cada vez que cambiaba de estación. Un momento después ella gimió.

—¿Qué? — preguntó él.

—Todas las estaciones muestran lo mismo—, dijo.

—¿Qué están mostrando?

—Mira.

Oso se levantó y se dirigió a un lugar donde podía ver la pantalla. Se estremeció ante las imágenes que vio. Una calle llena de humo. Cuerpos en el suelo. Gente aterrorizada corriendo en todas direcciones. Un edificio en llamas. La expresión aterrorizada del periodista. Entonces, el edificio se derrumbó.

—Jesucristo—, dijo Oso.

Mandy le dirigió una mirada perpleja. —¿Qué es eso, Oso?

—Una expresión.

—Eso no. ¿Qué estamos viendo en la televisión?

—Parece un ataque terrorista.

Permanecieron en silencio durante cinco minutos mientras las imágenes aparecían en la pantalla frente a ellos. La voz del periodista no era más que ruido de fondo. Oso no necesitaba que ella le dijera lo que estaba mirando. Lo había experimentado de primera mano antes.

El móvil de Oso empezó a sonar. Respondió sin pensar.

—Oso, es Brandon.

—¿Brandon? — Él se detuvo por un momento. —¿Cómo conseguiste este número?

—Puedo conseguir lo que quiera. Tú lo sabes.

Oso no dijo nada.

—De todos modos, enciende tu televisor.

—Está encendido.

—¿Estás viendo eso, Gran Hombre?

—Lo estoy.

—¿Sabes dónde es eso?

—El teletipo dice que es Londres.

—¿Sabes quién está en Londres?

Oso pensó por un minuto. Él sí lo sabía. —Jack.

Mandy lo miró. Forzó una pequeña sonrisa pero no parecía convencida.

—Así es. Y ese es su hotel.

—Tienes que estar bromeando. Oh, Cristo—. Su estómago se apretó. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Sabes por qué estaba allí?

Oso se aclaró la garganta. Tomó uno o dos segundos más para recomponerse. —No exactamente.

—Sí, bueno, yo sé. Y no debería haber resultado en esto.

—¿Puedes decirme algo?

La línea quedó en silencio por un minuto. Oso se preguntó si Brandon estaba debatiendo cuánto podría divulgar por teléfono.

Brandon dijo: —Todavía no, hombre. Aunque estoy trabajando en ello. Tengo que descubrir quiénes están involucrados en esto.

—¿Sabes cómo localizar a Jack?

—No. ¿Cómo lo haría?

Brandon debería haberlo dejado en el no.

Oso dijo: —Sabías cómo comunicarte conmigo y soy una de las personas más difíciles del planeta para conseguir un número.

Hubo silencio. Luego, se oyó la respiración de Brandon. —Si, tienes razón.

Oso hizo la pregunta para la que no estaba seguro de estar preparado para conocer la respuesta. —¿Sabemos si Jack estaba en ese hotel?

—Hasta donde yo sé, nunca se registró. Verifiqué su nombre, bajo el cual el imbécil fue lo suficientemente estúpido como para volar.

—Estás bromeando.

—No, no estoy bromeando. También revisé sus alias, al menos los que conozco. No se permiten reservas ni visitas sin cita previa. Pero tenía una reserva a su nombre.

—Necesito su número—, dijo Oso. —Necesito comunicarme con él.

—Te llamaré o te enviaré un mensaje de texto con su número más tarde.

—No, ahora.

—Primero tengo que descubrir algunas cosas, Oso.

—Brandon.

Brandon no respondió. La línea estaba muerta.

—Maldita sea—, dijo Oso mientras arrojaba su teléfono sobre la cama.

Mandy se acercó por detrás y saltó sobre la cama para poder poner su mano sobre su hombro. Ella no dijo nada. No era necesario. La reacción de Oso fue suficiente para decirle que algo no estaba bien.

—Lo siento—, dijo. —Me voy a Londres.

Ella asintió. —¿Qué hay de mí?

—No puedo llevarte conmigo.

—¿Por qué no?

—Es demasiado peligroso.

—Es más peligroso para mí estar en algún lugar sin ti.

—Mandy... — Oso hizo una pausa. Tenía razón. Cada vez que ella se quedaba sola o él se sentía cómodo, sucedían cosas malas.

—Si fueran tras Jack, es posible que supieran de mí y vinieran a por mí. No puedes dejarme, Oso.

—Está bien—, dijo. —Vas a venir conmigo.

Sabía que la chica no tenía pasaporte, por lo que tendría que contactar con algunos conocidos que le debían un favor. Probablemente también sería una buena idea para él volar con una nueva identidad. Quizás podría conseguir un paquete completo. Padre e hija. Miró sus reflejos en el espejo. Él, alto y macizo. Ella, baja y ágil.

Sí, pensó. *Padre e hija. Parecería legítimo.*

—Empieza a empacar tus cosas—, dijo.

Les llevó menos de diez minutos empacar y limpiar la habitación. Mandy aceptó el proceso bastante rápido. Después de siete meses con Oso, había adquirido mucha práctica. Nunca dejes rastro, le dijo en más de una ocasión.

—¿Qué pasa con tu arma? — preguntó Mandy.

Oso caminó hasta el fondo de la habitación y abrió las persianas con el pulgar y el índice. El área detrás del motel parecía desierta, pero ahora dudaba en recuperar el arma.

—¿Crees que puedes encontrarla en la oscuridad? — preguntó él.

Mandy se encogió de hombros. —No sé si podría encontrarla a la luz.

Él sabía que ella estaba mintiendo. No quería volver allí sola otra vez. —Está bien, guardemos nuestro equipo en el auto y ambos regresaremos allí.

Oso recogió la mayoría de sus pertenencias. Mandy se puso la mochila sobre el hombro izquierdo. Tenía su andrajoso osito de peluche, una reliquia de una vida pasada, apretado con fuerza en su mano. Oso abrió la puerta. El área exterior de la habitación todavía estaba cubierta de sangre y acordonada con cinta policial amarilla. Oso levantó a Mandy, salió por la puerta y la dejó lejos del área ensangrentada. Luego se giró, se pegó a la pared y dio un gran paso hacia la derecha.

A mitad de las escaleras sacó las llaves y mantuvo presionado el botón de elevación del maletero en el llavero. La tapa del maletero del Cadillac negro se levantó. Arrojó sus bolsas adentro. Mandy arrojó su mochila en el asiento del pasajero delantero.

Caminaron hasta el extremo norte del edificio, alejándose de la oficina. Por lo que le habían dicho los policías, el propietario había puesto bajo vigilancia la mayor parte del motel. Supuso que el video terminaría cerca del bosque, no dentro de él. La solución fácil fue caminar cien metros al norte del edificio y entrar al bosque.

Una vez detrás de la línea de árboles, Mandy abrió el camino. No tardó mucho en localizar el lugar donde escondió el arma. Sin giros, vueltas ni retrocesos. Sabía exactamente dónde la había escondido. Oso alcanzó detrás de sí y se la metió en la cintura. Levantó su camisa y la bajó por encima del asa.

—Está bien, niña. Vamos a salir de aquí.

Retrocedieron corriendo por donde habían venido, cien metros más allá del edificio, giraron a la derecha y se dirigieron a la carretera. Luego caminaron hacia el sur, por una acera agrietada y desigual.

—Mierda—, dijo Oso.

—Mierda—, dijo Mandy.

Dos coches de policía tenían bloqueado el Cadillac.

CAPÍTULO 25

Erin y Jack se sentaron a la mesa de la cocina, en extremos opuestos. Ninguno habló. Alternaron entre mirarse y mirar por la ventana. Jack supuso que ella estaba tratando de asimilar lo que él había dicho. El significado tenía graves implicaciones. Agentes deshonestos de la inteligencia británica estaban trabajando con un grupo terrorista. Jack al menos así lo supuso. ¿Pero por qué? ¿Qué esperaban lograr? A primera vista, la respuesta era fácil. Los terroristas tenían dinero y los agentes tenían inteligencia y acceso a canales que podían lograr las cosas rápidamente. Aunque tenía que haber más. ¿Y por qué Jack tendría alguna relación con lo que estaban haciendo? Podrían haber ahorrado algo de tiempo y permitirle a Jack llevar a cabo el ataque a Thornton. En lugar de eso, lo hicieron observar todo. Algo no cuadraba.

Y luego, estaba esta nueva dinámica con la que tuvo que lidiar.

Se inclinó hacia adelante y, en voz baja, dijo: —¿Quién más lo sabe?

Erin giró la cabeza y lo miró fijamente. —¿Qué?

—Mía—, dijo. —Que yo soy su padre.

—Tía Dottie.

—¿Quién más?

—Eso es todo.

—¿Crees que alguna vez le contó a León, o tal vez, a su exmarido?

Erin se encogió de hombros. —Supongo que podría haberlo hecho, pero no veo por qué. Podemos preguntarle.

Jack lo pensó por un momento. —No. Ahora no.

Pasó un minuto de silencio. Erin dijo: —¿Por qué lo preguntas?

—No es nada—, dijo Jack. —Solo estoy pensando en voz alta.

Erin se enderezó y agarró el borde de la mesa con ambas manos. —¿Crees que está en peligro?

—Cualquier persona cercana a mí está en peligro—, dijo Jack sin rodeos. Hizo una pausa y luego añadió: —Creo que ustedes dos deberían irse ahora.

—Tan pronto como la tía Dottie esté lista.

—No, vete sin ella.

—Eso no tiene sentido, Jack. Estamos más seguras con ella y León, no solas.

—Pero ustedes dos solas pueden desaparecer. No hay ningún equipaje que te detenga. Ustedes dos son madre e hija. Dottie y León son ex espías del SAS. Serán examinados dondequiera que vayas con ellos. Puede que te sientas segura, pero no lo estarás.

—¿Y entonces qué? ¿Me puedes decir eso? ¿Qué se supone que haga? ¿A dónde debería ir?

Jack no tuvo respuesta. Ser blanco de una bomba lo había desconcertado. No era la primera vez que alguien intentaba asestarle un golpe. Pero nadie había llegado a extremos tan dramáticos

antes. Quizás su mayor preocupación fue que nunca se había registrado en el hotel. Cualquiera que tuviera acceso a alguien con las credenciales correctas podría haberlo verificado. Pero no lo hicieron. Él estaba seguro de eso. Las implicaciones eran aterradoras. Temía que persiguieran cualquier lugar en el que se encontrara y a cualquiera que conociera.

¿Qué o quién sería el próximo?

Sintió la leve vibración de unos pasos. El débil sonido que produjeron se hizo más fuerte. Jack y Erin se reclinaron en sus sillas y apartaron la mirada el uno del otro. Dottie se detuvo en la entrada. Ella se aclaró la garganta. Cuando nadie dijo nada, entró a la cocina y se sentó a la mesa entre Jack y Erin. Ella no dijo nada y miró por la ventana. Su rostro estaba pálido y solemne.

—¿Qué pasa? — preguntó Erin.

—El agente que te recogió, Jack.

—Mason—, dijo Jack.

Dottie asintió y dijo: —Sí, él. Bueno, acabo de enterarme de que lo han tenido bajo vigilancia durante los últimos seis meses.

—¿Quién?

—¿Quién crees?

La noticia no sorprendió a Jack. —¿Alguna idea de por qué?

Dottie asintió lentamente. —Creían que estaba asociado con conocidas organizaciones terroristas.

—¿Qué tipo de pruebas tienen? — preguntó Jack.

—Nada sólido. Por eso lo han estado vigilando.

—¿Y los resultados de la vigilancia?

Dottie negó con la cabeza. —Nada aún. Cubre bien sus huellas.

—¿Pero estamos seguros de que hay huellas?

Ella asintió, miró hacia otro lado y no dijo nada.

—¿Cuánto sabe este tipo sobre ti, Dottie?

—¿De mí? Nada. Él entraba mientras yo salía. Nuestros caminos nunca se cruzaron. Incluso la gente que conozco no lo conoce personalmente. Tiene fama de hacer bien su trabajo. Dicen que siempre parece estar un paso por delante.

—Bueno, ahora sabemos por qué es así—, dijo Jack.

Dottie asintió.

Jack dijo: —¿Qué más?

Dottie dijo: —Dímelo tú.

—Apareció poco después de que yo comenzara mi vigilancia. Me siguió cuando me fui. Sabía el motivo de mi visita a Londres. Mencionó tu nombre, específicamente. Hizo lo que algunos podrían considerar una amenaza hacia ti.

Erin miró a Jack y luego a Dottie. —¿Por qué lo haría?

—No es nada, Erin—, dijo Dottie. Se volvió hacia Jack. —Estoy segura de que vio mis archivos y sumó dos y dos.

—Sólo que en este caso eso equivale a cinco. No veo cómo podría deducir eso.

Dottie extendió las manos. —Como dijiste, ahora sabemos por qué.

Jack asintió y luego miró a Erin. —Erin y Mia necesitan irse.

—Nos vamos en una hora—, dijo Dottie.

—No—, dijo Jack. —Sin ti y sin León. Van solas. Hannah va con ellas.

—¿Por qué Hannah?

—Ella es parte de tu vida. Cualquiera que esté asociado contigo debe irse por un tiempo.

Dottie no dijo nada.

—Tú y León tenéis que marcharos también. Pero a algún lugar lejos de ellas.

Dottie se levantó. Su mirada se volvió desafiante y apuntó con un dedo en su dirección.

—No las perderé de vista—, dijo Dottie.

—Si están en tu punto de mira, entonces podrían estar en su punto de mira—, dijo Jack.

—No me gusta esto, Jack. Erin y Mia deberían estar conmigo y con León para que León pueda protegerlas.

—Es precisamente por eso que necesitan estar en otro lugar. ¿No lo ves, Dottie?

Dottie no dijo nada.

—Ellas no son el objetivo. Si las traes contigo, se convertirán en daños colaterales si algo sucede. Y León hará mejor su trabajo si sólo se preocupa por tu seguridad. No me importa lo bueno que sea.

—Soy el mejor—, dijo León desde la puerta.

—Bueno, lo que sea—, dijo Jack. —Esas tres estarán mejor en algún lugar como Tenerife que escondidas en la campiña inglesa o dondequiera que hubieras planeado.

Dottie se alejó de la mesa. Miró a Jack, asintió y dijo: —León, haz los arreglos necesarios para las chicas. Tenerife está demasiado lejos. No las quiero a más de unas horas de distancia, Jack.

—Disculpen—, dijo Erin. —Soy una mujer adulta capaz de tomar mis propias decisiones.

—Ahora no, no puedes—, dijo Dottie. —Está bien, Jack. Ellas van a un lugar, León y yo a otro.

—¿A dónde entonces? — preguntó Jack.

León dijo: —Bruselas. Pueden tomar el tren. Será menos llamativo que volar. Puedo acompañarlas". Miró a Erin mientras decía esto.

Jack dijo: —No. Tienes que quedarte con Dottie. Tengo un contacto en Francia que puede reunirse con ellas en Bruselas.

—¿Quién? — preguntó Dottie.

Jack negó con la cabeza. —Déjame ocuparme de eso.

—Si crees que voy a dejar que uno de tus asociados...

—Mira Dottie, mis muchachos son sólidos y harán lo que sea que necesite. Ya conoces el código. Si no quieres usarlos, puedo desaparecer y dejar que te ocupes de este lío por tu cuenta.

Dottie cruzó la cocina. Sus pies se arrastraron por las baldosas. Se detuvo frente a la cafetera. —¿Y tú, Jack? ¿Qué vas a hacer?

—Me voy a quedar aquí. Tengo la sensación de que alguien va a visitar la casa pronto. Estaré aquí cuando lo hagan. Y llegaré al fondo de esto y lo terminaré.

Los cuatro permanecieron en silencio durante unos minutos. Jack sabía que no debía hablar primero si quería cerrar el trato. Cuando llegó el momento, planeó hacer todo lo que fuera necesario para terminar con esto, independientemente de que Dottie cumpliera o no con su solicitud.

Finalmente, Dottie asintió, miró a Erin y dijo: —Reúne tus cosas. Las de Mía también. Sal de aquí y se va directo a la estación de tren. Dile a Hannah que cubriremos cualquier gasto en el que incurra. No podrá pasar por su apartamento, así que podrá comprarse un guardarropa adecuado en Bruselas.

Jack se sintió aliviado y más preocupado al mismo tiempo. Este grupo que ahora podía vigilar pronto se dividiría y estarían en dos lugares diferentes. Tendría que depender de otros para mantenerlos a salvo. Sólo podía esperar que la sensación persistente en su estómago que le

decía que Dottie ocultaba algo no fuera más que una falsa alarma. Pensó que había lagunas en sus palabras. ¿Era para ocultarle algo o para mantener a Erin al margen? Cuanto menos supiera Erin, mejor. Ya había oído demasiado.

Erin salió de la habitación. Puso una mano sobre el hombro de Jack y lo apretó cuando pasó a su lado. El gesto le recordó la relación que compartieron hace siete años. La escuchó llamar a Mia y Hannah después de que ella cruzó la puerta. Se preguntó si alguna vez volvería a verla.

—Probablemente sepan de ella, ¿sabes? —, dijo Dottie.

—¿Erin?

—Y tú. Su pasado juntos.

—Lo supuse. Es parte de la razón por la que quería que se separaran.

—¿No te preocupa que estén solas?

—No con el tipo que voy a enviar a recibirlas.

Dottie negó con la cabeza. —No me siento cómoda con esto.

—No esperaría que lo estuvieras. Pero tienes que confiar en mí, Dottie. He confiado en ti hasta este momento—. Decidió arriesgarse y apoyarse en ella. —Mucho de esto no cuadra. Alguien más podría sentirse inclinado a creer que tuviste algo que ver en todo esto. Que tú lo orquestaste todo.

—Jack, yo nunca...

—Eso es lo que todo el mundo dice justo antes de apretar el gatillo, antes de hundir la espada en la espalda.

—Puedes confiar en mí, Jack. Tú lo sabes. ¿Después de todos estos años…?

—Confío en mí mismo, eso es todo.

—¿Es por eso por lo que las quieres en otro lugar? ¿Crees que una vez que las pierdas de vista voy a hacer algo?

Jack se reclinó y se cruzó de brazos. Las palabras de Dottie no parecieron forzadas. Su sorpresa parecía genuina. —No. Quiero decir, tal vez en el fondo de mi cabeza. Pero es más que nada porque tengo la sensación de que te van a seguir. Alguien está un paso por delante de nosotros. Cuando llegue el momento, sé que tú y León podrán arreglárselas solos. Pero no necesitan el equipaje extra de dos mujeres y una niña.

Dottie dijo: —Ella todavía habla de ti, ¿sabes?

Jack se inclinó hacia adelante. —¿A qué te refieres?

Dottie miró hacia León, quien se disculpó y salió de la habitación.

Ella dijo: —Erin nunca dejó de amarte.

Jack dijo: —Entonces ella es una tonta.

—Todavía me siento mal, Jack. No debería haber interferido. Ojalá nunca le hubiera contado tu secreto.

—Ella lo habría descubierto eventualmente. Probablemente fue mejor que sucediera cuando sucedió. Unos meses más y quizá no me habría rendido tan fácilmente.

—Quería decírtelo, pero ella me lo prohibió. Por eso... — Dottie volvió la cabeza y miró por la ventana.

—Por eso nunca volviste a contratarme. Lo entiendo. No te sientas mal.

Dottie se aclaró la garganta y se secó una lágrima del párpado. —Lo has hecho bien, Jack.

—Me convertí en un monstruo, Dottie. Hacía casi cualquier cosa si el salario era lo suficientemente alto.

—Y te permitía jubilarte antes de los cuarenta años.

—Jubilarme—. Jack se rio. —Y mírame ahora. Estoy en Inglaterra para realizar un golpe.

—Pero para una vieja amiga.

—Sí. Parte de la gira de Redención de Jack Noble. Ahora presentamos una hija con quien recuperar el tiempo perdido.

Dottie sonrió. —Bien. Bueno, entonces supongo que debería preparar mis cosas y dejarte hacer tu llamada telefónica.

Jack esperó hasta que Dottie salió de la cocina. Sacó su teléfono y buscó el nombre falso que asoció con el hombre que quería que recibiera a Erin, Mia y Hannah en Bruselas. Habían pasado algunos años desde la última vez que habló con el hombre. Pero el chico le debía un favor a Jack y no tendría más remedio que decir que sí.

El hombre respondió al cuarto timbrazo.

—Jacob, es Noble.

—Bueno, bueno—, dijo Jacob. —Hijo pródigo y todo eso. ¿Qué deseas?

—Estoy cobrando ese favor que me debes.

Hubo una breve pausa. Jack supuso que el hombre se puso de pie o inclinó su cuerpo para hacer la llamada en privado.

—¿Cuándo me necesitas? — preguntó Jacob.

—En aproximadamente dos horas—, dijo Jack.

—Imposible.

—¿Como es eso? Ustedes se sientan todo el día sin hacer nada.

—Excepto cuando estamos trabajando, lo cual estoy haciendo ahora mismo.

—¿Limpieza?

—Escolta.

—¿Con tu apariencia? El espionaje tiene que pagar mucho más.

Jacob se rio. —Te sorprenderías, amigo mío.

—Mira, Jacob, me he hecho más enemigos que amigos en los últimos cinco o seis años. El único otro contacto que tengo allí está internado en un hospital en coma. Te necesito, amigo.

Jacob suspiró. Habló, pero sus palabras eran indescifrables, como si hubiera tapado el micrófono con la mano. Definitivamente no estaba solo. El hombre se aclaró la garganta y luego dijo: —Está bien, lo haré. ¿A dónde necesitas que vaya?

—Bruselas.

—¿Cuándo debo estar allí?

—Dentro de dos horas.

—Me va a tomar tres.

Jack sabía que diría esto. —Eso funciona. Llegarán en cuatro.

—Hijo de puta—, dijo Jacob.

—Lo mismo para ti. Te enviaré un mensaje de texto con el resto de la información antes de que llegue el tren.

CAPÍTULO 26

Spiers guardó su teléfono celular en su bolsillo y miró a Clarissa. —Cambio de planes, cariño. No nos quedaremos en París.

Una punzada de pánico surgió. Clarissa temió que su instinto inicial hubiera sido correcto. Tenía que ser eliminada. —Tengo que estar ahí. ¿Qué pasa si Naseer tiene a alguien esperándome en la estación? ¿Qué pasa si envía a alguien a controlarme?

—No lo hará.

—No lo sabes.

—Sí. No me habría puesto en contacto, no estaría aquí si pensáramos que alguien iba a buscarte o controlarte. Naseer tiene grandes problemas entre manos. Para él no eres más que un culo lindo. Él no tiene idea de quién eres realmente. Corrígeme si estoy equivocado.

Clarissa asintió. La lógica de Spiers tenía sentido. Si Sinclair estuviera allí, le diría lo mismo.

Ella dijo: —¿El jefe está de acuerdo con este desvío?

Spiers se encogió de hombros. El gesto no consoló a Clarissa. Dijo: —Lo que Sinclair no sepa no le hará daño. Mientras le digas que tuvimos una buena estadía en París, estaremos bien.

—¿Y si no lo hago?

Spiers sonrió por un momento. Entonces su rostro se puso serio. Ella vio ira en sus ojos. —Le diré que estabas mintiendo. Escuché una conversación que confirmó que Naseer te había convertido. Hizo una pistola con el pulgar y el índice y la apuntó. —Y luego le haré saber que tenía que hacer lo que mejor hago.

Sus palabras fueron recibidas con rabia. Clarissa lanzó su brazo derecho hacia adelante, lo agarró de la entrepierna y lo apretó. Spiers intentó escapar por error. Sus ojos se abrieron como platos. Su boca se abrió, pero sólo surgió el sonido ronco del aliento que se escapaba. Algunos pasajeros miraron en su dirección.

—No vuelvas a amenazarme nunca más. ¿Lo entiendes? No salí de la cuneta para que un imbécil como tú pudiera intentar asustarme.

Ella soltó sus bolas y se movió hasta el borde de su asiento. Sus nudillos se pusieron blancos mientras se agarraba las rodillas. Respiró profunda y temblorosamente, lo contuvo y cerró los ojos.

—Mírame—, dijo.

Abrió los ojos e inclinó la cabeza hacia ella.

—No te tengo miedo, Spiers. Será mejor que lo pienses dos veces antes de darme un ultimátum. Tienes un cincuenta por ciento de posibilidades, en el mejor de los casos, si intentas eliminarme.

Respiró unas cuantas veces más y se recostó en el asiento.

—Háblame como a un igual—, dijo. —¿Por qué no vamos a París?

Spiers dijo: —Le debo un favor a alguien. No puedo rechazarlo, no después de lo que hicieron por mí. Tres inocentes están en problemas. Él no está en condiciones de vigilarlos, así que los protegeremos durante un par de días. Los recogeremos en Bruselas y los llevaremos un rato fuera de la ciudad. Tengo un lugar donde podemos quedarnos, donde nadie nos molestará. Nadie tiene por qué enterarse de esto, Clarissa.

Clarissa negó con la cabeza. —No me gusta.

—Dos mujeres, una niña. Si las encuentran, tendrán serios problemas.

Las palabras tiraron de su tejido emocional. Ella había enfrentado su propia cuota de problemas. Ella había necesitado gente que la protegiera en el pasado. Si no lo hubieran hecho, bueno, quién sabe cómo habría terminado.

Clarissa dijo: —Si las cosas se salen de control, te denunciaré y asumirás la culpa.

—No haremos eso. Si las cosas se salen de control, nos encargaremos de ello.

A pesar de sus amenazas anteriores, Spiers tenía la ventaja. Si conseguía atraparla, la haría desaparecer y nadie encontraría jamás el cuerpo. No habría ningún cuerpo que encontrar. Entonces Spiers podría contarle a Sinclair cualquier historia inventada que quisiera. Ella no apareció, causó problemas, él la pilló hablando por teléfono con Naseer. No importaba. En su línea de trabajo, todos sospechaban que los demás eran traidores. Si bien rara vez sucedía, no hacía daño estar alerta.

Entonces ella decidió seguir su plan. Si él la había engañado, ella se ocuparía de él antes de que él tuviera la oportunidad de atacarla.

—¿Entonces estamos de acuerdo? — preguntó Spiers.

Clarissa asintió. Luego cerró los ojos y se reclinó.

Pasaron treinta minutos. No dijeron nada. El suave balanceo del tren había adormecido a Clarissa con una falsa sensación de calma. Más allá de las vías del tren se desató una tormenta. Y no importaba hacia dónde fuera, estaría justo en el borde de la pared del ojo.

Sus pensamientos se dirigieron a Jack. Temía que Naseer hubiera establecido la conexión entre Clarissa y Jack. Lo descubriría cuando bajaran del tren. Pero Jack debía tener algo que ver con esto. En lo que a ella respectaba, las coincidencias eran para los creyentes en los cuentos de hadas.

Pensar en Jack le hizo un nudo en el estómago. Un dolor físico tan intenso que le provocó náuseas. Por esa razón, cada día pensaba menos en él. Pero era propio de Jack obligarse a regresar a su vida después de que ella tomó la decisión de dejarlo atrás por segunda vez. No eran compatibles. Al menos, eso es lo que se dijo a sí misma para superar el dolor de destrozar su propio sueño.

Spiers empezó a silbar algo lento y deprimente. Aunque lo reconoció, el nombre de la melodía se le escapó.

—¿A quién le estás haciendo el favor? — preguntó ella.

—Un viejo amigo—, dijo.

—¿Una de las tres mujeres que vamos a conocer?

Él sacudió la cabeza en respuesta.

—¿De dónde están viniendo?

Levantó los hombros unos centímetros en el aire y miró hacia otro lado.

—¿Por qué no me lo dices?

—Porque no tengo que hacerlo—. Él volvió a mirarla. —Y porque no quiero.

—Lo que sea—. Tenía al menos tres horas para sacárselo.

Llegaron a París aproximadamente una hora después. Una hora llena de silencio. Spiers salió

primero y comprobó si había alguien sospechoso. Con tantas caras yendo y viniendo, era difícil distinguir el trigo de la paja, lo bueno de lo malo. La elaboración de perfiles ayudó, pero también tuvo sus puntos débiles. Miró hacia atrás y asintió hacia Clarissa. Se levantó y caminó hacia la salida. En el borde del andén el aire olía a gases de escape y a basura. Spiers empezó a caminar y ella lo siguió. Se abrieron paso entre la espesa multitud. Clarissa escaneó cada rostro por el que pasaban. Tomó nota de los que permanecían quietos, apoyados contra las paredes, y que parecían buscar a alguien.

Llegaron a la ventanilla de venta de entradas. Una larga fila los dejó como blancos fáciles durante cerca de quince minutos.

Llegaron al mostrador y Spiers compró dos billetes para el próximo tren a Bruselas.

Clarissa se mantuvo de espaldas al mostrador y estudió a la multitud mientras Spiers completaba la transacción. Dos hombres llamaron su atención. Eran de piel oscura y vestían bien. Sus chaquetas sobresalían de sus caderas izquierdas, una señal reveladora de que estaban armados. Hablaron entre ellos, pero ella se dio cuenta de que su conversación era inútil. Una tapa. No se miraron, como lo harían dos personas cuando hablan. Sus ojos se movían de izquierda a derecha, sin descansar nunca, siempre explorando. Dividieron el área por la mitad. El hombre de la izquierda se puso de su lado, mientras su compañero observaba al otro lado de la habitación.

Clarissa se inclinó hacia la derecha y le dio un codazo a Spiers en el costado.

—¿Qué?

Ella susurró: —Dos hombres, trajes azules, piel oscura. Están buscando algo.

Spiers se giró lentamente y se reclinó contra el mostrador de venta de entradas. Trabajó como un profesional. Sus ojos recorrieron a los dos hombres y no se detuvieron ni por un segundo. Se dio la vuelta y dijo: —Agentes del gobierno francés. Definitivamente buscando a alguien. Ojalá no seas tú.

Clarissa pasó su brazo por el de Spiers.

—No se me ocurre ninguna idea—, dijo. —Solo trato de que parezca natural.

Spiers extendió la mano y tomó sus boletos. Él se volvió hacia ella. —Ponte al otro lado de mí. Te mantendré cerca de la pared, fuera de la vista. Pero creo que ya habrían hecho un movimiento si tú fueras su objetivo.

—A menos que quieran ver hacia dónde voy—, dijo.

—Sólo hay una forma de averiguarlo.

Se alejaron del mostrador de venta de entradas. Al cabo de unos minutos llegaron a un cruce.

—Gira a la izquierda allí—, le dijo Spiers.

A pesar de que su instinto le decía que no lo hiciera, Clarissa miró por encima del hombro. Vio a los dos hombres en el mismo mostrador que habían usado. Clarissa supo entonces que los hombres eran agentes del gobierno. Debieron haber usado sus credenciales para llegar al mostrador, porque la fila se extendía por lo menos veinte personas.

Uno de los hombres volvió la cabeza en su dirección. Sus ojos se encontraron. Estuvo a punto de tropezar cuando Spiers giró a la izquierda, arrastrándola con él. Giró la cabeza y recuperó el equilibrio en el último momento posible.

—Están en la taquilla—, dijo. —Uno nos miró directamente a nosotros, a mí. Hizo contacto visual.

Spiers aceleró el paso. Clarissa casi tuvo que correr para mantener el ritmo. Él la miró. —Si van a hacer algo, será ahora. ¿Lo entiendes?

—Deberíamos separarnos—, dijo.

—No. No puedo perderte de vista todavía.

Clarissa intentó alejarse, pero él la agarró con más fuerza. ¿Debería hacer una escena? Seguro que eso llamaría la atención. Pero podría llamar la atención de las personas equivocadas. Por ahora, los dos tenían que trabajar juntos.

Su instinto fue correr, coger un coche y salir de la ciudad.

—¿Qué debemos hacer? — preguntó ella.

—Lo único que podemos hacer. Subir al tren—. Señaló hacia adelante. El tren se acurrucaba junto al andén como una serpiente de fibra de vidrio y acero tendida en el suelo. —No harán nada allí dentro.

—Podrían arrestarnos.

Spiers la miró y luego por encima del hombro. —Éstos no son el tipo de agentes que arrestan a la gente, Clarissa. Ahora vamos, será mejor que nos subamos a ese tren.

No podía ignorar el sentimiento que la devoraba. —Esta es una mala idea, Spiers.

Él la ignoró. Su mano se cerró alrededor de su muñeca y la empujó hacia adelante. Las cabezas se volvieron y los ojos se centraron en ellos. Algunas personas susurraron entre sí. Un tipo corpulento con gorra de béisbol y camiseta con mangas cortadas se acercó a ellos. Clarissa vio el tatuaje en la parte superior de su brazo izquierdo. Un escudo con una espada en el medio. Una serpiente envuelta alrededor de la espada. Al crecer con un padre que comandaba soldados de las Fuerzas Especiales, había visto muchos tatuajes similares.

Spiers se detuvo, inclinó su cuerpo hacia el tipo y sacudió la cabeza. El grandulón se quedó paralizado por un momento y luego dio un paso atrás.

Se abrieron paso entre la multitud. Spiers hizo un uso efectivo de su hombro cuando la gente se negó a apartarse del camino. Clarissa siguió el ritmo de Spiers y él le soltó la muñeca. Llegaron al tren. Los tres primeros vagones estaban llenos.

—Vayamos atrás—, dijo Spiers.

Clarissa no estaba segura de dónde estarían más seguros, si es que podían estar seguros. Al menos en el último vagón los hombres se verían obligados a enfrentarlos de frente. Si uno se acercaba desde atrás, no tenía otra opción táctica que el suicidio.

La multitud disminuía cuanto más se alejaban del frente. Aceleraron el paso hasta trotar. En ese momento, Spiers ya le había soltado la muñeca. Clarissa estaba totalmente involucrada y él debió haberlo notado. Llegaron al último vagón. Clarissa subió primero. Spiers la siguió justo detrás. Demasiado cerca detrás. Puso su mano sobre su trasero. Ella le devolvió la mirada, con fuego en los ojos.

Levantó las manos en el aire y dijo: —¡Lo siento! Sólo estoy tratando de hacernos entrar.

Continuó subiendo las escaleras, se detuvo y giró. Spiers aún no había subido. Estaba medio dentro, medio fuera, como en las fotografías que había visto de trenes en la India, tan llenos que algunas personas viajaban cientos de kilómetros aferradas a los manillares al borde de los vagones. Spiers miró por encima de su hombro derecho.

—¿Los ves? — preguntó ella.

Se arrojó hacia adelante y subió las escaleras. Se detuvo frente a ella. Dijo: —Tal vez no te perseguían.

Clarissa se volvió, respiró hondo y le estrechó la mano. El vagón estaba lleno aproximadamente a un tercio. Los asientos traseros estaban vacíos. Caminó hacia atrás y se sentó con la espalda contra la pared lateral. El asiento de vinilo se sintió fresco sobre su piel sonrojada. Muy pronto se quedaría pegada a la silla si no encendían el aire acondicionado.

Spiers se desplomó en el asiento junto a ella. Su cabeza cayó hacia atrás. Su nuez rebotó

arriba y abajo un par de veces.

Dos figuras fuera del tren llamaron su atención. Dos hombres, trajes oscuros, piel oscura, bultos en las caderas.

—Están ahí afuera—, dijo.

—Maldita sea—, dijo.

Los hombres se detuvieron. Uno apuntaba al interior del vagón del tren.

—Aquí—. Spiers le arrojó su teléfono celular. —Cuando mi socio llame, averigua dónde encontrar a las mujeres y te ocupas de ellas. ¿De acuerdo?

Clarissa escuchó sus palabras y asintió. Mantuvo sus ojos enfocados en los dos hombres afuera del tren.

—Espera, ¿qué? — preguntó ella.

—Me escuchaste—, dijo.

—No están aquí por mí. Te quieren.

Él asintió y no dijo nada.

Los agentes se acercaron al vagón. Uno forzó la puerta para abrirla. Subieron las escaleras. Clarissa se desplomó en su asiento. Spiers se acercó al banco que estaba frente a Clarissa y se sentó de espaldas a los hombres.

Los frenos de aire del tren sisearon. La puerta se cerró de nuevo. El viaje estaba por comenzar. Miró a Spiers. Levantó la barbilla del pecho y la miró a los ojos.

Uno de los hombres miró directamente a Clarissa. Le dijo algo a su compañero, demasiado bajo para que Clarissa lo oyera. Cerró los ojos y apretó los puños. Desarmada, no tendría muchas opciones si le pidieran que se levantara. Podría luchar, pero la acabarían con una bala. Sólo podía asumir que si Spiers le entregaba su teléfono celular significaba que no la perseguían. Él era su objetivo. ¿Por qué? ¿Su trabajo en Francia no fue autorizado? De ser así, la reacción política podría ser enorme.

Vous là-bas, ne se déplacent pas.

Clarissa tradujo las palabras. Tú ahí, no te muevas.

Cada músculo de su cuerpo se tensó.

—¡Yo no lo hice! ¡Déjame ir!

Ella abrió los ojos. Los agentes sacaron de su asiento a una pequeña mujer de cabello oscuro. La dama al principio se retorció, luego su cuerpo se relajó. Las puntas de los dedos de sus pies rozaron el suelo, sus suelas desgastadas fueron lo último que vio Clarissa antes de que la mujer desapareciera de su vista.

Spiers exhaló ruidosamente.

Clarissa lo miró y articuló las palabras: —¿Qué diablos?

Se encogió de hombros y se secó el sudor de la frente con la mano izquierda. Ella notó que él sostenía su pistola en su mano derecha. Spiers no tenía intención de ir con los hombres. Por eso le entregó el teléfono. Planeaba eliminarlos y debió haber pensado que uno de los agentes podría disparar en el proceso.

Spiers se levantó, cruzó el pasillo y volvió a sentarse junto a Clarissa.

—Con el corazón acelerado, ¿no es así? —, dijo.

Ella asintió. Su corazón finalmente se había calmado a cien latidos por minuto y pudo respirar con cierta normalidad nuevamente. A veces dudaba que estuviera hecha para el juego de espionaje.

—Lo sé. Yo también—, dijo Spiers como si leyera su mente. Él miró sus manos temblorosas. Extendió su mano derecha, ahora sin arma. Temblaba incontrolablemente. ——Adrenalina. Eso

es todo.

Las puertas se cerraron herméticamente. Los frenos volvieron a silbar. El tren avanzó.

—Dos horas y media hasta Bruselas—, dijo.

EPISODIO 13

CAPÍTULO 27

El Cadillac se detuvo junto a la comisaría. El edificio era pequeño, cuadrado, de ladrillo. Oso miró las letras negras sobre la puerta de doble cristal. No se molestó en leerlo. ¿Qué importaba? Estaban en un semáforo en un pequeño pueblo a dos horas del motel y les quedaban nueve horas más para conducir.

De regreso al motel, se quedaron atrás hasta que los policías se fueron. Uno de ellos había hecho el viaje hasta la escena del crimen. El policía tomó un par de fotografías y luego volvió al estacionamiento. Después de veinte minutos de espera, la policía se fue, y Oso y Mandy se apresuraron hacia el Caddy, encontraron la carretera y se dirigieron hacia el este. El único inconveniente fue que la policía tenía su nombre. Sin embargo, poco podían hacer al respecto.

La luz se puso verde. Oso pisó el acelerador con su pesado pie. Mandy emitió un suave gemido. Oso miró hacia arriba. La ventana rota permitió que entrara suficiente aire para levantar su cabello rubio y azotarlo contra el asiento de cuero color crema. La niña respiró lenta y profundamente. Sus exhalaciones eran a veces audibles en medio del viento y el jazz sonando en la radio. Oso se sorprendió al encontrar una estación que transmitía algo más que música country.

Pasaron una señal de salida hacia la I-75 con dirección sur. Decía ciento sesenta kilómetros hasta Atlanta. Pensó en tomar la salida y salir volando de Hartsfield-Owen. Sabía que desde allí podría conseguir un vuelo directo a Londres. El único problema era que no tenía contactos sólidos en el área de Atlanta. Al menos ninguno que pudiera producir dos identidades falsas en cuestión de minutos en lugar de días.

Entonces siguió conduciendo. El sol viajó desde lo alto del cielo hasta lo más profundo del oeste. Mandy se despertó cuando los últimos rayos de color rojo y rosado intenso se reflejaron en el espejo retrovisor.

—¿Dónde estamos? — preguntó ella.

—Cerca de Virginia—, dijo Oso.

—¿Volveremos a D.C.?

—Tal vez.

Oso no había decidido si volarían directamente desde D.C. o tomarían un vuelo a Nueva York o Boston y volarían desde allí. A menudo se preguntaba si Boston era un aeropuerto más seguro para él. Había pasado muy poco tiempo allí, a pesar de su proximidad a Nueva York.

Su celular vibró en el tablero. Lo agarró y comprobó el identificador de llamadas. El número no le resultaba familiar, pero respondió de todos modos.

—Oso, es Brandon. Tengo algo de información para ti.

—Dame un minuto—. Oso puso el teléfono en su regazo. Giró rápidamente el Cadillac hacia la salida más cercana. Inmediatamente después de la salida había una gasolinera. Entró y aparcó

cerca de la tienda de conveniencia.

—Tengo hambre—, dijo Mandy.

Oso le entregó un billete de veinte y le dijo que le trajera una Coca-Cola Zero.

—Está bien—, dijo Oso. —Habla.

—Hace siete meses, Jack se peleó en Montecarlo con un multimillonario llamado Thornton Walloway.

—De acuerdo—. Oso recordó que Jack lo mencionó.

—Thornton Walloway está muerto. Hace dos días estaba vivo. Lo encontraron enterrado bajo un montón de madera y basura en un almacén abandonado en Londres.

—¿Creen que Jack lo hizo?

—Creo que el hombre tenía un problema con Jack. Estaba vivo antes de que Jack llegara a Londres. Luego, muerto uno o dos días después. Pero el consenso es que Jack no lo hizo. Me dicen que creen que él también estaba siendo atacado. Por alguna razón, no se presentó en el lugar del ataque. Otro chico lo hizo. Lo encontraron junto al cuerpo de Walloway.

—¿Entonces crees que se suponía que el otro tipo era el que disparó? ¿Quién era él? Y si Jack no apretó el gatillo, ¿quién lo hizo?

—Estoy trabajando en ello. No se encontró ninguna identificación del tipo. En realidad, ninguno de los dos. Sólo carteras vacías. Thornton les resultó fácil de detectar. Es bastante conocido, sobre todo por ser un imbécil. Pero este otro tipo es un enigma. Y no ayuda el que le falte la mitad de la cara.

Oso examinó el aparcamiento vacío y no dijo nada.

—¿Dónde estás ahora?

—Fuera de Johnson City, Tennessee.

—Perfecto. Tengo un socio en Greensboro, Carolina del Norte. Parada de servicio completa, hombre. Puede proporcionarte documentos de identidad, pasaportes, dinero en efectivo y tarjetas de crédito. Demonios, si anhelas los Twinkies, él tiene cajas de ellos en su garaje. Es el único maldito lugar donde puedes encontrarlos. Él se encargará de tu coche y podremos conseguirte un vuelo desde Raleigh.

Oso pensó en ello mientras tamborileaba con las yemas de sus gruesos dedos sobre el capó del Caddy.

—¿Qué terminal internacional prefieres, Atlanta o D.C.? — preguntó Brandon.

—Atlanta. Menos dolor de cabeza.

Brandon se rio. —Si tú lo dices, hombre.

Oso no dijo nada.

—Está bien, escucha. Ve a la 26 dirección este y luego a la 40 dirección este. Está a un kilómetro y medio de la interestatal. Debería llevarte unas tres horas. Llamaré en dos horas para darte indicaciones.

—¿Por qué no dármelas ahora?

—Sabes que no debes preguntar eso, Oso.

Él sabía. Dar demasiados detalles en este punto ponía en riesgo a ambas partes si alguien monitoreaba la línea.

—Está bien, Brandon. Empezaremos a dirigirnos... Oso se detuvo y miró la pantalla del teléfono. Brandon ya había colgado. Maldijo mientras guardaba el teléfono.

—Siempre con los insultos.

Se giró y vio a Mandy parada allí, ella era de la mitad de su tamaño y estaba sosteniendo una botella sudorosa de Coca-Cola Zero. Giró la tapa y tomó un largo trago de la botella, disfrutando

de la sensación de ardor de la bebida carbonatada fluyendo por su garganta.

Le puso gasolina al Caddy y luego salió a la carretera. Tomaron la 26 Este, que en realidad los llevó cinco grados al sur, y luego se fusionaron con la 40 Este en Asheville, Carolina del Norte. A pesar de la oscuridad, Oso sabía que estaban en un hermoso lugar.

Las montañas Blue Ridge habían sido una de sus zonas favoritas cuando era niño. Todos los veranos, él y su padre iban allí a pescar y cazar. Caminaban durante una semana y luego una semana más para devolverse. Aprendió mucho durante ese tiempo. Cómo cazar. Cómo encontrar a un ciervo en el campo. Cómo sobrevivir en el desierto. También descubrió que a pesar del exterior silencioso y rudo de su padre, el hombre tenía un alma amable. Oso se preguntó por un minuto cómo habría sido su vida si su padre no hubiera sido asesinado cuando Oso tenía dieciséis años. Quizás no habría abandonado la escuela. Quizás habría jugado al fútbol en la SEC. Quizás no se habría alistado en los marinos.

—¿Por qué estás sonriendo?

Miró a Mandy.

Quizás no la habría conocido a ella. No vale la pena arreglar nada en mi vida si ese fuera el resultado.

CAPÍTULO 28

Jack esperó dos horas. Los crujidos de la madera al asentarse interrumpían a menudo el silencio de la casa, pero aprendió a desconectarse de los ruidos. Observó las imágenes de la cámara. Algunos coches pasaron por delante. Conejos y ardillas entraban y salían corriendo del bosque. El viento hacía avanzar y retroceder los columpios del patio trasero, el asiento giraba y las cadenas se retorcían de vez en cuando.

Nadie vino. Quizás se había equivocado. Tal vez habían pensado que Jack estaba detrás de ellos y que él, Dottie y León estarían preparados. Dottie tenía recursos. Podría reclutar suficientes exagentes y ex SAS para formar un equipo de seguridad decente. Tenían que saber eso.

Entonces Jack se acercó a un antiguo contacto que le dijo la dirección de la casa de Mason Sutton. Jack consideró regresar al hotel que estaba a unos kilómetros de distancia. Allí estaba aparcado el Fiat. Tener un coche facilitaría el viaje. Al final, el riesgo superó la recompensa de conducir en el estrecho vehículo. Habían encontrado el primer hotel en Londres y lo único que tenía era una reserva allí. Jack no dudaba que conocieran el hotel en el que realmente se hospedaba.

Salió de la casa, caminó un kilómetro y medio, encontró una carretera principal y cogió el autobús hasta Londres. El autobús entró en una zona con mucho tráfico peatonal. Jack se bajó allí y paró un taxi. El taxi lo llevó a Sutherland Road, al norte de la autopista M4. Desde allí, caminó dos cuadras hacia el este y luego dos cuadras hacia el sur. Volvió a girar hacia el este por Gordon Road y pasó por una zona residencial a un lado y de una calle industrial al otro. Un gran almacén, del cual se elevaban bocanadas de vapor desde el techo, ocupaba media manzana.

Su sombra se extendía a lo largo de la acera frente a él. Detrás de él, el sol flotaba bajo en el cielo occidental. El tinte naranja hacía que las casas de la zona parecieran más antiguas de lo que él suponía.

Veinte minutos después de comenzar su viaje hacia Gordon, Jack se encontraba frente a la casa de Mason. Las casas de la zona parecían costar bastante dinero, pensó Jack. Sabía que, al igual que los trabajos de inteligencia estadounidenses, el MI5 pagaba bien. ¿Pero lo suficientemente bien como para permitirse una casa como la que estaba mirando? Jack lo dudaba.

Más pruebas de que el hombre estaba en la nómina de un multimillonario.

No tenía sentido ser clandestino. Jack quería atacar, infundir miedo en el hombre. Cruzó la calle y subió de dos en dos los escalones que conducían a la puerta principal. Golpeó con la izquierda y agarró la empuñadura de su pistola con la derecha. Si Mason hiciera un movimiento agresivo, Jack estaría listo para atacar. Pasaron treinta segundos sin respuesta. Volvió a llamar. Pasó un minuto y todavía no había respuesta. Extendió la mano y agarró la manija de la puerta.

Sin seguro. Giró el pomo y abrió la puerta.

—¿Hola? — gritó.

Ninguna respuesta.

—¿Masón? ¿Estás aquí? — No se molestó en disfrazar su voz. Su acento británico era horrible. Él lo sabía. Cualquier acento americano que usara sería inútil. Mason sabría que era él.

De nuevo, no hubo respuesta.

Jack usó su pie para abrir la puerta. Se deslizó suavemente sin hacer ruido. Bien engrasado o bastante nuevo, supuso. El fuerte olor a popurrí flotaba a través de la puerta abierta. Jack entró y usó el talón del mismo pie para cerrar la puerta de una patada. Luego llamó una vez más y no recibió respuesta.

Se encontraba en un vestíbulo de tres por tres. Frente a él, unas escaleras conducían al segundo piso. Al lado de las escaleras, un recibidor. A su izquierda, una pared. A su derecha, el comedor. Jack giró a la derecha. El comedor conducía a una gran cocina con pisos de pizarra, encimeras de granito y electrodomésticos actualizados. Todo estaba limpio, elegante y moderno. Claramente, faltaba cualquier toque femenino. El lavabo estaba colocado contra la pared del fondo. Encima, una ventana. Jack se inclinó sobre el grifo y miró hacia el patio trasero. No había árboles, arbustos ni flores, sólo hierba verde. Es poco natural, pensó Jack. Se preguntó si era falso.

Antes de salir de la cocina, notó un juego de cuchillos de chef, de entre veinte y treinta centímetros de largo. Parecían elegantes. Jack había visto cuchillos como esos venderse por hasta quinientos dólares cada uno.

Continuó por la sala de estar. El mobiliario era más moderno, sillas de cuero y mesas de metal, y un panel plano montado en la pared. Todos los cables estaban ocultos. No esperaba menos.

Regresó al frente de la casa y comenzó a subir las escaleras. A mitad de camino, escuchó voces fuera de la puerta principal. Jack se quedó helado. Cogió su pistola y luego dejó caer la mano a su costado. Su pierna protegió su arma.

Afuera de la casa, un hombre y una mujer rieron. Alto y bajo. Profundo y ligero. Se mezclaron para formar el sonido de una pareja enamorada.

A la casa le falta un toque femenino.

Uno de ellos llamó a la puerta.

Jack exhaló. No podría ser Mason. ¿Qué hombre llamaría a la puerta de su propia casa? Pero eso no significaba que Jack pudiera relajarse. Uno de ellos podría ser el socio de Mason o incluso otro agente. Policías se juntaban con policías, soldados con soldados, bomberos con otros bomberos. Funcionaba de la misma manera con los espías.

Jack subió las escaleras hacia atrás, un paso a la vez. Se detuvo cerca de la cima. Sabía que estaría fuera de la vista si intentaban abrir la manija de la puerta como lo había hecho él.

Pero no lo hicieron. Su charla se apagó.

Jack consideró regresar abajo para cerrar la puerta. Sin embargo, decidió no hacerlo. Mason era el tipo de hombre que sabría si había cerrado o no su puerta cuando salió por la mañana. Regresar a casa y encontrarla de otra manera haría saltar las alarmas en la cabeza del tipo. Jack necesitaba el elemento sorpresa en caso de que apareciera Mason.

El piso de arriba constaba de una gran área abierta cerca de las escaleras y una puerta cerrada en el otro extremo. El área abierta tenía un sofá de cuero destartalado y un escritorio para computadora. Ni nuevo, ni moderno. En medio del sofá había un libro de tapa dura al que le faltaba la sobrecubierta. Jack se acercó al escritorio. Abrió los cajones y notó que estaban llenos

de archivos etiquetados con palabras simples como nieve, perro e inadaptados. *Código*, pensó Jack.

Dejó los archivos en paz, fue al otro extremo y se detuvo frente a la puerta cerrada. La tocó. La puerta sonó sólida. Presionó en la parte superior, media, inferior y laterales. No se dobló ni se inclinó. Buscó en la pared paneles falsos. Mason podría haberle tendido una trampa. Podía controlarla desde un dispositivo escondido dentro de la pared detrás de un panel falso. La búsqueda de Jack no reveló nada. Abrió la puerta, preparándose para cualquier cosa.

Todo lo que encontró fue más de lo mismo. Limpio, elegante y moderno. La cama estaba hecha y la parte superior de la cómoda estaba vacía. Entre la cama y la ventana había una única mesita de noche. Las cortinas estaban echadas a un lado. Las persianas estaban cerradas pero eran de algún tipo de material que dejaba entrar la luz.

Jack miró debajo de la cama. No encontró nada allí. Abrió la puerta del baño privado. Era mínimo y desocupado, como esperaba. Investigó el vestidor y encontró dos filas de ropa a cada lado. A la derecha, trajes y camisas blancas con botones y corbatas. A la izquierda, ropa informal. Diez pares de zapatos que iban desde los de playa hasta los informales y de vestir y se alineaban en el suelo.

Salió del armario y se dirigió a la cómoda. Estaba llena de ropa cuidadosamente arreglada, pero nada más.

La respuesta, si la había, estaba en los archivos. Sin embargo, Jack dudaba que encontraría algo útil. Mason no parecía ser el tipo de hombre que se llevaría el trabajo a casa. Pero esto no era trabajo. Esto iba mucho más allá del trabajo. Aun así, Jack no tuvo problemas para entrar a la casa. Sabía que la inteligencia británica tendría aún menos problemas. Si creyeran que el hombre estaba involucrado en algo sospechoso y perjudicial para la seguridad de Gran Bretaña, se infiltrarían y obtendrían las pruebas que necesitaban.

Entonces Jack regresó al escritorio de la computadora. Sacó los archivos y los revisó, uno a la vez. Resultó que las palabras simples no eran código en absoluto. Snow aparentemente se refirió a la ex esposa de Mason, Gloria. Snow había sido su apellido de soltera. El archivo etiquetado como perro contenía registros veterinarios del perro de Mason, Barnaby. El último recibo indicaba que Barnaby había sido puesto a dormir tres meses antes debido a una displasia de cadera. El archivo de inadaptados estaba lleno de recibos aleatorios de restaurantes, bares y tiendas. Y así pasó. Cada carpeta que revisó tenía un propósito. No encontró nada nefasto o malvado. Nada que implicara a Mason o a él mismo.

Jack bajó las escaleras, tomó una cerveza del refrigerador y se sentó a la mesa del comedor. Su posición le permitía ver tanto la entrada principal como la puerta trasera. Y allí esperaría a que Mason regresara a casa.

CAPÍTULO 29

Alex Parkin vio por enésima vez las imágenes del atentado en la televisión. Cada visualización le hacía sentirse más enfermo que la anterior. Por dentro, sangró y ardió con cada alma que pereció. Y lo mismo diría en su discurso al pueblo de Gran Bretaña. Ese era su deber como primer ministro.

—¿Señor?

Alex dejó el bolígrafo sobre el bloc de notas de su escritorio, se reclinó en la silla y miró al hombre que vestía un traje azul a rayas. Jon Hayes se echó hacia atrás su cabello cada vez más escaso, luego colocó ambas manos sobre el escritorio del primer ministro y se inclinó hacia adelante.

—Señor, necesito hablar con usted.

—Entonces habla—, dijo Alex.

Jon miró por encima de ambos hombros. —Hay demasiada gente aquí y necesito ser franco con usted.

Alex se inclinó hacia su izquierda y miró más allá de Jon. Algunos miembros selectos de su gabinete se sentaban uno cerca del otro. Todos miraban los televisores de pantalla plana montados en las paredes. Cada uno de ellos, perdido en sus pensamientos. Ninguno le había ofrecido muchos consejos a Alex hasta ese momento. En lo que a él respectaba, no tenía mucho sentido que estuvieran en la habitación.

—Todos fuera—, dijo Alex.

Las cabezas se volvieron hacia él, con miradas de incredulidad. Hizo un gesto hacia la puerta con la cabeza. Se levantaron y entraron tambaleándose en el pasillo.

—¿Mejor? — preguntó él.

—Sí, señor. Gracias.

—Por el amor de Dios, Jon, ahora estamos solos. Nos remontamos demasiado atrás para esta charla de señor.

Los hombres tenían una historia. Habían servido juntos en el SAS. Alex era un oficial, Jon su suboficial superior. Su diferencia de rango no significaba nada. Se habían convertido en mejores amigos y todavía lo eran hasta el día de hoy. Alex arrastró a Jon en su meteórico ascenso en las filas políticas. Algunos habían dicho que era inaudito que se convirtiera en primer ministro a la edad de cuarenta y cinco años y con sólo seis años de servicio público. Pero su partido había hablado, y también lo hizo el mismo público al que él había servido. Y, ahora, se enfrentaba a lo que temía fuera el primero de una serie de ataques contra Londres.

Jon dijo: —Recibo informes contradictorios, Alex.

Esta fue la primera vez que escuchó algún informe. —¿Qué estás escuchando?

—Algunos dicen que sin duda se trata de un ataque perpetrado por un grupo liderado por un

hombre llamado Naseer Shehata. ¿Reconoces ese nombre?

Álex asintió. —¿Qué pasa con el informe contradictorio?

—Que esto se llevó a cabo, al menos en parte, con la ayuda de alguien del MI5 o MI6.

Alex se levantó y golpeó el escritorio con la palma de la mano. —¿Quién habría autorizado esto?

—No es así—, dijo Jon.

—Entonces, ¿cómo es?

—Tenemos un agente deshonesto.

Alex no quería creer que alguien que había jurado proteger a Gran Bretaña pudiera ser parte de un acto tan nefasto. —Eso es igual de malo. Quizá peor. ¿Alguna otra teoría flotando por ahí?

—No—. Jon hizo una pausa. —Bueno, una más.

—¿Qué?

—En realidad no es una tercera teoría, sino más bien una combinación de las dos primeras.

—Explícate.

—Alguien del MI5 o MI6 está trabajando con terroristas.

—¿Por qué?

—Cualquier multitud de razones que pueda imaginar.

—¿Cómo?

Jon extendió las manos. —Adivina.

—No tengo paciencia para conjeturas. ¿Por qué ese hotel?

—Tengo un tipo que revisa registros, compara nombres, etc. Es tedioso, dice, pero debería enviarnos un sí o un no a las seis de esta tarde.

Alex miró su reloj. No estaba seguro de poder esperar dos horas para recibir la noticia. —¿Sí o no sobre qué?

—Si hubiera un objetivo específico en el hotel.

—¿Cómo lo sabrá?

—Hay un número limitado de nombres que circulan en estos círculos, Alex. Si aparece uno, no es una coincidencia.

—¿Y si el hotel fuera un señuelo?

—¿Estás pensando en el restaurante?

—Sí, ese cocinero de la tele, el de la barba roja...

—Lo recuerdo.

—Mencionó a hombres enmascarados y armados. Entraron y dispararon en el restaurante.

Jon se cruzó de brazos y se frotó la mandíbula. —¿Y si ese fuera el señuelo?

—¿Y si hasta el último detalle fuera un señuelo, Jon?

—¿Harán que centremos todos nuestros esfuerzos en esa área y llevarán a cabo un ataque mayor?

—Eso es lo que más temo.

Alex caminó hacia el grupo de ventanas en la pared exterior. Miró hacia la calle Downing. La primavera estaba en pleno florecimiento y él apenas se había dado cuenta. Flores de cerezo, de quizá dos centímetros de profundidad, cubrían la acera. Sacudió la cabeza ante los periodistas que nunca parecían abandonar el frente del Número 10.

Reporteros, pensó. *Basura sensacionalista*.

Jon se reunió con él junto a las ventanas. Puso una mano sobre el hombro del primer ministro. —Es sólo una prueba, Alex.

—Espero por Dios que tengas razón. Sabes, siempre supe que esto era una posibilidad. Pero

nunca esperé que me llegara tan cerca—. Señaló la columna de humo que se elevaba en el aire y flotaba sobre el lugar del bombardeo. Un recordatorio surrealista del atentado perpetrado apenas unas horas antes. —¿Qué pasa si hay otro ataque mientras perseguimos a este posible agente rebelde?

Jon asintió y permaneció en silencio. Después de un minuto, dijo: —Tenemos a los mejores agentes de inteligencia observando esto desde todos los ángulos, Alex. Los atraparemos antes de que nos alcancen.

Había algo en las palabras de Jon que despertó uno de los temores más profundos de Alex. Él sería el próximo objetivo.

CAPÍTULO 30

Mason esperó en su escritorio hasta que la última persona salió de la oficina. Los cubos de paredes cortas dificultaban el espionaje incluso para un espía entrenado. Si alguien lo viera sacando archivos de su escritorio y luego saliendo, podrían detenerlo e interrogarlo. Era mejor no dejar nada al azar, pensó Mason.

Abrió el cajón inferior derecho, juntó una pila de archivos de su escritorio y los dejó caer dentro. Antes de cerrar el cajón, cogió una carpeta verde. En la parte superior de la carpeta, la palabra "Jack" estaba escrita con marcador permanente. Mason inspeccionó la carpeta. Los mechones de cabello que había pegado con cinta adhesiva en la parte superior e inferior de la carpeta estaban intactos. Si bien no era infalible, le dio una indicación de que nadie había accedido al archivo. Abrió la carpeta, rompiendo los pelos en el proceso. A primera vista todo parecía estar tal como lo dejó. Examinó los papeles contenidos en la carpeta. Nada parecía fuera de lugar.

Mason se levantó y dio un paso atrás de su escritorio. Dejó caer la carpeta en su maletín. Un día completo en la oficina nunca lo hacía sentir bien. Arqueó la espalda, se estiró, apartó la silla de una patada y se giró. Tenía un camino despejado desde su escritorio hasta la puerta de salida. Antes de llegar, entró su jefe.

—Necesito hablar contigo, Mason—, dijo Cameron Mills.

Mason asintió y siguió a Mills. Entraron en la oficina de la esquina con paredes de cristal de su jefe. Cinco pisos más arriba, tenía una vista del río y de Legoland, el apodo que la comunidad de inteligencia le dio al edificio del MI6. Desde la distancia, el edificio verde y blanquecino parecía un castillo hecho con juguetes de niños.

Mills se sentó y le indicó a Mason que hiciera lo mismo.

Mason se acomodó en su asiento y dijo: —¿Qué está pasando, jefe?

—¿Alguna noticia sobre Noble?

Mason evitó mirar su maletín. —Nada todavía, señor. Esperaba que se acercara, pero no lo ha hecho.

—¿Creemos que está relacionado con los atentados de hoy?

—¿Por qué lo haríamos?

—Tenía reservas en ese hotel.

Mason asintió. No le había revelado esa información a su jefe.

—Me temo que el vínculo termina ahí—, dijo Mason. —Además, ¿por qué volaría el lugar donde se alojaba?

—¿Quizás para fingir su propia muerte?

—Innecesario, señor. Ahora está limpio como una patena. La única razón por la que apareció en nuestro radar fue debido a una antigua advertencia de viaje que teníamos derivada de un

incidente en 2006. De hecho, hoy llegó un informe aconsejando eliminarlo de nuestra lista.

—Un hombre como él nunca debería ser eliminado de nuestras listas.

—Estoy de acuerdo, señor. Pero es lo que es.

Mills asintió y tosió. La orden habría venido desde arriba, por lo que tenía pocos recursos.

—¿Algo más, Señor? — preguntó Mason.

—No por ahora. Mañana quiero que vayas al lugar del atentado y luego al hospital para entrevistar a los testigos.

—¿El hospital?

—Cualquiera que haya visto lo que pasó está muerto o en una cama de hospital, Mason.

Mason consideraba que este tipo de trabajo estaba por debajo de él y de sus habilidades. Pero las órdenes eran órdenes.

—Sí, señor—. Mason se levantó, agarró su maletín y se dirigió hacia la puerta de cristal con borde cromado.

—Mason.

Mason se detuvo y se volvió. —¿Sí?

—Esto no es una coincidencia.

—¿Qué cosa?

—El atentado, el asesinato de un multimillonario y la presencia de Jack Noble en la ciudad. Necesitamos encontrarlo—. Mills hizo una pausa y se quitó las gafas. Masticó el marco por un segundo. —¿Entiendes?

Mason asintió y no dijo nada. Se quedó un minuto en la puerta abierta y luego se dirigió hacia el ascensor. El ascensor vacío lo llevó a la planta baja. Ignoró a los agentes de seguridad parados allí. Colocó su arma, su funda y su maletín en la cinta transportadora. Los objetos pasaron por la máquina de rayos X. Mason los recuperó y se dirigió hacia la puerta.

El viaje a casa fue más largo de lo que debería haber tomado la corta distancia. El tráfico en Londres tenía ese efecto en los viajes. No tuvo elección, como tampoco la tuvo ninguno de los siete millones de residentes que trabajaban en horario normal. No es que el trabajo de Mason pudiera clasificarse como tal, pero algunos días así era como se desarrollaba. A pesar del tráfico, Mason disfrutó del viaje a casa. Era el único momento del día en el que no pensaba en el trabajo. Al principio tuvo que obligarse a mantener los ojos y la mente centrados únicamente en la carretera y los coches que tenía delante. Ahora fue algo natural. Nada importó. Ni el trabajo, ni la seguridad nacional. Ni su pasado ni su futuro.

Una hora más tarde, Mason se detuvo en la acera frente a su casa. Salió de su auto y caminó hacia la puerta principal. Subió los siete escalones y se detuvo en el rellano. Llegó a la puerta. Una brisa cálida pasó, trayendo consigo los olores del White Swan, el pub local a dos cuadras de distancia. El olor a cerveza y a parrilla mezclados le hizo la boca agua. El hogar podría esperar. Lo que quería era un trago.

Entonces Mason se dio la vuelta, bajó las escaleras y giró a la derecha en la acera. Diez minutos más tarde estaba sentado en la barra, con una pinta de cerveza en la mano derecha.

Mason reflexionó sobre sus decisiones recientes. Lo que parecía una buena idea ahora resultó contraproducente. La situación de Jack Noble se había salido de control. Debería haber informado de la presencia del hombre tan pronto como Jack aterrizó en Londres en lugar de tomar el asunto en sus propias manos. Thornton era un fastidio y había que lidiar con él. Ésa era una conclusión inevitable. Sin la interferencia de Mason, Jack lo habría manejado. Pero Mason necesitaba a Jack para algo más que solo el golpe, por lo que no podía permitirle que lo llevara a cabo dentro de una tienda en una calle muy transitada. Sin embargo, la reunión del almacén

había sido un error. Él admitió eso.

El problema ahora era que había intervenido demasiado. Hacer una confesión en este punto pondría fin a su carrera y aseguraría que pasara el resto de su vida en una celda. Había que manejar la situación de Jack Noble. Tenía que acabar con ello.

El camarero dejó caer un plato delante de Mason. El pastel de cerdo envió nubes de vapor hacia su cara. Su boca se inundó ante el aroma. Terminó su cerveza, hizo una señal para pedir una segunda y luego comenzó a comer.

Una esbelta mano femenina se detuvo junto a su cerveza. Una marca blanca donde una vez hubo un anillo envolvía el tercer dedo. El perfume que se mezclaba con el olor de su comida era un recuerdo no muy lejano para Mason. Se giró y vio a la única mujer que no deseaba ver en ese momento.

—Hola, Gloria.

Ella sonrió. —Mason, es un placer verte.

—¿Qué estás haciendo tan cerca de mi casa?

—Estaba pensando en venir. Te vi salir de tu auto y luego bajar hasta aquí, así que te seguí.

—Bueno, no deberías haberlo hecho.

—Mason, lamento lo que pasó. ¿Cuántas veces tengo que disculparme?

—No importa. Puedes disculparte hasta que esté muerto y marchito, eso no cambiará nada. Nunca te aceptaré de regreso.

—¿Puedo al menos invitarte a una bebida?

Mason negó con la cabeza. Se metió en la boca un tenedor sobrecargado de pastel de cerdo. Mantuvo los labios entreabiertos mientras masticaba. Gloria lo miró en el espejo. Su labio se curvó hacia arriba y se giró.

—Supongo que entonces debería irme—, dijo unos momentos después.

—Sí, deberías.

Gloria se apartó de la barra y se dirigió hacia la puerta. Él la miró en el espejo y luego giró en su taburete a tiempo para verla irse.

—Qué manera de ser fuerte, amigo—. El camarero dejó una tercera pinta y le guiñó un ojo y asintió.

Treinta minutos más tarde, Mason salió del bar y se dirigió a casa, ligeramente borracho después de cuatro pintas de cerveza. El aire se había enfriado y el cielo se había oscurecido. Las farolas arrojaban lagos de luz a lo largo de la acera. Las sombras de las ramas de los árboles parecían dedos nudosos en el suelo.

Llegó a su casa, subió los siete escalones hasta el rellano. Se maldijo a sí mismo mientras alcanzaba la puerta. Ahora lamentaba haberla dejado abierta. ¿Y si Gloria hubiera regresado a su casa en lugar de a la suya?

Mason no se sorprendió del todo cuando vio a Gloria sentada a la mesa del comedor. Lo que sí le sorprendió fue que Jack Noble estuviera sentado junto a ella.

CAPÍTULO 31

Jack observó al hombre mientras entraba al vestíbulo. Los ojos de Mason se habían centrado en el suelo, por lo que cerró la puerta antes de darse cuenta de que Jack estaba allí. La expresión del hombre cambió de molesto a sorprendido y luego asustado, aunque rápidamente volvió a sorprenderse. Los tipos como Jack y Mason sabían que no debían dejar que un oponente viera su miedo.

Mason dejó caer su bolso y tomó su pistola.

—No te muevas, Mason—, dijo Jack. Apuntando su Beretta al estómago de Mason.

—No—, dijo Gloria. Ella saltó de su asiento.

—Siéntate, Gloria—, dijo Jack. —Tengo la sensación de que a él no le importa mucho si te disparo, pero sé que no quieres que lo mate. Así que siéntate en esa silla y cállate.

Gloria se sentó en su asiento. La madera gimió en respuesta. Puso las manos sobre la mesa. Sus ojos permanecieron fijos en su exmarido.

—Mason—, dijo Jack. —Quiero que levantes las manos en el aire.

Mason hizo lo que le dijeron.

Jack dijo: —Ahora con tu mano izquierda quiero que me muestres dónde está tu arma.

Mason se subió la chaqueta.

—Bien, ahora con el pulgar y el meñique quiero que la saques de la funda, la pongas en el suelo frente a las escaleras y te alejes. Mantén tu frente hacia mí todo el tiempo o te cortaré la columna con una bala.

Mason sacó la pistola de su funda según las instrucciones. El arma parecía incómoda en aquel agarre inusual. Caminó arrastrando los pies hacia las escaleras y colocó el arma en el primer escalón.

—En el suelo—, dijo Jack.

No parecía mucho, pero el escalón estaba aproximadamente a veinte centímetros del suelo. Eso eran veinte centímetros menos que Mason habría tenido que agacharse para recuperar su pistola.

Mason hizo una mueca, agarró el mango por el pulgar y el meñique y luego la colocó en el suelo. Se enderezó y avanzó arrastrando los pies, con ambas manos en el aire.

Jack dijo: —Ahora ven, toma asiento a la mesa.

—¿Tienes alguna idea de lo que estás haciendo, Noble?

Jack miró a Mason. El tipo había usado su nombre para que Gloria lo escuchara. Eso podría causar problemas más adelante.

—Sé exactamente lo que estoy haciendo—, dijo Jack.

—No soy necesaria aquí—, dijo Gloria. —Mason, dile que no debería estar aquí.

—¿Alguna idea sobre cómo hacer que se calle? — preguntó Jack.

—Buena suerte con eso, amigo—, dijo Mason.

Gloria se reclinó en su silla y miró a Mason. Jack sabía que no era necesario pronunciar ninguna palabra. Había sido el receptor de una mirada como esa una o dos veces.

—Entonces, ¿qué pasó, Mason? — preguntó Jack.

Mason meneó la cabeza, se encogió de hombros y no dijo nada.

—No te hagas el estúpido conmigo.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero saber por qué me tendiste una trampa. ¿Por qué entré en un almacén para terminar un trabajo y me encontré en una situación en la que debería haber muerto?

Mason se enderezó en su silla y no dijo nada. Los ojos del tipo cambiaron su enfoque de Jack a la pistola en la mano de Jack.

—Podría haberlo eliminado el día anterior, pero me detuviste. ¿Por qué? ¿Qué te importa lo que me pase? Lo querías muerto. ¿Debería importar dónde o cómo?

—Pensé…

Jack esperó un momento y luego dijo: —¿Pensaste?

Mason sacudió la cabeza, tenso y conciso.

—Entonces me llevaste al almacén—, continuó Jack. —Me dijiste dónde instalarme y desde dónde disparar. Era el lugar que yo mismo habría elegido. Lo único era que está cerrado y no pude entrar. Un par de horas más tarde había un chico parado en la pasarela, a unos metros del mismo lugar donde se suponía que yo debía estar. Si no lo supiera mejor, pensaría que a ese tipo le habían dicho que alguien estaría allí arriba, y en el momento en que lo viera, debería disparar. Afortunadamente, no estaba ni cerca de ese lugar. Pero quedé expuesto. Todavía no sé cómo no me vieron. Es como si supieran que estaba allí y decidieran no molestarse conmigo.

Mason no dijo nada.

—Y al final, el propio hombre de Walloway lo mató.

—¿En serio? — preguntó Mason.

Jack asintió.

—¿Quién es Walloway? — preguntó Gloria.

—Ahora no, Gloria—, dijo Mason.

La mujer puso los ojos en blanco, se cruzó de brazos y se reclinó nuevamente. Jack imaginó que tenía algunas palabras hostiles reservadas para Mason si alguna vez tenía la oportunidad de volver a estar a solas con él.

—¿Y luego qué, amigo? — preguntó Mason.

—Dos muchachos entraron con Thornton. Un tipo mató a Thornton. Al segundo tipo no pareció importarle, pero se opuso a algo relacionado con el dinero. El tipo que disparó a Thornton también disparó al segundo. Naseer parecía saber lo que iba a suceder. Como si lo tuvieran todo arreglado.

Mason asintió.

Jack dijo: —Y creo que lo sabías desde el principio.

—No, lo entendiste todo mal, amigo.

—Querías que yo estuviera allí. Yo era el plan de respaldo. Y dependiendo de cómo fueron las cosas, es posible que se hubieran ocupado de mí junto con Walloway. No te importaba eso. Probablemente pensaste que después de lo que había presenciado, huiría. ¿No?

Mason se inclinó sobre la mesa.

—Ambas manos donde pueda verlas—. Jack levantó su pistola.

Mason se reclinó y mostró las manos. —No tenía idea, Jack.

—Y luego tuvimos los atentados esta mañana.

—Mason, no lo hiciste—, dijo Gloria.

—Cállate, Gloria—, dijo Mason.

—Sabías dónde hice mis reservas de hotel—, dijo Jack. —Probablemente eres la única persona que lo sabía. Le dijiste a Walloway ese primer día. Envió un equipo, pero el hotel no tenía constancia de mí. Pero eso podría haber cambiado. Quizás me registré más tarde. Entonces les hiciste regresar y volar el lugar. Eres responsable de cien muertes. ¿Y para qué? ¿Por la posibilidad de que me hubieras matado?

—¿Qué? — Mason pareció sorprendido.

Jack se puso de pie, empujó la mesa hacia Mason y pateó su silla contra la pared.

—Bueno, ¿adivina qué, Mason? — Apuntó a la frente del hombre. —Me encontraste. Al menos dos veces intentaste que me mataran. No habrá una tercera oportunidad.

Gloria se cubrió la cara. Los sonidos de sus sollozos se deslizaron entre sus dedos. Mason se reclinó en su silla, extendió los brazos hacia los lados, con los codos doblados y los dedos apuntando al techo.

Mason dijo: —Jack, tienes que creerme, amigo. Yo no tuve nada que ver con todo eso. Estaba actuando según la información que había recibido. No teníamos idea de que el almacén iba a ser su lugar para traiciones y, definitivamente, no teníamos idea de que las cosas serían como lo hicieron. Piensa en lo que dijiste. ¿No crees que si te quisiera muerto lo habrían hecho allí? Si estuviera trabajando con ellos, no los habría enviado sin decirles que estabas allí. No tengo idea de por qué estaba cerrada la trampilla del techo. Deberías haber tenido acceso y haber podido disparar desde esa ventana de allá arriba.

—¿Qué trampilla y ventana? ¿Quién más sabía que estaba allí?

Mason frunció el ceño y entrecerró los ojos. —¿Qué quieres decir con eso? Mi compañero era la única otra persona que sabía que estabas allí. Él es el tipo que te llevó allí.

—Calvos musculosos, no hablan mucho.

—¿Qué? No, mi socio es el tipo que dejó el Fiat en el bosque. Él es la antítesis de lo que acabas de describir. Dios sabe que él no se calla cuando salimos.

En ese momento, Jack creyó que Mason le había dicho la verdad.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con tu compañero? — preguntó Jack.

—Anoche—, dijo Mason.

—¿Antes o después de que me recogiera?

—¿Qué?

—¿Antes o después, Mason?

—Antes.

—¿Y no has hablado con él desde entonces?

—Correcto.

—¿Es normal que no hayas sabido nada de él en todo el día?

—Sí, hoy iba a pescar. Yo no… Las manos de Mason cayeron a sus costados. Cerró los ojos y sacudió la cabeza. —Él me traicionó. Él es la única otra persona que sabía de ti, Jack. Cuando apareciste en el radar, no lo informamos. Sabía lo que estaba pasando, por qué estabas aquí. Walloway ha sido intocable durante muchísimo tiempo. El dinero compra cualquier cosa, ¿sabes? Vi tu llegada como una señal de que finalmente podíamos encargarnos de él.

Jack asintió y no dijo nada. Él armó el rompecabezas junto con Mason.

—No puedo creer esto—, dijo Mason. —Joe se fue y me apuñaló por la espalda.

—Eso parece—, dijo Jack. —Pero no lo sabemos con seguridad. Quizás llegaron hasta él.

Quizás también intentaban llegar a ti. Ellos lo encontraron primero.

Pasó un minuto de silencio y luego Mason dijo: —Tengo que decírselo a Mills.

—¿A quién?

—Mi jefe.

—No—, dijo Jack.

—¿Por qué no?

—Sé que alguien del MI5 o MI6 está involucrado. Si obtuvieron la información de Joe o de ti mediante espionaje, no lo sé. Tenemos que descubrir quién fue sin revelar nuestra mano. Demonios, podría ser más de una persona. Tenemos que mantener este as cerca del chaleco, por ahora. Es demasiado arriesgado involucrar a alguien más en esto.

—Prometo que no se lo diré a nadie—, dijo Gloria.

Jack la miró y luego volvió a mirar a Mason. —Lo siento, *amigo*, pero estarás atrapado con ella por un tiempo.

Mason no dijo nada.

—Así es como funcionará esto—, dijo Jack. —Tengo paquetes en movimiento. Tarifa internacional. Una vez que obtenga la verificación de que están a salvo, damos el primer paso.

—¿Qué quieres decir?

—Necesito que averigües dónde está Naseer ahora mismo.

—¿Cómo?

—Tú eres el espía. Descúbrelo.

—De acuerdo. ¿Y qué?

—Te avisaré cuando lo haga.

CAPÍTULO 32

Clarissa sintió que el tren iba más despacio. Ella abrió los ojos. El tren discurría por una vía curva. La estación estaba delante. Tiró del cordón que colgaba delante de su pecho. Los auriculares blancos cayeron sobre su regazo. El rápido ritmo de la electrónica dio paso a chirridos de frenos, acero contra acero y el bajo murmullo de anticipación. La luz natural que entraba por las ventanas fue sustituida por un color amarillo fluorescente cuando el tren entró en un túnel corto antes de entrar en la estación.

Spiers no pareció darse cuenta. Apoyó la cabeza contra la pared, con los ojos cerrados y la boca abierta.

Ella le dio un codazo. Él no se movió, así que ella le dio una patada en la pierna con la punta puntiaguda de su bota. Hizo una mueca y luego abrió los ojos. Bostezó. El aliento estancado se dirigió en dirección a Clarissa. Se abanicó la mano delante de la cara, pero no hizo ninguna diferencia. El olor ya había invadido su espacio.

—¿Por qué me pateaste? — preguntó él.

—¿Preferirías que te hubiera dejado aquí? — dijo ella.

Él la despidió, se levantó y se agarró a la barandilla de metal que pasaba por encima. El tren se detuvo abruptamente. Clarissa dio un salto hacia adelante y luego hacia atrás. Spiers también lo hizo. Estuvo a punto de caer encima de ella. Tenía sus dudas de que el movimiento fuera involuntario.

Las puertas se abrieron con un silbido. El aire fresco, sólo en el sentido de que era nuevo, entró corriendo y se mezcló con el aire cálido y reciclado en el que habían estado atrapados durante las últimas dos horas.

Spiers dijo: —Baja tú primero. Escanea el área. Si todo se ve bien, coloca tu mano derecha detrás de tu espalda y extiende dos dedos. Si algo te preocupa, cierra el puño con la misma mano. ¿Entendido?

—Dos dedos bien, puño mal. Entiendo.

Se levantó, agarró su bolso y caminó hacia la salida. Cien pares de ojos desinteresados la saludaron. Sabía que sólo hacía falta que un par se interesara por su día para que empeorara seriamente. Podrían acechar en algún lugar entre la multitud. Clarissa entró en modo de perfilar. Descuenta a los niños, a sus padres y a los mayores. Olvídate de alguien demasiado pesado y fuera de forma para seguirte el ritmo. Podrían ser una amenaza, pero no una que ella tomaría en serio. Cuando repasó su lista de verificación, había cinco personas por las que preocuparse. Todos la miraron fijamente mientras bajaba del tren y subía al andén. Sabía que también podía tacharlos. Nadie con la intención de hacerle daño o detenerla se habría atrevido a mirarla a los ojos.

Se llevó la mano a la espalda y extendió los dedos índice y medio. Luego se alejó del tren. La

densa multitud estaba hombro con hombro. En lugar de intentar abrirse paso, giró hacia la izquierda y caminó delante de la multitud de personas. Ella y Spiers se habían sentado en el vagón trasero, así que, naturalmente, estaban al final de la terminal. No tuvo que caminar mucho antes de llegar a un lugar donde era posible una salida rapida.

Spiers la alcanzó cinco minutos después.

—¿Viste alguna cosa? — preguntó él.

—No. ¿Tú? — preguntó ella.

—Nada.

—¿Ahora qué?

—Supongo que esperaremos.

—¿En serio?

—Voy a hacer una llamada y averiguaré qué está pasando aquí.

Metió la mano en su bolsillo y sacó su celular. Clarissa estaba a un pie de distancia, con los ojos fijos en los de él. Él le devolvió la mirada.

—¿Qué? — preguntó ella.

—¿Un poco de privacidad? — dijo él.

Puso los ojos en blanco, se alejó cinco metros y se sentó en un banco de malla metálica. Un olor familiar, el de los hot dogs, pasó flotando a su lado. Su estómago gimió en respuesta. Ignoró las punzadas del hambre, apoyó la cabeza contra la pared y estudió a la multitud. Nada parecía fuera de lo común. No vio a nadie que no perteneciera allí. A fin de cuentas, ella era la mayor amenaza en la sala. Al lado de Spiers, por supuesto.

Guardó su teléfono en su bolsillo y se acercó a ella, sacudiendo la cabeza. Se detuvo frente al banco y dijo: —No hay respuesta.

Ella lo miró. —¿Ahora qué?

—Enviará un mensaje de texto, como dijo que lo haría.

Clarissa no dijo nada.

—Buscamos a dos mujeres y una niña. Treinta y tres, veintiuno, seis y medio. Rubio sucio, castaño, rubio. Verde, marrón, azul. Bien vestidas, viajando ligero.

Clarissa apreció su estilo conciso. —¿Cuándo llegan?

—Noventa minutos.

—No me gusta estar expuesta por tanto tiempo.

Spiers miró a su izquierda y luego a su derecha. —A mí tampoco.

—¿Quieres almorzar?

—Necesitaremos un boleto para regresar aquí.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de euros. —Creo que podemos manejar eso.

—Entonces vamos.

Resultó que no tenían que ir muy lejos. Clarissa siguió el olor de los hot dogs y los llevó a un pequeño restaurante en la terminal. No fueron los hot dogs los que excitaron sus papilas gustativas y le hicieron salivar. Era morcilla que, a pesar del nombre, le parecía bastante sabrosa. Spiers comió un plato de carne del que no entendió el nombre. Compartieron patatas belgas fritas, servidas en un cono de papel sostenido en posición vertical por un soporte de metal.

Durante quince minutos permanecieron en silencio mientras comían. Permanecieron en el restaurante otros cuarenta y cinco minutos. Spiers intentó pedir un par de cervezas. Clarissa no lo dejó. Ella le dijo que una vez que estuvieran a salvo con las mujeres y la niña, podría tomar una cerveza. Pero sólo una, no más. Ella no conocía al hombre y no confiaba en él. Al menos no todavía. Sin embargo, había logrado aguantar cuatro horas sin intentar lastimarla. Eso tenía

mucho peso en el libro de Clarissa. Era mejor no arruinarlo emborrachándose.

Salieron del restaurante y localizaron un panel de llegadas. Spiers sacó su teléfono y volvió a abrir el mensaje de texto. Señaló la información de llegada del tren. Clarissa tomó nota y diez minutos después se sentaron en un banco frente al tramo de vía por donde llegaría el tren.

—Ojalá tuviéramos una foto—, dijo.

—La descripción debería ser lo suficientemente buena—, dijo.

Spiers se frotó los ojos y bostezó.

—¿Esa siesta que tomaste no fue suficiente?

Él se encogió de hombros y no dijo nada.

Clarissa sintió un cambio en el aire, como si alguien lo alejara. El chirrido de los frenos impidió que el tren entrara en la estación. Siguió una ráfaga de aire caliente. Sintió que su cabello se elevaba en el aire y luego se posaba sobre sus hombros. Al parecer, había llegado más lejos que eso. Spiers hizo un sonido de escupimiento y le quitó mechones de cabello de la cara donde se había entrelazado con su larga barba.

—Por eso deberías afeitarte—, dijo Clarissa.

Spiers no dijo nada. Se levantó de su asiento y caminó hacia el tren. Aquí había menos gente. Cuando bajó del tren, había al menos cien personas esperando. Clarissa supuso que aquella era la última parada del tren. Al menos por un tiempo.

—Tú ve a ese extremo, yo iré a este—, dijo Spiers.

Clarissa asintió y se dirigió hacia su derecha. Ella se volvió y dijo: —¿Y si es una trampa?

—De ninguna manera. No con este hombre. Si quisiera atraparme, me enfrentaría como un hombre.

Clarissa pensó que si alguien estaba buscando a Spiers, solo lo estarían buscando a él. No la reconocerían ni sabrían que acompañaba al hombre. Así que siguió avanzando por la pista sin temor a ser descubierta.

Las puertas se abrieron y la gente empezó a salir del tren. Se detuvo a tres cuartas partes del camino del tren. Escaneó los rostros que emergieron. Ninguno coincidía con la descripción que le había dado Spiers. A través de las ventanas pudo ver que no quedaba mucha gente a bordo. Se preguntó si Spiers tendría mejor suerte al otro lado de la pista. Miró a su izquierda y trató de localizarlo. La multitud que desfilaba hacia el pasillo le impedía ver a más de seis metros de distancia.

Volvió a mirar el tren. Si no hubiera esperado otros cinco segundos, las habría perdido.

La mujer más joven de cabello castaño bajó primero. Se dio la vuelta cuando llegó a la plataforma y luego alcanzó a la niña. El cabello rubio de la niña estaba recogido en una cola de caballo. Sus ojos azules destacaban. Parecían familiares. La última en salir parecía ser la madre de la niña. Eran iguales en todos los sentidos, excepto en los ojos.

Clarissa se abrió paso entre la multitud. Su altura y los cinco centímetros de altura de las botas le daban una ventaja, y logró seguir a las mujeres a medida que se acercaban.

La morena fue la primera en hacer contacto visual con Clarissa. Vio que la mujer se detenía, se volvía hacia la otra mujer y decía algo. La mirada de la otra mujer se desvió de izquierda a derecha y se detuvo cuando encontró a Clarissa.

Clarissa se acercó al grupo. Ella sonrió, dejó las manos expuestas y los dedos extendidos.

La pequeña se escondió detrás de su madre. La mujer extendió la mano y empujó a la morena detrás de ella también.

Clarissa levantó las manos en el aire. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, dijo: —Estoy aquí para ayudar.

—¿Eres el socio de Jack? — preguntó la mujer.

Clarissa asintió, sin saber qué decir. No tenía idea del nombre del hombre que le había pedido ayuda a Spiers.

—¿Cómo lo sabes? — dijo la mujer.

—Estoy viajando con el hombre que lo hace. Su nombre es Spiers. Tu Jack se acercó a él en busca de ayuda—. Clarissa miró a su izquierda y vio que Spiers se acercaba. Ella lo saludó con la mano. Las dos mujeres siguieron su mirada. —Ese es el.

Spiers se detuvo a metro y medio del grupo. —Señoras, estamos aquí para protegerlas. Le di a Jack mi palabra de que haríamos todo lo que estuviera a nuestro alcance para ayudarlas y protegerlas. Entre nosotros dos, tenemos experiencia más que suficiente para mantenerlas a salvo.

La mujer asintió, jaló a la morena hacia adelante y levantó a su hija sobre su cadera. Spiers tomó su equipaje. Se giró y comenzó a caminar hacia el final de la multitud.

Clarissa lo alcanzó y le dijo: —¿Jack, quién?

Spiers la miró y no dijo nada.

—Dime.

—¿Por qué quieres saber?

—Porque sí.

Spiers vaciló, miró por encima del hombro a las mujeres y luego de nuevo a Clarissa.

Él dijo: —Noble.

CAPÍTULO 33

Oso pasó por delante de la casa colonial de dos pisos con contraventanas rojas y una puerta de entrada a juego. Parecía bien mantenida. El césped bien cuidado y el revestimiento recién instalado. Era como Brandon la había descrito.

Estacionó en el lado opuesto de la calle, a media cuadra, en un tramo que llegaba a un terreno baldío. El coche se detuvo en la calle recién pavimentada. El olor a alquitrán invadió el vehículo. Él y Mandy permanecieron en el auto durante quince minutos, luego salieron, caminaron calle abajo, cruzaron la calle y, finalmente, se dirigieron a la casa.

Cuando llegaron al camino de entrada, Oso vio a un hombre con cabello castaño hasta los hombros recogido detrás de las orejas esperando al otro lado de la puerta contra tormentas. El tipo tenía la barba recortada y la nariz torcida. Llevaba pantalones cortos tipo cargo a cuadros y sin camisa. A medida que se acercaban, Oso notó pelos sueltos en el pecho del hombre.

El tipo abrió la puerta. —Pensé que nunca ibas a llegar.

Oso asintió y no dijo nada.

—¿Cómo te llamas? — le dijo el chico a Mandy.

Mandy miró a Oso, insegura. Sacudió la cabeza y luego miró al chico. Brandon no le había dado a Oso el nombre del hombre y asumió que eso era en ambos sentidos.

—Lo que sea que te haya dicho nuestro contacto es suficiente. No más preguntas, solo danos lo que necesitamos y llévanos a donde vamos.

El chico hizo un gesto burlón de retirada y sonrió. —Solo trato de ser cordial, mi gran amigo.

Oso entró. Golpeó con el hombro al tipo al pasar y dijo: —No soy tu amigo.

No fue personal. Oso no confiaba en nadie. Incluso aquellos más cercanos a él lo habían metido en una buena cantidad de problemas. A menudo se preguntaba cómo habría sido su vida si se hubiera retirado al bosque y hubiera vivido como un ermitaño. Un oso en el bosque. Incluso podía imaginarse el cartel que lo decía, tallado en madera, colgado de su buzón.

Mandy le apretó la mano y rozó su costado mientras caminaban. Los mechones sueltos de su cabello le hicieron cosquillas en la muñeca.

—Ve a la cocina—, dijo el chico. —He hecho algunos panqueques, aunque probablemente ya estén fríos.

—Acabamos de comer—, dijo Oso.

—Tengo hambre—, dijo Mandy.

Oso miró a la niña y puso los ojos en blanco. Tuvo que recordarse a sí mismo que ella todavía era una niña en muchos sentidos.

—¿Qué? — preguntó ella.

—Nada. Adelante, come—. Normalmente, él no lo permitiría. Pero como Brandon sabía que estaban allí, Oso pensó que las posibilidades de que este tipo hiciera algo eran escasas o nulas.

Además, le dio un poco de espacio para completar la transacción.

—Adelante, cariño—, dijo el chico. —Come todo lo que quieras. También hay algo de zumo de naranja en el frigorífico.

Mandy sacó una silla y se sentó a la mesa redonda de roble. No perdió el tiempo, agarró un tenedor y lo hundió en la pila de panqueques desinflados.

Oso la observó durante un minuto y luego se volvió hacia el chico. —Vamos al grano.

—Saldremos hacia el aeropuerto en una hora—. El tipo se acercó a la isla de la cocina y cogió una carpeta azul. La abrió, asintió y añadió: —Estos son sus pasaportes y algunos antecedentes.

Oso cogió los pasaportes y los abrió. El que tenía su foto decía que se llamaba John James Bova, de Mission, Kansas. El nuevo alias de Mandy era Brittany Alexis. Él miró en su dirección. *Rubia y engreída*, pensó. *Sería una gran Brittany*.

—¿Por qué viajamos? — preguntó él.

—Vacaciones—, dijo el chico.

—¿A qué me dedico?

—Vendedor de automóviles.

Oso se rio. —¿En serio?

—No—, dijo el chico. —Trabajas para la compañía telefónica que tiende cables.

Oso se encogió de hombros. —Suficientemente bueno.

—Y la niña…—. El chico miró a Mandy y sonrió. —Bueno, ella es sólo una niña—. El tipo giró la espalda. Su sonrisa se desvaneció. Parecía preocupado. —Por supuesto, podrías dejarla aquí conmigo.

Oso notó un ligero tic en el labio superior del chico y una dilatación de las pupilas.

Pervertido apestoso.

Se contuvo de golpear al hombre, pero no descartó la posibilidad de regresar más tarde para ocuparse de él.

—Sólo una idea—, dijo el chico.

—Ella se quedará conmigo—. Oso se reposicionó para interponerse entre Mandy y el chico. —¿Algo más?

—Desafortunadamente, estás volando desde Raleigh, así que no puedo armarte. Pero puedo darte el nombre de una persona en Londres que puede conseguirte cualquier cosa que necesites.

—Está bien. Tengo mis propios contactos—. No tenía ningún interés en estar atado al chico de ninguna manera.

—Como quieras—. El hombre se giró y se dirigió hacia el pasillo. —Regresaré en media hora.

—¿A dónde vas?

—A tomar una siesta.

Oso esperó a que el hombre desapareciera de la vista y luego se acercó al mostrador. Había un bloque de madera sobre la encimera, al lado de la estufa. En el bloque había cuatro cuchillos. Oso cogió el que tenía el mango más grande. Se acercó a la mesa, se sentó y apoyó el cuchillo en el muslo.

Mandy le sonrió. Un pequeño trozo de panqueque masticado cayó sobre la mesa. Se llevó la mano a la boca y se rio.

Oso sacudió la cabeza y se rio entre dientes. Esto provocó que la niña se riera y enviara la mayor parte de la comida que tenía en la boca esparcida por la mesa.

—No puedo llevarte a ninguna parte, ¿verdad? — dijo Oso.

Mandy siguió riendo, incontrolablemente. Él se unió. Se rieron durante más de tres minutos. Y mientras las lágrimas corrían por su rostro, Oso se dio cuenta de que eran momentos simples como este los que demostraban que estaba donde debía estar y con quién debía estar.

CAPÍTULO 34

Clarissa no se sorprendió del todo cuando Spiers le dijo que Jack Noble había sido el hombre que había pedido ayuda. Mantuvo su expresión neutral y no le dio ninguna indicación a Spiers de que conocía a Jack. Nada en la forma en que respondió le dijo que Spiers había estado al tanto de la relación intermitente de Clarissa con Jack. Ella asintió en reconocimiento y continuó con una *actitud normal*.

Caminaron por la estación, Spiers al frente, las mujeres y la niña en el medio y Clarissa atrás. Tomó nota de cada rostro que se acercaba. Habría estado alerta sin importar qué, pero ahora la tarea tenía un peso extra.

Salieron del edificio. El sol brillante anulaba el azote de la fresca brisa. Miró a su alrededor y vio un parque a una cuadra de distancia. Varios bancos se alineaban en la acera. Condujo a las mujeres hasta allí mientras Spiers hacía una serie de llamadas y conseguía un coche. Tenía un socio cerca que accedió a recibirlos a cuatro cuadras de la estación.

Después de una corta caminata, llegaron al lugar acordado. No tuvieron que esperar mucho. El hombre detuvo el auto hasta la acera, salió, asintió y se alejó. Sencillo y eficiente. Spiers se sentó al lado del conductor, Clarissa se sentó al frente, junto a él, y las dos mujeres y la niña se sentaron atrás.

Esta fue la primera visita de Clarissa a Bruselas. Esperaba que no fuera por mucho tiempo. París la llamaba, aunque no por las razones correctas. Nunca habían buenas razones para Clarissa.

Pasaron por la ciudad tan rápido que apenas tuvo tiempo de registrar puntos de referencia. La ciudad dio paso a zonas residenciales, que a su vez dieron paso al campo. Las mujeres de atrás hablaban de vez en cuando. La pequeña hizo varias preguntas. Spiers no dijo nada, Clarissa tampoco. Durante la mayor parte del viaje, miró por la ventanilla y vio cómo el sol completaba su arco en el cielo, con los pensamientos atrapados en el hombre al que intentó dejar atrás en D.C. En total, el viaje duró cuarenta y cinco minutos y terminó después de que pasaron un pequeño pueblo que constaba de una intersección con algunas casas y comercios. A lo lejos, se alzaba una aguja con una cruz en la parte superior. Después de atravesar el pueblo, Clarissa vio la modesta iglesia. Por los andamios del lado derecho, supuso que la ciudad estaba haciendo mejoras o reparaciones.

—Eso es todo—, dijo Spiers, interrumpiendo un tramo de diez minutos en el que no había nada más que ráfagas de viento y ruido de la carretera.

Clarissa miró hacia adelante cuando Spiers giró hacia un camino sucio y lleno de baches. La casita se encontraba a medio kilometro de la carretera. Parecía tener siglos de antigüedad y estaba hecha de piedra marrón y gris. Una chimenea de ladrillo rojo se elevaba desde el techo, probablemente agregada algún tiempo después de que se construyera la casa. Había dos ventanas

oscuras delante, a unos tres metros a cada lado de la puerta principal.

—¿De quién es este lugar? — preguntó ella.

—De un amigo—, dijo.

—¿Está en casa?

—¿Eso parece?

—Parece abandonado.

—Lo está.

Spiers continuó más allá del final del camino de entrada y estacionó el vehículo detrás de la casa.

—Deberíamos comprobarlo primero—, dijo Clarissa.

Puso los ojos en blanco y no dijo nada.

—No te arriesgues, Spiers.

—Bueno, bueno—. Se giró de lado en su asiento. —Señoras, si nos disculpan, nos aseguraremos de que el lugar sea seguro para que entren.

Clarissa salió del coche. Como el sol ya no era visible, el aire se sentía frío. La carne expuesta de sus brazos le picaba. Deseó no haber olvidado su abrigo en el tren. Esperó a Spiers al lado de la casa protegido del viento.

—Buen drama allí atrás—, dijo cuando él apareció.

Él se encogió de hombros. —Alguien tiene que hacer que se sientan tranquilas. Deberías ser tú, pero parece que eres tú quien tiene una verdadera inclinación por el drama.

Ella miró a tiempo para sorprenderlo sonriendo. —Lo que sea. Limpiemos la casa y hagamos que entren.

—Está bien, entraré. Espera junto a la puerta.

—Ambos entramos.

—Solo yo, Clarissa. No necesito que Sinclair me moleste si te pasa algo.

—¿Qué pasa si te pasa algo?

—No lo pasará mientras no tenga que preocuparme por ti.

—Sí, bueno—, tartamudeó mientras pensaba en una respuesta apropiada. No se le ocurrió nada, así que se conformó con —Lo que sea.

Ella lo observó mientras él doblaba la esquina. Diez segundos más tarde ella lo siguió y se detuvo en la puerta principal. Examinó los campos que rodeaban la casa y la carretera. Su mirada se dirigió hacia el pequeño pueblo a ochocientos metros de distancia. Algunas ventanas estaban iluminadas y el resto a oscuras. Dudaba que la cocina estuviera abastecida con alimentos frescos y se preguntó cuánto tiempo permanecería abierta la tienda.

—Está limpio—, dijo Spiers, saliendo de la puerta a oscuras. —¿Feliz?

—Sí.

—Bien. Ve a buscar a esas mujeres. Esperare aquí.

Corrió por el costado de la casa y golpeó la ventana trasera del auto. Las tres ocupantes del interior volvieron la cabeza. Ella sonrió. Sólo la niña le devolvió la sonrisa. Las mujeres salieron del coche y siguieron a Clarissa hasta el frente. Spiers abandonó su puesto en la puerta cuando las vio.

Clarissa encontró una despensa medio abastecida y un frigorífico vacío. Spiers le dijo que la tienda probablemente estaría cerrada, por lo que si quería conseguir algo más, tendría que esperar hasta la mañana. Así que tomó un poco de sopa enlatada, encendió la estufa de gas y cocinó suficiente sopa para pasar la noche. No se había dado cuenta del hambre que tenía hasta que la sopa empezó a hervir y llenó la cocina con olor a tomate.

Spiers rechazó la cena y en lugar de eso le dijo a Clarissa que descansaría ahora y se haría cargo de la guardia nocturna para que ella pudiera descansar toda la noche. A ella no le importó. Le daría la oportunidad de sondear a las mujeres y descubrir su relación con Jack.

Clarissa y las mujeres se reunieron alrededor de la pequeña mesa cuadrada y comieron en silencio. Mia sorbió su sopa, lo que provocó una mirada dura de su madre. La niña sonrió y se aseguró de abrir bien la boca para cada cucharada posterior.

Clarissa rompió el silencio. —Entonces, ¿por qué están huyendo, señoras?

Erin dejó su cuchara. Parecía sorprendida de que hubieran hecho la pregunta. Se secó la boca, se aclaró la garganta y dijo: —No estamos del todo seguras. Tiene algo que ver con los atentados de hoy en Londres.

Clarissa había oído hablar del ataque, pero sabía poco sobre lo ocurrido.

—¿Tenías miedo de ataques adicionales? — preguntó Clarissa.

—Yo no—, dijo Erin. —Jack. Y no más ataques, más ataques contra nosotras. Mira, Jack… —, hizo una pausa, miró hacia arriba y se mordió el labio inferior. —No sé cuánto debería decirte.

—Está bien, puedes decírmelo. Trabajo para el gobierno de Estados Unidos.

—¿Eres un espía? — preguntó Mía.

—Está fascinada con los espías—, dijo Hannah.

Clarissa le sonrió a la niña. —Seguro que lo soy.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Y me encantaría contártelo todo, pero primero necesito escuchar lo que tu mamá tiene que decir.

—Está bien—, dijo Mía.

—Las bombas que explotaron estaban en el hotel en el que Jack tenía reservas, dijo Erin.

—¿Sabes por qué está en Londres? — preguntó Clarissa.

Erin permaneció en silencio por unos momentos. —Sí, bueno, pensé que sí. Aunque no estoy segura. Lo siento, realmente no puedo decirlo sin saberlo definitivamente.

—Está bien. ¿Entonces Jack no estaba en el edificio cuando explotó?

—Oh, no gracias al cielo, no. Él estaba con nosotros.

—¿Dónde?

—En la casa de la tía Dottie.

Clarissa intentó ubicar el nombre. No le sonó, pero algo más sí. Los ojos de Mía. Los supo en el momento en que vio a la niña, y ahora sabía de dónde. Mia era la hija de Jack. Ella estaba segura de eso.

—¿Dónde está el padre de la niña? — preguntó Clarissa.

Erin se movió en su asiento. —Lo siento, no veo cómo eso tiene algo que ver con esto.

Clarissa miró a la niña y vio que había bajado la mirada hacia la mesa. —Lo lamento. No quise decir...

—Realmente deberías pensar antes de decir esas cosas—. Erin se levantó. —Ven conmigo, Mía.

La niña no se levantó enseguida. Erin la levantó y la llevó a la otra habitación. Clarissa se sintió mal por un momento, pero había preguntas que necesitaba responder. Lo intentaría de nuevo después de que Mia se durmiera.

—Ella es un poco protectora—, dijo Hannah.

—Todas las madres lo son—, dijo Clarissa.

—¿Todas?

—La mayoría.

—Nunca conocí la mía.

—Apenas conocía la mía.

Hannah asintió. —Ella nunca me ha dicho quién es el padre, pero creo que podría ser Jack.

—¿Qué tan bien lo conoces?

Hannah sonrió. Colocó su antebrazo derecho sobre la mesa y se inclinó hacia adelante. —Es una historia divertida. Lo conocí en el avión que vino hasta aquí. Había estado en casa durante las vacaciones. Y supongo que lo llamarías una coincidencia...

—No existen las coincidencias, Hannah. Cuanto antes te des cuenta de eso, mejor estarás.

—Sí, estoy segura. De todos modos, nos sentamos uno al lado del otro en el avión. Después me ayudó a conseguir que me llevaran a mi apartamento. Luego lo vi en la casa de la señora. Carlisle, de la nada. Al principio tenía miedo de que él estuviera ahí para ayudarme. ¿Pero por qué? Como si fuera el tipo de persona que alguien seguiría. De todos modos, cuando lo vi a él y a Mia juntos, fue obvio. Todo el mundo dice que se parece a su madre, y en su mayor parte así es. Pero esos ojos, la forma de esos ojos, sin duda, padre e hija.

Clarissa forzó una sonrisa. La noticia le revolvió el estómago. Se reclinó en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Entonces, ¿cuál es la historia con Jack y Erin? — preguntó Clarissa.

—¿Qué hay con ellos?

—¿Son una pareja, un juego, como sea que lo llamen ustedes ahora?

—Por lo que puedo decir, no lo son. Quiero decir, debe haber habido algo entre ellos en algún momento. ¿Pero ahora? No vi chispas ni indicios de que estuviera sucediendo nada.

Clarissa asintió y no dijo nada.

—Por supuesto, no es que estuviera mucho por aquí. Al menos no mientras estuve allí. Entonces, ¿quién sabe?

—Sí—, dijo Clarissa. —Quién sabe. Entonces, ¿cómo es la señora Carlisle?

—No lo sé, supongo que no hay mucho que decir. Ella me ha cuidado muy bien desde que comencé la escuela en Londres.

—¿Qué sabes sobre su pasado?

—Poco.

—Vamos, debes haber escuchado algo.

Hannah miró por encima del hombro en la dirección en la que se había ido Erin. —Ella solía trabajar en la inteligencia británica. Ésa es parte de la razón por la que Mia está tan interesada en los espías.

Clarissa asintió. Sabía quién era la mujer. Hubo un tiempo en que Jack había trabajado con Dottie. Todo tenía sentido. Durante una de sus asignaciones en Inglaterra conoció a Erin. Habían tenido una relación y Mia era el resultado. Sus mejillas ardieron. Sin embargo, no tenía motivos para estar enfadada. Después de todo, esto fue durante un tiempo antes de que los dos se pusieran románticos. Pero eso no detuvo los sentimientos de traición que surgieron. ¿Cómo pudo Jack no haberle dicho que tenía una hija?

Levantó la vista cuando escuchó que alguien se aclaraba la garganta. Erin estaba en la puerta. Miró a Clarissa.

—Hannah—, dijo Erin. —Déjanos.

Hannah abrió mucho los ojos y forzó una sonrisa a Clarissa, luego se levantó y pasó junto a Erin.

—Permítanme decirles que lamento mucho haber hablado fuera de lugar—, dijo Clarissa.

—Eso está claro. Me esfuerzo mucho por proteger a esa niña. Ella cree que su padre murió cuando ella era un bebé. Tiene una foto y se aferra a ella como si fuera lo único que lo mantiene en sus pensamientos.

—Probablemente lo sea.

—¿Qué sabrías?

—Sé lo que es perder a un padre.

—Casi todo el mundo lo hace, en algún momento.

Clarissa observó cómo la expresión de enojo de la mujer se desvanecía. —¿Alguna vez le dirás la verdad?

—¿Que verdad?

—Acerca de su padre.

—Ella tiene toda la verdad que necesita.

—Erin, necesito ser sincera contigo.

—¿Sobre qué?

Clarissa respiró hondo. Puso las manos sobre la mesa para estabilizarse. La información que estaba a punto de divulgar podría cambiar la dinámica de la casa y comprometer su misión. —Conozco a Jack Noble. Lo conozco desde hace años. Después de que mi padre falleció, él me cuidó. De lejos, sobre todo.

—Clarissa. Por supuesto—. Erin miró por encima del hombro de Clarissa. —Tú eres la chica de la que solía hablar entonces.

—Supongo que sí. Un nombre poco común hoy en día.

—¿Entonces puedes decirlo?

—¿Que él es el padre? Sí.

—Jack también lo descubrió. Todavía estoy enojada con Dottie por no decirme que estaba por aquí. Es como si ella quisiera que él lo supiera. Nunca fue su maldita elección. Se suponía que era mía y nunca quise que él se enterara.

—¿Por qué?

Erin no dijo nada.

—Jack es un buen tipo, ¿sabes? Él puede mantenerla. Con el tiempo, estará ahí para ella.

—No, no puede. Los problemas lo siguen a todas partes.

—Entiendo lo que estás sintiendo. Corre muchos riesgos.

Erin asintió y no dijo nada.

—Pero, al mismo tiempo, ambos merecen conocerse el uno al otro. Al menos tener la oportunidad de conocerse.

—¿Quién eres tú para decir eso? Ella es mi hija. No es tuya. No de él. Mía.

Ambas giraron la cabeza hacia la puerta ante el sonido de un sollozo. Mia salió de las sombras. Huellas de lágrimas mancharon sus mejillas.

—Oh, querida mía—, dijo Erin. Se levantó y fue hacia su hija, la abrazó con fuerza.

—¿Jack es mi padre? — preguntó la niña entre sollozos ahogados.

Erin no dijo nada. Pasó su mano por el cabello de la niña y la acercó.

Clarissa se levantó y pasó junto a madre e hija. —Debería dejarlas a las dos en paz.

CAPÍTULO 35

La habitación quedó a oscuras cuando los últimos rayos de sol cayeron detrás de las casas al otro lado de la calle. Jack se levantó y señaló hacia la cocina.

—Entremos allí por ahora—, dijo. —Se está poniendo demasiado oscuro aquí.

—Tiene luces—, dijo Gloria.

—Sí, y si las prendes le vas a dar un tiro fácil al francotirador en el techo al otro lado de la calle.

Mason se volvió hacia la ventana. —¿Dónde está?

—Estoy hablando hipotéticamente—, dijo Jack.

—¿Me puedes devolver mi arma? — preguntó Mason.

Jack todavía se sentía inseguro sobre cuál era el papel de Mason en todo lo que había sucedido. Su presencia allí había sido más que una coincidencia. Sin embargo, Jack no sabía por qué. Si iba a hacer algún uso de ese hombre, al menos tendría que transmitir la sensación de que confiaba en él.

—Tómala y guárdala. No te atrevas a sacarla.

Mason asintió, cogió su pistola y la guardó en su funda. Puso dos dedos sobre el codo de Gloria y la condujo a la cocina. Extendió la mano y encendió el interruptor de la luz. Jack encontró curioso el movimiento. Para él, era evidente que la casa siempre había sido de Mason y sólo de Mason. Los documentos de arriba demostraban que se había mudado allí después del divorcio. Pero la forma en que Gloria accionó el interruptor sin tener que mirar le indicó que había pasado más tiempo en la casa de lo que indicaba la actitud de Mason hacia ella.

—¿Quieres una cerveza, Jack? — preguntó Mason.

Sólo había tenido una, y eso había sido un par de horas antes. —Seguro Por qué no.

—Puedo preparar algo de cena—, dijo Gloria.

Jack asintió y ella fue al refrigerador y sacó un paquete de filetes. Jack se preguntó porqué Mason había descongelado un paquete completo.

—Cocino a granel—, dijo Mason.

Jack levantó los hombros en el aire unos centímetros. No dijo nada.

—Ambos somos espías. Pensamos parecido. Sólo quiero que sepas que nadie llamará a la puerta. Esta noche no habrá fiesta de espías aquí.

—Al menos aparte de nosotros.

Gloria pasó junto a Jack mientras caminaba hacia el otro lado de la cocina. Deslizó el bloque de cuchillos a un lado, luego se puso de puntillas y alcanzó el estante superior. Su blusa se levantó unos centímetros. Un colorido tatuaje decoraba su espalda baja. Jack sólo vio la mitad y no pudo determinar qué era. Por lo que vio, parecía ser una mariposa. En ese momento, vio por qué Mason todavía permitía que Gloria anduviera por ahí a pesar del odio del hombre hacia su

ex.

Dejó tres platos sobre la encimera, volvió a levantar la mano y dejó una bandeja para servir. Se hizo a un lado, abrió un cajón con la mano derecha y buscó los cubiertos.

Luego hizo un movimiento equivocado con su mano izquierda.

Jack sacó su arma y apuntó a Mason.

—¿Qué diablos, amigo? — preguntó Mason. Una columna de cerveza se elevó en el aire cuando el brazo de Mason sobresalió hacia arriba. Salpicó el suelo y creó un par de charcos pequeños.

—Gírate muy despacio, Gloria—, dijo Jack. —Lo digo en serio. Lento. Demasiado rápido y tu ex tendrá dos agujeros en el estómago.

Gloria levantó las manos por encima de los hombros. La larga hoja del cuchillo reflejaba un rayo de luz. Se dio la vuelta, con el rostro congelado por el miedo, la boca abierta y los ojos muy abiertos.

—¿Qué planeabas hacer con eso? — preguntó Jack.

—S-S-Separa los filetes. Todavía están congelados en el medio.

Todavía. ¿Había estado allí cuando los sacaron del frigorífico?

Jack la estudió por un minuto. Le temblaban las manos y le lloraban los ojos. Ella no era una asesina, ni siquiera cerca. Nunca había conocido a nadie que pudiera actuar con tanto miedo sin tenerlo realmente. Bajó el arma, miró de Gloria a Mason y viceversa y se echó a reír. Mason se unió a él.

—Lo siento—, dijo Jack.

Gloria dejó caer el cuchillo sobre la encimera, agarró los filetes y los llevó al fregadero. —Los dejaré reposar en el agua un rato—. Su voz tembló y se elevó a un tono alto. Jack imaginó que su garganta se cerró sobre sí misma mientras intentaba evitar sollozar.

Jack se volvió hacia Mason. —No es personal.

Mason se encogió de hombros. —Te dejé en medio del bosque sin direcciones. Si puedes mirar más allá de eso, yo puedo mirar más allá de esto.

Las conversaciones ociosas prevalecieron durante la mayor parte de media hora. Esperaron a que llamara uno de los contactos de Mason. Estaban a oscuras. Las noticias no podían proporcionarles información sólida, por lo que dependían de fuentes externas. Y ninguna de esas fuentes se comunicó en ese momento.

Gloria acababa de empezar a cocinar los filetes cuando el móvil de Mason vibró. El teléfono se deslizó por la encimera. Mason lo agarró y se lo tendió. —¿Altavoz?

Jack miró a Gloria y sacudió la cabeza. Tendría que confiar en Mason para que le proporcionara detalles precisos.

Mason respondió a la llamada y entró en la sala de estar. Jack y Gloria se miraron fijamente mientras los filetes se cocinaban a fuego lento en una sartén, cubiertos con una mezcla de mantequilla y aceite de oliva. Evitó escuchar la conversación unilateral para que su cerebro no llenara los espacios en blanco con información inexacta.

Gloria abrió la boca para hablar. Jack sacudió la cabeza y se llevó el dedo índice derecho a los labios.

Mason volvió a entrar en la cocina y meneó la cabeza.

—¿Qué dijeron? — preguntó Jack.

—Desafortunadamente, no mucho—, dijo Mason.

—¿Saben dónde está Naseer?

—No. Le perdieron la pista esta mañana temprano. Antes de ir al almacén. Aparentemente,

se escapó anoche. Al menos es su mejor suposición. Siguieron a todos los que salieron de la casa, pero no pasó nada. Una mujer que había sido vista recientemente en la casa fue a la estación de tren. Compró un billete a París. Los chicos que la seguían la perdieron de vista en la estación. Dijeron algo sobre un par de agentes franceses siguiéndola por la terminal. No querían levantar ninguna señal de alerta, por lo que se quedaron atrás. La perdieron. Un par de chicos más salieron de la casa y se dedicaron a actividades rutinarias, quehaceres y cosas por el estilo. Pero no hay señales de Naseer y su hombre principal, Samir.

—Así que él tenía esto planeado. Probablemente ni siquiera estuvo en casa anoche.

—Eso o tiene otra forma de salir de casa que no hemos descubierto.

—O quienquiera que te esté informando es un agente deshonesto.

Mason negó con la cabeza. —Lo dudo.

—Es posible.

—No es probable.

Jack asintió. No tenía sentido seguir con ese argumento hasta que tuvieran algo sustancial. —Está bajo vigilancia las veinticuatro horas del día, ¿cierto?

—¿Naseer?

—Sí.

—Cierto. Siempre tenemos un equipo ubicado cerca de la casa. Aunque no puedo entrar en más detalles sobre eso.

—¿Crees que lo sabe?

—¿Acerca de la vigilancia?

—Sí.

—Estoy seguro de que él lo sabe.

Jack asintió. —Con las personas que sus muchachos vieron irse, ¿cuántas quedaron sin contar?

—Media docena, más o menos una o dos.

—Algunos podrían haber estado dentro.

—Otros afuera con él.

—El bombardeo podría haber sido remoto.

Mason cruzó la habitación. —Pero los tiradores tenían que estar allí.

—Podrían haber sido hombres de la organización, pero venir fuera de su recinto.

—Lo más probable es que sean hombres de fuera del país.

—Eso o tienes todo un equipo de agentes corruptos en el MI5.

—O a lo largo de Legoland.

Jack había considerado esto. —¿Crees que es una posibilidad?

—He estado aquí el tiempo suficiente para saber que todo es posible.

—Y el dinero tiene una manera de hacer que la gente olvide sus ideales y convicciones.

—Los filetes están listos—, dijo Gloria.

Ambos hombres se volvieron hacia ella y no dijeron nada.

—Sólo se los hago saber—, dijo.

Jack y Mason comieron y luego volvieron a discutir la situación.

—Aquí está el problema, amigo. No sé en quién puedo y en quién no puedo confiar.

—Conozco el sentimiento.

—Bueno, por lo que sé, el tipo con el que acabo de hablar, y no, no me preguntes su nombre, es corrupto y está en la nómina de Naseer.

—Y te dio una línea.

—Cierto.

—Pero dijiste que no es probable.

Mason se encogió de hombros. —Simplemente no lo sé, amigo. Cuanto más hablamos, menos seguro estoy.

—Entonces habla con todos los que puedas. Seguramente alguien te hará sentir seguro.

Mason hizo una pausa por un momento y luego respondió. —¿No crees que eso atraerá algunas miradas no deseadas?

—Podría. De hecho, espero que así sea.

Mason enarcó una ceja con curiosidad y no dijo nada.

—Construye una mejor trampa para ratones.

—Además, cuantas más personas hablen, mayores son las posibilidades de hablar con la persona equivocada.

—Y una mayor posibilidad de hablar con la persona adecuada.

Mason señaló hacia Gloria. —¿Qué hay de ella?

—Estas atrapado con ella por ahora.

—La estás poniendo en peligro.

—Creo que correría más peligro si estuviera sola.

—¿Cómo es eso?

—Alguien me persigue, Mason. Ese alguien puede ponerte en ese mismo auto conmigo. Ahora, si pueden, entonces ambos sabemos que esa persona podrá descubrir lo que quiera sobre tu vida. Lo que significa que se enterarán de ella. Irán tras ella si no pueden llegar hasta ti. Sé que no es una buena idea a largo plazo que ella se quede contigo, pero hasta que tengamos una alternativa mejor, ella irá a donde tú vayas, lo cual, por el momento, será aquí y en ningún otro lugar.

Jack salió de la cocina y se dirigió hacia la puerta principal.

—¿Y tú, Jack?

Jack se detuvo, con la mano en el pomo de la puerta. —Toda trampa para ratones debe tener un cebo.

CAPÍTULO 36

Nadie conocía la casa, ni siquiera Naseer. Había recibido una llamada ayer tarde. Le habían dicho que los bombardeos se harían y que lo mejor era que desapareciera unos días. Hizo que barrieran la casa en busca de micrófonos en el momento en que llegaron. No confiaba en nadie. No podía confiar en nadie.

Él y Samir estaban uno al lado del otro en el borde de la terraza de madera en la parte trasera de la casa. Naseer cogió su bebida, que había dejado encima de la barandilla de la terraza. El sudor frío sobre el cristal cubría su palma. La luna estaba llena e iluminaba la propiedad. Vio claramente hasta el borde del bosque. Su mirada se movió de izquierda a derecha, escudriñando el área en secciones. Creía que la paranoia era lo que lo mantenía con vida. A pesar de estar a más de doscientos kilómetros de Londres, no bajaría la guardia.

Salir de su propia casa sin ser detectado había sido más fácil de lo que pensaba. Su contacto se había encargado de que uno de los agentes que vigilaban su propiedad estuviera en nómina. El tipo había sido el responsable del frente de la casa. Todo lo que Naseer tuvo que hacer fue realizar una llamada telefónica y el agente le dio la espalda.

Naseer y sus hombres pasaron la noche en un hotel y luego llegaron al almacén temprano esa mañana. Desde allí viajaron al escondite.

—¿Qué piensas de Owen? — preguntó Naseer.

—Él mató por ti—, dijo Samir. —¿No es eso suficiente?

—Le pagué para que hiciera eso. Además, Walloway fue uno de los idiotas más grandes que he conocido. Estoy seguro de que Owen está de acuerdo con eso. Y, piénsalo así, pasó mucho tiempo con el viejo bastardo. Apuesto a que estaba feliz de apretar el maldito gatillo.

—Pero también mató a su compañero. Simplemente porque el hombre te enfrentó. Si bien podría haber odiado al viejo, probablemente él y su compañero habían pasado por muchas cosas juntos. Cuando llegó el momento, no dudó en matarlo. Eso tiene que decirte algo.

—¿Entonces estás de acuerdo en traerlo?

—Sí, creo que será un activo valioso. Él mató por ti. Quizás él también muera por ti.

Naseer asintió. Morir por él era el requisito tácito. Pagaba bien por ello. Su gente entendía eso. Pero Owen no era uno de los suyos. El hombre era un extraño. Cuando llegara el momento, ¿se colocaría en medio de una lluvia de mil flechas si se lo ordenaran?

—¿Qué pasa con las mujeres? — preguntó Samir.

Naseer abrió la boca para responder cuando Samir se encorvó y señaló hacia el bosque. Cogió su arma y diseccionó el área con su puntería.

Naseer se agachó cuando vio a Samir sacar su arma. Ya no tenía vista de la propiedad. — ¿Qué pasa?

Samir hizo una pausa por un minuto. Los sonidos de la noche se amplificaron. Él se rio entre

dientes y enfundó su arma. —Nada de qué preocuparse. Un perro o algo así.

Naseer miró por encima de la barandilla mientras se levantaba. El terreno estaba en silencio. Respiró hondo y se agarró a la barandilla para estabilizar sus manos temblorosas. —¿Qué preguntaste?

—Las mujeres— dijo Samir.

Naseer respiró hondo unas cuantas veces y estabilizó su mano temblorosa. —Fueron a París. Luego se desviaron hacia Bruselas. Nuestro contacto tiene hombres que están siguiendo una pista. Con suerte, sabremos algo por la mañana.

—¿Qué pasa con esa otra cosa?

Naseer miró por encima del hombro hacia Samir. —Las piezas están en movimiento, pero aún queda mucho por resolver.

—¿Crees que podremos lograrlo?

—Eso creo. Mientras sigamos creando distracciones, desviarán su atención del objetivo.

Samir asintió y no dijo nada.

—El truco será conseguir que alguien se acerque lo suficiente para lograrlo.

—¿Owen?

—Lo dudo. Ya está asociado con Walloway. Lo detectarían.

—Ninguno de nosotros, entonces.

Naseer sonrió y meneó la cabeza. —Por supuesto que no. Encajamos en el perfil y seríamos monitoreados incluso antes de que nos diéramos cuenta de que nos han descubierto.

—¿Entonces quién?

—Tengo a alguien trabajando en eso.

CAPÍTULO 37

Jack cerró la puerta principal de Mason detrás de sí y bajó corriendo los siete escalones hasta la acera. El cielo estaba despejado y el aire fresco. Qué suerte, pensó, ya que no tenía dónde quedarse. El viento soplaba del oeste y traía el olor de la fábrica por la que había pasado ese mismo día. Miró calle abajo, a la izquierda y luego a la derecha. Aproximadamente la mitad de las casas tenían las luces apagadas. Giró a la izquierda y puso un pie delante del otro, en dirección este.

Se cruzó con algunas personas en el camino. La gente salía a pasear a sus perros. Parejas dando un paseo juntos. Algunos corredores nocturnos. Algunos le sonreían, otros evitaban su mirada, uno se cruzó al otro lado de la calle para evitarlo. Eso no molestó a Jack. De hecho, lo prefirió.

Después de un corto paseo se detuvo frente a un pub. No había ningún cartel que dijera que el lugar estaba abierto. Tampoco había ninguno que indicara que estaba cerrado. Entonces entró. La habitación estaba tenuemente iluminada y llena de charlas. El blues sonaba de fondo. Había planeado pedirle al camarero que le llamara un taxi. En lugar de eso, pidió una pinta de Hobgoblin. En el cuarto oscuro, la cerveza parecía negra. La espuma bronceada resaltaba en la copa. Saboreó la bebida, luego pidió otra y le pidió al camarero que llamara ese taxi.

Por primera vez en todo el día, no pensó ni en los atentados, ni en Thornton Walloway, ni en el papel de Mason en todo aquel desastre. Sus pensamientos no se dirigieron a su viejo amigo y socio a quien había dejado atrás. No se centró en la mujer que se escapó hace unos días en D.C. Pensó en ese rostro angelical que había conocido en casa de Dottie. A veces, el hecho de que tuviera una hija le parecía real a Jack. Pero hubo momentos en los que lo sintió surrealista y le costó creer la verdad. Intentó evitar sentirse traicionado por Erin. Tenía sus razones para mantener esto en secreto. Él entendió y, en cierto modo, estuvo de acuerdo con su elección.

Jack Noble, hombre de familia. No era una frase que pronunciaría cualquiera que lo conociera.

—¿Cuáles son tus problemas, hijo?

Jack levantó la mirada de la espuma a medio asentar de su cerveza. El tipo del otro lado de la barra tenía unos treinta años más que él. Su cabello gris se limitaba a los lados de su cabeza. Mantenía un parche de pelo cuidadosamente recortado en la barbilla y encima del labio superior.

Jack le ofreció al camarero una media sonrisa y sacudió la cabeza.

—Todo el mundo necesita alguien con quien hablar—, dijo el hombre.

—Yo no—, dijo Jack.

—¿Problemas con chicas?

—En más de un sentido.

—¿La mamá de tu bebé te lastimó?

—¿Qué? — Jack se rio.

El tipo sonrió. —Veo MTV en mi tiempo libre. Tienen nietos en los EE. UU. y quiero mantenerme al día con su jerga.

Tranquilo, dijo Jack: —Hoy conocí a mi hija por primera vez. Supe que lo era poco después de verla.

—¿Cuántos años?

—Seis.

—Felicidades—. Se giró, sirvió otra cerveza y la dejó frente a Jack. —De parte mía.

Jack levantó su vaso y terminó su segunda cerveza, luego deslizó el vaso hacia él.

—Entonces, ¿por qué esto te deprime? ¿Ella te rechaza?

Jack negó con la cabeza. —Ella no lo sabe. Supongo que es complicado. Estoy cuestionando algunas cosas. ¿Por qué la madre no me lo dijo? ¿Merezco siquiera saber o ser parte de la vida de la niña? ¿Estaría mejor si yo nunca apareciera?

—Entonces, ¿cómo paso? ¿Buscaste a la madre, apareciste y viste que tenía un hija?

Jack tomó un trago de su taza. Se limpió la espuma del labio superior. —Algo como eso.

—Todos hacemos cosas que no deberíamos hacer, hijo. Pero lo único de lo que verdaderamente debemos arrepentirnos es no haber hecho las paces con aquellos a quienes amamos.

—¿Hablas por experiencia?

El camarero asintió y no dijo nada.

—¿Entonces qué pasó?

El hombre se encogió de hombros. —No vale la pena hablar de ello.

—Todo el mundo necesita alguien con quien hablar—, dijo Jack.

El hombre sonrió y luego miró a su izquierda. —Tu taxi está aquí, hijo.

Jack miró hacia el frente del pub y vio el taxi. Metió la mano en el bolsillo y dejó caer un billete de veinte libras sobre la barra. Salió del establecimiento sin decir una palabra más entre él y el anciano.

Jack se deslizó en el asiento trasero del taxi. —Llévame a un hotel que no requiera identificación.

El conductor estudió a Jack por el espejo retrovisor.

—No soy un criminal—, dijo Jack.

—Entonces, ¿por qué no hay identificación? — preguntó el taxista.

—Sólo estoy tratando de desviar a mi loca ex esposa de mi camino.

—Ah—. El taxista le dio a Jack un gesto de complicidad y un guiño y luego puso el taxi en marcha.

Condujeron durante veinte minutos en silencio.

El taxista redujo la velocidad frente a un edificio en ruinas. —Es un poco peligroso aquí, pero pareces el tipo de persona que puede cuidar de sí mismo.

Jack le entregó al hombre un billete de veinte y salió del taxi. Evaluó su entorno. Estaba en la zona más peligrosa de la ciudad. Nadie parecía ser una amenaza inmediata, aunque se lanzaron algunas miradas no deseadas en su dirección. Hizo contacto visual con todos los que estaban a la vista. Los delincuentes preferian aprovecharse de los desprevenidos y no preparados.

Cruzó la acera, entró al vestíbulo y se acercó a la mujer de mediana edad detrás del mostrador. Levantó un dedo en el aire y dijo: —Una noche. Sólo yo. Dinero en efectivo.

Se sacó el cigarrillo medio quemado de la boca y dijo: —Una noche cuesta ochenta libras, si pagas en efectivo.

Jack miró alrededor del lugar. El papel pintado se despegaba de la pared en largos mechones. El suelo parecía no haber sido limpiado en meses. También olía así. Se veían trampas para cucarachas y trampas para ratones. Los excrementos en los zócalos confirmaban que el hotel tenía un problema de roedores.

—Estás bromeando, ¿verdad? — dijo.

—Si quieres pagar menos, deja caer una tarjeta de crédito en el mostrador.

Jack metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes. Tenían opciones limitadas. Y como estaba en una zona no tan buena, dormir afuera le resultaba menos atractivo que hace media hora. La mujer le entregó llaves a cambio del dinero. No se proporcionaron direcciones para llegar a la habitación. El número de habitación era 814.

Alojamiento en el último piso, pensó Jack, *tal vez incluso en el ático*.

Se dirigió hacia el pasillo, se detuvo y giró. —¿Puedo recibir una llamada para despertarme?

Volvió a sacarse el cigarrillo de la boca y lo dejó caer. —Éste no es el Ritz, muchacho.

—Por supuesto que no lo es. ¿Qué estaba pensando?

Jack se volvió y encontró el ascensor del lobby. Llamarlo lobby era ser generoso. Vio solo un ascensor. La puerta estaba abierta. Medio metro por metro y medio y cinta amarilla cubrían el enorme agujero. Curioso, asomó la cabeza por la abertura. La oscuridad no reveló ningún secreto. No pudo evitar preguntarse qué podría haber en el fondo. El pozo debía tener al menos un siglo de antigüedad. Era como si estuviera ante un ataúd exhumada, llena de cien años de esperanzas, sueños y horrores.

Encontró las escaleras y rápidamente las subió hasta el octavo piso. La temperatura subió a medida que subía. Una vez arriba, empujó la puerta de la escalera. El pasillo estaba a oscuras, con sólo una de cada cinco luces encendidas. Las bombillas debían ser de 15 vatios. Proyectaban pequeños charcos de luz en el suelo del pasillo, pero iluminaban muy poco.

Sacó su teléfono celular y abrió una página web en blanco. La luz blanca emitida le permitió usar su teléfono como una linterna. Esta fue una de las formas en que la tecnología le resultó útil a Jack. Encontró su habitación a mitad del pasillo. Se detuvo frente a la puerta por un momento. No salió ningún sonido de la habitación. Probó la manija antes de insertar la llave. La puerta estaba abierta. Al abrir la puerta, lo golpeó un olor a plátanos podridos envueltos en calcetines sudorosos. Abrió la puerta de una patada y dio un paso hacia un lado. Después de un momento, metió la mano dentro y palpó la pared hasta que encontró el interruptor de la luz.

—Cristo todopoderoso—, dijo mientras la habitación se iluminaba. La cama estaba deshecha y las sábanas esparcidas por el suelo. Los cajones de la cómoda estaban abiertos. El olor parecía empeorar cuanto más tiempo permanecía allí. Entró con el arma en la mano. El zumbido de las moscas se intensificaba con cada paso que daba. Esperaba encontrar un cuerpo al otro lado de la cama. No olía a muerte, pero el cadáver podía estar fresco. Estiró el cuello mientras se acercaba a la cama y miró por encima del borde. Las moscas revoloteaban frenéticamente. Se detuvo cuando vio la fuente del olor.

Alguien había dejado cuatro bandejas de comida podrida en el suelo.

Jack salió de la habitación, dejó la puerta abierta y se dirigió hacia las escaleras.

Cuando llegó abajo, abrió la puerta de una patada. La luz del techo del vestíbulo parpadeó. Hizo fila hacia el mostrador de facturación.

—Oye—, dijo.

La mujer no levantó la vista.

—¿Qué diablos haces al darme esa habitación?

Su cabeza se levantó lentamente. Su mirada se encontró con la de él. Ella lo estudió durante

un minuto y luego dijo: —¿Qué pasa con eso?

—¿Qué quieres decir con eso? Está sucia. Todo el piso lo esta. Todo el maldito lugar, en todo caso.

Se levantó, puso las manos sobre el mostrador y se inclinó hacia adelante. Sus ojos se entrecerraron mientras lo miraba de arriba abajo. —Lo siento, pensé que eras otra persona.

Jack negó con la cabeza. Todo lo que quería eran cuatro o cinco horas seguidas de sueño. —Solo dame una nueva habitación. Una limpia.

Dio un paso atrás y abrió un cajón. —Aquí tienes, 204. La limpié yo misma esta mañana.

—Excelente.

Jack cogió la llave y se dirigió hacia las escaleras. Se detuvo en la entrada de la escalera. Nuevamente pensó en dormir afuera. Al final, subió las escaleras hasta el segundo piso y encontró su habitación. Olía, pero no tan mal como la habitación anterior. La cama estaba hecha. La cómoda sólo tenía una fina capa de polvo. Se preguntó por el espacio entre los muebles y la pared. Inspeccionarlos sólo serviría para enojarlo aún más, y eso sería contraproducente. Lo que necesitaba ahora era dormir.

Dio unas palmaditas en la cama. Una columna de polvo se elevó en el aire. Miró a su alrededor en busca de algo que colocar sobre las sábanas. Las toallas del baño parecían ser los artículos más limpios de la habitación, así que tomó cuatro, las colocó sobre la cama y luego se acostó sobre ellas. Cruzó el tobillo derecho sobre el izquierdo y los brazos sobre el pecho y se quedó dormido con la imagen de Mia en su mente.

CAPÍTULO 38

Clarissa atravesó la casa sigilosamente hacia la puerta principal. Spiers dormía en el sofá cerca de la pared del fondo. Se detuvo frente a la ventana y abrió las cortinas. Una neblina plateada se cernía sobre el suelo. La tenue luz del sol penetraba y la hierba cubierta de rocío brillaba. Abrió la puerta y salió al aire húmedo. Aunque no podía ver el pueblo, podía ver lo suficientemente lejos como para llegar allí. Todo lo que tenía que hacer era poner un pie delante del otro y seguir avanzando.

La historia de mi vida.

Esperaba que la tienda estuviera abierta. Aunque solo eran las seis de la mañana, en un lugar como este la gente empezaba el día temprano. Y si el refrigerador dentro de la casa fuera una indicación de cómo vivían esas personas, necesitarían comida de la tienda temprano y con frecuencia.

Spiers había dejado las llaves del auto en el mostrador, pero optó por no usarlo. Un paseo por el aire fresco de la mañana le vendría bien. Las cosas habían estado sucediendo a un ritmo vertiginoso. Necesitaba algo de tiempo para relajarse y ordenar sus pensamientos.

Su sueño se había visto interrumpido durante toda la noche por una sola pregunta. ¿Y si su misión se hubiera arruinado? En este punto, Naseer habría elegido el método de su asesinato si supiera que ella no se había quedado en París. Meses de planificación destruidos por una sola elección. Por supuesto, no su planificación. Y no su elección. Las cosas estaban llegando a un punto crítico con Naseer y sus hombres, y si llevaban a cabo un ataque importante, uno que ella podría haber evitado pero no pudo debido a esta decisión, tendría problemas para vivir consigo misma.

Cuando llegó al pueblo, la niebla se había disipado. Miró hacia la casa. El camino que había tomado permaneció velado por el humo líquido.

La tienda estaba abierta. Clarissa entró y sonrió al anciano detrás del mostrador. Una mujer que Clarissa supuso era su esposa se ocupaba de la cafetera. Miró por encima del hombro y le sonrió a Clarissa.

—Estará listo en cinco minutos—, dijo la mujer en francés.

Clarissa sonrió y asintió. Localizó la sección refrigerada. Allí tomó dos litros de leche y una docena y media de huevos. Dejó los artículos sobre la encimera y esperó a que se preparara el café.

Afuera, un sedán plateado se detuvo frente a la tienda. No sabía si era un Mercedes o un Lexus. Por lo que ella sabía, podría haber sido un Audi. Las ventanas estaban tintadas de negro. La puerta del pasajero se abrió, luego se cerró y el auto arrancó.

El anciano se quedó mirando el lugar donde había estado el vehículo un momento antes. Clarissa se preguntó si el hombre se sintió desanimado por el hecho de que el auto se fuera, el

cliente que no entró a su tienda y la venta que no se realizó.

El flujo constante de café que caía en la cafetera se redujo a un hilo. Cogió un vaso de papel aislante y lo llenó hasta las tres cuartas partes. Lo completó con crema espesa y azúcar y luego cubrió la taza con una tapa.

El anciano contó sus artículos. Intentó entablar una pequeña charla, pero Clarissa sólo sonrió y miró hacia otro lado. Agarró la bolsa de papel en la que él había colocado sus artículos y luego salió de la tienda.

Afuera, el sol brillaba más y disipaba la niebla restante. Podía ver hasta el camino de la entrada, pero la casa permanecía oculta.

Y, a través de esa última mancha de niebla, Clarissa vio dos bolas de luz roja que destellaron y luego desaparecieron.

Luces de freno.

Ella aceleró el paso.

Un minuto después se escuchó un disparo.

Dejó caer la bolsa de papel que contenía la leche y los huevos, arrojó el café a un lado y comenzó a correr hacia la casa.

Sonó un segundo disparo. Escuchó gritos, al menos un adulto y Mia.

Aun así, no podía ver la casa. Funcionó a su favor. Podría acercarse sin ser vista.

El campo al lado de la casa estaba lleno de pastos que le llegaban hasta la cintura. Ella atravesó el campo y se agachó cuando la casa finalmente apareció a la vista. Los gritos cesaron casi tan rápido como habían comenzado. ¿Por qué?, se preguntó. ¿Qué les estaban haciendo a los supervivientes que estaban dentro?

Un hombre salió de la casa y se dirigió al sedán plateado. Era alto, rubio y vestía pantalones cargo oscuros y una camisa oscura de manga larga. Abrió la puerta del pasajero, metió la mano en el interior y salió con un cigarrillo encendido. El tipo estaba de espaldas a Clarissa. Colocó su pistola sobre el capó del auto. Decidió que tenía que actuar. Dentro había al menos una persona más. El coche podía transportar cinco personas. La cantidad de personas que realmente habían en la casa dependía de lo que los hombres pretendían hacer con la gente que estaba adentro.

Clarissa se abrió paso entre los últimos matorrales altos. Recogió una rama caída, de un metro de largo y siete centimetros de diámetro.

El olor a tabaco quemado pasó flotando a su lado.

El tipo se inclinó hacia delante contra el coche, con la frente apoyada en el techo y los brazos a los costados.

Debe haber sido un viaje largo, pensó.

Clarissa se quitó los zapatos. El rocío cubría las plantas y los lados de los dedos de sus pies. Ella estalló en una carrera de velocidad. Las puntas de sus pies tocaron el suelo durante una fracción de segundo a la vez. Ella apenas hizo ningún sonido. Cuando el hombre se dio cuenta de que alguien se dirigía hacia él, ya era demasiado tarde.

El hombre levantó la cabeza y empezó a girar hacia la izquierda. Sus ojos se abrieron cuando vio a Clarissa. Levantó su mano izquierda en posición defensiva, pero no ayudó.

Clarissa tenía ambas manos sobre la rama. La levantó y la cruzó sobre su hombro izquierdo, como si estuviera sosteniendo un bate. Ella saltó, giró las caderas y blandió la rama. Sus movimientos coordinados proporcionaron un amplio torque, convirtiendo la rama en un arma mortal. Se estrelló contra el brazo y la cara del tipo con más fuerza que el swing de un jugador de béisbol de las grandes ligas. Su antebrazo y su mandíbula se rompieron con crujidos repugnantes. La piel de su barbilla se abrió. La sangre brotó del corte, de su oreja y de su ojo. Cayó al suelo,

inconsciente.

Clarissa agarró la pistola del capó del auto y se la llevó a la cara. El cálido barril olía a cordita. Apuntó el arma a su cabeza y revisó los bolsillos del hombre. Los encontró vacíos.

El chico gimió. Sus ojos se abrieron de par en par. Clarissa cogió la rama y se metió la pistola en el cinturón. El chico gimió más fuerte cuando Clarissa levantó la rama. Ella giró por la cintura, la rama la siguió medio segundo después y conectó en el costado de la cabeza del chico, un poco más arriba que la última vez. Una capa de sangre fluyó desde un lado de su cabeza, sobre su cabello y bajando por su cuello. Cayó a su lado. La tierra alrededor de su cabeza rápidamente se volvió barro carmesí oscuro.

—Será mejor que esperes por Dios que esas mujeres no hayan sido tocadas o te despertarás con problemas peores que un dolor de cabeza.

Corrió hacia el costado de la casa, se agachó y permaneció agachada mientras se acercaba a la puerta. Estaba abierta unos centímetros. Dejó caer el palo. Los suaves gritos de Mia se filtraron a través de la puerta. Una voz masculina habló en voz baja. Clarissa no pudo entender lo que dijo, aunque sí se dio cuenta de que era británico.

Hizo una pausa por un momento, esperó señales de que hubiera otra persona adentro. Todo lo que escuchó fue la voz, los gritos de Mia y nada más.

Extendió la mano y empujó la puerta con el cañón del arma. Se abrió. Las bisagras oxidadas chirriaron. La voz del hombre continuó, ininterrumpida. Ella todavía no podía descifrar lo que decía, pero el hecho de que siguiera hablando le dijo que no había notado la puerta. O tal vez pensó que había sido su compañero, en cuyo caso permanecería casual. Al menos tan casual como uno podría ser en esta situación.

Con el arma extendida frente a ella y sostenida con ambas manos, Clarissa entró. Spiers yacía en el suelo a medio camino entre el sofá y donde ella estaba. Ella examinó la habitación y luego se acercó a él. Se recostó boca abajo, con el lado derecho de la cara presionado contra el suelo. Tenía un atizador de chimenea en su mano derecha. Un charco de sangre rodeaba su cabeza. El suelo inclinado hizo que se alejara de su cuerpo. Tenía los ojos muy abiertos, sin parpadear. Se arrodilló ante él, le puso una mano en el cuello y no sintió pulso.

Clarissa pasó por encima del cuerpo de Spiers. A la derecha, estaban los dormitorios, a la izquierda la cocina. La voz del hombre y los sollozos de Mia llegaron desde la izquierda. Ella avanzó silenciosamente hacia ellos.

Mientras se acercaba a la abertura, vio las espaldas de las mujeres. Se tomaban de las manos detrás de las sillas en las que las sentaron. No estaban atadas. Quizás por eso el hombre fue al coche, en busca de cuerda. A Clarissa le ardieron los oídos. Su respiración y su pulso se aceleraron. Ella agarró la pistola con más fuerza en respuesta y apretó los músculos del pecho y del estómago. Después de cinco segundos, los soltó. Su cuerpo respondió relajándose.

Ella dio otro paso.

—Así que a partir de este momento—, escuchó decir al hombre, —no hables más. Conducimos hasta la costa. Un barco nos estará esperando para llevarnos a Inglaterra. Nos encontraremos con otro coche allí y luego te llevarán a ver a nuestro jefe. Y durante todo ese tiempo mantienes la boca cerrada.

Mía sollozó.

—Especialmente tú, pequeña…

Clarissa avanzó rápida y decididamente. Apuntó a la cabeza del hombre. Sus ojos se agrandaron cuando la vio. Levantó su pistola, pero la posición de su cuerpo lo hizo perder el equilibrio.

Clarissa no tuvo tiempo de decirle que se congelara, que se detuviera o que soltara el arma. Ella apretó el gatillo. El tiempo se ralentizó y las siguientes acciones ocurrieron en un cuadro congelado. Su disparo fue certero y alcanzó al hombre en el centro de la frente. Al mismo tiempo que ella disparó, él también lo hizo. Su arma había apuntado en dirección a las mujeres. Ellas gritaron. A Clarissa le sonaron como gritos bajo el agua. El hombre cayó de rodillas. Clarissa volvió a disparar, esta vez dándole en el pecho. Dejó caer su arma y cayó hacia atrás.

El tiempo se reanudó. Corrió hacia el hombre y comprobó que estaba muerto. Detrás de ella, Mia seguía llorando. Se esperaba, supuso, ya que la niña tenía seis años. Pero Erin volvió a gritar. Sonaba como si estuviera sufriendo. Hannah gritó llamando a Clarissa.

Clarissa se giró y vio sangre en sus manos, el suelo y la pierna derecha de Erin. Ella dijo: —Toallas limpias.

Nadie se movió.

—Hannah, ve a buscarme unas toallas limpias. Y búscame un cinturón.

Hannah se levantó y salió corriendo a la cocina. Clarissa fue al lado de Erin. Encontró por dónde había entrado la bala, justo encima de la rodilla derecha de Erin. La sangre manó de la herida. Clarissa temía que la arteria femoral de la mujer hubiera sido alcanzada. Colocó sus dedos índice y medio dentro del agujero en los pantalones de Erin y tiró. La tela se rasgó quince centímetros en ambas direcciones. Ella inspeccionó la herida. La bala había atravesado todo el cuerpo, pero no de manera uniforme. Creció su preocupación de que la arteria femoral hubiera sido dañada.

—Mía—, dijo. —Quiero que revises los cajones y veas si puedes encontrar algunas tijeras.

La niña no dijo nada. Sus gritos habían cesado.

Clarissa miró hacia arriba. La chica parecía catatónica. Sus ojos se agrandaron, enfocados en la herida de su madre. Clarissa se situó entre madre e hija. Ella bajó la cabeza hasta que sus ojos se encontraron. Mia se liberó del hechizo.

—Tijeras—, dijo Mia.

Clarissa asintió. —Así es. Y no te preocupes, ella estará bien.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Tan pronto como la niña se giró, Clarissa también lo hizo. Al mismo tiempo, Hannah regresó con un puñado de toallas blancas y cuatro cinturones.

—No sabía qué talla necesitabas—, dijo Hannah, ofreciéndole los cinturones a Clarissa.

—Está bien. Lo hiciste bien. Ahora quiero que vayas al fregadero, mojes un par de esas toallas y las traigas aquí.

Hannah dejó caer los cinturones y un par de toallas y se dirigió a la esquina de la habitación. Antes de que Hannah abriera el grifo, Clarissa escuchó el rugido del motor de un automóvil.

—Date prisa con esas toallas—, dijo.

Se cortó el grifo. Hannah trajo las toallas, luego se hizo a un lado y agarró la mano de Erin.

—¿Tuviste suerte con esas tijeras? — preguntó Clarissa.

—Las encontré—, dijo Mia.

—Hannah, ve a buscarlas y luego mantén a Mia detrás de tí. No dejes que mire a su mamá.

—De acuerdo.

Hannah recuperó las tijeras y se las entregó a Clarissa.

Clarissa usó las tijeras para cortar la pernera del pantalón de Erin hasta la mitad del muslo. Ella limpió la sangre alrededor de la herida. Luego agarró un cinturón de unos tres centímetros de ancho, lo envolvió alrededor de la pierna de Erin y lo apretó. El flujo de sangre se redujo a un

hilo.

—Espera aquí—, dijo Clarissa.

—¿A dónde vas?" — Preguntó Erin.

Clarissa no respondió. Agarró su pistola y salió a la cocina. Pasó junto al cuerpo de Spiers y se detuvo en la puerta principal. Ya no escuchó el motor del auto. O el hombre se había ido o había apagado el vehículo y ahora la esperaba afuera. Probablemente vigilaba el frente de la casa, esperando la oportunidad para matarla.

Clarissa cerró los ojos y se llevó la mano a la frente. El cálido cañón de la pistola casi quemó la piel. Respiró hondo, extendió la mano y abrió un poco la puerta. En el interior soplaba aire fresco. El sudor que cubría su piel expuesta se volvió frío. Miró por la rendija, pero el ángulo le impidió ver el lugar donde había estado el auto plateado. Lo único que podía decir era que si el hombre permanecía afuera, no estaba a descubierto.

Clarissa respiró hondo una vez más, luego abrió la puerta y se agachó. Pasó su torso por la puerta abierta. La pistola se movía con sus ojos.

El auto ya no estaba. El hombre se había ido.

Ella cayó hacia atrás y se apoyó contra el marco de la puerta por un momento.

—Deberíamos irnos.

Clarissa miró a su izquierda y vio a Hannah parada allí. Ella asintió y dijo: —Toma las llaves y gira el auto.

Hannah hizo lo que le dijeron. Mia fue tras ella, pero Clarissa le impidió salir de la casa.

—Espera el auto.

Luego Clarissa fue a la cocina. En el camino, agarró una silla con ruedas. Levantó a Erin, la sentó en la silla y la llevó hasta la puerta principal. El auto apareció un momento después y, con la ayuda de Hannah, colocó a Erin en el asiento delantero. Corrió de regreso a la puerta abierta y echó un último vistazo al cuerpo sin vida de Spiers. Ella hizo la promesa de que alguien regresaría por él. Todos tenían alguien con quien volver a casa.

Se subió al coche y condujo por el camino de entrada, luego giró hacia la ciudad. El coche se detuvo con un chirrido en la acera frente a la tienda. Era el único lugar que Clarissa sabía que tendría gente dentro. Salió corriendo del auto y abrió la puerta de la tienda.

—¿Hay algún médico en esta ciudad? — preguntó ella.

—Sí, por supuesto—, dijo el anciano.

—¿Dónde?

—¿Por qué? — preguntó la anciana.

—Solo dime dónde está.

—Ella—, dijo el anciano.

—De acuerdo. ¿Dónde?

—Justo aquí—, dijo la anciana. —Ejercí la medicina durante más de cuarenta años. Ahora, ¿qué te pasa?

Clarissa no dijo nada. Agarró a la anciana por el brazo y la arrastró por la tienda. Hannah ya había abierto la puerta de Erin. Se deslizó hacia la parte trasera del auto cuando vio a Clarissa y a la anciana salir de la tienda.

Se había reunido una pequeña multitud. La anciana se dirigió a algunos de ellos por su nombre y les pidió ayuda. Dos hombres dieron un paso adelante. Sacaron a Erin del auto, entrelazaron sus brazos debajo de ella y la llevaron adentro.

En la parte trasera de la tienda, sobre una mesa de acero inoxidable, la anciana inspeccionó la pierna de Erin.

—Tiene mucha suerte—, dijo la mujer.

Clarissa esperó a que continuara.

—La bala atravesó su carne, cortó el hueso, pero no causó más daños. Le quitaré el torniquete, la limpiaré y la coseré. En unos días debería poder irse.

—No tenemos unos días—, dijo Clarissa.

—Bueno, ella no puede…

—Arréglala. Rápido. Tenemos que irnos.

Los labios de la anciana se apretaron. Ella asintió y comenzó a trabajar. El anciano trajo un frasco de pastillas y una petaca de whisky. La petaca era cromada y tenía dos tulipanes grabados en un lado. Erin tomó dos pastillas y tres tragos de whisky sin protestar.

La anciana terminó en menos de media hora. Erin salió de la trastienda y caminó con ayuda de muletas.

—¿Cómo te sientes? — preguntó Clarissa.

—Como si me hubieran disparado—, dijo Erin.

—Me ha pasado.

El anciano salió al frente y alejó a la pequeña multitud. Ayudó a Clarissa y Hannah a colocar a Erin en el asiento delantero.

—Querida—, dijo la anciana desde debajo del toldo de la tienda.

Clarissa se volvió hacia la cara. —¿Sí?

—Tuve que llamar a la policía. Es obvio que se cometió un delito.

—¿Qué les has dicho?

—Tienes una ventaja de treinta minutos.

Clarissa negó con la cabeza y entró en el coche. Puso la transmisión en marcha. Salieron del pueblo y se dirigieron al oeste, hacia la costa.

CAPÍTULO 39

León miró fijamente su celular por un momento antes de dejarlo sobre el mostrador. El indicador de tiempo parpadeó durante cuarenta y cinco segundos. La llamada pareció haber durado una hora. Imaginó que la sensación retorcida en su estómago permanecería al menos ese tiempo. Su peor temor cuando dejó que las mujeres se fueran se había hecho realidad. Habían sido atacadas y él no podía hacer nada al respecto.

—Dottie—, gritó.

Ella apareció un momento después, con su bata larga apretada a su alrededor. Se arrastraba por el suelo detrás de ella mientras caminaba. —¿Qué?

León levantó la mirada del suelo. —Alguien las encontró.

Dottie alcanzó el mostrador para estabilizarse. —¿Cómo? ¿Dónde?

—Fuera de Bruselas. No sé cómo. Dos hombres, ingleses, mataron al guardaespaldas que Jack había dispuesto para protegerlas.

—¿Están bien?

—Erin recibió un disparo en la pierna.

—Ay dios mío.

—La herida no es grave, Dottie. Ya ha visto a un médico.

—¿Dónde están ahora? ¿Las tienen esos hombres?

León negó con la cabeza. —Afortunadamente viajaba una mujer con el guardaespaldas. Ella estaba fuera cuando se produjo el golpe, entonces regresó, mató a un hombre y el otro escapó.

Dottie se soltó del mostrador y se sentó. —¿Qué sabemos sobre esta gente?

—¿Los atacantes? Nada.

—No, los que tenían la tarea de mantener a salvo a mis sobrinas y a Hannah.

—Nada en absoluto. Por eso no quería hacerlo de esta manera.

Dottie no dijo nada. Ella miró fijamente a la pared.

—Creo que es hora de que llamemos a Jack para saber más.

—¿Dónde están ahora?

—Les dije que se dirigieran a Ostend.

—¿El ferry?

—Sí, a Ramsgate.

—¿Crees que eso es seguro?

—Más seguro que el aeropuerto.

Dottie asintió. —¿Quién las recibirá allí?

—Yo lo haré.

—No puedes dejarme aquí. Si alguien las encontró, podrá encontrarnos a nosotros.

León giró la cabeza, miró por la ventana y examinó el frente de la propiedad. —Entonces

tendrás que venir conmigo.

—De acuerdo. ¿Cuándo tenemos que irnos?

—Nos llevará dos horas llegar allí. Ellas llegarán en seis. Deberíamos partir a más tardar dentro de tres horas.

—¿Estás seguro de que no las están siguiendo?

—No estoy seguro de nada en este momento, Dottie.

Ninguno de los dos habló durante unos minutos. Dottie se levantó, se sirvió una taza de café y volvió a llenar la taza de León.

—Deberían haber estado con nosotros—, dijo.

—Entonces esos hombres podrían haber acudido a nosotros—, dijo.

—Y podría haberme ocupado de ellos.

—¿De la misma manera que lo hizo el hombre de Jack?

León no dijo nada.

—No tengo ninguna duda de que el hombre al que Jack se acercó era tan capaz como tú, si no más. Y supo que alguien vendría. Tenía que haberlo sabido.

—Me temo que Jack tuvo alguna participación en esto, Dottie.

—Nunca. Lo conozco desde hace diez años. Jack Noble es el hombre más leal con el que he trabajado.

León miró hacia otro lado. —Entonces deberías contratarlo para que sea tu guardaespaldas.

Dottie le cogió el brazo, pero él se apartó ante su toque. —No quise decir eso, León. Confío mi vida en ti, y sólo en ti.

León salió de la cocina. Salió por la puerta trasera. La pequeña cabaña había pertenecido a su familia durante más de doscientos años. Situada en la costa sur de Inglaterra, le ofreció un lugar para alejarse del estrés que conlleva su trabajo. Sin embargo, hacía cinco años que no usaba la casa. No desde el día en que empezó a trabajar para Dottie. Había escuchado a la gente quejarse de tener un trabajo de tiempo completo. No tenían idea de lo que significaba estar comprometido con su trabajo.

Caminó hasta el borde de la playa. El viento pasó azotando y envió pequeñas partículas de arena y espuma de mar hacia él.

Las palabras de Dottie habían sido hirientes, pero no era eso en lo que se concentraba. Sólo pensó en Erin. Desde el momento en que la vio por primera vez, la amó. Le llevó cerca de seis meses lograr que ella hablara con él. Y, a medida que Mia creció, se hizo amigo dela niña. La relación con ella le permitió tener un mayor acceso a Erin. Estaba seguro de que cualquier día su amistad se convertiría en un romance. Sus sonrisas duraban cada vez más, al igual que las miradas que compartían.

Por supuesto, la llegada de Jack Noble había arruinado sus planes. Había oído los rumores y los confirmó en el momento en que vio a Jack. No se podía negar que los ojos de la niña eran los suyos.

Y ahora ese bastardo había puesto a Erin en peligro. Estaba herida. Ella podría haber muerto. León se maldijo por permitir que las mujeres abandonaran su protección. Ningún hombre habría hecho daño a Erin si hubiera estado cerca.

—León—, la voz de Dottie luchó por encontrarlo a través del viento.

Él fingió no oírla y caminó sobre la arena compacta donde la espuma bailaba a lo largo de la playa delante de las olas.

—León—, dijo de nuevo.

Él miró por encima de su hombro. Ella estaba a diez metros de distancia.

—¿Qué? — dijo él.

—Lo lamento.

Él no dijo nada.

—Lo sé…— Hizo una pausa, miró al cielo y luego caminó hacia él. —Sé tus sentimientos por Erin.

Forzó una expresión confusa. —No sé de qué estás hablando.

—Te conozco mejor que tú mismo—, dijo. —La has amado durante mucho tiempo.

León miró hacia otro lado. Su mirada recorrió el mar y se elevó hacia el brumoso horizonte gris.

—Yo también estoy preocupada por ella, León. Sin embargo, no podemos hacer nada hasta que esté en tierra. Así que tienes que dejarlo atrás. No sabemos si somos los siguientes.

León asintió. En un instante, su mente cambió y se concentró. —De acuerdo—. Se giró y pasó junto a Dottie en dirección a la casa. —Probablemente deberíamos irnos ahora.

Entraron. Dottie se duchó y se vistió. Preparó el desayuno y colocó la comida en recipientes de plástico para que pudieran llevársela. Cuando Dottie regresó, arrojaron sus maletas en el coche y abandonaron la cabaña en dirección este, hacia Ramsgate.

CAPÍTULO 40

Las finas cortinas hicieron poco para bloquear el sol de la mañana. Jack se despertó y miró su teléfono. Realizó cálculos de la zona horaria en su cabeza. Las seis y media de la mañana. Había logrado dormir una hora más de lo esperado. Según su cuenta corriente, eso todavía le dejaba un año de retraso en las ocho horas nocturnas recomendadas.

Se levantó de la cama y se dirigió al baño. La ducha cubierta de moho no le atraía. Pensó que terminaría más sucio si la usaba. Entonces se echó un poco de agua en la cara y luego salió de su habitación.

La misma mujer estaba sentada detrás del mostrador del vestíbulo. Caminó hacia ella y se aclaró la garganta a unos tres metros de distancia. Ella no levantó la vista.

—¿Puedes llamarme un taxi?

Ella no respondió.

Miró entre ella y el teléfono que permanecía a un pie a su izquierda.

—¿Puedo usar el teléfono?

De nuevo, no hubo respuesta.

—Solo espera la reseña que dejaré en Google, señora.

Jack salió del hotel. La zona parecía más peligrosa a la luz del día. Personas sin hogar se encontraban en las escaleras delanteras de los edificios. Un hombre traficaba con drogas en una esquina cercana. Un grupo de hombres más jóvenes estaba al otro lado de la calle. Ahuyentaban a los hombres que pasaban y hacían gestos obscenos a las mujeres.

Jack miró a un lado y a otro de la calle. No estaba seguro de qué camino tomar, pero sabía que no podía quedarse mucho tiempo. Las miradas cayeron sobre él. Un par de vagabundos se dirigieron hacia él. Se dio cuenta de que había llamado la atención de al menos uno de los hombres al otro lado de la calle. Todo ello contribuiría a una confrontación inminente. Y eso era algo que Jack necesitaba evitar.

Entonces empezó a caminar. Se alejó de los vagabundos que se acercaban y mantuvo contacto visual con el tipo al otro lado de la calle el tiempo suficiente para hacerle saber que él no sería un blanco fácil.

Una cuadra más adelante, Jack vio una parada de autobús. Algunas personas esperaban en un banco. Miró hacia atrás. El grupo de hombres caminó en la misma dirección, aproximadamente al mismo ritmo. Se quedaron al otro lado de la calle. Sus conversaciones en voz alta y sus acciones exageradas le dijeron a Jack todo lo que necesitaba saber. Cazaban en manada. Individualmente no eran nada. Pero juntos podrían causar problemas.

Tenía que tomar una decisión. Esperar el autobús y correr el riesgo de enfrentarse a los chicos, o siguir caminando.

Se detuvo en la parada del autobús. —¿Cuánto falta para que llegue el autobús?

—Unos cinco minutos más o menos—, dijo una señora mayor. Se dio unas palmaditas en los rizos blancos y sonrió.

Jack asintió. Miró hacia el grupo. Ellos también se habían detenido. Decidió que mientras permanecieran en el lugar, esperaría el autobús. Un minuto más tarde, los hombres se dieron vuelta y se alejaron. Después de todo, no había sido nada. En ese momento agradeció la hora extra de sueño. Sabía que lo necesitaría hoy.

El autobús rojo se detuvo un par de minutos después. Jack esperó a que subieran los demás pasajeros. Subió al primer escalón de la plataforma y dijo: —Estoy tratando de llegar a la zona turística.

—Este autobús no va allí—, dijo el conductor.

—¿Vas a algún lugar que me permita llegar allí?

—Podría llevarte todo el día.

Jack calculó que estaría a unos quince kilómetros del centro de la ciudad. Podía caminar hasta allí en tres horas, por lo que la idea de que el transporte público tardara todo el día no le parecía cierta.

—¿Cualquier otra sugerencia? — preguntó él.

—Sube, hijo. Paro en el metro a unos cuantos kilómetros de la carretera.

Jack asintió, subió y tomó asiento detrás del conductor. Utilizó el espejo retrovisor para estudiar a los pasajeros. Todos a bordo parecían ser de clase trabajadora con salarios bajos o más pobres. La mitad eran personas mayores. Probablemente no fueran tan viejos como parecían. Pero estaban envejecidos prematuramente por una vida que los tiró al suelo a patadas y les puso una rodilla en la espalda baja, negándose a dejarlos levantarse.

El autobús se detuvo y el conductor señaló la entrada del metro. Jack puso un billete de diez libras en la palma de su mano y estrechó la mano del conductor. Si el hombre apreció el gesto, no se lo hizo saber a Jack.

Jack saltó del autobús a la acera. La zona estaba llena de actividad. Una mezcla de gente. En esos cortos tres kilómetros había ido desde el gueto hasta la zona intermedia donde se mezclan las clases. Se detuvo frente a un mapa y determinó la serie de trenes que debía tomar para llegar al centro de la ciudad. Tuvo que cambiar de tren una vez. La ruta sencilla le permitió a Jack aprovechar el tiempo para aclarar su mente.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, salió a dos cuadras del lugar del bombardeo.

El hotel en el que tenía reservas ya no se elevaba hacia el cielo. Yacía en ruinas, con sus tripas esparcidas por la calle. Una neblina de humo persistía. Un olor que sólo había experimentado una vez en su vida lo envolvió.

Cinta policial amarilla acordonaba la zona. Los espectadores se mantenían a una cuadra de distancia por todos lados. Sin embargo, la cinta no impediría que Jack entrara. Después de todo, la bomba estaba destinada a él. Tenía que investigar la escena. Quizás los atacantes habían dejado algo que sólo él reconocería.

Sin embargo, no sería fácil acercarse. Varios policías custodiaban el lugar. Estaban colocados aproximadamente cada quince metros a lo largo de la carretera, detrás de la barrera de cinta amarilla. Jack caminó por el perímetro pero no pudo encontrar un lugar por donde deslizarse.

Y la ayuda llegó de la forma más inusual.

Un grupo de periodistas y camarógrafos pasó corriendo a su lado. Hablaron entusiasmados con la respiración entrecortada. Jack miró hacia el final del camino. Vio un Rolls Royce gris detenerse frente a la cinta policial. Varios oficiales abandonaron sus puestos y se dirigieron al Rolls. Formaron una barrera entre el vehículo y la multitud de periodistas. Se alzaron voces. Las

cámaras parpadearon. Gritaron los policías. Sonó una bocina.

Jack caminó otros seis metros, se detuvo y examinó la zona. A partir de ese momento se abandonó la seguridad. Todos corrieron en ayuda del Rolls. Jack se agachó y se deslizó debajo de la cinta. Miró a su alrededor y vio que había pasado desapercibido. Se abrió paso detrás de la hilera de edificios que conducían al hotel en ruinas. El callejón vacío le proporcionó un camino despejado. No se apresuró. En cambio, decidió actuar como si perteneciera allí.

Y en su mente, así era.

Enfrentó su primera prueba cuando se acercaba al restaurante donde se encontró inicialmente con León. Los técnicos forenses estaban trabajando detrás del edificio. Vio a una mujer recogiendo casquillos de bala. La mujer miró a Jack. Ella lo estudió por un momento. Se preparó para que ella lo interrogara o, peor aún, alertara a otros de su presencia. Estaba armado y deambulaba por la escena del crimen sin vigilancia. Al menos, si lo atrapaban, pasaría medio día en una comisaría.

Él asintió hacia la mujer. Ella asintió y regresó a su trabajo. Jack observó cómo ella colocaba tarjetas numeradas en el suelo para marcar los lugares donde había encontrado pruebas.

Quería entrar al restaurante, pero decidió no hacerlo mientras el equipo trabajaba. Así que continuó pasando junto a ellos y luego se detuvo detrás del lugar donde antes se encontraba el hotel. La colina de escombros le impedía ver a cualquiera que estuviera al otro lado del edificio. No es que importara. Ahora estaba en el centro de todo esto. La gente aquí estaba ocupada trabajando, no protegiendo el lugar del ataque.

Jack vio una cazadora azul de la policía colgada de un poste. Miró a su alrededor, luego sacó la chaqueta de su lugar y se la puso. En todo caso, atraería menos miradas inquisitivas en su dirección. Decidió que, si le preguntaban, diría que la agencia estadounidense SIS lo había enviado para ayudar al MI5. A las autoridades les llevaría varias horas localizar a Frank Skinner, director interino del SIS, momento en el que Jack se habría puesto en contacto y Frank tendría todo en su lugar.

Entonces Jack rodeó los restos del edificio. Se abrió paso entre las losas de hormigón esparcidas en la calle. Era difícil evitar los charcos de sangre seca. Un mechón de pelo enmarañado que se pegaba a una sección irregular de la fachada del edificio llamó su atención. Ropa de cama y ropa de vestir estaban esparcidas por el camino. Los periódicos arrastrados por el viento. Una fina capa de polvo lo cubría todo.

Vio una mancha marrón, se arrodilló y apartó un montón de escombros. Metió la mano y sacó un osito de peluche. El peluche estaba intacto, solo un poco sucio. Se levantó y dio unas palmaditas al osito de peluche. Una columna gris se elevó en el aire frente a él. Continuó su camino con el osito de peluche en mano.

—Tú, ahí—, llamó una voz femenina desde su izquierda.

Jack ignoró la voz y siguió avanzando.

—Te hablo a ti. Espera.

Jack se detuvo. Volvió a repasar mentalmente su historia.

—¿Qué encontraste allí?

Jack se volvió hacia la mujer. Su cabello castaño estaba recogido en una cola de caballo. Levantó sus gafas y las apoyó en su cabeza. Tenía ojos grises con destellos verdes y marrones. Calculó que medía alrededor de un metro sesenta y cinco. El viento hizo que su chaqueta holgada abrazara su torso, revelando su esbelta constitución.

—¿Bien? — preguntó ella.

Le tendió el oso. —Espero que haya un niño buscando esto.

—Eres americano.

—Estás bromeando.

Ella ladeó la cabeza y sonrió. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy con una organización antiterrorista. A menudo hemos trabajado mano a mano con el MI5 y el MI6. Me enviaron inmediatamente.

—¿Por qué tienes puesta una chaqueta de policía?

—No vine preparado. Un oficial tenía una de repuesto, me la prestó.

—¿Cuál era su nombre?

—Debería irme—. Se giró y se dirigió hacia el frente del edificio.

Ella siguió. —¿Cómo te llamas?

—Jack.

—¿Jack qué?

—Jack es todo lo que puedo decirte. El resto está clasificado.

—Y tendrías que matarme para decírmelo, ¿verdad?

—Sólo en los Estados Unidos, señora.

—Entonces no debería haber ningún problema en decírmelo en Londres. No romperemos ningún tratado que yo sepa.

—Es mejor que no lo sepa, señora.

—Sasha.

—¿Sasha qué?

—Eso es clasificado, y si te lo dijera, tendría que matarte.

Jack sonrió. —Me parece bien.

—Me llevaré ese osito de peluche, Jack. Allí tienen un pequeño santuario.

Jack se detuvo y miró a Sasha. Extendió el oso hacia ella. Ella lo alcanzó. No lo soltó de inmediato.

—Encuéntrame antes de irte—, dijo.

—¿Por qué? — preguntó él.

—Me gustaría intercambiar notas.

Dicho esto, se giró y se alejó corriendo. Jack la observó durante un minuto y luego continuó hacia el frente del edificio. Cuando se acercó a la esquina, notó un aumento en el nivel de charla. Siguió avanzando. Un nutrido grupo de agentes se encontraba en la calle frente al hotel. Todos, menos uno, lo ignoraron.

Jack notó que el tipo estaba parado a un lado. La mirada del hombre se posó en Jack y no vaciló. Jack se detuvo, se arrodilló y fingió investigar algo en el suelo. Mantuvo al agente en su visión periférica. Cuando el hombre empezó a caminar en su dirección, Jack se levantó y se alejó.

—Jack Noble—, dijo el hombre.

Jack miró por encima del hombro. El hombre extendió su mano sobre su hombro mientras se acercaba. Saludó y llamó a Jack de nuevo.

Jack se volvió hacia el chico.

—Jon Hayes—, dijo el hombre. —Trabajamos juntos, tal vez hace diez años, cuando yo estaba en el SAS y tú estabas...

—Un infante de marina que trabaja con la CIA.

Jon asintió. —¿Qué te trae por aquí?

Jack miró hacia el grupo de personas frente al edificio. —¿Estás con ellos?

—Sólo uno.

—¿Quién?

—El único importante.

—¿Cuál es?

—El primer ministro.

Jack entrecerró los ojos y escaneó al grupo de agentes hasta que vio otra cara que reconoció. —Espera un minuto. ¿Alex Parkin es el primer ministro?

Jon sonrió. —Vamos, viejo amigo. Vamos a charlar.

EPISODIO 14

CAPÍTULO 41

Alex se abrió paso entre la maraña de agentes, policías y periodistas. Avanzó hacia los escombros. Un mar de voces lo llamaban, llenas de preguntas para las que no tenía respuesta. Todo lo que había estado dispuesto a decirles se le había olvidado. Lo único que podía pensar era en los cientos de personas que habían muerto en el ataque. Los niños que habían perdido a un padre. Los padres que habían perdido un hijo. Amigos y vecinos, desaparecidos. Supervisó una nación que temía haber perdido su poder.

Alex vio a Jon hablando con un hombre. El tipo le resultaba familiar, pero no podía localizarlo. Alex se dio la vuelta, puso su mano sobre el hombro de su policía y dijo: —Mantenlos alejados.

Mientras se acercaba, Jon asintió y le hizo un gesto a Alex para que se uniera a ellos.

Caminó hacia los hombres, su mirada alternaba entre Jon y el hombre, y la destrucción que los rodeaba. Parecía surrealista. Se preguntó por qué había sucedido esto. Nadie creíble había dado todavía un paso adelante y reivindicado la responsabilidad del ataque. ¿Encontrarían pistas en el fondo de los escombros? ¿Descubrirían información importante dentro del restaurante?

Cuando Alex se acercaba, el hombre de aspecto familiar dio un paso adelante, extendió la mano y dijo: —primer ministro, es un placer verlo de nuevo.

Alex asintió y le lanzó una mirada a Jon.

Jon dijo: —Este es Jack Noble, Alex. Realizamos algunas misiones con él hace unos diez años.

Alex recordó. Habían sucedido tantas cosas desde entonces que muchos de los detalles se habían desvanecido en algún rincón de su mente.

—Eras socio del grandulón, ¿verdad? ¿Cuál era su nombre? ¿Alce?

—Oso—, dijo Jack con una sonrisa.

—Ah, es cierto, Oso. ¿Qué está haciendo estos días? ¿Cómo has estado? ¿Qué estás haciendo aquí?

Jack miró a su alrededor. —Tengo información que podría ayudarte a llegar al fondo de este ataque.

Alex miró a Jon y arqueó una ceja. Jon se encogió de hombros como si esto también fuera una novedad para él.

—Continúa, Jack—, dijo Alex.

—No puedo. Aquí no, al aire libre.

—¿Por qué no?

—No es seguro.

Alex extendió las manos y miró por encima del hombro. —Todos esos hombres me sirven. Te aseguro que aquí es seguro.

—¿Y los periodistas también? — preguntó Jack. —¿Se preocupan por sus mejores intereses?

Álex no dijo nada.

—¿Qué pasa con esos agentes de allí? — preguntó Jack, señalando hacia un grupo que se había reunido al otro lado de la calle y observaba la reunión con interés. —¿Cómo sabes que uno de ellos no está involucrado en esto?

—Ya es suficiente, Jack—, dijo Jon.

—Comparto tus preocupaciones—, dijo Alex. —Pero si tienes información, necesito escucharla. Jon necesita también oírlo. Por el amor de Dios, todos los que puedan ayudar necesitan escucharlo.

Jack asintió y no dijo nada.

—Vamos al auto—, dijo Jon.

—Y viajar a través de ese desastre—, dijo Jack, con los ojos fijos en los reporteros.

—Ya te tomaron una foto. Puedes esperar aparecer en los periódicos.

El chico hizo una mueca, algo que Alex entendió bien. Nunca se había acostumbrado a la idea de tener paparazis siempre delante de él. Incluso los periodistas legítimos se mantuvieron demasiado cerca estos días.

—Bueno, ¿tienes alguna idea? — preguntó Álex.

Jack miró a su alrededor y sus ojos se posaron en un punto por encima del hombro de Alex.

—¿Qué tal ahí dentro? —dijo Jack.

Alex se giró y vio una tienda con la puerta abierta. Apareció una mujer con una escoba en la mano. Sacó una gran pila de polvo y escombros de la tienda. Estalló en una nube mientras se deslizaba sobre la acera.

—¿Crees que es seguro allí? — preguntó Álex.

—Estuve allí el otro día. Es seguro.

Alex y Jon se miraron.

—¿Cual día? — preguntó Jon.

—¿Viste el ataque? — preguntó Alex.

—No—, dijo Jack. —Fue antes de eso.

—Vamos—, dijo Alex.

—Primer ministro—, gritó una mujer.

Alex se detuvo, se giró y vio a Sasha Kirby dirigiéndose hacia él. La mujer había ascendido rápidamente en las filas del MI6. Se había ganado la confianza de Alex y Jon a lo largo del camino y ahora asesoraba personalmente a Alex en cuestiones de seguridad nacional. Todavía no había hablado con ella desde los ataques.

Ella se acercó y asintió con la cabeza a cada hombre.

—Agente Kirby, este es Jack Noble—. Alex extendió su mano hacia Jack.

—Encantada de conocerlo, señor Noble—, dijo.

—Lo mismo, señora Kirby.

Los dos compartieron una sonrisa.

—Correcto—, dijo Alex. —Bueno, agente Kirby, el señor Noble tiene información sobre el ataque. Estábamos a punto de ir a hablar en privado. Me gustaría que te unieras a nosotros. Es posible que tenga alguna información que ayude en tu investigación.

Ella asintió y se dirigieron hacia la tienda. Jack y Jon lideraron el camino. El agente Kirby caminó junto a Alex. Nadie habló. Jon señaló con el dedo a los periodistas que se acercaban a ellos y a los camarógrafos que levantaban sus dispositivos por encima de sus cabezas como periscopios submarinos. No habría ojos ni oídos curiosos invitados a esta discusión.

CAPÍTULO 42

La delgada barrera que bloqueaba el lugar del ataque haría poco para impedir que Oso cruzara. Los policías a tres metros de distancia con sus MP5 HK colgados sobre el pecho eran una historia diferente. Se acercó a la cinta policial amarilla con Mandy colgada de la parte de atrás de su camisa. La visión del hotel derrumbado hizo que su corazón se hundiera. Si Jack hubiera estado dentro, no había manera de que todavía estuviera vivo. Oso tenía que aceptar eso ahora y estar preparado en caso de que nunca encontrara a su amigo.

Venían directamente desde el aeropuerto. No había organizado alojamiento y no tenía idea de a dónde irían después. El taxi negro navegó con destreza por carreteras llenas de tráfico y los dejó a un par de cuadras de distancia. Caminarían el resto. Cruzar la calle había sido una aventura. Al parecer, algunos conductores no respetaban a los peatones en la calle. Había presenciado el tráfico en la mayoría de las ciudades importantes de Estados Unidos, pero los conductores de Londres, y de muchas ciudades europeas, llevaron la conducción agresiva a un nivel completamente nuevo.

—Huele raro—, dijo Mandy.

Él le apretó la mano, la miró y asintió. Había notado el olor antes de bajar del taxi. Imaginó que la mayoría de los apartamentos y oficinas de los alrededores estaban inmersos en él. Supuso que los lugareños probablemente ya habrían comenzado a acostumbrarse a la mezcla de polvo y humo persistentes. Al menos al olor. Los efectos físicos eran una historia diferente. Aquellos con predisposición probablemente tuvieron problemas con ojos secos, picazón de garganta y ardor en los pulmones.

Detrás de la cinta había rostros tensos, ojos inquisitivos, hombres y mujeres que llevaban cazadoras azules.

Oso se acercó a la cinta y giró hacia una agente que estaba a metro y medio detrás de la línea. Él llamó su atención. La mujer lo miró y luego a Mandy. Ella le dio a la niña una sonrisa.

—Estoy tratando de encontrar información sobre alguien.

La mujer señaló. —Hay una mesa allí. Esas personas pueden ayudarte.

Oso negó con la cabeza. —No, esto es diferente. Necesito superar esta línea.

La mujer dio un paso atrás y sacó su pistola.

Mandy agarró la camisa de Oso y se deslizó detrás de él.

Oso levantó las manos. —No es así.

—Necesito que retroceda, señor.

La multitud que los rodeaba retrocedió. Todas las miradas se posaron en Oso. También atrajo la atención de varios otros agentes y policías. Se acercaron por ambos lados, con las armas en la mano.

—Dije que te alejaras—, se elevó la voz de la mujer.

—No voy a ir a ninguna parte—, dijo Oso.

—Señor—, gritó un hombre. —Tiene que darse la vuelta y marcharse o nos veremos obligados a detenerlo.

—¿Quieres detenerme? — Oso gritó en respuesta. Había perdido la paciencia y tal vez la cordura. —Bien, haz eso. Tal vez entonces termine frente a alguien con dos dedos de frente que me ayude en lugar de intentar echarme.

Tres agentes varones se agacharon bajo la cinta y se acercaron a él con las armas extendidas. Dos enfundaron sus armas y alcanzaron los brazos de Oso. Dio un paso adelante para crear cierta distancia entre ellos y Mandy, pero la chica se aferró a su camisa y permaneció cerca.

Los agentes lo agarraron del brazo. Él resistió, gritó. Ellos gritaron en respuesta. El tercer agente amenazó con disparar.

—¡Oso! —. El grito llegó desde detrás de la línea amarilla.

Oso cambió su atención de la policía a los grupos de personas que rodeaban el lugar del ataque. No vio a nadie que reconociera. De nuevo alguien gritó su nombre.

—¿Quién te llama, Oso? — preguntó Mandy.

Los policías se relajaron cuando Oso les dejó controlar sus brazos. Continuó escaneando los rostros detrás de la línea. La cálida brisa le trajo su nombre por tercera vez. Resonó en los edificios. Vio brazos agitando y una cara que reconocería en cualquier lugar.

—Estaré…—, dijo. —Es Jack, cariño.

CAPÍTULO 43

Jack se dirigió hacia Oso a paso rápido. —Dile a esos hombres que lo suelten—, le dijo a Jon.

Jon corrió junto a Jack hacia la multitud cerca del perímetro. —¿Ese es Logan?

—Sí.

—Ustedes, oficiales—, gritó Jon. —Dejen ir a ese hombre. Él está con nosotros.

Jack y Jon redujeron la velocidad mientras los oficiales escoltaban a Oso y Mandy más allá de la línea policial. Un minuto después los dos amigos se abrazaron.

—Dios, Jack, pensé que estabas muerto.

Jack se apartó y miró a Oso. —Me conoces mejor que eso. Se necesita más que volar un edificio para derribarme—. Dio un paso atrás y le sonrió a Mandy. —¿Cómo es posible que hayas crecido tanto en tan sólo unos días?

Ella no dijo nada y dio un paso adelante con los brazos abiertos. Jack la levantó y la abrazó. Aunque Oso había sido quien asumió la responsabilidad de la niña, Jack nunca olvidaría el impacto que ella había tenido en su vida. Sin ella, la redención de Jack Noble nunca habría comenzado.

—Jack—, dijo Jon. —Necesitamos volver con el primer ministro.

Oso señaló hacia Alex. —No lo creo. ¿Parkin es el primer ministro Parkin?

Jon asintió.

—Hombre, se volvió viejo.

—La política puede hacerte eso—, dijo Jon.

—Las mujeres también pueden hacerlo—, dijo Jack.

—Y beber—, dijo Jon.

—Y los niños—, dijo Oso mientras le daba un codazo a Mandy.

—Oye—, dijo Mandy. Le dio un codazo a Oso en el estómago. Fingió inclinarse hacia adelante.

Caminaron hacia el primer ministro. Un par de agentes los seguían a tres metros de distancia.

—¿Qué estás haciendo aquí? — Jack le preguntó a Oso.

—Recibí una llamada y me dijeron que podrías estar en problemas. Empecé a tener esos sentimientos, hombre. Ya sabes, que algo andaba mal. Recibimos ayuda y vinimos.

—¿Alguien que conozca?

—Por supuesto.

—¿Por qué trajiste a la niña?

—¿Qué más podría hacer? Ella es mi responsabilidad ahora, Jack. Si ella no está conmigo, no está a salvo.

—Si ella está cerca de mí, no está segura.

—Yo equilibro eso. No lo olvides.

—Siempre lo has hecho—, dijo Jack.

Se detuvieron y Jon despidió a los agentes que los habían acompañado. Alex caminó hacia ellos.

—Ahora recuerdo a este tipo—. Alex le tendió la mano a Oso.

—¿Cómo estás, Alex? —dijo Oso.

—Estresado.

—Lo pareces.

—Va con el territorio.

—Eso he oído.

Jon presentó a Oso y Mandy a Sasha y luego dijo: —Vayamos a esa tienda ahora para que podamos hablar.

La mujer volvió a salir de la tienda. Las cerdas de su escoba empujaron una gran pila de escombros hacia la acera. Caminó arrastrando los pies hacia la calle y se detuvo cuando notó que el grupo se acercaba. Su mirada viajó de persona a persona y se detuvo en Jack.

—¿Qué estás haciendo aquí? — preguntó ella. —¿Apareces, un día después explota el maldito bloque y ahora estás de vuelta? Debería llamar a esos policías de aquí.

—La policía sigue mis ordenes, señora—, dijo Jon.

—Señora—, dijo Alex mientras colocaba una mano en el hombro de Jon. —Necesitamos usar su tienda para una reunión.

—Vete a la mierda—, dijo mientras se giraba y se dirigía hacia la puerta.

Jon dio un paso adelante. —¿Sabes a quién le estás diciendo que se vaya a la mierda?

Ella se detuvo y se volvió. —Sí, sé quién es. Pero no voté por él, así que puede irse a la mierda.

Jon se puso rojo y se dirigió hacia la mujer. Alex volvió a extender la mano y lo agarró.

—Señora—, dijo Alex. —O no deja usarla o la policía te obligará a hacerlo. Es tan simple como eso.

Dejó caer su escoba. Una nube de polvo se levantó cuando el mango tocó el suelo. Se dirigió a la tienda y dijo: —Bien, úsala.

Entraron. Oso le dijo a Mandy que se quedara cerca de la puerta principal y les avisara si alguien se acercaba. La muchacha sonrió y aceptó el puesto de vigía.

—Ella ha recorrido un largo camino—, dijo Jack.

Oso asintió y sonrió. —Claro que sí. Si me imagino cómo ha ido su vida, también podría enseñarle todo lo que pueda.

—¿Qué vas a hacer después de esto? — preguntó Jack.

Jon interrumpió. —Jack, dijiste que tenías información para nosotros. Vamos dilo.

Jack respiró hondo, exhaló y dijo: —Vine a Londres por una razón. Como puede que sepas o no, después de dejar la Infantería de Marina me puse a trabajar para la agencia estadounidense SIS. Después de eso, me asocié con Oso y nos convertimos en contratistas independientes. ¿Estás al tanto de eso?

Jon miró a Alex y asintió. Los hombres en su posición probablemente conocían a Jack y a otros como él.

Jack continuó. —Había decidido jubilarme, pero una amiga me llamó y necesitaba ayuda. Pensé que sería mi último trabajo y eso sería todo. Era personal de todos modos. Tuve un encontronazo con el hombre hace algún tiempo. El resultado fue que él descargó cierta frustración con su mujer.

—Creo que sé hacia dónde va esto—, dijo Jon. —Jack, no tienes que decir nada más sobre eso—. Jon miró a Sasha. —Probablemente sea mejor que no lo hagas.

Jack asintió. —Está bien, aceleraré esto. Tenía reservas en el hotel.

—¿Ese hotel? — preguntó Alex, señalando al otro lado de la calle.

—Sí, ese hotel.

—¿Bajo qué nombre?

—El mío.

Silencio por un momento.

—¿Crees que fuiste el objetivo? — preguntó Sasha.

Jack se encogió de hombros. —Eso o fue una gran coincidencia. El primer día que estuve en la ciudad fui al hotel. Una secuencia de acontecimientos me impidió registrarme. Fui al restaurante de al lado. Vi un auto detenerse. Algunos tipos salieron como si estuvieran buscando a alguien. Parecían la clase de tipos que serían enviados a buscar a alguien como yo.

—Sasha, haz que tu equipo investigue esto—, dijo Jon.

Ella asintió y empezó a irse.

—No vayas a ningún lado todavía, Sasha—, dijo Jon.

Se detuvo y miró a Jack.

Jack sostuvo su mirada por un momento y luego dijo: —Entonces me fui a quedar con un viejo amigo. Al día siguiente tuve un encuentro con un tipo llamado Mason Sutton. ¿Lo conoces?

Jon, Alex y Sasha se miraron el uno al otro y asintieron con la cabeza hacia Jack.

—¿Hay alguna historia ahí? — preguntó Jack.

—Sutton es una especie de…—, Sasha hizo una pausa y miró hacia el techo. —Supongo que se podría decir que es un arma suelta. Él hace las cosas a su manera. No siempre asume las cosas en la cadena de mando como debería.

—¿Por qué sigue por aquí? — preguntó Jack.

—Porque es muy efectivo—, dijo Sasha.

—Tal vez haya una razón para eso—, dijo Alex.

Jack dijo: —Sí, bueno, no sé si confiar en él o no. Hasta ahora parece estar de mi lado. Podría haberme lastimado más de una vez y no lo hizo.

—Podría estar preparándote para algo—, dijo Jon.

Jack se encogió de hombros. —Él ya me tenía en posición para eso. Si fuera a hacerlo, habría sido entonces.

—¿El almacén? — preguntó Sasha.

—¿Cómo lo supiste?

Sasha no dijo nada.

Sonó el móvil de Alex. Lo sacó. —Línea personal. Dame un momento—. Caminó hacia la parte trasera de la tienda.

Jon dijo: —Jack, ¿se te ocurre alguna razón por la que estos tipos querrían verte muerto?

—Se me ocurren muchas razones, pero ninguna tiene sentido. No encaja. Si yo era el objetivo y estos tipos lo hicieron, entonces alguien más los dirigió. Nunca me registré aquí. Entonces alguien los usó, los engañó haciéndoles creer que había algo más detrás de esto.

—¿Y si no supieran que no te habías registrado? — preguntó Jon.

—No creo eso. En todo caso, alguien estaba tratando de llamar mi atención. ¿Por qué? No sé.

Jon asintió y no dijo nada.

—¿Quién se ha presentado para reclamar la responsabilidad? — peguntó Jack.

—Nadie es creíble—, dijo Sasha.
—Tiene que ser una venganza por algo—, dijo Oso.
—Sí, pero ¿qué? — dijo Jack.
Nadie tuvo una respuesta.
Alex regresó. Su rostro parecía pálido, agotado y el sudor cubría su frente.
—¿Qué pasa? — preguntó Jon.
—Simplemente me dijeron que soy el siguiente en la fila.
—¿Quién? ¿Para qué?
—Ellos—. Alex se humedeció los labios y tosió. —Me dijeron que me van a asesinar.

CAPÍTULO 44

El peso de las palabras se cernió sobre el grupo y les quitó el aire de los pulmones.

—¿Quién era, Alex? — preguntó Jon.

Alex miró hacia adelante, con la mirada fija en los restos derrumbados del hotel. Sus labios estaban separados media pulgada. Él no habló.

—¿Alex? — dijo Jon. —¿Quién estaba al teléfono?

Álex negó con la cabeza. —Un hombre.

—¿Cómo sonaba?

—Un hombre.

—Alex.

—Jon.

Los hombres se enfrentaron, con ira en sus ojos. Quizás no el uno por el otro, pero con enojo, al fin y al cabo.

—Escucha, Jon, sonaba como un hombre. Un inglés normal y corriente. Podría haber sido cualquiera entre cincuenta millones de personas.

Sasha se interpuso entre Jon y Alex. Se enfrentó al primer ministro. —Señor, ¿de qué número vino la llamada?

Alex metió la mano en su bolsillo y sacó su teléfono. Tocó la pantalla. Él y Sasha negaron con la cabeza.

—Sin número—, dijo Sasha.

—¿Quizás puedan rastrearlo? — dijo Alex.

—No funciona de esa manera—, dijo Oso. —Si no se muestra ningún número, eso significa que el conmutador receptor no obtuvo ninguna información.

Nadie habló durante un minuto.

La dueña de la tienda volvió a entrar. —¿Van a ocupar mi tienda por mucho más tiempo? Tengo que limpiar este lugar, ¿saben?

—Oh, cállate la maldita boca—, dijo Alex.

La mujer se detuvo en seco. —Bueno, eso ciertamente no ganará mi voto en las próximas elecciones—. Se giró y salió por la puerta abierta.

Silencio, luego risas.

Después de un momento, Sasha dijo: —Tenemos que tratar esto con seriedad. Los hombres que hicieron esto son más que capaces de realizar otro ataque. Quizás no vengan directamente por usted, señor. En cambio, podrían optar por atacar el lugar donde usted estará. Quizás incluso donde podría estar. O en varios lugares a la vez. No es sólo su vida la que está en riesgo. Podrían ser cientos, tal vez miles de personas inocentes las que mueran. Usted se inscribió en esto sabiendo muy bien las posibilidades. Ellos no.

Alex asintió. —Atraparemos a todos…

Sonó un teléfono móvil. Todos los ojos se volvieron hacia Alex. Metió la mano en su bolsillo y sacó su teléfono. Estaba en silencio.

—Ese soy yo—, dijo Jack mientras sacaba su teléfono. Se alejó unos metros y respondió. —Dottie, tenemos una situación loca aquí.

—Nosotros también, Jack—, dijo.

—¿Que está pasando ahí?

—Ese hombre que enviaste para proteger a Erin y Mia.

—¿Sí?

—Él está muerto.

—¿Muerto? ¿Cómo?

—Asesinado.

—Oh, Cristo. ¿Qué pasa con las chicas?

—Erin recibió un disparo en la pierna.

—¿Ella está bien?

—Ella va a estar bien.

—¿Y Mía? ¿Hannah?

—Asustadas, pero bien.

—¿Qué pasó?

—Aún no tenemos todos los detalles, pero lo que sé es esto. Se establecieron fuera de Bruselas. Tu hombre tenía una mujer con él. Salió temprano en la mañana. La casa fue atacada poco después de que ella se fuera. Cuando regresó, encontró a uno de los hombres afuera. Ella se acercó sigilosamente a él y lo dejó inconsciente. Dentro de la casa, encontró a tu chico muerto. Ella mató al segundo atacante. Erin recibió un balazo en el tiroteo.

—¿Quién es la mujer?

—No sé su nombre, Jack. Supuestamente nos encontraremos con ella en breve.

—¿Dónde están ahora?

Dottie no dijo nada.

—¿Dottie?

—No sé si esta línea está siendo monitoreada, Jack. Mejor no lo digo. De todos modos, ¿cuál es el problema ahí?

—Estoy con el primer ministro ahora. Estamos en el lugar del ataque.

—¿Cómo se lo está tomando todo? Nos remontamos mucho tiempo atrás, ¿sabes?

—Él estaba bien.

—¿Estaba?

—Acaba de recibir una llamada.

—¿Qué tipo de llamada?

—Una en el que alguien amenazó con matarlo.

Hubo silencio por un momento. —Jack, ponme en el altavoz.

—¿Por qué?

—Porque quiero hablar con ustedes dos.

Jack sostuvo el teléfono y lo puso en altavoz. Regresó al grupo. —Alex, tengo a Dottie Carlisle al teléfono. Quiere hablar con los dos.

—Hola, primer ministro.

—Dottie, sabes que puedes llamarme Alex.

—Sí, bueno, Álex. Jack me dijo que acabas de recibir una llamada bastante inquietante.

—Correcto.

—Escúchame, Álex. Si yo estuviera dirigiendo las cosas, me aseguraría de que Jack Noble no se alejara de tu lado.

—Tenemos las cosas en su lugar—, dijo Jon.

—¿Quién es ese?

—Ese era Jon Hayes, mi...

—Sé quién es. Jon, esto no pretende ser un insulto para ti. Francamente, no se pueden tener demasiados hombres buenos en una situación como ésta. Tú lo sabes. Tienes que creerme. Confío en Jack. León confía en Jack. Ustedes dos tienen que confiar en él. Proporciona un tipo diferente de perspectiva. Él ve las cosas de manera diferente. Él entiende cómo funciona esto en ambos extremos. Será valioso tanto para protegerte como para elaborar estrategias a la hora de encontrar a estos terroristas. Si no lo mantienen cerca, solo tendrán la culpa cuando uno o ambos terminen muertos.

Nadie habló durante un minuto.

Jack dijo: —¿Qué pasa si lo rechazo? Aquí también tengo cosas que resolver.

—Jack, estamos juntos en esto—, dijo Alex. —Vinieron tras de ti. Ahora me persiguen.

—Y si estamos juntos, les hacemos la vida mucho más fácil—, dijo Jack.

—Nunca lo sabrán—, dijo Dottie.

—Cincuenta periodistas siguen a este tipo todo el día—, dijo Jack.

—Podemos movernos en secreto si es necesario—, dijo Jon.

—No puedes lograr pasar por la puerta principal sin ser detectado—, dijo Jack.

—¿Estamos de acuerdo, señores? — preguntó Dottie.

Jack y Alex se miraron fijamente. Todos los demás los miraron fijamente.

Alex extendió su mano hacia Jack. —Sí.

Jack pasó el teléfono de derecha a izquierda y tomó la mano del primer ministro entre las suyas. —De acuerdo. Pero Oso también se queda con nosotros.

—Excelente. Jack, te llamaré para darte detalles sobre esa otra cosa en unas horas. Mantén tu celular encendido.

Ella colgó. Jack se metió el teléfono en el bolsillo.

—Ella hubiera sido una excelente primera ministra—, dijo Alex.

—No hay discusión ahí—, dijo Jon.

—¿Ahora qué? — preguntó Jack.

—Quiero observar un poco más los daños—, dijo Alex.

—Los periodistas recibieron sus capturas—, dijo Jon.

—Sabes muy bien que esto va más allá de las relaciones públicas.

Antes de que pudieran salir de la tienda, la mujer apareció nuevamente en la puerta. Respiró pesadamente y luchó por hablar.

—¿Qué pasa, vieja gallina? — dijo Alex.

—Fuga de gas…—, dijo.

El grupo se miró con expresiones confusas.

La mujer respiró hondo y gritó: —¿Me escuchaste?

Un agente la empujó a un lado y le dijo: —¡Fuera ahora! Acabamos de descubrir una fuga de gas a media cuadra de distancia. El hotel sigue ardiendo. Es sólo cuestión de minutos antes de que haya una explosión.

CAPÍTULO 45

El mar en calma se partió en dos. El gran ferry atravesaba el canal como una gigantesca y pesada ballena azul. El viento arrastraba el agua salada que caía sobre el rostro de Clarissa en láminas de mil partículas. Dejó que el agua se secara sobre su piel. El olor le recordó los veranos que pasaba en los Outer Banks de Carolina del Norte, donde su familia tenía una casa en la playa. La zona se había librado de los megalitos construidos por inversores en los años 80 y 90. Fueron tiempos de paz. Tiempos más tranquilos.

La cabeza de Mia descansaba contra su brazo. El suave balanceo del ferry había hecho dormir a la niña momentos después de su partida. Hannah y Erin se sentaron cerca, pero adentro, protegidas de los elementos por paredes y ventanas.

Habían dejado el coche atrás. No estaba registrado a ninguno de sus nombres y eso hubiera llamado atención no deseada sobre ellas. El medio kilómetro que tuvieron que caminar había sido difícil para Erin. Sin embargo, la mujer había aguantado con fuerza y lo había conseguido. Clarissa la miró y la vio apoyando la cabeza contra la ventana, con los ojos cerrados.

Al ritmo que se acercaban a tierra, Clarissa estimó otros diez minutos antes de atracar. Adivinando, por supuesto. No tenía forma de saberlo.

Las risas provenientes de unos pocos asientos más abajo despertaron a Mia. La niña se enderezó y estiró brazos y piernas. —¿Llegamos?

Clarissa negó con la cabeza. —Todavía no, cariño—. Extendió su brazo hacia la orilla. —Aunque estamos cerca.

Mia extendió la mano, se agarró a la barandilla y se inclinó hacia adelante. —Se ve bonito. Como un cuadro.

—Sí, así es.

Cinco minutos más tarde estaban lo suficientemente cerca como para que Clarissa distinguiera los cerezos que bordeaban la orilla. A la mayoría de los árboles les quedaba la mitad de sus flores. Otros tenían considerablemente menos. Se preguntó si la orilla estaría cubierta de flores caídas o si habrían flotado en el canal y se habrían ido a la deriva hacia el mar.

La fuerte bocina del barco sonó. Erin y Hannah se encontraron con Clarissa y Mia afuera. Se unieron a la multitud de peatones y avanzaron hacia la parte delantera del barco. El grupo se moldeó y adaptó a los confines del arco como una ameba.

León las recibió al final del muelle. Mia corrió hacia él y lo abrazó. Hannah también lo abrazó. Intentó ofrecerle la mano a Erin, pero ella negó con la cabeza y continuó con sus muletas.

León la vio alejarse y luego se volvió hacia Clarissa. —Tú debes ser la mujer misteriosa.

—Esa soy yo. Clarissa Abbott.

—Gracias por salvar a nuestras niñas.

—Es para lo que estoy entrenada.

—Bueno, estamos en deuda contigo. Vamos, sígueme. Va a ser un viaje estrecho, pero será mejor que nos pongamos en marcha.

La mujer mayor había permanecido en el coche. Ella asintió con la cabeza hacia Clarissa, pero no se presentó. Clarissa se sintió incómoda.

Se sentó en la parte trasera del vehículo, detrás de la mujer. Las puertas se cerraron y León puso el coche en marcha.

Clarissa tenía una vaga idea de dónde se encontraban. Cuando León tomó la M2 en Faversham, supo que se dirigían a Londres. Una serie de salidas y entradas los llevaron a la M25 y pronto estuvieron en el lado suroeste de la ciudad.

Salieron de la carretera y atravesaron algunas zonas residenciales antes de girar por un camino de entrada y detenerse frente a una casa. El coche se escondió de la calle detrás de altos setos. Clarissa esperó un minuto y luego salió. La mujer mayor estaba frente a ella.

—Estás a punto de entrar a mi casa, Clarissa. Así que ayúdame, si le dañas un pelo a alguna de mis chicas, te mataré yo mismo.

—Si fuera a hacer eso, lo habría hecho en Bélgica. Yo pensaría que el hecho de haberlas llevado hasta aquí ganaría un poco de confianza.

—No confío en nadie—. Los ojos de la mujer se movieron entre los de Clarissa. Se quedó allí un momento y no dijo nada más. Se giró y se dirigió a la puerta principal.

—Espera, Dottie—, dijo León. Corrió a su lado. —Déjame comprobar primero.

Dottie se hizo a un lado y él entró. Un minuto después apareció en la puerta abierta y dijo que era seguro entrar. Clarissa siguió a Dottie al interior. La mujer giró a la izquierda y desapareció en su estudio. Cerró las puertas detrás de ella.

Clarissa sintió una mano en su codo.

—Tenemos una habitación para ti arriba—, dijo León.

Ella lo siguió escaleras arriba hasta un dormitorio de invitados. Era pequeño, lo cual le parecía bien. De todos modos, no necesitaba mucho más que una cama.

—Puedes quedarte todo el tiempo que necesites—, dijo. —Si tienes hambre, sígueme a la cocina.

Salieron de la habitación y bajaron las escaleras. Antes de entrar a la cocina, notó que alguien ya había preparado una taza de café. El rico aroma la consoló por un momento. Por primera vez, se dio cuenta de que le dolía la cabeza debido a la abstinencia de cafeína. Le divertían las cosas que había aprendido a ignorar.

Hannah le sonrió a Clarissa cuando entró a la cocina. —¿Quieres una taza?

—Por favor—. Clarissa tomó asiento en la mesa junto a Mia.

La muchacha sonrió con la boca llena de pan y jamón.

—Quiero quedarme y ayudar—, dijo Clarissa. —Al menos por un tiempo.

—Tengo un equipo en camino. Viejos amigos y del tipo que pueden acabar con el triple de hombres. Tendremos suficiente ayuda.

—Quiero cuidar a la niña. Ya tienes suficiente entre manos para proteger a Dottie y asegurarte de que Erin no sufra más daños. Permíteme cuidar de Mia.

León dejó el tenedor. Estiró los dedos y los movió. —¿Como puedo confiar en ti?

—Confiaste en Jack.

—Y eso resultó ser un error. A Erin le dispararon y la niña ahora está traumatizada. Por no hablar de la muerte de un hombre.

—Si no hubieran estado con Spiers, podrían estar todas muertas. Hasta tú. Esos hombres

venían de una manera u otra. No sé cómo lo supieron, pero lo sabían.

León asintió. —Yo mismo me lo he estado preguntando. La única respuesta que se me ocurre es que ese hombre era corrupto.

—Entonces, ¿por qué terminó muerto?

—¿Daños colaterales? No lo sé, señorita. Quizás sabía demasiado, así que lo mataron. ¿Cómo sé que no fuiste tú quien los llamó?

—Si es así, ¿por qué iba a matar a uno de ellos?

—Para engañarnos. Querías acercarte. Demonios, no puedes acercarte más que esto, ¿verdad?

Clarissa negó con la cabeza. —No es así. Tú lo sabes. Demonios, podría decir que tal vez tuviste algo que ver con esto. Tú los enviaste, ¿no?

León golpeó la mesa, se levantó y pateó su silla contra la pared. Se cernió sobre Clarissa. —¡Nunca cuestiones mi lealtad hacia esta familia!

Se puso de pie y se enfrentó cara a cara con el hombre. —Entonces no cuestiones la mía. Le debo a Jack mi vida. Haría cualquier cosa para proteger a sus seres queridos.

Ninguno de los dos retrocedió. Sus miradas permanecieron fijadas en combate. La ira en los ojos de León disminuyó. Extendió la mano hacia atrás, encontró su silla y la volvió a colocar.

—Lo lamento. Es solo que... Erin recibió un disparo. Y yo…

Clarissa vio la mirada en sus ojos y supo que, si bien la lealtad de León era hacia la familia, su corazón estaba dedicado a Erin.

—No digas más—, dijo. —Tú cuidas de ella. Yo me ocuparé de Mia y Hannah. Tu equipo puede vigilar la casa y a Dottie y brindar cualquier otro apoyo que sea necesario.

León asintió. No dijo nada.

—Aquí está ese café—. Hannah dejó la taza frente a Clarissa, sonrió y luego miró hacia otro lado.

Pobre niña, pensó Clarissa. *Atrapada en este lío*.

Entonces escuchó un grito desde la otra habitación. Sonaba como Erin. Seguido de un choque.

—León—, llamó Dottie. —Ven rápido.

Clarissa y León corrieron hacia la habitación. Erin yacía en el suelo. El vendaje que envolvía su pierna se había vuelto carmesí. La sangre le corría por la pierna y se acumulaba en el suelo.

—Algo anda mal—, dijo Erin entre gritos.

León dijo: —Ayúdame, Clarissa. Tenemos que llevarla al hospital.

—No podemos arriesgarnos. No será seguro allí—, dijo Dottie.

—Si no lo hacemos, ella morirá—, dijo Clarissa.

Dottie la miró y no dijo nada.

León dijo: —Dividiré mi equipo entre aquí y allá. Llamaré más. Lo que sea. Pero no hay manera de que la deje desangrarse en el suelo. Así que apártate de nuestro camino, Dottie.

Dottie retrocedió hasta la pared. Hannah acercó a Mia hacia ella y pasó un brazo sobre el pecho de la niña.

Y juntos, Clarissa y León llevaron a Erin al auto y corrieron hacia el hospital.

CAPÍTULO 46

Jack puso una mano en la espalda del primer ministro y la otra en la de Sasha. Los instó hacia la puerta. Oso levantó a Mandy y se dirigió hacia allí también. Jon y Jack fueron los últimos en salir. Afuera, Jack notó que la mujer que administraba la tienda se había caído al suelo. La sangre goteaba de un corte en su frente y yacía boca abajo, inconsciente. La levantó y la cargó como lo hacen los bomberos.

Los periodistas y sus camarógrafos habían huido de la zona. Lo único que se interponía entre el grupo y el coche del primer ministro eran escombros. Corrieron, sin tener en cuenta en ocasiones su seguridad.

La primera explosión ocurrió cuando Jack pasó por encima de la pesada cinta. La calle tembló bajo sus pies. La onda expansiva que lo conmocionó casi lo hizo caer. El rugido de la explosión hizo que le zumbaran los oídos. Los demás se habían agachado y se habían cubierto la cabeza. Unos momentos más tarde, una vez pasada la conmoción, reanudaron su huida.

Jon abrió la puerta del conductor del Rolls de Alex y puso en marcha el motor. Oso puso a Mandy en el asiento trasero, esperó a que Sasha subiera y luego entró.

Alex se deslizó en el asiento trasero desde el otro lado. Agarró la puerta abierta y se levantó. —Jack, vamos.

Jack vio una ambulancia y llamó gritando a los médicos. Dos corrieron hacia él. Tomaron a la mujer de sus brazos y la llevaron hacia una camilla. Jack los vio subirla a la ambulancia y cerrar las puertas. Luego corrió hacia el Rolls, abrió la puerta del pasajero y saltó dentro.

—Conduce—, gritó Alex desde el asiento trasero.

Jon puso el auto en reversa y retrocedió. Giró el volante. La parte trasera del vehículo casi choca con un camión de noticias. Corrió hasta el final de la calle. La carretera había sido cerrada, por lo que no había tráfico con el que lidiar. Esa suerte estaba a punto de terminar. Las calles de Londres estaban abarrotadas la mayor parte del día, y esa hora no era la excepción. Además, no tenían escolta policial. Jon sacó su teléfono y pidió uno. Con la cantidad de policías que habían sido asignados para proteger el lugar del ataque, Jack pensó que no pasaría mucho tiempo hasta que algunos autos acudieran en su ayuda.

Detrás de ellos, otra explosión arrasó la calle. Jack giró la cabeza y vio una bola de fuego elevarse hacia el cielo. Se volvió de rojo a naranja y a negro. La gente, aterrorizada, corría por las aceras. Las bocinas sonaron en la calle principal. La gente salió de sus coches, se protegió los ojos y miró hacia la explosión.

Supuso que temían que se tratara de otro ataque terrorista.

—Alex, necesitas llamar a alguien para que la verdad salga a la luz antes de que las historias comiencen y se arraiguen. No necesitamos que la ciudad entre en pánico por otro ataque.

Alex asintió y le dijo a Sasha que hiciera la llamada. La mujer sacó su celular. Ella y Jon

intentaron hablar uno por encima del otro, y no pasó mucho tiempo antes de que sus voces se convirtieran en gritos. Mandy se tapó ambos oídos con las manos. Oso la acercó. Sasha y Jon terminaron sus conversaciones y el auto quedó en silencio.

—Estos realmente mantienen alejado el ruido de la carretera—, dijo Oso.

Alex dejó escapar una risa y luego la expresión seria volvió a su rostro.

—¿A dónde? — preguntó Jon.

—Volvamos al número 10—, dijo Alex. —¿Eres buena con ese Agente Kirby?

Sasha asintió. —Bien, señor.

—¿Qué pasa con nosotros? — preguntó Jack.

—Tú también vendrás.

La escolta policial llegó un par de minutos después. Los coches con sus sirenas y luces estroboscópicas separaban el tráfico como una víbora deslizándose entre la multitud. Cuando llegaron a la residencia del primer ministro, un equipo de seguridad se encontraba afuera. Se alinearon en dos filas, uno frente al otro. El equipo creaba un muro humano que atravesaba la pasarela.

Jon salió del coche primero. Corrió hacia la puerta de Alex. Los dos hombres corrieron hacia la entrada principal. El resto siguió. Jack fue el último. Miró más allá del equipo de seguridad y estudió los rostros de la multitud. Sus ojos rápidamente descartaron la mezcla homogénea. Buscó a una persona que destacara. Pues se le ocurrió que si se trataba de un trabajo interno, debería preocuparse por alguien que se mezclara con el resto.

—Jack, entra aquí—, dijo Sasha.

Corrió hacia la puerta y entró.

—Sígueme—, dijo.

Sasha lo llevó por un tramo de escaleras, luego por un pasillo y, de nuevo, por otro tramo de escaleras. Llegaron a una habitación con una larga mesa rectangular de madera. Las líneas y melladuras en la rica madera le indicaron a Jack que se habían pasado muchos momentos tensos en la habitación.

Oso estaba sentado solo en el otro extremo de la mesa.

—¿Dónde está Mandy? — preguntó Jack.

—La llevaron abajo—, dijo Oso.

—Hay una habitación anti-desastres ahí abajo—, dijo Sasha. —El lugar más seguro para ella.

—Entonces deberíamos traer a Mia y Erin aquí.

Sasha lo miró y no dijo nada.

—Te lo explicaré cuando estemos todos aquí juntos.

Ella asintió. —Adelante, toma asiento—. Ella se dirigió hacia la puerta.

—¿A dónde vas?

—Necesito hacer algunas llamadas.

—No nos estás abandonando, ¿verdad?

—Tienes la tarea de proteger al primer ministro, al igual que yo, Jack. Estamos trabajando juntos. No te preocupes. Regreso en un minuto.

Sasha dejó a Jack y Oso solos. Los hombres se sentaron uno frente al otro. Ninguno de los dos habló durante unos minutos. Jack miró alrededor de la habitación. En la esquina vio un bar. Se levantó y caminó hacia allí. Encontró una botella abierta de whisky Glenfiddich de pura malta. Cogió la botella con la mano izquierda, dos vasos con la derecha y volvió a la mesa. Dejó un vaso frente a Oso y colocó la botella en el medio de la mesa.

Oso enarcó una ceja. —Eso sí que es bueno.

—Más de dos mil dólares la botella.

Oso la agarró y llenó su vaso. Lo recogió y admiró el licor a la luz. —¿Qué crees? ¿Quizás hayan cuatrocientos dólares aquí mismo?

—Probablemente.

—Diría que hasta ahora me lo he ganado.

Jack llenó su vaso. Tomó un trago. —Yo también—. Después de unos sorbos más, sacó su teléfono celular y llamó a Mason. El teléfono sonó media docena de veces y saltó un buzón de voz genérico. Colgó sin dejar mensaje.

—¿A quién llamas? — preguntó Oso.

—Mason Sutton.

Oso asintió y no dijo nada.

—Me siguió hace un par de días. Me impidió hacer algo estúpido. Espero que esté de mi lado, pero no estoy seguro.

—¿Por qué?

—Sólo algo sobre él. Algo así como esos sentimientos que tienes. Si fuéramos solo él y yo, no sé si dormiría con los dos ojos cerrados.

Oso asintió. —Ahora te cubro la espalda. Está todo bien.

Sasha, Jon y Alex entraron a la habitación. Se sentaron a la mesa. Sasha dejó caer una pila de carpetas frente a ella.

—¿Disfrutas de tu bebida? — preguntó Jon.

Oso inclinó su vaso y dijo: —Puedes apostarlo.

—¿Por qué no pasas la botella para acá? —, dijo Alex.

Jack se levantó y la llevó hasta el otro extremo de la mesa. Alex extendió la mano y tomó un trago directamente de la botella.

—Necesitaba eso—, dijo después de una fuerte exhalación.

—Entonces, ¿cuál es la noticia? — preguntó Jack.

—¿Por qué crees que hay noticias? — preguntó Jon.

—Porque ustedes tres vinieron aquí al mismo tiempo y ella traía carpetas. Nadie lleva carpetas por diversión. Tiene que estar pasando algo.

Alex dijo: —Jon, ¿por qué no tomas una copa y te relajas un poco?

—Porque todo el país está agitado y básicamente tenemos los pantalones bajados hasta los tobillos y nada más que nuestras manos para sostener nuestras pelotas.

—Correcto—, dijo Sasha. —Bueno, mis pelotas están bien, así que seguiré adelante y hablaré sobre lo que sabemos.

Oso miró a Jack y sonrió. Sasha resultó ser como ellos. Demonios, tenía que serlo para haber ascendido de rango en una profesión dominada por hombres. Jack supuso que Dottie se había parecido mucho a la mujer cuando era más joven.

Sasha se puso de pie, abrió la carpeta y empezó a colocar fotografías de diez por quince centímetros sobre la mesa. Jack se acercó a su lado de la mesa para tener una mejor vista.

—¿Quiénes son éstos? — preguntó él.

—Estos son los hombres de los que obtuvimos una identificación positiva gracias al servicio de seguridad del restaurante. Tenían cámaras tanto delante como detrás.

Jack pensó en el exterior del restaurante. No recordaba haber visto las cámaras. —Las escondieron bien.

Ella asintió y sacó otra pila de fotografías. Las puso sobre la mesa y dijo: —Y a estos hombres los captaron las cámaras el día que llegaste. Ese Bentley está registrado a nombre de

Thornton Walloway, ya fallecido.

Jack señaló una de las fotografías. —Reconozco a ese tipo. Su nombre es Owen. Y a ese de allí, Owen lo mató.

—Eso explica eso, entonces.

—¿Qué?

—¿Por qué no vimos a ese hombre en las imágenes del día del bombardeo?

—Ese tipo me resulta familiar—, dijo Jack. Señaló la foto de un hombre de poco más de cuarenta años. El chico tenía el pelo rubio arena, cortado al ras y unos llamativos ojos azules. No lo ubicó de inmediato.

Sasha miró a Jon.

Jack notó la mirada. —¿Qué?

—Su nombre es Joe Godfrey.

—De acuerdo— Jack hizo una pausa. Recordó al tipo que dejó su Fiat en el bosque. Pensó en su conversación con Mason dentro de la casa de él.

Joe se fue y me traicionó.

—El socio de Mason—, dijo Jack.

Sasha asintió. —Esto no prueba nada. No tenemos nada que ubique a Sutton en estos eventos.

—Eso explica cómo supieron dónde encontrarme. Mason le dijo a su socio.

—Pero no conoces la intención. Podrían haber sido socios compartiendo información, como lo hacen ellos.

—También demuestra que hay un problema dentro del MI5. Incluso podría extenderse hasta su edificio.

Sasha se dio vuelta y caminó hacia la barra. Abrió un cajón y regresó con una tiza. Dibujó dos círculos sobre la mesa. Se superpusieron en el medio.

—¿Qué es esto? — preguntó Álex.

Sasha no dijo nada. Comenzó a clasificar las imágenes, colocando cada una en uno de los círculos. Las fotografías de la izquierda eran todas de hombres con aspecto del Medio Oriente. A la derecha, un caucásico. En el medio, superpuestos, colocó cuatro imágenes.

—Yazan Abdul-Matin Hadad, Nazim Sab Guirguis, Owen Flynn y Joe Godfrey. ¿Alguien quiere adivinar qué tienen en común estos cuatro hombres?

—Estaban en el hotel el primer día que Jack estuvo en la ciudad y cuando estallaron las explosiones—, dijo Oso.

Sasha asintió. —Estrella de oro. ¿Y eso qué quiere decir?

—El MI5, Thornton Walloway y Naseer Shehata estaban trabajando juntos—, dijo Jack. —Y todos quieren que el primer ministro y yo muramos.

CAPÍTULO 47

Naseer yacía con la mano detrás de la cabeza. Le gustaba cómo el firme colchón mantenía su espalda rígida. El patrón arremolinado en el yeso del techo lo hipnotizó. Dejó que el aire se expandiera y contrajera lentamente en sus pulmones. Su mente divagó y lo llevó a Tenerife. Le gustaba vacacionar allí. Era un lugar donde nadie lo conocía, nadie lo juzgaba. Disfrutaba de la paz, la tranquilidad y el anonimato que le brindaba la isla.

Y ahora se preguntaba si alguna vez volvería a ver ese paraíso.

Los planes se habían ejecutado llevaban meses en movimiento. De hecho años, en algunos niveles. Habría muchos que intentarían culparle de los acontecimientos del día anterior. Aunque todavía no habían visto nada. Mientras perdían el tiempo en ese hotel y ahora se preocupaban por el primer ministro, los hombres de Naseer se preparaban para el acontecimiento de varias vidas. Un ataque masivo coordinado que dejaría la infraestructura de Londres en ruinas.

Su teléfono celular vibró contra su muslo. Metió la mano en el bolsillo, sacó el teléfono y miró la pantalla. No figuraba ningún número. Él respondió de todos modos.

—¿Quién es y por qué me llamas?

Hubo un momento de silencio. Entonces, un hombre dijo: —¿Naseer?

—¿Quién es?

—No puedo decirlo.

—Entonces colgaré.

—No. Tienes que callarte y escucharme.

—¿Quién te crees que eres para hablar conmigo…

—Estoy lo suficientemente alto como para poder acabar contigo. ¿Lo tienes? Así que cierra la boca y escucha lo que tengo que decir.

Naseer no dijo nada. Se levantó y cruzó las piernas a la altura de los tobillos.

—En este momento estás al tanto de los planes que tenemos para el proyecto de eliminación. Nos has prometido apoyo y, a su vez, nosotros hemos hecho lo mismo por ti. Hay un cambio de dirección. Tus hombres deben llevar a cabo la eliminación y debe ocurrir en las próximas cuarenta y ocho horas.

—¿Por qué cuarenta y ocho horas? — preguntó Naseer.

—Sabes por qué.

Naseer pensó en ello. El primer ministro debía recibir al presidente de los Estados Unidos dentro de tres días. La seguridad sería más estricta. La ventana estaría cerrada. El trato se haría. El acuerdo fue una mala noticia para todos ellos.

—Esto es un suicidio—, dijo Naseer.

El hombre no dijo nada.

—¿No lo ves? Mis hombres no están preparados para esto. Demonios, ni siquiera podrán

acercarse lo suficiente para lograr algo parecido.

—Entonces supongo que necesitan encontrar una manera de hacerlo desde lejos.

—Esto es una tontería. Mis hombres no son un engranaje reemplazable en una rueda. Tienen valor para mí.

—Los míos también. Si uno de mis muchachos cae haciendo esto, bueno, esa es una historia que destruirá los cimientos de Gran Bretaña. No puedo permitir que eso suceda. Tampoco puedo permitir que el primer ministro lleve a cabo lo que está planeando. Tú tampoco puedes. Cuando caiga, Snelling lo reemplazará. La quieres en el puesto, créeme, Naseer. Ella hará todo lo que le digamos.

—¿Está ella involucrada en esto?

—Ella no sabe nada.

—Dijiste su nombre, ¿por qué no el tuyo?

El hombre no dijo nada.

—Bien, bueno, no creo que podamos hacer que esto funcione. Puedo darte tal vez dos muchachos, pero sólo para que te ayuden. Necesitas proporcionarme a alguien que me ayude.

—Entonces adelante, cuelga ahora mismo y olvídate de recibir más ayuda por mi parte. Tus hombres serán detenidos, torturados y luego entregados a la CIA y a cualquiera que los requiera. Aunque te mantendremos. Puedes contar con ello. Pasarás el resto de tus días enterrado tan profundamente en el suelo que ni siquiera el más mínimo rayo de sol llegará a tu oscuro y peludo trasero.

Naseer no dijo nada.

—¿Entonces esa es tu respuesta?

—Necesito pensarlo.

—No tienes mucho tiempo.

Naseer colocó el teléfono en el altavoz y lo dejó caer entre sus piernas. Se agarró la nuca y se tiró del pelo.

Malditos bastardos, pensó. Tenía más dinero que cualquiera de ellos. Podría reclutar un mercenario entrenado por cada agente que tuvieran. Tenía más de mil hombres esperando que los llamara. Hombres que morirían por él si él se los pidiera. ¿Quién era este hombre para decirle a Naseer que tenía que sacrificar a sus hombres por la causa de otra persona? No necesitaba su ayuda. No necesitaba la ayuda de nadie. Thornton Walloway lo descubrió por las malas. Exigió demasiado y acabó con un balazo en el cerebro. Ahora, este hombre, quienquiera que fuera, también lo descubriría.

—¿Tienes una respuesta? — preguntó el hombre.

—Sí. Vete al infierno.

"Muy bien. Entonces nos vemos allí.

CAPÍTULO 48

Gloria dejó el cuchillo del chef sobre la tabla de cortar. Cortó el pan de trigo y la carne. Tomó los dos triángulos, los puso en un plato y se lo llevó a Mason. Él le dio las gracias y volvió a los documentos que le habían enviado por fax esa misma mañana.

—Quiero irme—, dijo.

—Bueno, no puedes—, dijo.

—Maldita sea, estoy cansada de estar aquí contigo.

Él sonrió y la miró por encima del hombro. —Te encanta esto y lo sabes.

—Vete al infierno. Sabes que no te soporto.

—Al menos no por más de una hora o dos—. Él le guiñó un ojo.

—Solo disfruto diez de esos minutos, si tengo suerte. El resto es tiempo de abrazos para que no vengas arrastrándote detrás de mí.

Mason se rio. Dejó los periódicos, cogió el sándwich y le dio un mordisco. El tiempo que pasó atrapado con Gloria no había sido tan malo. Habían hablado más que antes desde que se separaron. Demonios, más de lo que habían tenido durante los últimos años de su matrimonio. Recordó las cosas que más amaba de ella. La forma en que olía su cabello. Cómo sus suaves ronquidos le ayudaban a conciliar el sueño. La forma distintiva en que el lado derecho de su boca se curvaba justo antes de sonreír.

—¿Qué? — preguntó ella.

—¿Qué? — replicó él.

—¿Por qué me miras y sonríes?

Él se encogió de hombros.

—No, no está sucediendo. No esta noche. No en estas circunstancias.

Dejó caer el sándwich, se levantó y caminó hacia ella. Ella retrocedió, sin quitarle los ojos de encima. Corrió hacia el mostrador. Se acercó, le puso las manos en la cintura, le besó el cuello, la boca. Su mano derecha se deslizó por su costado, luego volvió a bajar, pasó por sus caderas, debajo de sus nalgas, hasta la mitad del muslo. Le levantó la pierna. Se empujaron el uno contra el otro. Un aliento rápido y cálido se entremezcló.

—¿Estás seguro de esto? — preguntó.

—¿Acerca de?

—No esta noche.

—Sí. Todavía es de día. Estarás demasiado cansado para esta noche.

Se besaron. Se quitó la camisa. Seguida de la de ella. Sus manos volvieron a explorar los cuerpos del otro.

Sonó el teléfono de Mason. Una serie de notas tocadas de una manera que a la mayoría le resultaría atractiva. Pero no a Mason. El tono de llamada estaba dedicado a su jefe.

—Maldita sea—, dijo, alejándose de Gloria.

—¿Qué? No te vayas. Estoy segura de que puede esperar.

—Es Mills, Gloria. Él no esperará. Si no respondo, enviará a alguien aquí.

Colocó las palmas de las manos sobre el mostrador detrás de ella y se levantó.

Mason admiró su abdomen apretado mientras retrocedía hacia el sofá. Se giró, encontró su teléfono y contestó.

—¿Sí, jefe?

—Lo hemos encontrado—, dijo Cameron Mills.

—¿A quién? — Mason temía que un equipo hubiera recogido a Noble.

—Ese bastardo, Naseer.

—¿Dónde?

—Toda la información te está llegando. Estás liderando una redada esta noche. Vamos a derrotarlo.

—¿Cuantos hombres?

—Un equipo pequeño.

—¿Joe?

—Nadie ha sabido nada de él. Esperaba que así fuera.

—Aún no.

—Me comunicaré con él y veré si puedo encontrarlo.

—Ok señor. ¿Algo más?

Mills no tenía nada más para él, así que Mason colgó y dejó caer el teléfono en el sofá. Gloria se acercó a él, pero él extendió las manos y la hizo a un lado. Corrió escaleras arriba hacia su oficina. Se aseguró de que el fax estuviera encendido y que la línea estuviera libre. Luego sacó un segundo teléfono celular de su bolsillo. Hizo una llamada. Jack Noble respondió al cuarto timbrazo.

—Lo tenemos.

—¿A quién?

—Naseer.

—¿En custodia?

—No, aunque sabemos dónde está. Esta noche lideraré una redada. Te quiero allí.

—Espera un minuto.

Sonó como si el teléfono de Jack estuviera colocado sobre una mesa y luego cubierto con la palma del hombre. Lo único que Mason podía oír eran voces apagadas. Un minuto después, Jack se puso al teléfono.

—Está bien, me apunto, pero sólo si puedo traer a un par de personas.

—No tengo ningún problema con eso.

—¿A dónde vamos?

—Espero la información saberlo.

—¿Gloria sigue contigo?

—Sí. Dijiste que no la dejara ir. Todavía no lo he hecho.

—Espera—. Jack volvió al teléfono un momento después. —Ven al número 10. Trae a Gloria contigo.

—¿Estás con el primer ministro?

—Algo como eso.

—¿Cómo ocurrió eso?

—Te lo explicaré más tarde. Muévanse. Te necesitamos aquí hace dos segundos.

Mason colgó y bajó corriendo las escaleras. —Gloria, trae tu bolso. Nos vamos.

—¿A dónde vamos?

Mason llegó al último escalón y saltó hacia la puerta. Miró por encima del hombro y vio a Gloria parada en la cocina, a medio vestir.

—¿Tenemos que irnos ahora? — dijo, con las manos en las caderas.

—Ponte la camisa, Gloria. Vamos al número 10.

—¿Qué hiciste?

—¿Qué? Nada.

—Entonces, ¿por qué vamos a ver al primer ministro?

—Sabes que no puedo decirte eso.

—Entonces, ¿por qué tengo que ir?

—Porque sí.

—¿Pero por qué?

—Porque dijeron.

Mason esperó a que se vistiera, luego la tomó de la mano y la condujo afuera. Caminaron media cuadra hasta su auto. Abrió la puerta y esperó a que ella entrara. La puerta se cerró de golpe con un ruido sordo.

—Podrían habernos enviado un Rolls—, dijo cuando él subió al auto.

Mason se rio. —Nunca nada es lo suficientemente bueno.

—Eso no es cierto. Simplemente creo que a veces las cosas pueden mejorar.

Mason la miró, sonrió y dijo: —Creo que tienes razón, Gloria.

CAPÍTULO 49

—¿Podemos confiar en él? — preguntó Álex. —Quiero tu intuición, Jack.

Jack se reclinó en su silla y miró hacia el techo. En ese momento, Mason era un enigma. Los instintos de Jack lucharon por la pregunta. —No puedo decir que no deberíamos.

—Pero no se puede decir que podamos—, dijo Jon.

—Así es—, dijo Jack.

—Esperemos hasta que llegue aquí y luego interroguémoslo un poco—, dijo Jon.

Todos estuvieron de acuerdo. Si Mason le había dicho a Jack la verdad o si estaba tratando de tenderle una trampa, lo determinarían en breve. Antes de eso, quería hacer arreglos para que Erin y Mia fueran transportadas a la casa del primer ministro. Estarían más seguras en el búnker con Mandy. Incluso si alguien intentara volar el lugar, la habitación reforzada a diez metros bajo tierra podría resistir el impacto y Jack supuso que tenía una ruta de escape.

Entonces se levantó, salió de la habitación y llamó a Dottie.

—Jack, ¿cómo te va allí?

—Creo que las cosas van en la dirección correcta. Tenemos algunas pistas y pronto les daremos seguimiento. Mira, lo pregunté y Alex estuvo de acuerdo en que Erin y Mia vengan aquí. Hay una habitación segura. Estarán protegidas allí. Algunos de sus muchachos se quedarán para proteger a las chicas sin importar a dónde vayamos.

Hubo un momento de silencio y luego Dottie dijo: —Han llevado a Erin al hospital, Jack.

—¿Qué? Pensé que ella estaba bien. ¿Qué pasó?

—Su pierna.

—¿Qué tiene de malo?

—Ella comenzó a sangrar. Se desplomó en el suelo.

—¿Está ella bien?

—No he tenido noticias de León todavía y no quiero especular.

Ella no necesitaba hacerlo. Jack conocía la ubicación de la herida y se dio cuenta de que debía haber daño en la arteria femoral. El médico no lo había notado o quizás lo había causado. Al principio sería una pequeña perforación, pero con el tiempo la presión había aumentado y el revestimiento se había desgarrado.

—¿Qué hospital? — preguntó Jack.

—No estoy segura de a dónde fueron.

—¿Cuál está más cerca?

—No habrían ido allí. León nunca…

Jack esperó, pero ella no terminó la frase. No tuvo tiempo de sacarle la respuesta. —Descúbrelo y házmelo saber. Mientras tanto, tenemos que traer a Mia y Hannah aquí.

—De acuerdo. ¿Necesitas que arregle eso?

—Ayudaría. Dudo que pueda conseguir que me dejen un hombre para que conduzca hasta allí. De hecho, quizás quieras traerlas tú misma. Puedes esperar aquí también. No tiene sentido que te pongas en mayor peligro. Es posible que los tipos que cuidaron de Thornton también quieran hacerte daño.

Dottie hizo una pausa. —La idea se me había pasado por la cabeza.

Jack se preguntó si el objetivo era en realidad Dottie. Quizás estos tipos no lo perseguían. ¿Y si lo estuvieran usando para llegar a ella?

—Tal vez no deberías venir aquí—, dijo.

—¿Por qué no?

—Probablemente sea mejor que tú y yo no estemos en el mismo lugar. Lo único que puedo pensar es que están utilizando a uno de nosotros para llegar al otro. Estoy empezando a pensar que tú podrías ser su principal objetivo.

—O nosotros dos para llegar hasta el primer ministro.

—¿Sabes algo que no deberías?

—Por supuesto. Viene con el historial de mi antiguo trabajo.

—Eso no. Sabes lo que quiero decir. ¿Estuviste involucrada en alguno de los negocios de tu marido?

—No, Jack. Nunca.

Jack no esperaba que ella le dijera si lo había estado. Al menos no todavía. —Está bien, Dottie. Trae a las chicas aquí. Trabajaremos para conseguirte un equipo de protección.

—Estaré bien cuando León regrese.

Jack ignoró su última declaración. No estaba dispuesto a discutir. Enviarían a alguien y eso era todo.

Regresó a la habitación. Jon y Sasha hablaban de posibles ataques y sus reacciones. Alex parecía escuchar atentamente su conversación. Jack fue al otro extremo de la mesa y se sentó frente a Oso.

—¿Vienen?

—Dottie las está enviando.

—Entonces, ¿esta Mia es realmente tu hija?

—No lo niegues, Oso. Cuando la veas, lo sabrás.

—¿Cómo te sientes acerca de esto?

—Me estoy adaptando a la idea. Un poco extraño, a decir verdad. Pasas toda tu vida y, al final del día, eres responsable sólo de ti mismo. Quiero decir, hay más que solo yo, por supuesto. Pero al fin de cuentas, soy solo yo.

Oso asintió. —Comprendo.

—Y ahora eso ha cambiado. En el fondo de mi cabeza sigo pensando: ¿Mia está bien? ¿Estará a salvo durante todo esto? ¿La atraparán sólo para llegar a mí? Con solo compartir mi ADN, ella está en peligro. Es un peso tremendo.

—Es lo que siento por Mandy, Jack. No dejaré que le pase nada a esa chica.

—¿Te sientes bien con ella aquí?

Oso se encogió de hombros. —Hay mejores lugares en los que podríamos estar. Pero no estaría aquí ni la tendría allí si no pensara que está a salvo. Saldríamos bajo fianza. Y lo digo sin ofenderte, pero mi vida está cambiando, Jack.

Jack sintió una punzada de culpa. —Lo sé. No deberías estar aquí. Nuevamente te he puesto en una situación difícil. Ya terminaré después de esto, Oso. Haremos algunos viajes en tren y limpiaremos algunas cuentas bancarias cuando todo esto termine. Lo dividiremos en partes

iguales y seguiremos nuestro propio camino. Es hora de que te liberes de este sentimiento de responsabilidad que tienes hacia mí.

Oso sonrió. —Dios, parece que nos estamos divorciando.

Jack se rio. —Tenía que suceder tarde o temprano. Has perdido esa figura de niña de la que me enamoré hace tantos años.

Oso se rio y casi se cae de la silla.

—Me alegra ver que ustedes dos pueden reírse mientras esta nación atraviesa una crisis.

Jack giró la cabeza y vio a Jon de pie, con el rostro y puños rojos.

—Relájate, Jon. Estamos en un patrón de espera en este momento. Una vez que Mason llegue aquí, o tengamos más noticias, estaremos listos.

Jon salió furioso de la habitación y golpeó la pared con la palma de la mano al salir.

Alex se levantó. —No le hagan caso. A veces se pone un poco nervioso.

Jack conocía la sensación. Él había estado allí antes. Pero era él el objetivo, no Jon. Y fue Alex quien recibió la amenaza de muerte. Jon se lo tomó como algo personal y Jack entendió por qué.

Se relajaron un rato más. Las conversaciones fueron concisas y educadas. Sasha se unió a Jack y Oso mientras Alex se marchaba para discutir los acontecimientos con los miembros de su gabinete.

—¿Cuánto tiempo llevas siendo cercana a ellos? — preguntó Jack.

—Un par de años—, dijo Sasha. —Jon fue el primero en verme y me presentó a Alex. Intercambiamos información como mejor nos pareció. Yo les ayudé más de lo que ellos me ayudaron a mí, y ahora me lo están devolviendo, por así decirlo. Dentro de diez años, seré una candidata seria a directora.

—¿Es eso lo que quieres hacer? — preguntó Jack.

—Quiero ser la mejor—, dijo.

—Eso no es lo que pregunté.

—Quiero lo que cualquier buen agente quiere: hacer lo mejor que pueda para proteger y servir a mi país. Si eso significa liderar la organización, sería un honor para mí. Esto, por supuesto, podría ser un obstáculo importante. Si no sale bien, no sólo podría afectar mi carrera, sino también la de ellos.

—Bueno, la muerte tiene una manera de hacer eso—, dijo Oso sin rodeos. —Me imagino que sería difícil ser reelegido desde la tumba.

Ella sonrió. —Ese no es el único resultado posible. ¿Has pensado que tal vez todo esto sea una artimaña? ¿Sólo una táctica de distracción destinada a hacernos buscar en el lugar equivocado?

Jack asintió. —Se me ha pasado por la cabeza esa idea. Supongo que sabremos más cuando llegue Mason. Si su información es correcta y podemos acabar con Naseer, tal vez todo esto termine.

—O tal vez recién esté comenzando.

Los tres guardaron silencio durante unos minutos mientras contemplaban esto.

—¿Qué tenemos que hacer para conseguir algo de comida? — preguntó Oso. —Ha sido un día largo y me muero de hambre.

Sasha se levantó, fue a la barra y cogió el teléfono. Regresó un minuto después. —Traerán algo pronto.

Pero la comida nunca llegó. Jon y Alex sí lo hicieron, y tenían a Mason con ellos.

—Vamos—, dijo Jon.

—Tenemos comida en camino—, dijo Oso.
—No hay tiempo—, dijo Jon.
—¿Qué está sucediendo? — preguntó Jack.
—Hablaremos en el auto.

CAPÍTULO 50

Bajaron apresuradamente las escaleras, pasaron el pasillo y luego otro tramo de escaleras. En lugar de usar la puerta principal, se trasladaron a la parte trasera de la casa, bajaron otro nivel y entraron en un túnel iluminado. Las luces LED proyectaban un tono azulado sobre ellos. El pasillo se extendía unos cientos de metros. Se detuvieron frente a una puerta blindada. Alex sacó una llave y la metió en la cerradura superior. Jon puso una en la cerradura inferior y giró ambas. La puerta se abrió y pasó una ráfaga de aire que traía olor a aceite viejo y gasolina.

—¿Cuántos túneles hay debajo de este lugar? — preguntó Jack.

—Extraoficialmente, puedo contarles cuatro—, dijo Alex.

—¿A dónde van? — preguntó Oso.

—Eso no te lo puedo decir.

Jon se detuvo frente a un panel en la pared. Al lado del panel había un teclado. Curvó los dedos y marcó al menos ocho números. Siguió un silbido y un clic. Abrió el panel y sacó dos juegos de llaves. Le entregó un juego a Sasha y se guardó el otro para él. Presionó el llavero y una camioneta negra tocó la bocina y encendió las luces.

—¿Ese es nuestro auto? — preguntó Oso.

—Blindado, vidrio a prueba de balas, equipado con un sistema de defensa táctica y suficientes armas en la parte trasera para armar a dos docenas de hombres—, dijo Jon.

—Iba a decir que es mi tipo de camioneta—, dijo Oso. —Pero esas otras cosas son geniales.

Jack le lanzó una mirada a Oso.

Oso levantó los hombros unos centímetros y extendió las manos. —¿Qué?

—Dale un poco de holgura al tipo. Está un poco tenso. Eso te será útil más adelante, siempre y cuando no lo cabrees tanto que nos deje a un lado de la carretera.

—Sí lo que sea. Yo voy detrás.

Se subieron a la furgoneta. Jon conducía y Alex se sentó a su lado. Oso y Jack se acomodaron atrás. Sasha y Mason en el medio.

Jon condujo la camioneta a través de una red de túneles. El tablero tenía una pantalla LCD incorporada. La camioneta se detuvo y Jon presionó un botón debajo de la pantalla. La pantalla LCD cobró vida y vieron lo que parecía ser un pequeño estacionamiento. Jon y Alex se saludaron con la cabeza y luego Jon presionó otro botón. La pared frente a ellos se levantó y la imagen de la pantalla apareció frente a la camioneta. La furgoneta atravesó la abertura. La pared cayó detrás de ellos.

Cuando salieron del garaje, Jack no estaba seguro de dónde estaban. Tenía poco interés en averiguarlo. Quería escuchar lo que Mason tenía que decir y se preguntaba qué les habría dicho ya a Jon y Alex.

—Así que pongámonos manos a la obra—, dijo Jack. —¿Qué les dijiste que no me dijiste a

mí, Mason?

Jack sintió como si alguien lo estuviera mirando. Levantó la vista y se encontró con la mirada de Jon en el espejo retrovisor.

—Recibí una directiva de mi jefe de que debíamos capturar a Naseer. La orden vino desde arriba de él. Lo quieren vivo.

—¿Eso es? ¿Algo más? ¿Descubriste a alguno de los otros jugadores de esa noche?

—Tengo la dirección. Está refugiado en el norte con algunos de sus muchachos de confianza. Y no, todavía no tengo idea de quién era ese hombre.

—Supongo que los hombres que están con él ahora son los mismos del almacén—, dijo Jack.

Sasha le lanzó una mirada.

—Se podría suponer—, dijo Mason. —De todos modos, tengo un equipo que nos encontrará allí. Todavía estoy trabajando para comunicarme con mi socio.

Jack miró a Sasha. Ella sacudió levemente la cabeza.

No digas una maldita palabra. Comprendido.

Condujeron en relativo silencio durante otra media hora. Dejaron atrás la ciudad y los suburbios. Hojas recién nacidas, de un verde claro y brillante, adornaban los árboles. La luz del sol se asomó. Jack sintió que la furgoneta aminoraba la marcha. Volvió la cabeza hacia adelante y vio una brecha en la línea de árboles.

La furgoneta se salió de la carretera y tomó un camino. Rebotaron y se balancearon a baja velocidad hasta que el camino ya no estuvo a la vista. Jon quitó la marcha, accionó el freno de emergencia, salió, se acercó al lado del pasajero y abrió la puerta.

—Sal—. Jon apuntó con una pistola a Mason.

—¿De qué se trata esto? — dijo Mason.

—Ve—, dijo Sasha. Ella puso su mano en medio de su espalda y empujó.

Mason se levantó de su asiento y saltó al suelo. Sasha y Jack lo siguieron.

Jon apuntó con su pistola a la cabeza de Mason. —Dinos todo.

—Jon, ¿qué estás haciendo? — dijo Jack.

—Te lo juro, te pondré una en el cerebro si no hablas—, dijo Jon.

—¿Qué está pasando? — preguntó Mason. —¿Jack? ¿De qué se trata esto?

Jack no tenía idea. Sumado a eso, todavía estaba desarmado. Sasha tenía la mano sobre el arma, pero aún no la había desenvainado.

—Última oportunidad, Mason—, dijo Jon.

Sasha se paró frente al arma de Jon. —No puedes hacer esto. No hay nada que respalde esto.

—Maldita sea, no lo hay.

Sasha dijo: —Hemos estado sobre él durante los últimos doce meses. No hay nada. Está limpio.

—¿Qué quieres decir con que has estado sobre mí? ¿Me has estado observando? — preguntó Mason.

—Probablemente sepa lo de Joe—, dijo Jon.

—Él no es responsable de lo que ha hecho su socio. No tenemos pruebas de que esté involucrado de alguna manera.

—Conseguiré mi prueba—. Jon la empujó a un lado y colocó el cañón de su arma en la frente de Mason.

Jack sintió que debía detener al hombre, pero no lo hizo. Tenía dudas persistentes sobre Mason, y esto seguramente las aclararía. Siempre y cuando Jon no apretara el gatillo.

—¿Qué hizo Joe? — preguntó Mason.

Nadie habló. Mason los miró a todos por turno. Su mirada permaneció en Jack. No parecía asustado. Parecía confundido. Y la expresión de perplejidad en su rostro se hizo más profunda.

—¿Alguien quiere decirme qué hizo mi compañero? No tengo ni la más mínima idea de lo que está pasando aquí. Pensé que aquí todos éramos buenos y que íbamos a atrapar al malo.

Jon levantó su arma y dio un paso atrás. Miró hacia Sasha y se encogió de hombros.

—Mason—, dijo. —Joe estaba en el hotel el día que Jack llegó a Londres. También estuvo allí los días que estallaron las bombas.

—¿Qué? No, ha estado en un viaje de pesca. Es lo que hace en su tiempo libre.

Sasha dijo: —He estado en su casa. Ni siquiera tiene una caña de pescar. ¿Qué tan bien lo conoces realmente?

Mason no dijo nada. Mientras Jack recordaba los archivos de Mason escondidos en el escritorio del hombre, se dio cuenta de que la vida había comenzado a patearle los huevos al tipo hacía dos años y rara vez había amainado. Todos los signos de un socio corrupto podrían haber estado ahí, pero él los habría pasado por alto. Jack supuso que, por la expresión del rostro del chico, los veía ahora.

Jon miró hacia el frente de la camioneta y asintió. Alex salió. Se acercó a Mason y le dijo: —Lo siento. Teníamos que estar seguros.

Mason asintió y miró hacia otro lado. Jack vio la ira en el rostro del hombre. No culpó al chico por estar enojado. Aquí teníamos a un hombre que no sólo había dedicado su vida a su país, sino que la arriesgaba todos los días para proteger a quienes no podían. Y ahora tenía que sufrir la humillación de ser acusado de traidor. Alguien que trabajó con terroristas. Jack pensó que tenían suerte de que Mason no sacara su arma y eliminara a uno de ellos.

—¿Y ahora qué? — preguntó Jack.

—Vamos a la casa—, dijo Alex.

—¿Nosotros? — preguntó Jack.

—Así es.

—No, debes regresar a algún lugar donde estés seguro.

—No puedo pensar en ningún lugar más seguro que alrededor de este grupo de inadaptados. ¿Verdad, Jon?

Jon dijo: —Sabes que estoy haciendo esto bajo protesta—. Caminó hacia la parte delantera de la camioneta.

—Él no está contento con esto, pero maldita sea, estoy cansado de sentarme y firmar papeles y mirar las noticias y escuchar las discusiones de mi gabinete. Soy un soldado, Jack. Necesito estar en medio de la acción. Este tipo amenazó mi ciudad, mi país, mi vida. Quiero verlo humillado, en el suelo, llorando. Quiero presionar el cañón de mi rifle contra su frente y verlo suplicarme clemencia.

La mirada de Alex le dijo a Jack que nadie podría hacerle cambiar de opinión. Jack había visto esa mirada docenas de veces en el pasado. Había sido una mirada que había cruzado su propio rostro, generalmente justo antes de algunos de los mayores triunfos y errores que jamás había tenido.

—Deberíamos irnos—, dijo Sasha. —No tenemos idea de hacia dónde nos dirigimos y sería bueno explorar los alrededores a la luz del día.

Entonces Jack volvió a la camioneta y se sento junto a Oso. Mason y Sasha se sentaron en el medio. Alex le gritó a Jon que se uniera a ellos, y así lo hizo. Mason todavía parecía enojado y permaneció así durante la siguiente media hora. Les había traído la cabeza de Naseer en un plato, y su agradecimiento fue un arma apuntada a quemarropa en su cara en medio del bosque.

Oso y Jack conversaron un poco. Todavía tenían mucho de qué ponerse al día. La vida de ambos había sido un torbellino desde el día en que Jack encontró a Mandy perdida en la ciudad.

Dos horas más tarde, Sasha se giró en su asiento y les dijo que estaban cerca.

—Estas personas que viven aquí no tienen idea del demonio que acecha en la oscuridad, ¿verdad? — preguntó Jack.

Ella sacudió su cabeza. —Me enviaron algunas imágenes de satélite, parece que la propiedad está bastante aislada. Hay una extensión de bosque detrás de la casa que se extiende completamente a lo largo del límite de la propiedad y tiene un kilómetro de profundidad. Probablemente nos acercaremos desde allí mientras tengamos hombres estacionados en puntos a lo largo de la carretera, así como frente a la propiedad.

—¿Cuántos hay dentro?

Miró a Masón. —¿Cinco? ¿Seis?

Mason asintió. —Creemos que al menos cuatro, hasta seis.

—Así que deberíamos planificar ocho—, dijo Jack.

Ambos asintieron.

—¿Qué tan grande es tu equipo? — preguntó Jack.

—Ocho hombres—, dijo Mason. —Estos tipos no son oficinistas. Así que, combinado con nosotros, debería ser suficiente.

Condujeron un rato más. Todos prestaron atención a las intersecciones. Jon giró por varios caminos y localizó los que conducían a callejones sin salida. Comenzaron a trazar posibles rutas de escape.

Jon señaló una tienda más adelante a la izquierda. —Voy a detenerme allí. Compraremos algo de comida y agua.

La furgoneta atravesó el aparcamiento irregular y se detuvo en un lugar. Alex reclinó el asiento hacia atrás y se cubrió un lado de la cara. Probablemente sea mejor que no lo vean aquí. Si los medios aparecieran, Naseer se escaparia.

Jack examinó el lote y la tienda. Un hombre se acercó a la puerta desde el otro lado del cristal ligeramente tintado.

—Fuera de aquí—, dijo.

—¿Qué? — preguntó Jon.

—Ahora.

—¿Por qué?

—Pon la camioneta en reversa y ponte en marcha.

—Jack, ¿qué pasa? — preguntó Sasha.

Jack señaló al hombre que salía de la tienda.

—¡Ese es Owen! ¡Vamos! ¡Ahora!

CAPÍTULO 51

Jon dio marcha atrás, pisó el acelerador y giró el volante hacia la derecha. El polvo se levantó y creó una neblina alrededor del auto mientras el caucho y el asfalto luchaban entre sí. La furgoneta retrocedió, se detuvo bruscamente y luego avanzó bruscamente. Salieron del estacionamiento y tomaron la carretera sin disminuir la velocidad. Jack estuvo seguro de que viajaron sobre dos ruedas durante unos segundos.

—Bueno, eso no pareció sospechoso—, dijo Oso.

Jack se rio y luego sacudió la cabeza. Estaban demasiado cerca del escondite de Naseer y del momento del ataque como para hacer bromas. Al menos, tenía que hacer que pareciera así.

Jon siguió conduciendo, dio una serie de curvas y luego se salió de la carretera hacia un claro entre dos grupos de árboles. Permanecieron sentados en silencio por unos momentos. La respiración entrecortada llenó el vacío.

Sasha sacó su teléfono y realizó una llamada. Pidió vigilancia satelital continua. Quería saber si Naseer y sus hombres habían informado de su llegada después de la de fuga de Jon. El contacto de Sasha le dijo que no había ninguna actividad nueva en la casa y que continuarían monitoreándola.

—Tenemos un par de horas hasta que oscurezca—, dijo Jon. —Sugeriría que nos mantengamos discretos aquí.

Y así lo hicieron. Pasaron ciento veinte minutos sin que se pronunciara una palabra. Oso durmió. Jack dormitaba intermitentemente. No les prestó mucha atención a los demás. Cuando llegó el momento, Jon puso en marcha la furgoneta y se dirigieron al encuentro del equipo táctico de Mason.

Intercambiaron información con los ocho agentes. El equipo había traído varios mapas de la zona. Todos confirmaron asignaciones y detalles y luego se separaron.

Mason tenía una última cosa que decir antes de irse con su equipo. —Hay que capturar vivo a Naseer.

Una hora más tarde, Jack, Oso y Sasha caminaron por el bosque oscuro detrás de la casa. Dos miembros del equipo de Mason estaban a unos cien metros a su izquierda. Alex y Jon estaban aproximadamente a un centenar a la derecha.

Jack vio la firma de estallidos de luces blancas a través de los árboles. Se levantó las gafas de visión nocturna y lo confirmó.

—Deberíamos agacharnos—, dijo. "Es posible que tengan térmicas apuntando hacia aquí.

Si lo hicieran, no importaría si estaban de pie o tirados en el suelo. El grupo emitiría una señal de calor gigante.

—Deberíamos separarnos—, dijo Sasha.

—No—, dijo Jack.

—¿Por qué no? Todos juntos somos blancos fáciles.

—Y los objetivos fáciles se dividen si alguien viene por detrás para matarlos a corta distancia.

Bajaron al suelo cuando el borde del bosque apareció a la vista. Se detuvieron allí. Jack y Oso prepararon sus rifles M4. Dividieron la cobertura en la puerta trasera. Oso tenía la derecha, Jack la izquierda. Junto a él, Sasha vigilaba los alrededores.

La voz de Mason llegó a través del audífono de Jack. —Nos estamos preparando para rodear la casa. Hasta ahora, tenemos confirmación de que Naseer, Samir y Yafi están adentro. No hay señales de nadie más. Puntos de control, ¿tienen algo que informar?

Dos voces hablaron una tras otra indicando que no habían visto nada.

Jon dijo: —En posición.

Sasha dijo: —Estamos en posición.

—De acuerdo. Moviéndonos.

Jack bien podría haber estado en el vacío. Así es como le hizo sentir el silencio que siguió.

Su mente divagaba. Se preguntó sobre su seguridad en el bosque y cuándo tendrían que cruzar el campo hacia la casa. ¿Alguien le había colocado alguna vez trampas o explosivos? Sasha le dijo que habían buscado información sobre las escrituras de la casa y no encontraron nada. No tenían idea de quién era el dueño. ¿Cómo es posible que personas de tan alto rango en el gobierno no puedan localizar este tipo de información? Quizás fue una cuestión de propiedad generacional. Algo que no existía en Estados Unidos.

Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Y si esto fuera una trampa? ¿Qué pasaría si su indecisión sobre Mason volviera a afectarlos a todos aquí y ahora?

Un destello de luz apareció en la parte trasera de la casa. Jack se acercó poco a poco a la mira del M4. Miró y vio que la puerta trasera estaba abierta. Salieron dos hombres. El encuadre del primero coincidía con Naseer, pero no había suficiente luz para que Jack verificara los rasgos faciales. El segundo hombre levantó la mano y un estallido de luz más pequeño brilló entre los dos. A esto le siguieron dos puntos más pequeños que se volvieron brillantes cuando los hombres se llevaron las manos a la cara. Unos momentos más tarde, Jack olió el humo del cigarrillo.

¿Podría haber un momento peor para recordarle que había renunciado recientemente?

Junto a él, Sasha se dejó caer en el suelo. Mantenía un par de binoculares de visión nocturna ATN Night Scout pegados a su cara. Su cabeza giró sobre sí misma y examinó un extremo del campo hasta el otro.

—Vacío—, susurró.

Jack levantó la cabeza uno o dos centímetros y luego se acomodó. Dirigió sus ojos hacia la mira. Manos firmes apuntaron a Naseer. Claro, iban a capturarlo vivo, pero las cosas rara vez salen según lo planeado. Si fuera necesario, no dudaría en apretar el gatillo y acabar con la vida del hombre.

Sintió que Sasha se movía y rozaba su costado. Al instante, levantó la cabeza y comenzó a escanear el área a su alrededor.

Sasha maldijo en voz baja.

—¿Qué? — preguntó Oso.

—Dos hombres, patrulla ambulante, hacia el este.

Jack miró a su izquierda y vio dos figuras en sombras a cincuenta metros delante de ellos. Bajó su monocular de visión nocturna. Los hombres parecían profesionales. Estaban armados con metralletas. Jack, Oso y Sasha esperaron en silencio. Nadie se movió. Los hombres continuaron pasando junto a ellos.

—Llámalo—, dijo Jack.

Sasha susurró por la radio. —Tenemos una unidad de patrulla en el campo entre nosotros y la casa. Están armados hasta los dientes y se dirigen hacia ti, Jon. Si hay uno, podría haber más.

—Te enviaremos dos muchachos—, dijo Mason. —Quédense quietos. No se enfrenten a estos hombres. Los neutralizaremos.

La radio quedó en silencio, al igual que el bosque. Los hombres que estaban en el porche regresaron al interior de la casa.

—Sabes que cualquier intento de neutralizar a estos hombres resultará en disparos—, dijo Jack.

—Sí—, dijo Oso.

—Y eso hará que un ataque sorpresa a la casa sea un poco menos efectivo.

—A menos que planeen hacer ambas cosas a la vez.

—¿Sin decírnoslo? — dijo Sasha.

—O vienen tras nosotros—, dijo Oso.

—O el primer ministro—, dijo Jack.

—Iré—. Oso se levantó y luego desapareció en la oscuridad.

—¿Cómo es tan silencioso? — preguntó Sasha.

—Nunca lo entenderé—, dijo Jack.

—¿Qué va a hacer?

—Avísales. Hazles saber que algo no cuadra—. Jack la miró. —¿Eres buena con ese rifle?

—He logrado alcanzar uno o dos objetivos a lo largo de los años.

—Está bien, prepárate. No estoy seguro de qué, pero algo sucederá pronto.

Y así fue. Menos de tres minutos después se produjeron los primeros disparos. Vinieron de la derecha. El equipo de patrulla había sido neutralizado. Pero los disparos no terminaron ahí. Como Jack esperaba, Mason dirigió la redada en la casa al mismo tiempo. Varios disparos estallaron desde el otro lado del campo. Las ventanas oscuras estallaron como fuegos artificiales y volvieron a oscurecerse. Los gritos surgieron del viento. Los hombres ladraban órdenes.

Entonces se acabó.

Mason habló por radio. —Todos los equipos, excepto el puesto de control, vengan a la casa. Muévanse con extrema precaución. Cuidado con los campos para cualquier patrulla.

Jack y Sasha se levantaron y tomaron una línea que giraba hacia la derecha. Su camino se cruzaría con Oso, Jon y Alex. Jack se negó a entrar a la casa sin saber que los hombres estaban ilesos.

Jack mantuvo su atención en la casa. Sasha observó el campo que los rodeaba. A medio camino entre el bosque y la casa se encontraron con los demás hombres.

—Todos están bien aquí—, dijo Alex.

—No me gusta cómo sucedió esto—, dijo Oso.

Jack estuvo de acuerdo.

—Ese equipo estaba cerca—, dijo Oso. —Se detuvieron frente a nosotros. Ahí fue donde los mataron.

—¿Parecía que te habían visto? — preguntó Jack.

Oso se encogió de hombros. —Sucedió rápido. No podría decirlo.

—¿Dónde están los tipos que los eliminaron? — preguntó Sasha.

—Todavía ahí atrás, observando el bosque hasta que nos despejemos—, dijo Jon.

Jack dijo: —Lo mejor que podemos imaginar es que Mason y seis de sus muchachos están dentro de esa casa en este momento junto con muchos de los hombres de Naseer que

sobrevivieron al ataque.

—Suena creíble—, dijo Sasha.

El grupo se acercó a la casa con cautela y aprensión. Jack y Oso lideraron el camino, con Sasha y Alex en el medio y Jon detrás.

Todas las luces estaban encendidas en el interior. Un reflector se calentó y arrojó un gran cono de luz blanca brillante sobre la parte trasera de la propiedad. Modificaron su camino para evitar la luz en caso de que alguien estuviera mirando. A Jack no le importaba lo indiferentes que se mostraban Mason y sus hombres. ¿Tenían inteligencia adicional que no compartían? ¿Alguien había estado en el lugar mucho antes de que ellos llegaran y conocía el recuento de personas, la disposición de la escena y lo que había estado sucediendo dentro?

Oso levantó la mano derecha, la cerró en un puño y se detuvo. Jack se quedó inmóvil.

—¿Qué significa? — preguntó Sasha en voz baja y ronca.

Ninguno de los dos habló. Ella no volvió a preguntar.

Oso extendió su pulgar y comenzó a golpearlo por encima del hombro. Retrocedió unos pasos y se detuvo de nuevo. Jack miró a Sasha y señaló hacia el bosque.

—¿Qué está pasando? — preguntó Álex.

—Algo no está bien—, dijo Oso.

—¿Viste algo? — preguntó Álex.

—Sólo una corazonada—, dijo Oso.

—Oh, déjalo—, dijo Jon. —No estoy esperando aquí por una corazonada cuando tenemos media docena de agentes entrenados allí dentro.

Jon se dirigió hacia la casa.

—Jon, vuelve aquí—, dijo Alex.

El hombre no escuchó. Continuó hacia la casa, desviándose en su camino para rodear el frente.

Jack liberó la tensión de su cuerpo y trató de sintonizarse con lo que fuera que hacía que los instintos de Oso se aceleraran. Las voces de los hombres que gritaban desde el interior de la casa cortaron el silencio de la noche. ¿Escuchó al menos a un hombre gemir de dolor? ¿Uno de los chicos de Mason? ¿Un terrorista? Tenía que ser uno de los muchachos de Naseer. Si Mason hubiera tenido un hombre caído, habría estado gritando, pidiendo una ambulancia.

Un estallido de estática interrumpió la concentración de Jack. La voz de Mason resonó a través del audífono.

—Todos salgan de la casa. ¡Váyanse, salgan ahora!

No estaba claro si tuvieron tiempo de reaccionar o no. Jack no lo hizo. Cuando Mason terminó su última frase, la casa estalló en una bola de fuego.

CAPÍTULO 52

La onda expansiva empujó a Jack hacia atrás. Logró girar en el aire y aterrizar boca abajo. Sus pulmones privados de oxígeno gritaban de dolor. Le dolieron el doble cuando finalmente logró introducirles aire. A su derecha, Sasha yacía inconsciente. Se arrastró hasta ella, extendió la mano y le tomó el pulso. Ella gimió ante su toque. Su cabeza giró hacia él y abrió los ojos.

—¿Estás bien? — preguntó.

Se lamió los labios y dijo suavemente: —Sí.

Se obligó a arrodillarse y se cernió sobre ella. Sus manos actuaron por instinto y realizaron una evaluación rápida. Nada roto, ni cortes importantes. Tenía un ligero corte en un lado de la cabeza, pero no parecía ser profundo. Se volvió hacia el primer ministro.

Alex se levantó de un salto con las manos plantadas en el suelo detrás de él. Tenía un corte que le llegaba hasta la mitad de la frente. La sangre cubría la mitad de su rostro. Oso se arrodilló al lado del hombre y preparó un vendaje improvisado para colocarlo en la cabeza de Alex.

—¿Estás bien? — preguntó Jack.

—¿Ella está bien? — preguntó Alex sin quitar los ojos de la casa en llamas.

—Ella me reconoció. No tiene nada roto. Le daré unos segundos para ver si vuelve en sí.

El resplandor naranja proyectaba luces y sombras antinaturales sobre ellos y a su alrededor.

—¿Estás bien? — preguntó Jack de nuevo.

—Estoy bien—, dijo Alex.

Sasha se giró hacia un lado. Logró ponerse de rodillas y luego se acercó a Jack en busca de ayuda. Él la levantó y la estabilizó. Ella se quedó quieta por un momento, luego tropezó con él y se quedaron por un momento en un fuerte abrazo. El calor del fuego era intenso. El sudor resbaló por su rostro, se detuvo y se acumuló con el de ella en el lugar donde sus mejillas se fundieron.

El fuego crepitó. La madera gimió mientras se inclinaba y se partía como cerillas.

—Vayamos al frente—, dijo Alex.

Sasha se echó hacia atrás. Jack deslizó un brazo debajo del de ella y alrededor de su espalda. Ella se inclinó hacia él en busca de apoyo. Siguieron a Oso y Alex, al principio fuera de la casa y luego hacia la calle. Jack miró hacia atrás. En ocasiones, el fuego se elevaba unos quince metros de altura.

Mason estaba de pie en medio de la calle, contemplando las llamas. Su expresión en blanco le dijo a Jack que el hombre estaba en shock. O era un gran actor.

—¿Dónde está Jon? — preguntó Álex.

—No lo veo—, dijo Sasha.

Jack escaneó el área. No vio ninguna señal del hombre. Con todo lo que había ocurrido, sería un duro golpe para Alex perder a su confidente más cercano y su mejor amigo.

Se pararon en medio de la calle, cada uno mirando en una dirección diferente. Alex llamó a

Jon varias veces. El fuego respondió con silbidos y crepitantes.

—Ahí está—. Oso señaló hacia el otro lado de la calle. Jon había estado tendido en la zanja y simplemente se había levantado. O tenía los medios para sumergirse allí cuando ocurrió la explosión, o la explosión lo había arrojado allí.

Alex corrió hacia Jon.

Jack, Oso y Sasha fueron hacia Mason y lo sacaron de la casa. Por lo que Jack pudo ver, no hubo otros supervivientes.

—¿Qué pasó allí? — preguntó Jack.

Mason meneó la cabeza y no dijo nada. Jack se preguntó si el hombre podría pensar a pesar del shock.

—¿Viste algo, Mason? — preguntó él.

—Yo... — El hombre hizo una pausa. —Necesito un poco de agua.

Sasha agarró la mochila, sacó una botella de agua y se la entregó.

Mason tomó un largo trago y luego vació el contenido restante sobre su cabeza. Dejó caer la botella y la miró fijamente mientras rodaba hacia la zanja.

—Mason—, dijo Jack.

Mason levantó la vista y asintió. —Tomamos por asalto la casa. Localicé a Naseer y disparé un tiro de advertencia. Ese fue el primer disparo hasta donde yo sé. Había tenido noticias del equipo en el campo un momento antes y estaban listos para realizar el PAT.

Jack asintió y no dijo nada.

—Después de que disparé, se desató el infierno. Naseer se metió en una habitación. Yafi y Samir huyeron a la parte trasera de la casa. Seguimos. Se eliminaron dos objetivos y Naseer estaba vivo, tal como se había solicitado.

—¿Y luego qué pasó?

—Comencé los preparativos para transportar a Naseer y luego, no lo sé.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes?

Mason miró hacia abajo y cerró los ojos. Sus manos se cerraron en puños y temblaron frente a él. Dio media vuelta. —Me di vuelta y él estaba parado allí—. El brazo derecho de Mason se levantó y extendió su dedo índice.

—¿Naseer? — preguntó Jack.

—Sí.

—¿Estaba armado?

—Un poco.

—¿Cómo puede alguien estallar armado?

—Sin arma. Explosivos atados a su cuerpo.

—¿Por qué un multimillonario se haría estallar? — preguntó Sasha.

Mason se encogió de hombros. —No sé si esa era su intención. Creo que tal vez estaba intentando irse. Dijo algo en ese sentido.

—¿Qué dijo él?

—Dijo que no tenía miedo de usar el dispositivo. Estaba preparado para morir. Quería saber quién era el líder y luego se los iba a llevar con él. De lo contrario, amenazó con utilizar el dispositivo.

—Y cumplió con la amenaza—, dijo Jack.

—No, no lo hizo.

—¿Entonces qué pasó?

—Mi chico le disparó.

—¿Quién? — preguntó Sasha.

Mason ladeó la cabeza y dijo: —Naseer.

—¿Quién le disparó a Naseer? — preguntó Jack.

—Oh, Kemp. Ben Kemp.

Jack miró a Sasha. Ella asintió, entendiendo que Jack quería saber si habían estado vigilando a Kemp.

—¿Lo mató? — preguntó Jack.

—Al final, sí.

—¿Qué significa eso?

—Fue un mal tiro. Fatal, pero no instantáneo. Se apresuró. Naseer retrocedió. Miró hacia abajo y vio la gravedad de la herida. Cerró los ojos y luego empezó, no sé, a cantar o algo así. No pude entender qué diablos dijo. Fue entonces cuando entré en la radio y comencé a gritarle a la gente que saliera. Entonces Naseer abrió los ojos y me miró. Él sonrió. Extendió la mano y levantó el pulgar sobre lo que supongo que era el gatillo del dispositivo. No me quedé el tiempo suficiente para verlo desencadenarlo. Estaba a unos tres metros de la casa cuando sucedió. La explosión me lanzó por los aires. Recuerdo volar y luego estrellarme. Aterricé en la calle.

Mason levantó el brazo. La caída le había arrancado la carne del antebrazo y la mano derecha. Jack miró hacia abajo y notó que los pantalones del hombre estaban destrozados debajo de la rodilla. Señaló con la cabeza a Oso y el hombretón guió a Mason a través de la calle.

Jack y Sasha caminaron calle abajo, alejándose de la casa, hacia la oscuridad.

—¿Qué opinas de eso? — preguntó Jack.

Sasha se frotó un lado de la cabeza y parpadeó con fuerza. Extendió la mano y agarró el antebrazo de Jack. Su toque se sintió frío.

—¿Estás bien? — preguntó.

Ella asintió. —Sí, sólo un poco mareada de vez en cuando.

—Tenemos que hacerte revisar. Es posible que tengas una conmoción cerebral.

Ella sonrió levemente. —Estoy segura de que tengo una conmoción cerebral y no me van a revisar, no después de todo esto. No hay tiempo.

Jack no dijo nada.

—¿Qué hago con esto? — preguntó. —Tenemos una directiva de capturar vivo a Naseer, pero él sale con una chaqueta hecha de explosivos y amenaza con volar el lugar si no lo dejan ir. Estoy pensando que el objetivo de Mason habría sido demorarse, ganar algo de tiempo hablando con Naseer. En el peor de los casos, ir con él y dejarnos hacer lo que mejor sabemos hacer. Teníamos el camino bloqueado en ambos extremos, no llegaría muy lejos. Pero entonces Naseer recibe un disparo, fatal pero no inmediato. Y entonces la casa explota.

Jack asintió y no dijo nada.

—No me gusta, Jack. Ni un carajo.

Jack miró más allá de ella, hacia el hombre. Mason se quedó mirando las llamas. Su rostro carecía de expresión. ¿Eso indicó culpa o shock?

Dijo: —¿Crees que Mason le disparó y luego detonó el dispositivo?

Ella dijo: —No digo que no lo haya hecho. Y no nos corresponde a nosotros averiguarlo. A pesar de lo que hizo Jon al salir de aquí, tenemos gente dedicada a interrogar a nuestros agentes. Jon no debería haberse detenido en el bosque e interrogarlo. Especialmente no a punta de pistola. Eso fue inesperado. Lo sabes bien.

—Se podría decir.

Ella sacudió su cabeza. —Podría haberlo abofeteado por eso. Es propio de él, ponerse

exaltado y hacer algo estúpido. Tal vez si no hubiera hecho eso, no estaríamos aquí parados mientras seis de nuestros hombres se asan allí.

—Nuevamente, asumiendo que Mason tuvo algo que ver con esto, y que fueron las acciones de Jon las que lo llevaron a hacerlo.

—Jack, ¿puedes decir honestamente que él no tuvo nada que ver con esto?

—No, no puedo. Pero todavía no estoy preparado para atarlo a la hoguera.

Escuchó el débil sonido de las sirenas que luego se hicieron más ruidosas. Las luces azules rebotaban en los árboles. El camión de bomberos se detuvo frente a la casa y cinco hombres se pusieron a trabajar desenrollando la manguera gigante contra incendios. Jack dejó a Sasha para que se ocupara del coche de policía que llegó unos momentos después.

Jack encontró a Oso y juntos encontraron a Jon y Alex.

—Naseer y al menos dos de sus hombres están muertos—, dijo Jack.

Alex asintió, no dijo nada.

—Y seis de los agentes de Mason.

—¿Como está él? —preguntó Álex.

—Sorprendido, seguro. Sintiéndose culpable, posiblemente.

—¿Culpa? — preguntó Jon. —¿Crees que tuvo algo que ver con esto?

—Eso es lo que tenemos que resolver.

Jon negó con la cabeza. Miró hacia la casa y luego hacia el camión de bomberos. —Voy a hacer que ese policía me lleve a la camioneta. ¿Alguien quiere acompañarnos?

Nadie respondió.

—Muy bien—. Jon se fue y fue hacia donde estaban Sasha y el oficial de policía. Él y el policía subieron a la patrulla y se marcharon. Las luces estroboscópicas se apagaron detrás de la cortina de humo.

Jack observó a los bomberos combatir el incendio. Las llamas anaranjadas retrocedieron y dejaron restos carbonizados a su paso. Algunos de la casa, algunos de humanos. Columnas de humo blanco se elevaban hacia el cielo a medida que una sección tras otra del incendio se extinguía.

Notó que Alex sacó su teléfono celular. La pantalla se iluminó y Alex arrastró su dedo por ella y luego colocó el teléfono en su oreja. El hombre asintió varias veces y no dijo nada. Jack pensó que parte del color había desaparecido del rostro de Alex.

—¿Qué pasa? — preguntó Jack después de que Alex guardó el teléfono.

—Dijo que no ha terminado.

—¿Quién?

—Eliminamos al tipo equivocado.

—¿Naseer?

Alex miró a Jack y sacudió la cabeza. —Y él dijo que yo soy el siguiente.

CAPÍTULO 53

Jack colocó su mano entre los hombros del primer ministro y lo empujó hacia el camión de bomberos. Abrió la puerta y dijo: —Entra.

—¿Qué estás haciendo? — preguntó Alex.

—No sabemos quién está de nuestro lado y quién no. ¿Lo entiendes? Podría haber habido más de uno.

—¿Qué? ¿Uno qué?

Jack cerró la puerta de golpe. Sostenía su Beretta en su mano derecha. El arma rozó su muslo y lo tranquilizó. La oscuridad circundante no lo hizo.

Oso y Sasha corrieron hacia él. Parecían preocupados y confundidos.

—¿Qué está sucediendo? — preguntó Sasha.

—Recibió otra amenaza. Le dijeron que esto no había terminado, que nos equivocamos de persona y que él es el siguiente.

Sasha miró a su alrededor. —¿Dónde está Jon con la furgoneta?

Jack y Oso se miraron. La boca de Oso se abrió unos centímetros.

—¿No crees…— preguntó Jack.

Oso negó con la cabeza y no dijo nada.

—Él estuvo ahí todo el tiempo. Justo delante de nuestras malditas narices. Ahora tiene una ventaja.

—¿Jon? — preguntó Sasha. —No hay forma. Mira, sé que es un poco rudo, pero su principal prioridad es mantener a Alex a salvo.

—Entonces, ¿por qué no está aquí ahora?

—Ninguno de nosotros piensa con claridad.

Jack negó con la cabeza. —Tú quédate aquí, Sasha. Mantenlo dentro del camión.

—¿A dónde vas?

—No muy lejos.

Jack y Oso se dirigieron hacia la parte trasera del camión de bomberos y se separaron. Jack caminó hacia donde estaba Mason. El tipo tenía una manta azul sobre sus hombros y envuelta alrededor de su cuerpo. La mirada de Mason siguió a Jack mientras se acercaba.

—Dime la verdad ahora—, dijo Jack.

Mason no dijo nada.

—Si tuviste algo que ver con esto, es mejor que me lo hagas saber en lugar de que te lo extraiga.

Una sonrisa se formó en los labios de Mason. El fuego moribundo se reflejaba en sus ojos y proyectaba sombras en su rostro.

—Maldita sea Mason, háblame.

—Dejé a seis de mis hombres quemándose, Jack. ¿Y por qué? ¿Porque no podía apretar un maldito gatillo? Tenía demasiado miedo para apretar un botón y mandarnos a todos al infierno.

—Estabas siguiendo órdenes, eso es todo, Mason.

—¿Órdenes? ¿Qué órdenes decían matar a media docena de hombres?

—Te dijeron que lo trajeras vivo. Cambió los planes y hubo que improvisar.

—Me quedé helado, Jack. Eso fue lo que hice.

Jack no dijo nada. ¿Qué podría decir?

—Y ahora quieres saber qué tuve que ver con eso. Nada, eso es. Si lo hubiera hecho, lo habría sacado limpio y habría dejado vivir a esos hombres.

Jack sintió el dolor de las palabras del hombre, pero sabía que si Mason estaba involucrado, toda evidencia de ello sería destruida. No hay mejor manera de hacerlo que volar la casa que contenía la verdad.

Pero Jack no podía negar el aparente estado mental de Mason. Sus palabras sonaron verdaderas, no una invención.

Mason volvió la cabeza. Jack miró hacia atrás para ver qué había notado el hombre. Los faros se acercaron. Cuando se acercaban a la casa, la furgoneta apareció a la vista.

—Espera aquí—, dijo Jack. Se puso en medio del camino. Obligó a Jon a detenerse junto al camión de bomberos.

Jon saltó de la camioneta, miró a su alrededor y luego corrió hacia Jack. —¿Qué está sucediendo? ¿Dónde está Alex?

Jack dio un paso hacia un lado formando un semicírculo. Jon lo siguió, dándole la espalda a la camioneta.

—¿A quién llamaste mientras no estabas?

—¿Llamar? ¿De qué diablos estás hablando?

—Hiciste una llamada. ¿A quién fue?

—No te voy a decir nada. ¿Dónde está Alex?

Jon empezó a darse la vuelta. Se dobló hacia adelante cuando Oso lo golpeó por detrás. Los hombres cayeron al suelo. Oso entrelazó sus brazos entre los de Jon y lo levantó.

—¿Qué estás haciendo? — Jon pateó y golpeó, pero no pudo liberarse del agarre de Oso.

Jack dio un paso adelante. Los hombres estaban cara a cara. Sólo centímetros los separaban.

—¿A quién llamaste? — preguntó Jack.

—¿De qué diablos estás hablando? — preguntó Jon.

—Maldita sea Jon, te fuiste y menos de diez minutos después Alex recibió otra amenaza. Ninguno de nosotros llamó para informar esto. Tenías que ser tú. Entonces dime, ¿a quién llamaste?

Jon se sacudió de un lado a otro en un esfuerzo por liberarse. Cada movimiento suyo hacía que Oso apretara más su agarre.

—Quítamelo de encima—, dijo Jon.

—No hasta que me digas a quién llamaste.

—A nadie, está bien. Saca mi maldito teléfono de mi bolsillo y verás que no llamé a nadie.

Jack asintió hacia Oso. El hombretón soltó a Jon, quien sacó su teléfono y se lo entregó a Jack. Unos cuantos movimientos del dedo de Jack confirmaron que no se había realizado ninguna llamada.

—Podría haberlo borrado—, dijo Oso.

En ese momento, Sasha se había unido a ellos. —Déjame verlo.

Jack le entregó el teléfono. Tocó la pantalla varias veces y activó el altavoz. Sonó el teléfono

y un momento después contestó un hombre.

El tipo dijo: —¿Qué están haciendo ustedes ahí afuera?

Todos se volvieron hacia el camión de bomberos y vieron a Alex mirándolos por la ventanilla lateral. Tenía el móvil pegado a un lado de la cabeza.

—¿Cuál fue la hora de la última llamada entre ellos? — preguntó Oso.

—Hace horas—, dijo Sasha. —A menos que esté escondiendo otro teléfono, no era él.

Jon dio la vuelta a sus bolsillos. —Búscame. Registra la maldita furgoneta. Te lo digo por última vez, no llamé a nadie.

En ese momento, Mason se acercó. Miró a través de ellos, más allá de ellos. La expresión de su rostro era nula y sin valor. —No pude evitar escuchar tu conversación. Llamé y le informé esto a Mills unos minutos después de que llegara el camión de bomberos.

—¿Quién es Mills? — preguntó Jack.

—Su jefe—, dijo Sasha.

CAPÍTULO 54

Los cuatro permanecieron en silencio por un momento. Se miraron el uno al otro hasta que todas las miradas recayeron en Mason. El momento pareció devolver al hombre a la realidad. Su expresión en blanco se convirtió en miedo y luego en ira.

—Espera un minuto—, dijo Jack. —¿Mills es tu jefe? Mills habría sido quien emitió la orden de no matar en ese momento. ¿Cierto?

Mason asintió. —Al menos llegó a través de él. Aunque podría haber sido de su jefe. Quizás incluso otro de su nivel. Quizás fuera de la organización.

—Esos seríamos nosotros—, dijo Jon. —O ellos—. Señaló hacia Sasha.

Jack hizo contacto visual con Sasha. —Todo este tiempo que has estado observando a Mason y su socio, ¿alguna vez te concentraste en Mills?

Miró a Mason y luego otra vez a Jack. —No puedo discutir eso con él cerca.

Jack le agarró la mano y la apartó. Caminaron hasta que estuvieron más allá del brillante charco de luz proyectado por el fuego.

—¿Esto es lo suficientemente lejos? — preguntó.

Miró hacia atrás y respiró hondo. —Hemos tenido a Mills bajo vigilancia durante más de doce meses. Está limpio, Jack. No tengo nada que respalde la idea de que estuviera trabajando con Naseer.

—Pero no puedes decir eso con seguridad, ¿verdad?

—Sí, puedo.

—¿Puedes decir con certeza que Mills no es quien amenaza la vida de Alex?

Ella no dijo nada.

—¿Puedes?

Ella permaneció quieta por un momento y luego sacudió la cabeza. —Eso no significa que podamos entrar y detenerlo.

—Como si no pudieras—, dijo Jack. —Así que esto es lo que sabemos. Mason llamó a Mills y le contó a su jefe lo que había sucedido aquí. ¿Tenemos un intervalo de cuánto, veinte minutos? ¿Tal vez treinta desde entonces? ¿Qué distancia pudo haber viajado la información durante ese tiempo? ¿A qué altura está la cadena?

Ella no dijo nada, se cruzó de brazos.

—Mira, o Mills llamó a Alex hace un momento, o lo hizo alguien con quien estaba en contacto. Necesitamos descubrir con quién habló y necesitamos saberlo ahora. ¿Puede tu gente hacer eso o estoy perdiendo el tiempo?

Miró a Jack durante unos segundos y luego sacó su teléfono. —Carrie, escúchame. Necesito que consigas los registros de cada llamada que Cameron Mills realizó y recibió desde hace tres días. Sí, todos ellos. Hogar, oficina, celular, latas y palomas mensajeras. No me importa de qué,

quiero saber tofo. Llámame—. Colgó, miró a Jack y realizó una segunda llamada. —Envía un equipo para detener a Cameron Mills. No, no lo traigas. Mantenlo donde quiera que esté. Sí, incluso si está en el baño. No seas un idiota. Detenlo en su casa si está allí. Llámame cuando tengas una ubicación y luego otra vez cuando lo tengas.

Colgó y forzó una sonrisa a Jack. A pesar del gesto, ella no parecía contenta de que él le dijera que hiciera su trabajo. —Mills no irá a ninguna parte.

—De acuerdo. Pero nosotros sí. Salgamos de aquí antes de que alguien se dé cuenta de que el del camión de bomberos es el primer ministro.

Entonces Jack le puso la mano en el hombro y la llevó a la furgoneta. Hizo un gesto con la cabeza hacia Oso, quien abrió la puerta de la cabina del camión y ayudó a Alex a bajar. Luego Oso, Alex y Jon subieron a la camioneta, acompañados por Jack y Sasha. La respiración entrecortada empañó las ventanas. Jon encendió el motor y pisó el acelerador. Las ventanas bajaron y el aire fresco mezclado con humo invadió el interior.

Estaban a mitad de la calle cuando Jack gritó: —¡Alto!

Jon pisó el freno. La furgoneta viró hacia la zanja y se detuvo cuando el neumático delantero golpeó el césped.

—¿Qué pasa? — preguntó Jon.

—Mason no entró—, dijo Jack.

Jon puso la furgoneta en reversa y retrocedió casi tan rápido como había avanzado. Esta vez frenó con más suavidad y se detuvieron junto a donde estaba Mason. El hombre entró sin decir palabra y sin establecer contacto visual con ninguno de ellos. Sasha se deslizó en lugar de hacer que Mason trepara sobre ella.

Jack echó un último vistazo a la casa. Los bomberos controlaron el incendio y lo limitaron a una pequeña parte de la vivienda. Los restos carbonizados surgieron en la noche como el esqueleto de un dinosaurio dormido. Pensó en los hombres que perecieron dentro y se preguntó si Naseer tendría allí hombres que hubieran logrado escapar. Owen, por ejemplo. Lo habían visto antes en la tienda, pero no había evidencia de que hubiera estado dentro de la casa. Mason le había dicho que sólo encontraron a Naseer y dos de sus hombres. ¿A dónde había ido Owen? ¿El tipo estaba huyendo con el socio de Mason?

Mason bostezó y estiró los brazos. Se giró en su asiento y se apoyó contra la puerta corredera de la camioneta. Miró hacia Jack. Los dos hombres se miraron fijamente por un momento.

—¿Qué? — preguntó Mason.

—Nada—, dijo Jack.

Tenía preguntas para él, pero no ahora. Dejó que su mirada vagara y se posara en Sasha. Sus miradas se detuvieron el uno en el otro durante un momento incómodo. Entonces la mujer tuvo la misma idea que Mason. Se movió en su asiento, se reclinó contra la ventana y cerró los ojos lentamente.

—No cierres los ojos—, dijo Jack.

—¿Por qué? — preguntó ella.

—Tu conmoción cerebral.

—Pero tengo sueño.

—Exactamente.

—Sólo cinco minutos, papá.

Jack sacudió la cabeza y golpeó a Oso en la rodilla. —Muévela cada vez que cierre los ojos durante más de cinco segundos.

Permanecieron en silencio durante unos minutos. El sonido de los neumáticos al deslizarse

sobre el asfalto era como el de la turbina de un 747.

Oso se inclinó hacia adelante y dijo: —¿Puedes verificar y asegurarte de que Mandy esté bien?

—Gloria también—, añadió Mason.

Jack levantó una ceja. ¿El tiempo forzado que pasaron juntos ayudó a la pareja a resolver algunos problemas? Mason lo despidió con un movimiento rápido de la mano.

Desde la parte delantera de la camioneta, Alex llamó a su personal y verificó que Mandy y Gloria estuvieran bien y a salvo. Jack se preguntó acerca de Mia y Erin. No había oído nada sobre el estado de Erin desde la última vez que habló con Dottie. Ahora que la redada había terminado, sus pensamientos se centraron en las mujeres y en Mia. Revisó su teléfono y encontró el número de León. Envió un mensaje de texto preguntando sobre el estado de Erin.

Siguió una respuesta de dos palabras.

Va bien.

Eso tendría que ser suficiente, pensó Jack. Iría a visitarla en la primera oportunidad que tuviera. Saber que Erin estaba bien lo tranquilizó. Se reclinó y dejó caer la cabeza hacia un lado. La imagen de la casa en llamas parecía grabada en su mente. Reemplazó las llamas con los rostros que lo rodeaban, y los rostros de aquellos que deseaba que lo rodearan. Un par de caras permanecieron iguales. Luego, después de varios momentos de concentrarse en Erin y Mia, apareció una nueva cara. Con un cabello tan rico y rojo como las llamas que envolvieron la casa y ojos tan profundos como el mar esmeralda, Clarissa sonrió y extendió la mano hacia él. Y en su abrazo imaginario, Jack se quedó dormido.

CAPÍTULO 55

Hannah se quitó la fina chaqueta azul y se la puso a Mia. La niña se había acostado unas horas antes, con el cuerpo estirado sobre tres sillas. La temperatura fresca y la relajante iluminación ambiental hicieron que la pequeña habitación fuera más propicia para dormir que la sala de espera principal. También ayudó que estuvieran solas. Al mismo tiempo, ese hecho hizo que Hannah se sintiera un poco incómoda.

Un grupo de hombres había aparecido en casa de Dottie una hora después de que León y Clarissa se fueran con Erin. Entraron y se instalaron en varias habitaciones de la casa sin decir nada. Dottie había hablado extensamente con uno de los hombres y éste acompañó a Hannah y Mia al hospital y luego se fue.

No habían sabido nada sobre el estado de Erin desde su llegada. Clarissa había hablado brevemente con ellas, pero aún no habían visto a León. Para empeorar las cosas, no le permitieron a Mia ver a su madre. Esto asustó a Hannah y empezó a esperar lo peor. Puso cara de valiente ante Mia, pero con la niña dormida ya no tuvo que hacerlo.

Entonces se levantó y se dirigió a la ventana que daba a la ciudad. Las lágrimas le distorsionaban la vista. Las luces estallaban en un caleidoscopio de colores. Ella contuvo un sollozo, se cruzó el pecho con los brazos y se abrazó con fuerza. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Fueron tanto el resultado del momento como una reacción a los acontecimientos acumulados.

¿Qué le pasaría a Mia, se preguntó, si Erin no sobrevivía? Seguramente la niña no podría vivir con Dottie. No ahora, no con todo lo que Erin había descubierto sobre la mujer. La verdad había salido a la luz acerca de que Jack era el padre, pero ella consideraba que él no estaba en condiciones de criar a una niña. Dudaba que él pudiera cuidar de sí mismo, y mucho menos de una niña, si esto le obligaba a llevar un estilo de vida normal. Ella no lo conocía muy bien, pero era obvio que el tipo no estaba hecho para trabajar de nueve a cinco.

Hannah levantó la cabeza y ajustó la mirada hacia el horizonte. Los primeros rastros del amanecer aparecían a lo lejos. El azul oscuro se volvió pálido. Ella miró su reloj: cinco y cuarto de la mañana. ¿Oirán algo pronto?

Se giró y caminó hacia Mia. La niña se había hecho un ovillo y ahora ocupaba la mayor parte de los dos asientos. Hannah se sentó cerca de la cabeza de Mia. Acarició el cabello de la niña, dejando que las puntas pasaran entre los pliegues de sus dedos y cayeran en cascada alrededor de su cabeza.

—Mamá—, susurró Mia.

—Shh, descansa, cariño.

Mia se levantó, miró a Hannah y sonrió. Se acercó y luego apoyó la cabeza en el regazo de

Hannah. La niña se quedó dormida unos momentos después.

Hannah se reclinó en su silla. Su mirada se posó en el horizonte. Se volvió más y más claro. El azul pálido había sido reemplazado por matices de rosa y naranja. La ciudad, tal como podía verla, parecía fresca y nueva.

Éste será un gran día, pensó.

La sensación en su estómago le dijo que eso era una ilusión.

Ella giró la cabeza hacia la izquierda. Un hombre estaba parado en el pasillo. Las miraba fijamente a través de la ventana. Hannah se estremeció al ver al tipo. Tenía una altura de más de seis pies. Incluso en la penumbra, sus ojos azules destacaban. Mantuvo las manos en los bolsillos de sus pantalones caqui. Su mirada cambiaba entre ella y Mia.

Hannah se enderezó y acercó a Mia. No tenía ruta de escape en caso de que el hombre entrara a la habitación. Sólo había una puerta que conducía al pasillo y una ventana que conducía a una caída de diez metros. Miró hacia la puerta y no vio forma de cerrarla desde dentro. Ella miró hacia el hombre y él permaneció en su lugar, con la mirada fija en ella.

Las ganas de llorar la habían invadido de nuevo. Ella se defendió. Su mente se apresuró a localizar al hombre. ¿Había estado en la casa? Quizás lo habían enviado para vigilarlas. De todos modos, ¿no era ese el objetivo del equipo de León? ¿Para mantenerlas a ella y a Mia a salvo?

La cabeza del tipo giró hacia la derecha y luego volvió a su lugar. Sacó la mano derecha, golpeó el cristal y luego señaló a Hannah. Él articuló algo, pero ella no pudo entender lo que dijo. ¿Debería levantarse? ¿Ir a la puerta? ¿Gritar?

Abrazó a Mia con más fuerza. En ese momento, la niña se había despertado y había notado al hombre.

—¿Quién es ese?

—No lo sé, cariño.

—¿Qué quiere?

Hannah no respondió.

El tipo volvió a mirar a su derecha, luego giró a su izquierda y se alejó. Arrastró las yemas de los dedos por el cristal mientras avanzaba.

Hannah respiró hondo. Su temblorosa exhalación no pasó desapercibida para Mia.

—¿Qué ocurre? ¿Quién era ese hombre?

Soltó a Mia y se levantó. —No sé—. Presionó su cara contra la ventana y miró hacia el pasillo en la dirección en la que se había ido el tipo. Lámparas fluorescentes se alineaban en el techo. Su brillo blanco amarillento se reflejaba en el suelo de linóleo. Sin embargo, el hombre no estaba allí. ¿Se había metido en otra habitación? ¿Llego al final y ya doblo la esquina? ¿Volvería?

Decidió que tenían que salir de la habitación y buscar un lugar donde otros pudieran ver si les pasaba algo.

—Mía, creo que deberíamos irnos.

Mía no dijo nada. La respiración de la niña se había vuelto ruidosa y rápida.

Hannah dio un paso hacia la izquierda y puso su mano en la manija de la puerta. Giró por sí sola.

CAPÍTULO 56

La puerta no se abrió de inmediato. Se sentía atascada o tal vez bloqueada. Clarissa empujó su hombro una vez, dos veces. Finalmente, en el tercer intento, logró abrirla y meter su pierna izquierda dentro.

—Vete—, dijo Hannah.

—Es Clarissa—, dijo.

La puerta se abrió de golpe y Hannah rodeó el cuello de Clarissa con sus brazos. La mujer empezó a sollozar. Sus lágrimas cubrieron las mejillas de Clarissa.

—¿Estás bien? — preguntó Clarissa.

Hannah no respondió. Ella continuó llorando.

Clarissa la abrazó fuerte y se reposicionó para poder ver toda la habitación. Le sonrió a Mia, que parecía tan asustada como Hannah.

—¿Reconociste a ese hombre? — preguntó Clarissa.

—No—, dijo Hannah entre respiraciones entrecortadas.

—Estaba bajando para ver cómo estaban ustedes dos y lo vi parado junto a la ventana. No parecía de aquí. Le grité, le pregunté quién era. Él no dijo nada. Empecé a correr, fue entonces cuando él se fue. Dobló la esquina antes de que yo llegara a la puerta.

—¿Entonces él no es uno de los muchachos de León?

—¿Él? No.

—¿Qué quería de nosotras?

—No sé.

"¿Y si regresa?"

—No te preocupes. No las dejaré a ustedes dos.

Las palabras parecieron calmar a Hannah. Después de todo, había visto de lo que era capaz Clarissa.

—¿Cómo está mi mamá? — preguntó Mía.

Clarissa hizo a Hannah a un lado y se acercó a la niña. Se sentó al lado de Mia. Tomó la mano de la niña entre las suyas.

—¿Está ella bien? — preguntó Mía.

—Tu mamá es una luchadora—, dijo Clarissa. —Ella es muy dura. El médico de ese pequeño pueblo cometió un pequeño error—. Mantuvo el pulgar y el índice juntos para enfatizar el punto. —Pero estos médicos aquí se encargaron de ello. Tuvo una cirugía rápida para reparar su pierna. La superó bien y desde entonces ha estado descansando. Debería poder irse en uno o dos días.

—¿Entonces ella está bien? — preguntó Mia.

—Ella está bien—, dijo Clarissa.

Hannah se desplomó en el asiento junto a Mia y se llevó ambas manos a la cara. Clarissa se

dio cuenta de que la mujer nunca había pasado por nada parecido a los últimos días.

—¿Cuándo podré verla? — preguntó Mía.

—Tan pronto como ella se despierte. Podrás visitarla un rato y luego las llevaré a ustedes dos por un tiempo.

—No quiero ir a ningún lado. Quiero quedarme con mi mamá.

Clarissa acarició el cabello de la niña. —Lo harás. Ella se unirá a nosotras pronto, junto con León. Estaremos a salvo y esperaremos a que pase esta locura. Una vez que todo vuelva a la normalidad, te irás a casa con tu mamá.

Mia se acomodó en su asiento y cerró los ojos. Hannah hizo lo mismo.

Clarissa observó el pasillo durante un rato. Nadie pasó. Desvió la mirada hacia la ventana y vio salir el sol y el cielo desvanecerse del azul al rosa y del rojo al naranja tenue. ¿Sería este día mejor que los anteriores? Sabía que tenía que hablar con Sinclair pronto. Ella planeaba contarle todo lo que había ocurrido. Eventualmente lo descubriría, así que no tenía sentido ocultar nada de esto. Sería mejor que lo supiera de ella. Tampoco se le podía atribuir nada de lo sucedido. Si su tapadera había sido descubierta, que así fuera. Él podría despedirla por lo que a ella le importaba.

No estaba segura de cuánto tiempo había estado dormida cuando se abrió la puerta. Antes de abrir los ojos, tenía la pistola en la mano y apuntaba al hombre que estaba en la puerta abierta.

—Relájate—, dijo.

Parpadeó un par de veces y luego le sonrió a León. —Lo siento. Había un hombre vigilando la habitación cuando llegué.

—¿Un hombre? ¿Como se veía?

—Un poco alto. Cabello rubio, ojos azules. Quizás tenga unos cuarenta años.

León se encogió de hombros. —Eso es probablemente el diez por ciento de Londres.

—Al menos.

—¿Nunca regresó?

—No que yo sepa.

—Erin está despierta y le gustaría ver a Mia.

Clarissa se acercó y sacudió a la niña por el hombro. Mia se sentó y le sonrió a León. Hannah también se despertó. Todos se levantaron y salieron de la habitación. León las condujo a través del laberinto de pasillos hasta un ascensor y, luego, a través de otro laberinto de pasillos. Diez minutos más tarde, estaban fuera de la habitación de Erin.

—Sólo una a la vez—, dijo León.

Mia entró en la habitación. La niña lloró y su madre la consoló.

Clarissa se alejó de la puerta. Se apoyó contra la pared y sacó su teléfono celular. Se quedó mirando la pantalla, como si esperara que alguien la llamara en ese momento. Nadie lo hizo. Pero no tardaría mucho. Ella estaba segura de eso.

Mia salió de la habitación. Las lágrimas mancharon sus mejillas, pero la sonrisa plasmada en su rostro contaba una historia diferente. Extendió la mano y abrazó a Hannah, quien luego fue a visitar a Erin.

Clarissa se acercó a Mia y tomó la mano de la niña entre las suyas. Esperaron en silencio con León a unos metros de distancia.

Hannah salió al pasillo y dijo: —Le gustaría verte.

—¿A mí? — Clarissa pasó junto a Hannah y entró en la habitación.

Erin se enderezó en la cama del hospital. Ella asintió, sonrió y dio unas palmaditas en el colchón. Clarissa se acercó a ella y apoyó la cadera contra la cama.

—Cuidarás bien de mi bebé, ¿no?

—Tendrá la mejor atención—, dijo Clarissa.

—Confío en ti, Clarissa. Y lamento las cosas que dije sobre Jack. No quise ofenderte.

Clarissa negó con la cabeza. —No me ofendió. Al final, creo que tienes razón. Creo que esa es la razón por la qué huí de él.

Erin extendió la mano y puso su mano sobre la de Clarissa. —No deberías.

—¿No debería qué?

—Correr.

—Demasiado tarde.

—Es demasiado tarde cuando ya es demasiado tarde. Y no es para ustedes dos. Aún no. Él está cerca. Cuando todo esto termine, tendrás que acudir a él. Está listo ahora, puedo verlo. No lo estaba cuando los dos estábamos juntos. Supongo que había demasiados demonios que expulsar. Puedo decir que quiere algo, alguien. Una nueva vida. Él no quería eso cuando yo estaba cerca. Tú, Clarissa, eres la que cambia las reglas del juego. Estoy segura de eso. Prométeme que no volverás a huir. Me preocupo por Jack, pero no hay nada para él y para mí. Pero puede haberlo para ti y para él.

Clarissa sonrió. La mujer había leído sus pensamientos y sentimientos, les había dado sentido y se los había informado a Clarissa de una manera que se los aclaraba. Erin tenía razón. Clarissa quería estar con Jack. Ella estaba lista. Jack estaba listo. Juntos podrían comenzar la vida que ella soñaba que podrían tener juntos.

—Debería ponerme en marcha—, dijo Clarissa mientras se levantaba y se volvía hacia la puerta.

—Clarissa—, dijo Erin.

Ella se volvió y no dijo nada.

—Cuida a mi bebé.

Clarissa asintió y luego salió de la habitación.

León le entregó un trozo de papel. —No lo abras hasta que llegues a la estación de autobuses. Si pasa algo, o si aparece alguien, rómpelo, deshazte de él. ¿Entiendes?

—De acuerdo—. Clarissa se guardó el papel en el bolsillo sin mirarlo.

—Todo lo que necesitas está escrito allí. El autobús por tomar, la parada en la que se bajarán y las direcciones desde allí.

—Está bien, lo tengo—. Ella pasó junto a él y tomó la mano de Mia.

—Estaré allí tan pronto como le den el alta a Erin—, dijo. —Ojalá hoy, pero tal vez mañana. Probablemente estaremos sin Dottie por unos días. No lo sé todavía. Pero una vez que estemos todos juntos, comenzaremos la siguiente etapa del viaje.

—¿A dónde?

León negó con la cabeza. —Aún no.

Intercambiaron números de teléfono y se despidieron. León levantó a Mia y la abrazó. Luego envió a la niña y a Hannah al pasillo a esperar.

—Toma esto—, dijo mientras le entregaba a Clarissa una pequeña mochila.

La bolsa era pesada, pero no voluminosa. —¿Qué es?

—Mi Browning de repuesto. La necesitas más que yo ahora mismo. Es una excelente pieza de respaldo o, en el peor de los casos, Hannah puede usarla.

—¿Crees que sabe qué hacer con ella?

—Ella creció en el bosque con un loco superviviente por padre. Ella sabe.

Clarissa se echó el bolso al hombro y luego extendió la mano y abrazó a León. Ella besó su

mejilla. La barba incipiente de su cara se le hundió en los labios como diminutos fragmentos de cristal.

—Vamos, sal de aquí—, dijo. —Nos veremos a más tardar mañana por la noche.

Clarissa se giró y alcanzó a Mia y Hannah. Continuó con precaución, investigó cada pasillo por el que pasaron, miró cada habitación con una ventana descubierta. El hombre no había regresado, pero eso no significaba que se hubiera ido. Por lo que ella sabía, él podría estar cerca observando y esperando.

Salieron del hospital. El aire de la mañana era cálido y perfumado por los gases de escape. Sabía a dónde tenían que ir, pero no tenía idea de cómo llegar allí.

—¿A dónde vamos? — preguntó Hannah. Quizás percibió la indecisión de Clarissa.

—A la estación de autobuses.

—Tengo hambre—, dijo Mia.

—Estoy segura de que habrá algo para comer allí—, dijo Clarissa.

—Pero quiero comer ahora—, dijo Mia.

Hannah se arrodilló. —Mia, tenemos que irnos ahora. No hay tiempo para detenerse. ¿De acuerdo? Comeremos tan pronto como podamos.

La niña asintió y tomó la mano de Hannah.

—Sígueme—, dijo Hannah. —Sé cómo llegar allí.

Entonces se dirigieron hacia la estación de autobuses. Clarissa buscó un taxi, pero no vio ninguno. No conocía las rutas de los autobuses urbanos en esta parte de Londres. Incluso si lo hiciera, le llevaría más tiempo utilizar el transporte público que caminar.

Cuando el coche se detuvo con un chirrido a seis metros delante de ellos, la primera reacción de Clarissa fue darse media vuelta y echar a correr. El segundo coche que se detuvo detrás de ellas negó ese pensamiento.

Delante, un hombre salió de un sedán gris. Era alto, rubio, de unos cuarenta años.

—Ese es él—, dijo Hannah.

Clarissa se quitó el bolso del hombro, abrió la cremallera y metió la mano izquierda dentro. Envolvió la palma de su mano alrededor del asa de la Browning y dejó caer la bolsa al suelo. Luego pasó su mano derecha alrededor de su espalda y debajo de su camisa y sacó su Sig de su funda. Se memorizó la posición del hombre frente a ella. Luego miró por encima del hombro. Nadie había bajado del segundo coche, pero la observaban. Vio una furgoneta negra que se acercaba a gran velocidad. Los neumáticos chirriaron cuando el vehículo desaceleró. Clarissa miró hacia adelante y vio al rubio retroceder unos pasos. Giró la cabeza y vio la furgoneta negra chocar con el segundo coche. El impacto hizo que el coche aparcado se dirigiera hacia las mujeres.

Hannah agarró a Mia y se lanzó hacia la calle. La mujer logró girar en el aire y aterrizar de espaldas con Mia apretada contra su pecho.

Clarissa no tuvo más remedio que lanzarse en la otra dirección, hacia el edificio. El coche color canela chocó con la acera y se elevó unos metros en el aire. Se dirigió directamente hacia ella. Las ruedas delanteras golpearon la acera, rebotaron hacia arriba y hacia adelante. El hombre al volante tenía los ojos muy abiertos y la boca abierta. Agarró el volante y se inclinó sobre él. Las ruedas volvieron a tocar tierra. Clarissa se deslizó hacia atrás contra la pared. Logró ponerse de pie de un salto mientras estaba agachada. El automóvil estaba cerca del punto de impacto, un impacto que posiblemente acabaría con la vida de Clarissa o probablemente le provocaría una fractura en la columna.

Se lanzó hacia su izquierda sin importar cómo aterrizaría. El auto chocó con el costado del

edificio. Sintió que el dolor irradiaba por su cuerpo. ¿Pero de dónde? Cubría cada centímetro de su ser. Se obligó a mirar hacia arriba, esperando ver su pierna atrapada entre el auto y la pared. Aunque no lo estaba. Ella había evitado ser golpeada por unos pocos metros. Ella se levantó. El hombre en el asiento del conductor estaba tumbado sobre el volante, mitad dentro, mitad fuera del coche. Fragmentos de vidrio dentados le habían destrozado la carne.

—¡Clarissa! —, gritó Hannah.

Clarissa se obligó a subir por completo. Examinó la calle y la acera. La multitud que se había formado hacía imposible ver mucho. Hannah volvió a gritar. Mía también lo hizo. Clarissa apretó los puños. Se dio cuenta de que estaban vacíos. Ella escaneó el suelo a su alrededor. No pudo encontrar el Sig, pero localizó el Browning. Ella lo recogió. Su antebrazo derecho gritó de dolor cuando agarró la pistola.

La puerta corredera de la furgoneta empezó a abrirse. Clarissa avanzó, alejándose de la furgoneta. Todavía no lograba localizar a Hannah y Mia. Se subió al maletero del coche color canela. Desde allí, tenía suficiente altura para ver todo lo que sucedía en la calle. La gente continuó su camino hacia el lugar del accidente. Las sirenas de la policía chirriaban a lo lejos. El coche debía de estar todavía a unos minutos de distancia. Ella no pudo encontrarlo.

Escuchó más gritos. Vio al hombre rubio moviéndose contra el flujo de espectadores. Tenía a Mia en su cadera derecha. Su mano derecha estaba alrededor del cabello de Hannah y la arrastró hacia el auto. Nadie se detuvo para ayudar o interferir. Un segundo hombre salió del vehículo. Ella lo conocía, lo había visto antes. Quizás en casa de Naseer, pensó. Tomó a Mia y la puso en el asiento trasero. Luego, el hombre sacó un arma y apuntó a la niña. Dijo algo indescifrable por encima del murmullo de la multitud.

Clarissa se pasó la Browning al brazo izquierdo y la levantó hacia los hombres y gritó: —Déjala ir.

El hombre miró hacia ella, giró el brazo y disparó. El disparo salió desviado de Clarissa. Escuchó a una mujer gritar de dolor y luego un cuerpo cayó al suelo. El hombre volvió a disparar. Clarissa saltó del baúl. El dolor le atravesó la rodilla. Plantó su mano derecha en el suelo, pero no pudo usarla para ayudarse a levantarse. Logró ponerse de rodillas y luego de pie. Apuntó su arma en dirección al auto. La multitud frente a ella se separó. El hombre rubio estaba parado frente a la puerta del conductor. La abrió.

—Bastardo—, gritó Clarissa.

El hombre la miró, enojado al principio, luego sonrió. Ella apretó el gatillo. La bala impactó en la puerta al lado del hombre. Sacudió la cabeza. Tomó un segundo, inhaló, estabilizó su brazo izquierdo y apuntó. Un brazo cayó sobre el de ella. Ella disparó hacia la calle. Trozos de asfalto endurecido se dispararon como lava fundida. El rubio volvió a sonreír antes de desaparecer en el coche. Las luces traseras se encendieron y luego se apagaron. El coche se alejó de la acera.

—Vamos—, dijo un hombre detrás de ella mientras la levantaba. Su mano le apretó el antebrazo y ella gritó de dolor.

—Déjame ir—, dijo, clavando su talón en el pie del chico.

Se la llevó a rastras, la hizo girar y la llevó a la furgoneta negra. Ella luchó, pateó, golpeó. No importaba. Ella no podía liberarse. La metió en la furgoneta y luego entró. Ella retrocedió hacia la esquina. Su corazón se hundió cuando vio a Randy sacudiendo la cabeza hacia ella.

Randy estaba allí para limpiar el desastre que causaron.

Ella había hecho un desastre enorme. Sinclair se había enterado. Enviaría a Randy para que se ocupara de ello.

—Que te jodan—, dijo.

Él sonrió y asintió hacia la parte delantera de la camioneta. El hombre al volante se giró y la miró fijamente.

—Sinclair—, dijo.

—Es hora de que te vayas.

EPISODIO 15

CAPÍTULO 57

Hannah rodeó a Mia con su brazo derecho y la acercó. Con los ojos llenos de lágrimas, miró al hombre detrás del volante. Él miró hacia el retrovisor y se encontró con su mirada.

—¿Qué quieres de nosotras? — dijo con los dientes apretados.

Ninguno de los dos dijo nada.

—¿Por qué no nos dejas ir?

De nuevo, no hubo respuesta.

—Bastardos. Habrá todo un equipo de hombres tan metidos en sus traseros que desearán estar muertos. Y van a satisfacer ese deseo. Eso es lo que hacen. Sus vidas son tan inútiles como esa porquería que acaban de atravesar.

—Oh, cállate—, dijo el hombre que conducía el auto.

—Dime dónde estás…

—Dije que te calles—. Le hizo un gesto con la cabeza al otro tipo, que se giró en su asiento y apuntó con su pistola a Hannah.

Apartó a Mia y se inclinó hacia adelante. —Hazlo entonces. ¿O no eres lo suficientemente hombre?

El chico sonrió. —No me tientes.

—No vas a hacer nada. Apunta esa arma a otra parte.

El chico se encogió de hombros y se removió en su asiento. Quizás asumió que ella se había rendido. No podría estar más equivocado.

—¿Qué estás haciendo? — preguntó el hombre que conducía.

—No les voy a disparar y lo sabes—, dijo el tipo. —Conoces nuestras órdenes.

Hannah se reclinó, se volvió y miró por la ventana. Los edificios pasaban borrosos. Al igual que los interminables árboles de donde creció, la ciudad era su propio tipo de naturaleza salvaje. El auto giró varias veces y ella había perdido de vista dónde estaban. A su lado, Mia alternaba entre sollozos y llanto. Hannah la acercó de nuevo.

Permanecieron en silencio durante el resto del viaje. Cuanto más se alejaban de la ciudad, más temía Hannah de que ella o Mia, o quizás ambas, no estuvieran vivas al cabo de un día. Aunque, ¿los hombres las habrían cogido a plena luz del día, en una calle concurrida, si su intención fuera matarlas? Si tan solo pudiera evaluar qué era lo que querían...

Ella no quería pensar más en eso. Deseó haberse quedado en casa en lugar de regresar a Inglaterra. A la luz de todo lo que había sucedido, lidiar con su padre durante unos meses habría sido muy sencillo en comparación con los últimos días.

Mia se acercó más. Hannah sintió el aliento caliente de la niña en su mano. Supo en ese

momento que estaba donde se suponía que debía estar. ¿Quién protegería a la niña si no ella?

El coche giró hacia una calle residencial en lo que alguna vez pudo haber sido un bonito barrio. Pasaron por varias hileras de casas, viejas, destartaladas y en mal estado. Giraron a la izquierda, luego otra izquierda hacia un callejón que discurría entre dos calles. El hombre que conducía se detuvo detrás de una casa. El otro tipo salió y abrió una puerta. Pasó y el hombre cerró la puerta, luego se adelantó al auto y abrió la puerta del garaje. Entraron y se detuvieron. El conductor salió. La luz del sol se desvaneció cuando la puerta se cerró nuevamente. El conductor abrió la puerta de Hannah.

—Fuera—, dijo.

Hannah sacó las piernas y usó la puerta para levantarse frente al hombre.

—Retrocede—, dijo.

Giró noventa grados y dio un paso atrás. El tipo rodeó la puerta, metió la mano y sacó a Mia. Dejó a la chica en el suelo. Rápidamente encontró a Hannah y se metió detrás de ella.

—¿Ahora qué? — dijo Hannah.

Los hombres intercambiaron miradas. El chico más joven señaló hacia una puerta.

—Ahí dentro—, dijo.

—Tú primero—, dijo.

Le apuntó con su arma. —Aquí no das las órdenes.

Pensó en dar un paso más y obligar a los hombres a hacer su movimiento. Entonces sintió el agarre de Mia en su mano. El suave toque la animó a cooperar. Llegaría el momento en que uno de los hombres cometería un desliz, pensó. La subestimaron. Un gran error. Era sólo cuestión de tiempo antes de que ella reclamara venganza.

Pasó al hombre y abrió la puerta. La habitación estaba oscura y mohosa. Una luz tenue se filtraba a través del cristal pintado. Un centímetro de polvo lo cubría todo. No parecía que nadie viviera en la casa. Extendió la mano y palpó la pared. Accionó el interruptor de la luz, pero no pasó nada.

—Aquí no hay electricidad—, dijo el tipo. —Muévete hacia adentro.

Hannah llevó a Mia con ella cuando entró a la casa por la cocina. En el fregadero había un montón de platos. No se acercó lo suficiente para ver si estaban sucios o limpios, pero si el olor era una indicación, no habían sido lavados previamente.

—Sigue moviéndote—, dijo el chico.

Sintió la punta de su pistola en medio de su espalda. Empujó a Mia hacia adelante y continuó por la cocina hasta una habitación vacía.

—Suban las escaleras.

Dieron media vuelta y subieron un tramo, doblaron una esquina y subieron otro tramo.

—Al final del pasillo. Última habitación a la derecha.

Siguió las instrucciones y llegó a una puerta cerrada. Extendió la mano y giró la manija. Una ráfaga de aire viciado escapó de la habitación. En el interior había dos camas sin sábanas y una alfombra entre ellas. Por lo demás, la habitación estaba vacía. La ventana de la pared estaba cubierta con cortinas oscuras bien cerradas. No penetraba ni un solo rayo de luz.

—Entren.

Condujo a Mia a través de la puerta y hacia una de las camas. La niña se sentó en el borde de la cama. Hannah tomó la otra.

El tipo las siguió. —Hay una luz que funciona con baterías en la esquina. No te atrevas a abrir las cortinas. Tenemos a alguien al otro lado de la calle mirando. Así que Dios te libre, si lo haces, te golpearé.

Hannah no dijo nada. Mía sollozó.

—Subiremos en un rato con comida y para dejarlas usar el baño. Ni se te ocurra intentar abrir la puerta. De todos modos, estará cerrada.

—¿Cuánto tiempo nos vas a tener aquí?

—Hasta que me digan que te traslade.

—¿Quién?

El chico no respondió. Movió el dedo índice derecho, dio un paso atrás y cerró la puerta. Hannah escuchó que la cerradura se cerraba. Resistió la tentación de comprobar el pomo de la puerta. Pero Mia no lo hizo. La muchacha se levantó y corrió hacia la puerta. Agarró el asa, se giró y tiró.

Se oyó un golpe desde el otro lado. —Dije que no toques la maldita puerta.

Mia saltó hacia atrás y comenzó a llorar. Hannah se acercó a ella, la atrajo hacia la cama y la abrazó con fuerza.

—Saldremos de aquí pronto, cariño. No te preocupes. Estaremos en casa pronto.

CAPÍTULO 58

—¿Entonces qué has estado haciendo? — preguntó Sinclair.

Clarissa miró al suelo y no dijo nada.

—¿Ya no sabes cómo responder? — dijo.

—Puedo sacárselo—, dijo Randy.

—Cállate, Randy—, dijo Sinclair.

Clarissa pensó en media docena de escenarios destinados a sacarla de la camioneta y alejarla de los hombres. Ninguno terminó lógicamente con el resultado que esperaba. Por ahora, lo mejor que podía hacer era permanecer quieta y en silencio y ver qué quería Sinclair de ella. ¿Se equivocaría? ¿Diría algo para darle una pista? No es probable, pensó.

—Sabes que tengo formas de hacerte hablar, Clarissa. Piensa en la primera vez que nos conocimos.

Ella no tuvo que pensar mucho. El encuentro se había arraigado profundamente en su psique. No pasó una semana en la que no se despertara sudando frío pensando en la aguja de Sinclair.

—No tiene porqué llegar a eso, niña. Sólo tengo algunas preguntas para ti. Pero, como siempre, depende de ti cómo procedemos.

Clarissa lo pensó por un momento. Sabía que, pasara lo que pasara, Sinclair le sacaría la verdad. Lo conseguiría por cualquier medio, si fuera necesario. Se había preparado para este momento hace mucho tiempo. Supuso que esta conversación se produciría por teléfono, lo que le habría hecho tener menos miedo de los posibles resultados.

—¿Bien?

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—¿Cómo me has encontrado aquí?

Sonrió y se pasó el pulgar y el índice por el bigote. —Tú primero.

Miró de Sinclair a Randy, quien miraba desconcertado. Su estómago se hizo un nudo ante las posibles razones por las que él estaba con ellos.

—Spiers me recibió en el tren. Lo vi desde el principio. Se acercó y se identificó. Quedó claro que no tenía más remedio que quedarme con él.

—Es un buen agente—, dijo Sinclair.

—Sí, bueno. Recibió una llamada. Me dijo que los planes habían cambiado. No estuvimos mucho tiempo en París cuando tomamos otro tren a Bruselas. Allí conocimos a dos mujeres y una niña y las escoltamos a un pequeño pueblo. Spiers debía velar por ellas.

—¿Quién le dio este trabajo?

Clarissa se encogió de hombros y no dijo nada.

Sinclair la estudió por un momento. No necesitaba una aguja para determinar si ella estaba

diciendo la verdad o no. Sabía que él se había dado cuenta de su mentira.

—Continúa—, dijo.

—Fuimos a esta vieja casa en las afueras de un antiguo pueblo. A la mañana siguiente, fui a la ciudad a buscar leche, café, ya sabes, cosas para el desayuno. Un coche se detuvo frente a la tienda y luego desapareció.

—¿Qué tipo de coche?

—Mercedes o BMW, supongo. Sabes que no me importan los coches. Era elegante y plateado y tenía los cristales tintados de oscuro. Afuera estaba nublado, brumoso. No pude ver la casa hasta que estuve cerca. Vi ese mismo auto allí, en la entrada. Me acerqué por el campo. Uno de los hombres salió. Esperé, luego ataqué y lo eliminé.

—¿Lo sacaste?

Ella miró hacia otro lado. —Temporalmente, supongo. Ya se había ido cuando volví a salir.

—¿Qué pasó cuando entraste?

—Encontré a Spiers muerto. No creas que tuvo la oportunidad de defenderse. Luego maté al segundo hombre.

—¿Sabes quiénes eran estos hombres?

Ella sacudió su cabeza.

—¿Podrías identificarlos si vieras una foto?

—Tal vez. No sé. Es todo borroso. Al tipo de afuera nunca le vi la cara sin sangre por todas partes. Al tipo que estaba adentro, solo lo vi por un momento. A Erin le dispararon...

—¿Quién?

—A Erin, una de las mujeres, le dispararon. La atendimos y la sacamos de allí. En ese momento, no sabía si el tipo volvería o no, ni qué estaba pasando.

Sinclair asintió. Apartó la mirada y se recostó en su asiento. Randy continuó mirándola. Desvió la mirada hacia el sólido panel lateral a su izquierda.

—Entonces, ¿por qué no me llamaste? — preguntó Sinclair. Él permaneció sentado hacia adelante.

—Tenía miedo—, dijo.

—¿De qué?

—Tu reacción.

—¿Cómo esperabas que reaccionara?

—Pensé que estarías enojado.

—¿Por qué habría estado enojado?

—Porque no estaba en París. Me fui, posiblemente arruinando todo por lo que habíamos estado trabajando. Podría haber arruinado la alianza que habíamos construido con Naseer y sus hombres. Mucha gente ha dedicado tantas horas para llegar hasta aquí. Odiaría ser yo quien destruyera eso.

Sinclair asintió y no dijo nada.

—Sabía que tenía que decírtelo, pero primero quería averiguar si las cosas todavía estaban bien con Naseer.

—Bueno, eso no será un gran problema ya que está muerto.

—¿Qué? ¿Cuándo pasó eso?

—Anoche.

—Pero tenía un plan de contingencia y todavía tiene hombres en quienes confía y que pueden dirigir la operación. Y sí, vas a descubrir si todavía tenemos nuestras conexiones con su grupo. Y si no lo hacemos, serás quien pague el precio. Entrarás sin apoyo.

Clarissa no dijo nada. Sus palabras tenían la intención de amenazarla o asustarla. No lo hicieron. Había estado preparada para entrar en la guarida de los leones, sola y desarmada. El hecho de que Naseer ya no estuviera allí podría hacerlo más fácil. O más difícil, dependiendo de quién dio un paso al frente y tomó el control.

—Una última cosa—, dijo Sinclair.

Clarissa levantó la vista.

—¿Por qué seguiste ayudando a esas mujeres? Incluso hoy estuviste con ellas. ¿Por qué?

Algo en la forma en que la miró le dijo que él lo sabía. Tal vez fue el movimiento de sus dedos o el intenso ardor en su ojo bueno. De todos modos, ella decidió confesar.

—Jack—, dijo.

—¿Noble?

—Sí.

—Continúa.

—Él era quien quería protegerlas. Llamó a Spiers.

—¿Por qué sabía que estabas con ellos?

Ella sacudió su cabeza. —Él no sabe que estoy en Londres. No me he acercado a él. Me hice la tonta con Spiers. Jack no sabe que yo estoy aquí.

—Me pregunto cómo se conocieron él y Spiers.

—Todos nos conocemos—, dijo Randy. —Simplemente nunca estás invitado a la fiesta.

Sinclair negó con la cabeza. —Sí, bueno, determinaremos si él sabe o no que estás aquí en una fecha posterior—. Puso la furgoneta en marcha y se alejó de la acera.

—¿A dónde vamos? — preguntó dijo.

—Lejos—, dijo.

—Pero las chicas—, dijo.

—¿Qué hay con ellas?

—Tengo que ayudarlas. ¿No viste a esos hombres secuestrarlas?

—Uno de esos hombres era un agente de la inteligencia británica. Tengo todas las razones para creer que pensaron que ibas a lastimarlas y por eso se las llevaron.

—Eso es una carga y lo sabes.

Sinclair no dijo nada.

Condujeron hasta llegar a la M11. Se incorporaron a la autopista y se dirigieron al norte.

CAPÍTULO 59

Jack aparcó el Audi en doble fila en la parte trasera del aparcamiento de la sala de urgencias y corrió hacia la entrada. A medio camino entre el coche y el hospital se le ocurrió que tal vez había dejado la puerta abierta. Sintió que las llaves golpeaban su pierna con cada paso que daba, por lo que nadie podría robar el vehículo, al menos no fácilmente.

Oso se había quedado con Alex y Jon. Dijo que quería pasar un poco de tiempo con Mandy para asegurarse de que estaba bien. La niña odiaba estar encerrada durante más de una o dos horas. Jack imaginó que le había costado mucho estar bajo tierra, debajo de la casa, durante tanto tiempo.

Sasha había dejado el Número 10 antes que Jack. Tenía que ir a la oficina y quería pasar por el hospital y ver cómo estaba Mason. El mismo hospital al que Jack estaba a punto de ingresar. Pero esa no era la razón por la que Jack estaba aquí. Erin había sido llevada al mismo hospital el día anterior. La habían llevado de urgencia a una cirugía para reparar su arteria femoral desgarrada.

Jack pasó por delante de las puertas corredizas dobles que conducían a la sala de urgencias y en su lugar utilizó la entrada principal del hospital. No se había molestado en lavarse ni cambiarse la ropa de la noche anterior. Se había acostumbrado al olor cuando llegaron a las afueras de Londres. Su apariencia sucia atrajo varias miradas de los pacientes, visitantes y personal. La mujer del mostrador de información no fue la excepción. Ella evitó hacer contacto visual y le habló con desdén en su voz mientras le decía el número de la habitación de Erin y le daba instrucciones.

Él le dio las gracias y avanzó rápidamente por los pasillos. Cuando llegó a la habitación de Erin, encontró la puerta abierta. Dio un paso adentro y golpeó la puerta con los nudillos. León, que había estado dormido en la silla al lado de la cama, se sobresaltó. La mano del chico se deslizó dentro de su abrigo y la sacó cuando se dio cuenta de que era Jack el que estaba en la habitación.

Erin giró la cabeza de derecha a izquierda y sonrió. La tensión que Jack sintió en su cuello y hombros desapareció.

—Hola, Jack—, dijo.

Cruzó la habitación, se inclinó y la besó en la mejilla. —¿Estás bien?

Ella asintió. —Voy a estar bien.

León se levantó. —Estaré en el pasillo—. Chocó con el hombro de Jack al pasar. El espacio entre la cama y la pared era estrecho, pero no tanto.

—¿Qué le pasa? —dijo Jack.

Ella se encogió de hombros. —Ni idea. Está de mal humor, supongo.

—¿Dónde está Mia?

—Ella está con Hannah.

—¿Dónde están?

—Se fueron hace un tiempo.

—Erin, ¿a dónde fueron?

—No debería decirte esto—. Ella se mordió el labio y buscó su rostro. —Por otra parte, tal vez debería.

Jack interceptó su mano y la colocó sobre la cama, apoyando la suya encima. —¿Qué?

—Están con una vieja amiga tuya.

—El único amigo que tengo en Londres es el primer ministro en este momento.

—Clarissa.

—¿Qué quieres decir, Clarissa?

—Ella está aquí. Ella está cuidando a las chicas. Llevándolas a un lugar seguro.

Jack miró por encima del hombro. León estaba en la puerta. El hombre asintió. —Un lugar seguro.

—¿Cómo pasó esto? — preguntó Jack.

—Ella estaba con el hombre al que llamaste para ayudarnos en París—, dijo Erin.

—¿Spiers? ¿Cómo terminó con él?

Erin se encogió de hombros.

Jack permaneció en silencio por un momento. Procesó la nueva información y la dejó reposar. Las piezas empezaron a encajar. Sabía que la conexión entre Clarissa y Spiers se cruzaba a través de Sinclair. Esa debe haber sido la razón por la que se fue.

—Está bien—, dijo. —Podremos solucionar esto lo suficientemente pronto.

—No seas tonto, Jack.

—¿Qué quieres decir?

Detrás de él, escuchó a León contestar su teléfono y salir al pasillo.

—Significa que tú y esta mujer están destinados a estar juntos. No seas un imbécil egoísta y la alejes.

—No lo entiendes. Así no es como...”

—¿Así no es cómo qué? — dijo ella. —Te conozco mejor de lo que piensas. Siete años no te han cambiado mucho, ¿sabes?

—Aquí hay cosas más importantes que mi vida amorosa en juego, Erin. El primer ministro ha sido amenazado. Pensamos que habíamos eliminado la amenaza, pero continúa.

Su cara se volvió preocupada. —¿Crees que todavía nos persiguen?

—No sé si los dos están relacionados. Así parece. Sin embargo, falta un vínculo. Todas las personas de las que sospecho resultan estar limpias. ¿Cuál diablos es la conexión entre usted, el primer ministro y yo?

—Tú eres el espía, no yo.

—Gracias por la observación.

León entró en la habitación. El color había desaparecido de su rostro.

—León—, dijo Erin. —¿Qué pasa?

Abrió la boca, pero no le salieron palabras.

Jack se giró y caminó hacia él. —¿Qué está sucediendo?

Miró de Erin a Jack. —Ven al pasillo.

Jack lo siguió fuera de la habitación. Las luces del pasillo brillaron más y entrecerró los ojos para adaptarse al brillo. Pasaron tres enfermeras, una de las cuales parecía recién salida de la escuela de enfermería. Todas miraron la ropa cubierta de tierra de Jack. Escuchó a una hacer un

comentario, pero lo descartó después de *lo viste*.

León entrelazó los dedos detrás de la cabeza y exhaló varias veces rápida y profundamente.

—León, ¿qué está pasando?

—Las chicas—, dijo.

—¿Qué hay de ellas?

—Han sido secuestradas.

—¿Las tres?

—Sólo hay dos.

—La mujer que enviaste con ellas.

Sacudió la cabeza. —No saben qué le pasó a Clarissa. Algo sobre un accidente automovilístico, balas volando.

La visión de Jack se oscureció por los bordes, su cabeza daba vueltas. Sentía que sus pulmones habían colapsado. No podía forzarles a respirar. Alcanzó la pared y cayó contra ella.

—¿Jack?

Las palabras de León sonaron como si hubieran llegado a lo más profundo de un cañón, a más de un kilómetro de distancia. Escuchó su nombre una y otra vez, cada vez más lejos. Había experimentado esto en el pasado, pero habían pasado al menos algunos años desde el último episodio. Jack sintió que chocaba con la pared y luego contra el suelo. El mundo a su alrededor se volvió negro.

Una ráfaga de amoníaco sacó a Jack de su estado inconsciente. Las tres enfermeras se cernían sobre él. La joven parecía asustada.

—¿Se encuentra bien, señor? — preguntó una de las mayores.

—Bien—. Luchó por encontrar el equilibrio y se levantó. Extendió la mano y usó la pared para estabilizarse. —¿Qué pasó?

—Te desmayaste. ¿Te has sentido bien? — preguntó la enfermera.

—Estoy bien. Continúe su camino.

León dio un paso atrás y miró a Jack de arriba abajo. Una cierta cantidad de miedo se escondía detrás de los ojos del hombre.

—Eso nunca me había sucedido—, dijo Jack.

León sacudió la cabeza en ráfagas breves y suaves. —No hay problema. Fue casi mi reacción también. Mira, Jack, lo que sea que necesites, te ayudaré.

Ambos hicieron a un lado el incidente. Jack asintió. —Tenemos que decírselo.

—Lo sé.

Juntos volvieron a entrar en la habitación. Erin se sentó erguida en la cama, las lágrimas corrían por sus mejillas. Sacudió la cabeza cuando se acercaron.

—No—, dijo ella.

—Lo siento—, dijo Jack.

—Haremos todo lo posible para encontrarlas—, dijo León.

Jack abrazó a Erin durante varios segundos y luego se apartó. —Voy a encontrar a quien haya hecho esto y voy a matarlo. Erin, no descansaré hasta que esta gente esté muerta.

—Solo encuentra a mi bebé, Jack—. Respiró hondo y se secó las lágrimas de los ojos. —Encuentra a nuestra bebé.

CAPÍTULO 60

—Lo haré—, dijo Jack mientras se inclinaba y besaba a Erin en la frente. Él le dio una última mirada, se levantó de la cama y se dirigió hacia la puerta.

—Jack—, dijo León.

Jack pasó junto al hombre y no dijo nada. León lo siguió hasta el pasillo y lo llamó dos veces. Jack siguió adelante. Recorrió el laberinto de pasillos y salió por la sala de espera de urgencias. A pesar de todo, ignoró las miradas de las personas ofendidas por su ropa sucia y las duras palabras de quienes le decían que no pertenecía a cierta parte del hospital.

Pensamiento y acción enfocados.

Al diablo con ellos y con cualquiera que lograra interponerse en su camino.

El carril de ambulancias estaba lleno con cuatro personas. Los médicos descargaban camillas con personas que parecían haber tenido suerte de sobrevivir a un accidente grave. Por un segundo se preguntó si habría habido otro ataque. Supuso que el hospital habría estado a tope si ese fuera el caso.

Caminó entre la parte delantera y trasera de las dos primeras ambulancias y luego cruzó corriendo el carril de circulación entre el aparcamiento y el hospital. Un miniván blanco se detuvo y esperó hasta que pasó. El estacionamiento estaba lleno. Más lleno que cuando llegó. Metió la mano en su bolsillo, sacó el llavero y presionó el botón. Sonó una bocina en intervalos de tres segundos. Vio el Audi plateado y sus luces intermitentes. La puerta del conductor estaba cerrada. Un coche eléctrico del tamaño de un frigorífico se había encajado entre el Audi y un coche contiguo.

Jack se deslizó en el asiento del conductor. Tuvo que adaptarse a conducir en el lado derecho del coche. Cada vez que conducía por Londres jugaba con su cerebro. Había evitado por poco algunos accidentes debido a que el hábito se había apoderado de él. No evitó chocar con el coche eléctrico cuando dio marcha atrás.

Oh bien.

Al ser un vehículo de caravana, el Audi estaba equipado con luces estroboscópicas y una sirena, además de sus funciones avanzadas de navegación GPS. Mientras salía del lugar de estacionamiento y se acercaba a la salida, encendió los tres. El viaje, que podría haber durado más de una hora desde el aparcamiento de Londres al lugar que llamaban carreteras, le llevó a Jack quince minutos. La unidad GPS lo llevó al estacionamiento contiguo a la sala subterránea que conectaba con el laberinto de túneles debajo y alrededor del Número 10.

Estacionó y salió del auto. Los vapores del gas lo rodeaban. La única puerta de la habitación se abrió tras una serie de clics de múltiples cerraduras de varios tipos. Jon entró en la habitación.

—¿Cómo está tu amiga? — preguntó Jon.

—Ella va a estar bien.

Jack pasó junto a Jon sin mirarlo y tomó el túnel en la única dirección que llevaba.

Jon lo alcanzó y puso una mano en el hombro de Jack. —¿Pero?

Jack se hizo a un lado para liberarse del agarre del hombre. Su brazo opuesto rozó la pared del túnel. La condensación cubrió su mano.

—Hay más problemas— dijo Jack.

—¿Qué pasó? — preguntó Jon.

Jack miró hacia atrás y comprobó que no había nadie más dentro del túnel. Decidió que era hora de poner a prueba a Jon. Se giró hacia la izquierda y hundió el puño derecho en el plexo solar de Jon. El chico dejó escapar un jadeo. Jack agarró al hombre por el cuello y se negó a permitirle inclinarse y relajar el diafragma. Levantó a Jon y deslizó su espalda contra la pared abovedada, con la cabeza hacia el techo, por lo que se vio obligado a mirar a Jack.

—¿Qué? — Jon intentó decir, pero el sonido salió ahogado.

—¿Por qué lo hiciste?

El hombre no dijo nada. No es que no pudiera decir algo. No podía hablar. Su rostro se puso rojo intenso. Las venas sobresalían de su frente, como serpientes cabalgando sobre la superficie de un mar rojo sangre. Los ojos de Jon comenzaron a sobresalir y a girar hacia atrás. Jack lo soltó. El hombre cayó al suelo, de rodillas, antebrazos y luego de cara. Su cuerpo formaba una masa acurrucada. Rodó hacia un lado. Un fuerte grito ahogado escapó de su boca cuando finalmente logró forzar el ingreso de aire a sus pulmones.

—Ya es suficiente—, dijo Jack. Se agachó, agarró a Jon por el cuello y tiró de él hacia arriba. Empujó al tipo contra la pared, lo inmovilizó allí, pero esta vez no lo estranguló.

Jon jadeó y contuvo el aliento. —¿Qué estás haciendo?

—Dime tú.

—No tengo idea de qué estás hablando.

—Ni idea, ¿eh? Pregúntame por qué no te creo.

Jon no dijo nada. Cerró los ojos y tragó saliva.

—¡Pregúnteme! — gritó Jack. Sacó su Beretta y la colocó bajo la barbilla de Jon.

—Pregúntame—, dijo Jack de nuevo.

—¿Por qué?

—Dime por qué lo hiciste.

—¿Hice qué?

—Las chicas. ¿Por qué las secuestraste? ¿Qué tipo de juego estás jugando aquí?

Jon se aflojó. Cada músculo tenso del cuerpo del chico pareció relajarse. O tal vez entró en alguna especie de parálisis forzada. El chico apoyó la cabeza contra la pared, con los hombros caídos. Miró por encima de su nariz y niveló su mirada con la de Jack.

—Dime—, dijo Jack.

—Jack, no hice nada. Mi única responsabilidad es hacia Alex. Eso es todo. Soy cien por ciento legítimo. Te daré todo lo que necesites para encontrarlas. Recorreré la maldita ciudad contigo. Tienes que creerme. No tuve nada que ver con eso.

Jack bajó las manos y dio un paso atrás. Jon no se movió. Jack enfundó su arma y mantuvo su mirada fija en Jon.

—No sé si te creo.

Jon extendió la mano hacia un lado, con los dedos abiertos.

Jack no lo aceptó.

—He estado allí antes, Jack. Todo el mundo es un enemigo hasta que se demuestre lo contrario.

Palabras por las que Jack vivia. Y Jon todavía no había demostrado su valía, de una forma u otra. Por un lado, se había mostrado distante y les había criticado. Por otro lado, el chico había logrado superar todos los desafíos que le habían planteado.

—Vamos—, dijo Jack.

Jon guió y Jack lo siguió a través del laberinto de túneles. Mantuvo un ojo en Jon y un ojo al frente. Mantuvo un registro de cada giro en caso de que entrara en una trampa. Cuando llegaron al túnel principal que conducía a la casa, se relajó. Llegaron al final, subieron unas escaleras y continuaron pasando el primer nivel de la casa. Dos tramos más con un pasillo en el medio los llevaron a la sala de reuniones con la vieja mesa larga de madera y la barra con las botellas de whisky de dos mil dólares. Jack se obligó a no tomar la primera botella abierta que vio.

Oso fue el primero en saludar a Jack cuando entró. El hombretón se levantó y avanzó unos pasos.

—Acabamos de enterarnos—, dijo Oso.

Jack no dijo nada. Alex se acercó, lo agarró por los hombros y movió su cabeza frente a la de Jack hasta que hicieron contacto visual.

—Te prometo cada hombre que tengo.

—Los necesitas—, dijo Jack.

—Tú también.

—Esta es una táctica. Todos lo sabemos. Están intentando dividirnos, alejarnos de ti, Alex.

—No funcionará—, dijo Alex. —Voy a estar a tu lado y le voy a meter una bala en la cabeza a quien se llevó a tu pequeña”

—Te lo agradezco—, dijo Jack. —¿Dónde está Mason? ¿Aún está en el hospital?

—No—, dijo Álex. —Sasha lo recogió y lo dejó aquí. Está abajo con Gloria.

—¿Crees que nos será de alguna utilidad?

—No estoy seguro. Todavía está bastante conmocionado por todo esto. Quizás sería mejor dejarlo en el búnker.

—Podríamos necesitarlo. Supongo que sabe más sobre su socio Godfrey que nadie.

—Si eso fuera cierto, entonces habría sabido que el tipo era corrupto—, dijo Jon.

—Buen punto—, dijo Jack. —Todavía me gustaría hablar con él.

Sonó el móvil de Jon. Se disculpó y salió de la habitación para atender la llamada.

—Llamaré y haré que envíen a Mason—, dijo Alex.

Jack tomó asiento junto a Oso, que había servido dos dedos de whisky en un vaso. Jack tomó el vaso y lo apuró de un trago. Esperaba que el alcohol calmara sus nervios. Aunque lo dudaba. Había llegado al punto sin retorno.

Alex colgó el teléfono. —Estará despierto en unos minutos. Sé suave con él, Jack.

Jack asintió. No creía que tratar a Mason de la forma en que había tratado a Jon en el túnel obtendría ningún resultado más que dañarlo aún más.

Jon volvió corriendo a la habitación. Puso ambas manos sobre la mesa, se inclinó y apenas podía respirar.

—¿Qué es? — preguntó Alex.

—Han localizado a Godfrey—, dijo Jon.

CAPÍTULO 61

La noticia les sorprendió, pero su incredulidad pronto se convirtió en entusiasmo. Lo mejor que pudieron ver fue que una gran pieza del rompecabezas recaía en Godfrey. Tenían que actuar ante cualquier pista que los colocara cerca del hombre. Por lo que Jack sabía, derrotarlo podría poner fin a toda esta terrible experiencia.

Pasó un momento tenso mientras cada hombre miraba al otro.

—¿Dónde está? — preguntó Oso.

—Al otro lado de la ciudad—, dijo Jon. —Alguien informó de un coche sospechoso que se detuvo detrás de una casa abandonada. Consiguieron las placas. El coche está registrado a nombre de Joseph Godfrey. Nuestro Joseph Godfrey.

—¿Y la casa? — preguntó Jack.

—Ese es el truco. La casa es propiedad de Joe Godfrey y Ben Kemp. ¿Ese segundo nombre te suena familiar?

—Sí—, dijo Jack. —Mason dijo que el apretó el gatillo contra Naseer.

Jon asintió. —Sella el trato.

—Eso no tiene sentido—, dijo Jack.

—¿Como es eso?

—Si creemos que Godfrey trabajó con Naseer, ¿por qué sería dueño de una casa con el tipo que mató a Naseer?

—Necesitamos a Mason aquí, ahora—, dijo Jon.

—Está en camino—, dijo Alex.

—Tal vez esto no sucedió como Mason nos dijo—, dijo Jack.

—Jack, ¿qué estás pensando? — preguntó Alex.

Jack se tomó un momento. Se quedó mirando el tablero de ajedrez incrustado en el centro de la mesa. Dejó su vaso y se puso de pie. —Me pregunto si tal vez Kemp había comenzado a atacar a sus propios hombres. Quizás iba a pretender ser un rehén para sacar a Naseer de la casa. Pero no a Naseer solo, olvídalo, lo matarían a tiros con o sin esos explosivos. Entonces, al tomar a uno de los hombres de Mason, el tipo podría haber cambiado de opinión. Una vez que Naseer y Kemp hubieran salido de la casa, su fuga habría sido fácil. Estaban en una zona muy boscosa con nada más que pequeños pueblos cercanos. Las fuerzas policiales locales no podían ser mucho más que un par de policías. Entonces tenian al menos a dos, tal vez más. Demonios, podría haber otros esperando cerca para recogerlos.

Jon dijo: —Es posible que lo supieran. Creo que sabían de la redada de antemano. Las cosas simplemente se salieron de control.

Jack asintió mientras caminaba por el área entre la pared y la mesa. —Eso podría explicar por qué vimos a Owen en esa tienda, pero nunca en la casa. Kemp y Owen son cercanos. Uno podría

haberle presentado al otro a Naseer. Vi a Owen matar a Thornton. Lo hizo en presencia de Naseer. Demonios, lo hizo por Naseer.

—¿Cómo lo habría sabido Mason? — preguntó Oso.

—Porque vi a Kemp dispararle a dos de mis muchachos en la nuca.

Todos se volvieron hacia la puerta y vieron a Mason parado allí. Tenía un aspecto veinte veces peor que esa mañana. Los moretones de su rostro se habían oscurecido. Tenía los ojos hinchados y morados. Sus nudillos eran del tamaño y color de ciruelas. Tenía los brazos envueltos en gasa y vendajes cubrían su frente.

—Lo vi disparar a mis hombres, y luego le disparé a él y a ese bastardo de Naseer. Fue entonces cuando las cosas fueron cuesta abajo. Me di cuenta de que los explosivos iban a detonar. No fue instantáneo, ¿ves? Tuve tiempo para pensar. Esa es la única razón por la que grité en la radio de antemano. Fue principalmente por efecto. Mis muchachos estaban todos muertos o no tenían ninguna posibilidad de salir de la casa. Entre los muchachos de Kemp y Naseer, los habían ejecutado a casi todos. Naseer tenía dos hombres en la casa. Ambos habían logrado salir. Pensé que tal vez todo esto desaparecería con Naseer muerto. Si él estuviera detrás de los ataques y las amenazas, todo terminaría con su muerte. Así que grité las órdenes de salir y logré llegar a la puerta justo a tiempo. Honestamente, no me habría molestado si hubiera explotado.

—¿Por qué no dijiste nada? — preguntó Alex.

Mason se inclinó hacia un lado y apoyó la cabeza en la pared. —No quería mancillar la reputación de mis hombres. Si la verdad sobre Kemp saliera a la luz, entonces la integridad de todos los que perecieron quedaría en duda. No se merecen eso. Sus familias no se merecen eso.

Nadie dijo nada por un momento. Se compartieron miradas desde el otro lado de la mesa. Todos se sentaron en un estado de incredulidad.

—¿Cuál era la relación de Kemp con Godfrey? — preguntó Jack.

—Eran amigos. Mucho más que él y yo, eso es seguro. Solían hacer cosas juntos fuera del trabajo. Siempre pensé que, si me pasaba algo, encontrarían una manera de promocionar a Kemp para que los dos pudieran ser socios.

—¿Alguna vez has oído algo acerca de que son dueños de una casa juntos? — preguntó Jack.

Mason negó con la cabeza. —¿Por qué?

—Tenemos una pista sobre un hombre que entró en una casa abandonada. La casa es propiedad de Kemp y Godfrey. La descripción del hombre coincide con la de Godfrey.

—Hay más—, dijo Jon.

—¿Qué? — preguntó Jack.

—Un segundo hombre.

—¿Descripción?

—Sin coincidencia.

Godfrey, más uno. ¿Quién podría ser?, se preguntó Jack. —Tenemos que llegar a esa casa.

—Una cosa más—, dijo Jon mientras miraba un lápiz que pasaba de una mano a la otra.

—¿Qué otra cosa? — preguntó Jack.

Jon miró hacia arriba, se tomó un momento y luego dijo: —La persona que llamó dijo que vio a una mujer y una niña en el asiento trasero del auto.

Jack observó cómo la expresión de cada hombre cambiaba. O todos compartieron una mala tanda de café, o todos llegaron a la misma conclusión en ese momento. Un agente del MI5, quizás dos, posiblemente más, tenían a Mia y a Hannah en su poder. No tenía sentido. Algunos dirían que fue una conclusión francamente ilógica basándose únicamente en de quién habían

estado hablando.

Unió aún más a Alex y Jack en la red del engaño. Alguien, el mismo alguien, los quería a ambos muertos.

—Vayamos a esa casa—, dijo Alex.

—Ahora enviaremos un equipo para rodear el vecindario—, dijo Jon.

—Mantenlos a distancia—, dijo Jack. —No necesitamos que estos tipos se den cuenta de que han sido rodeados. Eso podría ser desastroso para las chicas.

—Para ellos valen más vivas—, dijo Alex.

—Cuando se trata de mí, sí—, dijo Jack. —Pero no para ti.

—Les doy mi palabra de que no les ocurrirá ningún daño si depende de mí—, dijo Alex.

—¿Qué no me has dicho?

—No te sigo.

—¿Dónde está la conexión? No puedo encontrarla. Mia y Hannah están conectadas conmigo, no contigo. La única conexión que compartimos en este momento es que alguien nos quiere muertos a los dos.

Alex negó con la cabeza. —¿Importa eso, Jack? Estamos juntos en esto ahora.

Jack asintió.

—¿Alguna idea? — preguntó Alex.

—Ambos cabreamos a la misma persona.

—Hago cabrear a mucha gente, Jack. Viene con el trabajo. ¿A quién has molestado? — ¿Tienes una o dos horas?

Alex asintió y sonrió.

—¿Qué pasa con Sasha? — preguntó Jack.

—Estamos perdiendo el tiempo—, dijo Jon.

Alex se levantó y se dirigió hacia la puerta. —Tienes razón. Nos reuniremos con ella más tarde. Vamos.

CAPÍTULO 62

Una nube de polvo entró por debajo de la puerta y se elevó en el aire. Hannah se puso rígida preparándose para que alguien entrara en la habitación. ¿Ahora qué? La puerta se abrió de golpe. Mia se sobresaltó y se liberó del agarre de Hannah. Hannah ajustó su posición, juntó las manos y atrajo a la niña hacia su pecho. La luz inundó la silueta del hombre en la puerta. Sin ver sus rasgos, pudo decir que era el chico mayor. Alto con pelo corto y rubio. Incluso si no hubiera podido verlo, lo habría sabido. Apestaba a basura podrida.

—Levántate—, dijo.

—¿Por qué? — dijo Hannah.

—Porque yo digo.

—No, nos quedaremos aquí.

—No. Vas a venir conmigo.

—¿A dónde nos llevas?

—A algún otro lugar.

—¿Qué nos vas a hacer?

El hombre no dijo nada.

—Respóndeme.

Cruzó la habitación, agarró a Hannah por el pelo y la arrastró fuera de la cama. —Cállate y haz lo que te digo.

Ella gritó, pateó y golpeó. Un disparo logró impactar en su abdomen. El dolor irradiaba a través de su muñeca y brazo. Ella aulló. Él se rio y la dejó caer al suelo.

—Si no estás en ese pasillo en treinta segundos, te meteré una bala en el cerebro. Si no me crees, entonces cree esto. No eres tú la que les importa. Sólo la niña.

El hombre salió de la habitación y Hannah se hizo un ovillo. Sus lágrimas se deslizaron por su rostro y se acumularon en el suelo polvoriento. Sintió la pequeña mano de Mia en su hombro. La niña agarró un puñado de la camisa de Hannah y comenzó a tirar.

El brazo derecho de Hannah parecía plomo y le dolía muchísimo, así que se empujó del suelo con el izquierdo y luego utilizó el colchón para ayudarse a ponerse de pie.

—Vamos, Mia—, dijo.

Mia permaneció cerca de ella mientras salían de la habitación. El tipo estaba en el pasillo al otro lado de las escaleras. Los rayos de luz entraban por las ventanas sucias. Proyectaban sombras sobre el rostro del hombre, distorsionando su sonrisa y haciéndolo parecer un personaje malvado de cómic.

—Después de ti—, dijo.

Hannah hizo pasar a Mia delante de ella y luego bajó las escaleras. Procedió con precaución,

ya que las escaleras estaban desvencijadas y tuvo que usar su mano izquierda para estabilizar su brazo derecho, que temía que se rompiera. Sin el beneficio de la barandilla, le preocupaba resbalar en un escalón roto y colapsar encima de Mia. Paso a paso avanzaron hasta llegar al pie de las escaleras. Desde allí se dirigieron a la cocina. El otro hombre descansaba en la pequeña mesa del rincón. Tenía una radio grande sobre la mesa y jugueteaba con el dial. Basándose en la charla que llegó a través del dispositivo, Hannah supuso que era un escáner de la policía.

—Sigue moviéndote—, dijo el hombre mayor.

Pasaron por la cocina. El chico de la mesa no se molestó en levantar la vista. Hannah podría haberle quemado agujeros con su mirada. Se detuvo frente a una puerta que conducía al garaje.

—Ábrela—, dijo el tipo.

Lo hizo y luego bajó los tres escalones hasta el garaje. Los vapores de gasolina confinados la ahogaron. Cuando tragó, el sabor le quemó la boca y la garganta, donde momentos antes había prevalecido la boca algodonosa.

Soltó su brazo roto y agarró la mano de Mia. Llevó a la niña al auto y abrió la puerta trasera del lado del pasajero.

—No—, dijo el chico.

Ella preguntó. —¿No qué?

En sus manos sostenía dos sacos negros. Se los arrojó.

—Uno en la cabeza de la niña. El otro en la tuya.

Hannah dejó que las bolsas rebotaran contra ella. Ella se mantuvo desafiante y miró fijamente al hombre.

—¿Quieres que el otro brazo combine? ¿Qué tal una pierna? Él sonrió y miró a Mia. —¿Qué tal el de ella?

—Suficiente—, dijo Hannah. Ella hizo lo que le dijeron. Mantuvo contacto visual con el hombre hasta el momento en que se puso la bolsa en la cabeza. En la oscuridad, guió a Mia hasta la puerta abierta.

—Para—, dijo el tipo.

—¿Qué? — preguntó Hannah, frustrada.

Oyó que el maletero se abría.

—No viajarás en el asiento trasero.

Mia empezó a llorar. Hannah tuvo que esforzarse para no unirse a la niña. Sintió una mano grande en medio de su espalda. Extendió la mano y golpeó de lado a lado con su brazo izquierdo, intentando alejar al hombre de Mia. En su inutilidad, golpeó a Mia en la cabeza. Hannah agarró la camisa de Mia. La niña gritó. No por el golpe ni por haber sido retenida, sino porque el chico la había apartado.

—Arriba—, dijo el chico.

La mano de Hannah se liberó de la camisa de la niña. Un momento después, la mano del hombre rodeó la parte posterior de su cabeza y la obligó a avanzar.

—Es fácil, señora—, dijo. —No quisiera que te golpearas la cabeza.

Hannah cedió y dejó que él la guiara hasta el maletero. Sus rodillas chocaron con el marco del auto. Su brazo derecho fue el primero en golpear el baúl alfombrado. Ella gimió, pero se negó a gritar de dolor. Cuando la tapa se cerró de golpe, se sintió presa de un pánico incontrolable. Ella luchó por respirar. Su corazón latía a más de cien latidos por minuto. Dio una patada a la tapa del maletero y al asiento trasero.

¡Por favor sáquenme de aquí!

—Todo va a estar bien, Hannah.

De inmediato, la voz tranquila de Mia la calmó y tranquilizó. A pesar de todos los pensamientos que Hannah tenía, debia ser ella quien se mantuviera fuerte y protegiera a Mia, pero fue la chica quien la calmó.

El coche empezó a retroceder. Mia se acercó más. Hannah rodeó a la niña con su brazo. Cada vez que el vehículo arrancaba y se detenía, rodaban juntas. Al estar confinada y detrás de un doble muro de oscuridad, perdió la noción del tiempo. El viaje podría haber durado cinco minutos o una hora. Ella no tenía idea. El coche se detuvo. Ella esperó. La brisa que sopló dentro del baúl cuando finalmente se levantó la tapa cubrió su cuerpo empapado de sudor y le provocó un escalofrío. Agarró a Mia con fuerza cuando alguien, supuso que el hombre, intentó alejar a la niña.

—Déjala—, dijo. —Déjala ir.

Ella se negó a liberar a Mia. Un puño en el estómago fue su castigo. O recompensa, pensó, por ser la protectora. El impacto del golpe fue peor que el disparo real que recibió. Aun así, había sido suficiente para soltar a Mia. Los gritos de la niña fueron amortiguados por la bolsa en su cabeza y probablemente por la mano que cubría su boca.

Pasos y voces se apagaron y luego regresaron. Hannah había logrado incorporarse y tenía la bolsa a media altura de su cara.

—Fuera—, dijo el tipo.

Hannah sintió una mano en la parte superior de su brazo. El hombre la levantó. Su cabeza se golpeó contra la tapa del maletero. Un dolor sordo se extendió por la parte posterior de su cráneo. Quería estirar la mano hacia atrás y comprobar si había sangre, pero él la giró tan rápido que no tuvo oportunidad. El chico la empujó hacia adelante y luego la soltó. Ella cayó de bruces. Se sentía como si cien pequeñas piedras se le clavaran en las mejillas, los labios, la nariz y la frente. No concreto, grava.

—Levántate—, dijo el tipo mientras la empujaba hacia adelante con el tacón de su zapato.

Instintivamente colocó su mano derecha en el suelo frente a ella. Su brazo se dobló y el dolor irradió a través de su muñeca. Cualquier duda restante de que su brazo estaba bien desapareció en ese momento.

Agarró un puñado de su camisa, la levantó y la condujo hacia adelante. —Tres pasos hacia arriba.

—¿Dónde estamos? — preguntó ella.

—Cállate.

Sabía que no podía ser un lugar poblado. No con la forma en que la trataba. ¿El bosque, tal vez? Su cuerpo se lanzó hacia adelante y cayó una vez más. Esta vez, una superficie blanda amortiguó su caída. Se sentía como una alfombra muy tupida. Olía a tierra. Un tapete que se coloca en la puerta principal, pensó. El aire ya no parecía ligero ni aireado. Estaba quieto, opresivo, cálido. Aunque no tan malo como el maletero. Estaban dentro.

—Da unos diez pasos adelante, luego siéntate.

Hannah se arrodilló, luego se puso de pie y luego avanzó arrastrando los pies con el brazo bueno extendido delante de ella. Su espinilla izquierda chocó con el borde de una silla o un sofá. Ella ignoró el dolor, se giró y tomó asiento. Una pequeña mano agarró su muslo. Hannah dejó escapar un suspiro y se acercó a Mia. La niña respondió a su toque con un suave grito.

—Pueden quitarse esas capuchas—, dijo el tipo.

Hannah se preguntó dónde estaban. ¿Cómo sería este lugar? Seguramente tenía que estar en medio del bosque, desgastado. Esperaba que fuera viejo y desordenado. Telarañas en los rincones, suciedad en el suelo. Eso coincidiría con la alfombra de bienvenida.

Tiró de la capucha hasta que le cubrió la nariz. Un último tirón la liberó del velo de oscuridad. Sus ojos se acostumbraron a la luz brillante. No le llevó mucho tiempo darse cuenta de que sabía exactamente dónde estaban.

CAPÍTULO 63

Jack apoyó la espalda contra la valla de madera astillada. Oso se agachó a su lado. El hombretón tuvo que agacharse, siendo diez centímetros más alto. Los audífonos que llevaban permanecieron en silencio. Esperaron a que Jon diera el visto bueno. Jon y Alex estaban al frente de la casa. Se produjo una discusión sobre qué parte y en qué medida participaría Alex en la redada. Ninguna persuasión convenció al primer ministro de dar marcha atrás. Quería estar allí para Jack.

Sasha había llegado al número 10 momentos antes de que se fueran. La habían convencido de quedarse atrás. En circunstancias normales, ella habría sido una ventaja para la operación. Sin embargo, todavía no parecía estar bien después del golpe que recibió en la cabeza la noche anterior.

—Te cubro.

Jack miró a su izquierda, a Oso, y asintió. —Lo sé, gran hombre. Siempre lo has hecho.

—Si pasa algo allí, quiero que sepas que siempre cuidaré de Mia.

—Lo mismo para Mandy. Pero no pasará nada, Oso. Nos cuidaremos unos a otros allí como siempre lo hemos hecho y saldremos de esto bien.

Un claro entre las nubes envió brillantes rayos de sol en su dirección. Jack miró hacia arriba, por encima de la valla, al otro lado del callejón. Vio rostros pegados a las ventanas, ojos que los observaban. Hizo un gesto a las personas en las ventanas para que se alejaran. Lo último que necesitaban era que Kemp y Godfrey fueran alertados por las miradas indiscretas de los vecinos.

La voz de Jon llegó a través del audífono. —Está bien, los equipos de respaldo están en su lugar y tenemos cuatro muchachos más en la entrada. Estamos listos para partir. Jack, tú y Oso muévanse ahora. Llama cuando estén dentro y luego entraremos.

—Diez-cuatro, nos estamos moviendo—, dijo Jack.

Él y Oso atravesaron la puerta después de que Oso cortó la cerradura. Se mantuvieron agachados y avanzaron rápidamente hacia la casa. Hubiera sido mejor realizar la incursión en la oscuridad, pero ese era un lujo que no podían permitirse. No con tanto en juego.

Golpearon fuerte la puerta trasera y entraron gritando. Jack encendió su micrófono por un momento. Fue suficiente aviso para que Jon y Alex entraran.

La entrada trasera conducía a un área entre la cocina y una habitación vacía. Un hombre había tomado asiento en una vieja mesa contra la pared. El chico miró hacia arriba, sorprendido e inmóvil por un momento. Entonces el hombre se levantó y apartó la mesa de una patada. La mesa se volteó hacia adelante. La radio que había estado encima se estrelló contra el suelo y se rompió en cien pedazos. El hombre tomó la pistola que tenía al costado.

Jack reconoció al hombre. No podía olvidar esa cara. Era el tipo del almacén que había matado a Thornton y su socio. El hombre era sin lugar a duda Owen.

Jack apuntó, pero no lo suficientemente rápido. Owen lo había superado. Hizo una mueca, pero no se inmutó. Tenía que disparar. Antes de que pudiera hacerlo, Oso apretó el gatillo y golpeó al tipo en el centro. Owen tropezó hacia atrás y chocó con la puerta del otro extremo de la cocina. Se deslizó hasta el suelo, dejando un rastro rojo a su paso.

Oso se acercó al tipo y le dio un golpe con la punta de la bota. Owen no se movió. Eso no impidió que Oso le disparara un tiro más a la cabeza.

Al mismo tiempo que Jack y Oso se encontraron con Owen, Jon, Alex y su equipo corrieron escaleras arriba. Sus pasos hicieron temblar el techo. Trozos de yeso cayeron y chocaron con el suelo, levantando columnas de polvo blanco.

Jon fue el primero en hablar. —Está vacío.

—¿Estamos seguros de que estaban aquí? — preguntó Oso.

Jon asintió. —Dos camas deshechas, una más que la otra. Un par de manchas de sangre en el suelo, en las sábanas. Bastante fresca. Yo diría que menos de una hora.

—Movieron a las chicas—, dijo Jack. Señaló al hombre muerto en la cocina. —Owen estaba esperando que Godfrey regresara o que le dieran su próxima ubicación.

—Tal vez—, dijo Jon. —Tal vez Owen se estaba escondiendo aquí. A la luz de todo lo sucedido, tenía que estar asustado. ¿Quién lo buscaría aquí? — Jon volcó la mayor parte de la radio destrozada. —Ese es un escáner policial. Quizás pensaron que alguien aparecería aquí. Eso podría explicar por qué Owen se quedó esperando.

—Quizás—, dijo Jack. —¿Cuánto tiempo crees que él y Godfrey estuvieron trabajando juntos?

Jon se encogió de hombros. —No tengo idea de cómo sucedió. Owen es un criminal de carrera. Era uno de los mejores muchachos de Thornton Walloway. Se abrió camino en los últimos cinco años aproximadamente. Como dijiste, destruyó a Walloway, por lo que debe haber tenido algo con Naseer desde hace un tiempo. Quizás Sasha o Mason puedan arrojar algo de luz sobre eso. Me imagino que así sería como él y Godfrey se conectaron.

Jack entró en la habitación vacía, se agachó y estudió las huellas en el suelo. —Pies pequeños. Mia estuvo aquí.

Nadie dijo nada.

—Entonces, ¿qué? ¿Crees que tal vez estén actuando solos?

Jon se encogió de hombros y no ofreció respuesta.

—¿Qué tiene esto que ver conmigo y mi hija? ¿Qué quieren de mí?

—No lo sé, Jack—, dijo Jon. —Ojalá lo supiera.

—Ustedes, hombres, fuera—, dijo Alex al grupo de agentes que rondaba cerca de la puerta principal.

Los agentes despejaron la habitación, dejando a Jack, Oso, Jon y Alex solos con el cadáver de Owen. Sonó el teléfono de Jack. Lo sacó y miró la pantalla.

—Es Dottie—, dijo.

—Ponla en el altavoz—, dijo Alex. —Ella podría haber escuchado algo.

—Hola Jack—. La voz de Dottie sonaba diferente de lo normal. Más profunda, impasible, sin inflexión.

—¿Has oído algo, Dottie?

—¿Sobre qué?

—Las chicas.

Una pausa se prolongó durante varios segundos. —Sé dónde están, Jack.

—¿Dónde?

—Mia está aquí conmigo. Ella está a salvo, por ahora. Todo eso dependerá de ti en breve.

—Dottie, lo que dices no tiene sentido. ¿La encontraste? ¿La liberaron?

—No exactamente, Jack. La tengo.

Jack no dijo nada. La realidad de la situación había comenzado a asentarse. Todas las cabezas se inclinaron hacia adelante. Todas las miradas estaban puestas en él. Los hombres esperaban, con la boca abierta, sus siguientes palabras.

—¿Estás con Alex? — preguntó Dottie.

Jack miró al primer ministro, quien asintió.

—Sí, él está conmigo.

—¿Quién más?

—Nadie. El resto está atendiendo el cadáver.

—¿Quién está muerto?

—Owen.

—Oh, bueno, sólo un engranaje en la máquina—. Hizo una pausa para aclararse la garganta. —Ahora Jack, quiero que saludes a tu preciosa hijita—. Su voz se apagó. —Mia, saluda a Jack. Él es tu papá después de todo.

Mia dijo al teléfono: —Jack, tengo miedo. Por favor, ayúdame. Sácame de aquí. La tía Dottie se ha ido… La voz de la niña se apagó.

—Ya es suficiente, querida—, dijo Dottie.

—¿Qué has hecho? — preguntó Jack.

Dottie respiró hondo y exhaló por el altavoz de su teléfono. Sonó como una ráfaga de viento a través de un árbol frondoso.

—¿Qué deseas? — preguntó Jack.

—Oh, es bastante simple, Jack. Quiero que mates al primer ministro.

Jack luchó por una respuesta. No pudo encontrar una. Jon cogió su arma, la sacó de la funda y apuntó en dirección a Jack. El tipo parecía confundido, asustado. Alex dio un paso hacia Jon, se estiró y empujó el brazo de Jon hacia abajo.

Todavía no, articuló Alex.

—¿Jack? —dijo Dottie. —Aún no he oído ningún disparo. Quizás no lo he dejado claro.

Los gritos de Mia estallaron a través del altavoz. —No me dispares.

Alex se quitó la chaqueta y la dejó caer al suelo. Se desabrochó la camisa y se la quitó del hombro derecho.

Jack presionó el botón de silencio del teléfono. —¿Qué crees que estás haciendo?

—Dispárame, Jack.

—¿Has perdido la cabeza? — preguntó Jon.

—Hazlo—, dijo Alex. —En el hombro. Tengo un plan, pero no tenemos tiempo para discutirlo. Tienes que hacer esto ahora. Entonces quiero que empieces a disparar después, Jon. Al techo, no a Jack.

—¡¿Tengo tu atención?! —gritó Dottie.

Jack activó el sonido del teléfono. —Eres una mujer enferma.

—Y estás a punto de convertirte en hombre muerto. Tú y el primer ministro—. Ella rio. —Es decir, a menos que quieras que la joven Mia sufra una muerte dolorosa.

Los gritos de Mia se filtraron por el altavoz.

—Tengo gente por toda esta ciudad—, dijo Dottie. —Ni siquiera intentes fingir esto. Tu Mia pagará con su preciosa y joven vida.

Jack miró a Jon y luego a Alex. Ambos hombres asintieron. Jon dio un paso atrás. Alex dio

un paso hacia un lado.

—Vete al infierno, Dottie.

Jack levantó su Beretta, apuntó al hombro de Alex y apretó el gatillo.

Los gritos de Alex se mezclaron con el zumbido en los oídos de Jack. Los hombres irrumpieron en la casa por la puerta principal. Jon y Alex extendieron sus manos para impedir que los hombres hicieran algo. Entonces Jon disparó cuatro veces al techo. Trozos de yeso cayeron al suelo. La sangre de Alex se mezcló con parte del residuo blanco.

Dottie se rio. —Sí, Jack, sí. Disfruta tu viaje al infierno.

—Te estaré esperando allí—. Jack cortó el teléfono.

Oso se había abalanzado frente a Jack, colocándose frente a hombres que tenían el dedo en el gatillo.

—El teléfono está apagado—, dijo Jack.

Jon dijo —Retírense. Esto fue planeado.

Alex se retorció de dolor por el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Jon.

—No—, dijo Alex. —Me han disparado.

—Necesitamos una ambulancia aquí ahora—, dijo Jon.

—Y las noticias—, dijo Jack.

—¿Qué?

—Dijo que había gente por todas partes, mirando. Bueno, qué mejor manera de decirle que esto sucedió que mostrarme siendo escoltado por la policía y a Alex con un montón de malditos tubos saliendo de su cuerpo mientras está cubierto con una sábana empapada de sangre.

—Esa es una muy buena idea—, dijo Alex con los dientes apretados.

Oso se arrodilló junto a Alex. Estabilizó al primer ministro y aplicó presión sobre la herida. —Tómalo con calma.

—¿Alguna vez has tenido una herida de bala en el hombro? — preguntó Alex.

Oso se echó el cuello de la camisa hacia un lado y mostró una cicatriz impresionante. —De hecho, sí lo he hecho. Y Jack también estuvo ahí en ese momento.

—Debo tener mala suerte—, dijo Jack.

Oso y Jon se rieron. Sintió que el primer ministro lo habría hecho si no hubiera sido él quien recibió la bala.

Un par de minutos más tarde luces estroboscópicas rebotaron en las paredes.

—La ambulancia está enfrente—, dijo Jon. —Y parece que las noticias no se quedaron atrás. Se acerca un helicóptero.

Los médicos entraron a la casa. Ya serios, sus expresiones cambiaron a pánico cuando vieron quién era su paciente. Jon hizo todo lo posible para aliviarlos.

—No es una herida mortal. Pero necesito que hagan que parezca así.

—¿Qué? — preguntó un médico.

—Pégale todo lo que puedas en la cara, el pecho, donde sea. Moja las sábanas con su sangre. Esto tiene que verse mal.

La mujer, su nombre decía Nikki, se fue a trabajar sin interrogarlo más.

Los agentes en la habitación escoltaron a Jack afuera. El helicóptero sobrevoló la zona. Las furgonetas de los periódicos se detuvieron delante de la casa. Las cámaras apuntaban en su dirección.

—Jesús, ese es el primer ministro—, gritó alguien. —Le han disparado.

Los medios lo creyeron. Ahora tenían que esperar que Dottie también lo hiciera.

CAPÍTULO 64

—Mira—, dijo Randy. —¿No es ese tu novio?

Clarissa desvió su mirada de la ventana cubierta de suciedad y mugre y la vista distorsionada de la calle hacia la televisión. La imagen en la pantalla mostraba a Jack siendo conducido desde una casa que parecía tan desgastada como la que ocupaban. Un cartel se desplazó por la parte inferior de la pantalla. Decía: *Disparó al primer ministro.*

¿Podría Jack haber hecho eso?

—Esto no tiene sentido—. Sinclair se levantó y sacó su teléfono del bolsillo. Salió de la habitación.

—Siempre supe que Noble era un pedazo de caca de perro—, dijo Randy desde su asiento junto a ella.

Clarissa miró por encima del hombro y esperó a que Sinclair saliera. Randy se inclinó hacia adelante, más cerca del televisor, como si él mismo estuviera inspeccionando las heridas del primer ministro. Ella levantó ambas manos y se lanzó hacia adelante. Sus brazos rodearon el costado de su cabeza. Sus uñas se encontraron en medio de su cara. Ella pasó las manos con un movimiento hacia afuera, por sus ojos, mejillas y orejas.

Randy se arrojó hacia adelante, de rodillas y contra la pared. Se detuvo en el mueble de la televisión. El televisor se cayó, casi rozando su cabeza y deslizando sobre su hombro.

Clarissa le dio una patada en el riñón y luego le dio un codazo en la nuca. Cayó contra la pared y se volvió. La sangre de sus cejas y frente caía en cascada por sus mejillas en finas líneas carmesí. Se secó la cara con el dorso de la manga izquierda. En su mano derecha sostenía una pistola. Clarissa le hundió el pie en el estómago y se inclinó hacia adelante. Lo agarró por la nuca y lo golpeó tres veces en la cara con la rodilla. Luego lo soltó y lo vio caer al suelo, inconsciente. Su arma cayó a su lado. Ella la recogió y se dirigió hacia la puerta principal.

Sinclair entró, con su teléfono en una mano y una pistola en la otra. El teléfono apuntó hacia el suelo. La pistola hacia ella.

—¿Qué estás haciendo, Clarissa? — preguntó.

Dio un paso atrás y asintió hacia Randy.

—¿Que te hizo? — preguntó Sinclair.

—Nada—, dijo. —Ataque preventivo.

—¿Qué planeas hacer ahora?

—Ayudar a Jack.

—No puedo dejar que hagas eso.

—¿Por qué no?

—No puedo decírtelo.

Ella notó que él le echaba una rápida mirada por encima del hombro. Un tercer hombre entró

en la habitación. Ella no había notado al hombre. Clarissa se movió demasiado tarde. Unos brazos gruesos la rodearon, se encontraron en el medio y las manos entrelazadas presionaron su pecho. Ella pateó y golpeó hacia un lado y lanzó un cabezazo inverso que falló. Cada movimiento resultó en que el agarre a su alrededor se hiciera más fuerte.

Randy se levantó del suelo y dijo. —Te voy a matar.

—Suficiente, Randy—, dijo Sinclair. —Lo más probable es que merecieras lo que ella te hizo.

Randy se detuvo a metro y medio de ella. Parecía un toro trastornado, ensangrentado y maltrecho, dispuesto a arrancarle la cabeza al matador.

—Ve a buscar mi bolso—, dijo Sinclair.

Randy se acercó a Clarissa, escupió a sus pies y luego siguió adelante.

—No te atrevas a hacer eso otra vez—, dijo Sinclair. Volvió su atención a Clarissa. —Solo relájate, niña. Necesitas calmarte.

Ella contuvo las lágrimas. —Necesito ayudar a Jack.

—Lo mejor que puedes hacer es mantenerte fuera de su camino.

—Tengo algo que puede ayudarlo.

—Me temo que ya nada puede ayudarlo.

Clarissa no lo creía. Ella no podía creer eso.

Randy entró en la habitación y le entregó a Sinclair su bolso. El mismo bolso gastado que llevaba cuando lo conoció hace más de seis meses. Clarissa se preguntó cómo se las había arreglado el tipo para pasarlo por la aduana. Se dio cuenta de que él no había tenido que lidiar con la aduana. No en la forma en que viajaron. Podría haber salido de Langley y aterrizar en una base en Inglaterra. Todos llevaban equipaje con doble fondo y compartimentos ocultos. Incluso si los detuvieran, nadie encontraría jamás lo que tenían.

—No lo hagas—, suplicó.

—Es por tu propio bien—, dijo.

—Por favor, Sinclair—, dijo. —Solo déjame ir.

Sinclair se acercó a ella. Ajustó la aguja en su mano.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas. Lágrimas de rabia más que cualquier otra cosa. A través de su visión borrosa, observó cómo gota tras gota del líquido maligno caía de la punta de la larga aguja. Sinclair extendió la mano, le agarró la mandíbula y le clavó la aguja en el cuello.

Clarissa giró la cabeza de lado a lado en el momento en que él la soltó. Ella pateó, golpeó y gritó. Al menos eso creía ella.

La habitación se encogió, se oscureció y se nubló.

Lentamente, en silencio y con calma, se quedó dormida.

CAPÍTULO 65

Desde la parte trasera del coche, Dottie observó las imágenes de los agentes escoltando a Jack fuera de la casa. Lo seguía la camilla que llevaba a Alex hacia la ambulancia. Las sábanas manchadas de sangre, los tubos en su boca y sus pulmones, y la velocidad a la que viajaban le indicaron que Jack había hecho lo que ella le había pedido. No perfectamente, pero sí lo suficientemente bueno. El problema era que Jack siempre había sido más que suficientemente bueno. Al mismo tiempo, lo suficientemente bueno significaba que podría encontrar a alguien que terminara el trabajo. No tenían por qué ser tan bueno como Jack Noble.

Sólo lo suficientemente bueno.

—¿Crees que él puede hacer esto? — le preguntó a Godfrey.

—Sí, señora—, dijo Godfrey.

El chico de la barba roja se giró en el asiento. —Señora, soy más que capaz de...

—Cállate—, dijo. —No estaba hablando contigo. Estaba hablando con Godfrey.

La relación era vieja. Hace veinte años, cuando Dottie ascendía de rango, Godfrey acababa de incorporarse. Habían trabajado juntos y permanecieron unidos. Había hecho todo lo que ella le había pedido hasta ese momento. Sabía que él haría una última tarea por ella. Y si fracasaba, no importaría. No había manera de que pudieran localizarla después de hoy.

Pero ella no podía arriesgar su vida todavía, y por eso trajeron a este hombre para que cuidara del primer ministro.

Tenía la esperanza de poder hacer la última llamada a Jack después de que abandonaran Inglaterra. Quizás desde la popa del barco mientras navegaba por el Mar Céltico. Pero cuando se dio cuenta de que Jack y Alex habían localizado la casa donde estaban retenidas Mia y Hannah, tuvo que actuar rápidamente.

—¿A dónde nos llevas? — dijo Hannah.

Dottie miró a la joven y sonrió. —A algún lugar seguro, querida.

Y ella lo decía en serio. Mantendría a Hannah a salvo siempre y cuando la mujer hiciera lo que le dijeran, cuando le dijeran. No tenía motivos para hacerle daño. Tampoco tenía motivos para mantenerla cerca por mucho más tiempo. En el momento en que ella se pasara de la raya, eso sería todo.

Hannah consoló a Mia. Esa había sido la peor parte para Dottie. Odiaba amenazar la vida de su sobrina nieta. Pero las monedas de cambio se llamaban así por una razón. A fin de cuentas, la vida de Dottie era lo más importante. Si las personas que le importaban tenían que caer en el camino, que así fuera.

El coche se detuvo. Godfrey abrió la puerta y salió. Se encontró con el otro hombre en la parte delantera del auto y le estrechó la mano.

—Buena suerte—, murmuró Dottie.

Godfrey volvió a entrar en el coche, puso marcha y se alejó de la acera, dejando atrás al hombre.

—¿Qué va a hacer? — preguntó Hannah.

Dottie no respondió.

LA PALABRA TRAICIONADA NO ALCANZABA A DESCRIBIR CÓMO SE SENTÍA HANNAH. DOTTIE HABÍA sido como una abuela para ella. Amable y cálida, Dottie invitó a la joven a su casa y la hizo parte de la familia. Los últimos dos años nunca le habrían hecho creer a Hannah que la mujer podía ser tan fría y cruel. Dottie había amenazado con matar a Mia. Cuando Hannah habló, Dottie la abofeteó. Tres veces. Con un libro.

Ahora le dolía cuando abría la boca y cuando giraba la cabeza.

Mia se inclinó hacia Hannah. Los dedos de la niña se entrelazaron con los de ella y los apretaron con fuerza. Pobrecita, pensó. Tener que sufrir esta terrible experiencia. Hannah tenía la esperanza de que Dottie las dejara en una esquina. Quería suplicar por eso mismo, pero temía represalias.

Volvió la cabeza y observó pasar los edificios. Se dirigieron hacia el oeste, alejándose de la ciudad. No tenía idea de a dónde iban. Dottie no se lo había mencionado al hombre que había bajado unos minutos antes, ni al conductor. Sospechaba que eso se debía a que el hombre que se fue no iba a volver a unirse al grupo. ¿Qué planeaba hacer? ¿Podría haber algo peor que obligar a Jack a dispararle al primer ministro?

Sus ojos comenzaron a lagrimear. Ella contuvo un sollozo y esperó todo lo que pudo antes de sollozar. Dottie volvió la cabeza, miró a Hannah de arriba abajo y luego desvió la mirada hacia adelante. Las mismas imágenes se reprodujeron en la pequeña pantalla frente a la mujer. Jack es sacado de la casa, el primer ministro es sacado de la casa en una camilla y la ambulancia se dirige al hospital.

Por eso el hombre había salido. Ella vio eso ahora. Hasta donde Hannah podía recordar, había un hospital ubicado a dos cuadras de esa esquina.

Las lágrimas cayeron por sus mejillas. Un hombre estaba a punto de morir. Y no un hombre cualquiera: el primer ministro. Tenía conocimientos avanzados al respecto y no había nada que pudiera hacer.

Por favor, Dios, pensó. Despiértame de esta pesadilla.

CAPÍTULO 66

Los agentes llevaron a Jack bajo tierra. Allí cambió de coche y se reunió con Jon, Oso y Sasha. Ya no había nada que lo detuviera. Se dirigieron hacia el hospital.

—¿Algún informe? — preguntó Jack.

—Está bien—, dijo Jon. —Eres un buen tirador.

—No veo cómo me van a permitir volver a este país después de dispararle al primer ministro.

Jon asintió. —Sí, no contaría con eso.

Sasha se inclinó frente a Oso, quien inconvenientemente se sentó en el medio entre ella y Jack. —Al menos tiene el poder de perdonarte. Después de todo, es posible que lo entienda bien.

El conductor encendió las sirenas y las luces estroboscópicas y el denso tráfico de Londres se partió en dos. De vez en cuando, el conductor tenía que girar hacia la izquierda o hacia la derecha, e incluso frenó dos veces. Aparte de eso, condujeron rápidamente por las calles. Calculó que iban a más de noventa en lugares donde los coches normalmente avanzaban arrastrándose como tortugas.

Veinte minutos más tarde entraron al aparcamiento del hospital. La entrada principal estaba repleta de camiones de noticias con sus micrófonos y antenas extendidos hacia el cielo. Reporteros y camarógrafos rondaban ante la puerta principal. La policía creó una barricada. Un desastre, de verdad. Aquellos que necesitaran ayuda del hospital tendrían problemas ese día.

Entonces el conductor continuó hacia el lado donde los esperaban cuatro policías. Uno llegó hasta el lado del pasajero del todoterreno, el lado que daba al hospital. Abrió las puertas delantera y trasera. El hombre le tendió la mano a Sasha. Ella inclinó su cuerpo para evitarlo.

El policía dio un paso atrás cuando Oso sacó la pierna.

—¿Qué, no hay mano para mí?

El policía parecía inseguro de qué hacer a continuación. La risa de Oso lo envió de regreso hacia la sencilla puerta del hospital abierta unos centímetros.

—Síganme—, dijo el policía mientras entraba. Los condujo a través de pasillos vacíos. El compañero del chico iba detrás.

Jack supuso que los pasillos estaban vacíos a propósito. No solo había causado molestias a los enfermos que necesitaban el hospital hoy, sino también al personal. Nada nuevo, en cierto modo. Se había acostumbrado a ser una molestia.

Llegaron a un pasillo donde estaban cuatro agentes que Jack reconoció del número 10. Éste tenía que ser el lugar donde retenían a Alex.

—Justo ahí—, dijo el guardia, con el dedo extendido.

Jon entró primero en la habitación, luego Sasha. Cuando Jack entró, Alex lo saludó con un movimiento de cabeza y una leve sonrisa.

—¿Cómo te sientes? — preguntó Jack.

—Bastante mal—, dijo Alex. —Pero me adormecieron y me dieron algunos analgésicos. Nada demasiado fuerte, así que no pidas ninguno. Esto no ha terminado. Alex hizo una pausa y esperó hasta que todos sonrieran o rieran de su broma. —Afortunadamente soy zurdo, por lo que mi tiro no se verá afectado.

—Ya no estás involucrado en esto—, dijo Jon.

—Diablos, sí lo estoy.

—Alex, escúchalo—, dijo Sasha.

—Quiero enfrentarla y preguntarle por qué. ¿Por qué quería matarme? ¿Por qué amenazó a la hija de este hombre en un esfuerzo por matarme? Seguramente tenía que haber mejores maneras que ésta.

Nadie dijo nada.

—¿Cuál es el plan ahora? — preguntó Jack.

—Tenemos cebo en otra sala—, dijo Jon.

—¿Qué significa?

—Un hombre con muerte cerebral después de un accidente. Está hinchado e irreconocible y con soporte vital. Tiene el pelo como el de Alex, así que...

—Lo están haciendo pasar por el primer ministro, al borde de la muerte—, dijo Jack.

Jon asintió. —Creemos que enviará a alguien para que lo cuide.

—¿Quién está mirando? — preguntó Oso.

—Mucha gente—, dijo Sasha. —Todo un maldito equipo está instalado cerca de la habitación.

—Entonces deberíamos sacar a Alex de aquí—, dijo Jack.

—No—, dijo Alex. —Aún no. Quiero interrogar a quien sea enviado.

—Esos analgésicos se te van a subir a la cabeza—, dijo Jon.

Alex sonrió. Tras una inspección más exhaustiva, Jack estaría de acuerdo con la afirmación de Jon.

—Seguramente Dottie esperaría que estuvieras fuertemente vigilado—, dijo Jack.

—Creo que se ha vuelto loca, Jack—, dijo Jon. —Ella está actuando de manera completamente irracional. ¿Cómo planeaba salirse con la suya? Es imposible.

Jack se preguntó si ella planeaba salirse con la suya. Se dio cuenta de que todo había sido un montaje, desde el principio. Ella no lo había traído aquí para matar a Thornton. Ella ya lo tenía planeado. Ella lo trajo aquí para que pudiera morir. ¿Por qué?

—A menos que tenga una planta—, dijo Jack.

Todos se volvieron hacia la puerta al oír el eco de los disparos. Las radios se encendieron con *sonidos de disparos*. Tres hombres entraron corriendo en la habitación. ¿Se podría confiar en alguno de ellos? Jack no lo creía así y aparentemente Jon tampoco.

—Todos fuera—, dijo Jon. Sacó su arma y se paró frente a Alex. Sus propios hombres eran un riesgo en este punto.

Los hombres retrocedieron, apuntando al suelo con sus armas. Se quedaron mirando a Jack y Oso.

—Ellos no—, dijo Jon. —Ustedes tres, fuera. Ahora.

Los hombres lanzaron miradas confusas hacia el primer ministro mientras salían de la habitación. Iba en contra de todo para lo que habían sido entrenados dejándolo solo durante un momento de crisis. En un momento en el que la vida del hombre estaba en juego. Había sobrevivido a un ataque hoy. ¿Cuántos más habría?

Jon sacó su teléfono y comenzó a hacer llamadas. Se comunicó con un hombre llamado

Wells y lo puso en altavoz.

—¿Qué tienes ahí abajo, Wells? — preguntó Jon.

—No sabemos quién es, señor. Un tipo grande, con barba roja. Pasó por alto la seguridad inicial y entró en la habitación.

El sonido de cinco personas respirando profundamente llenó la habitación.

—¿Cómo ocurrió eso? — preguntó Jon. —¿La única persona que estábamos seguros de que no aparecería sí lo hizo, y no la notamos?

—Estamos tratando de resolver eso, señor.

Jack notó que la cara de Jon se había puesto roja brillante. Las venas de su cuello resaltaban. Pulsaban tan rápido que Jack supuso que el corazón del tipo latía a más de cien latidos por minuto.

—No te preocupes por eso ahora—, dijo Jon. —¿Qué pasó?

—Escuché que los disparos se apagaban, miré hacia adentro y lo vi allí. Acercó una almohada a la cabeza del chico. Lo eliminamos allí mismo.

—Cristo. ¿Está muerto?

—Sí, señor.

Jon miró hacia arriba. —Maldita sea, lo necesitábamos.

—Lo siento, señor.

—Está bien, Wells. Hiciste lo que tenías que hacer—. Jon colgó y miró a Alex. —¿Satisfecho?

—¿Y si hay más?

—Razón de más para sacarte de aquí, Alex.

Esta vez Alex no protestó.

—Necesito ver a Erin antes de irnos—, dijo Jack.

—Ya lo hice—, dijo Jon. —Se la llevaron antes.

—¿Ella ya tenía autorización para irse?

Jon negó con la cabeza. —No dije eso.

Jack se pasó una mano por el pelo y se agarró la nuca. —No creo esto. Todo este tiempo, ambos estuvieron ahí, justo debajo de mis narices.

Nadie dijo nada por un momento. Jack sintió el peso de sus miradas sobre él. Se volvió en semicírculo y estableció contacto visual con cada uno. Se detuvo cuando llegó a Oso.

—¿Quien? — preguntó Oso.

—Dottie y León. Estaban juntos en esto.

—¿Estás seguro de eso? — preguntó Oso.

—Sí… No. Necesito ver a León.

—Los encontraremos—, dijo Jon.

—¿Cómo? — preguntó Jack.

—Tenemos toda la mano de obra y la capacidad intelectual de Gran Bretaña a nuestra disposición. No hay manera de que puedan escapar.

—Yo logré entrar—, dijo Jack.

—No sin que no lo supiéramos—, dijo Jon.

Sonó el teléfono de Oso. Él respondió y luego dijo: —Espera—. Luego miró a Jack y dijo: —Es para ti.

Jack tomó el teléfono. —¿Sí?

—Es Clarissa—, dijo.

Él no dijo nada.

—Sé que no es un buen momento, pero creo que puedo ayudarte.

—¿A qué te refieres?

—Jesús, no tengo mucho tiempo, Jack. Mira, tenía a las niñas conmigo cuando se las llevaron. León me dio un trozo de papel. Dijo que en ese papel estaban escritas las instrucciones de a dónde quería que llevara a Mia y a Hannah.

—¿Dónde?

Ella leyó la información en la página. Jack repitió la dirección.

—Eso está a una hora como máximo—, dijo Jon.

—Probablemente Dottie ya casi haya llegado—, dijo Jack.

—Si ella va allí—, dijo Sasha.

—Ella fue allí—, dijo Jack.

—Tenemos que ponernos en marcha—, dijo Jon.

—Clarissa, ¿dónde estás?

—No puedo decirlo, Jack.

—¿Por qué no?

Se cortó la comunicación.

—¿Clarissa? — Esperó un momento y luego le entregó el teléfono a Oso. —¿Podemos rastrear esa llamada?

—No hay número—, dijo Oso.

—Te ayudaremos a encontrarla cuando esto termine—, dijo Jon.

—De acuerdo. Vamos a poner fin a esto.

CAPÍTULO 67

Los cinco bajaron un tramo de escaleras, atravesaron un pasillo y luego bajaron dos tramos más de escaleras. Un nivel por debajo de la planta baja del número 10, entraron en la red de túneles. Allí los recibieron dos agentes más. Jon se negó a permitir que Alex viajara sin ellos allí para protegerlo. Caminaron en grupo y luego se separaron al cabo de unos cincuenta metros.

Jon, Alex y dos agentes tomaron la bifurcación este. Jack, Sasha y Oso se dirigieron al oeste.

Sasha lideró el camino. Ella conocía los códigos y tenía las llaves. Jack y Oso la siguieron de cerca. Entraron en el mismo garaje donde había aparcado el Audi antes. Era el único vehículo en la habitación.

—Entren, muchachos—, dijo.

Oso tomó el asiento trasero. Una elección extraña, dado su tamaño. Pero le gustaba levantar una pierna cuando tenía un asiento trasero disponible para él. Jack rodeó el maletero hacia el lado del pasajero. Abrió la puerta, pero no entró. Sasha abrió y abrió un casillero. Él observó cómo ella sacaba varias armas.

—¿Quieres ayuda? — preguntó él.

—No—, dijo ella. —Entra.

Continuó observándola cargar tres M4, tres MP7 y seis pistolas en el maletero. Hizo un último viaje en busca de cargadores adicionales para los MP7.

—¿Esperas enfrentarnos a un ejército? — preguntó Jack.

—Pensé que había dicho que entraras—, dijo.

Jack levantó las manos en señal de rendición y luego se sentó en el asiento del pasajero. El auto tenía un olor cítrico que no había notado antes.

—¿Hueles eso, Oso?

Oso bajó la barbilla hasta el pecho y la nariz hasta la axila. —No soy yo.

Esto provocó una risa y un movimiento de cabeza por parte de Jack. —No importa.

Sasha abrió la puerta del conductor y asomó la cabeza. —Sólo una cosa más.

Jack la vio regresar al casillero, cerrarlo y luego abrir otro. No podía ver lo que ella sacó ni lo que puso.

Regresó al auto y dijo: —¿Alguno de ustedes está desarmado?

Ni Jack ni Oso hablaron.

—Está bien—. Se puso al volante y encendió el motor V-8. Presionó un botón, luego la pared se levantó y ella atravesó el nivel vacío del estacionamiento. Jack se preguntó qué hacían cuando el garaje estaba lleno. Quizás tenían un sistema para evitar que eso sucediera. Quizás alguien subió allí y puso un cartel para bloquear el nivel inferior.

Unos minutos más tarde estaban en las calles de la ciudad de Londres, a más o menos un kilómetro del número 10. Utilizaron la sirena y las luces estroboscópicas para atravesar la ciudad

y llegar a la M25. La autopista estaba medio congestionada. En la mayoría de las ciudades, eso significaba parachoques contra parachoques, pero en Londres había mucho espacio entre los coches si ibas en moto. Además, usar el arcén era una excelente manera de llegar a los ciento veinte cuando todos los demás alternaban entre freno, acelerador y freno. Desde la M25, salieron y se incorporaron a la M3, que los llevó hacia el oeste y lejos de la ciudad.

Sasha apagó la sirena y encendió la radio. Previamente había sido sintonizada en una emisora de Jazz.

—¿Está bien? — preguntó ella.

Oso se encogió de hombros. —Puedo vivir con eso.

Jack asintió. —Me encanta.

—¿En serio? Eso me sorprende.

Jack se encogió de hombros, se volvió hacia la ventana y luego hacia ella. Abrió la boca para hacerla pasar un mal rato.

Ella lo miró y le ofreció una media sonrisa. —A mí también.

—No siempre fue así—, dijo Jack. —Mi papá nos obligaba a escucharlo cuando yo era niño.

—¿Nosotros?

—Mi hermano y yo.

—¿Cómo se llama?

—¿Mi papá?

—Tu hermano.

—Sean.

—Y apuesto a que el nombre de tu padre era John, ¿no? Y te pusieron su nombre, por eso te llamaron Jack. Pero ¿John y Sean? Sean es la forma irlandesa de John. ¿Querían tus padres que ustedes dos tuvieran el mismo nombre?

—Lindo, ¿no? — preguntó Oso.

Jack miró por encima del hombro y sacudió la cabeza hacia Oso. Luego desvió su mirada hacia Sasha y dijo: —Mi papá no es John y yo tampoco. Jack no es un apodo para nada. Es solo mi nombre. Siempre ha sido así. Lo dice en mi certificado de nacimiento.

—¿Quién es mayor?

—Él.

—¿Por cuánto?

—Dos y algo.

—¿Años?

—De lo contrario, habría sido una maravilla médica.

Ella puso los ojos en blanco. —¿Se llevan bien?

—Lo hicimos.

—¿Ahora?

—Hablamos.

—¿Con qué frecuencia?

—Ocasionalmente.

—¿Las conversaciones son como está?

—Más o menos.

—Entonces, volvamos al jazz—. Subió un poco el volumen.

—Crecí con eso. Miles Davis, Stan Kenton, Ralph Sutton, Tristano, Stan Getz.

—Todos los grandes nombres de los años cincuenta y sesenta.

Jack asintió.

—¿Escuchas algo nuevo?

Él se encogió de hombros. —Lo que sea que esté en el escenario o quien esté en el escenario.

—Siempre es mejor en vivo—, dijo.

—Sí, lo es—, dijo Oso.

—Mil veces—, dijo Jack.

Se echó hacia atrás y escuchó los tonos angustiados de Miles Davis y su trompeta. Coltrane lo felicitó con su saxo tenor. Más suave que la mantequilla. Más fino que la seda. Jack deseaba poder adelantar el tiempo hasta la medianoche en ese momento. La música, creada durante una época de agitación y llena de una pasión eterna, todavía evocaba sentimientos y recuerdos enterrados durante mucho tiempo en Jack. Afortunadamente, se había vuelto más que capaz de dejarlos de lado cuando era necesario. Y la mayoría de las veces era necesario.

Salieron a la M27 en Eastleigh. Unos kilómetros más tarde, la autopista terminó y condujeron por una vía de doble calzada de la que Jack no se molestó en averiguar el número. No tenía sentido. No tendría que regresar a menos que sucediera algo malo. Y si sucediera algo malo, sabía que lo involucraría de todos modos.

Pasó media hora llena de jazz. El tráfico siguió disminuyendo hasta que estuvieron básicamente solos en la carretera. Llegaron a su salida, giraron a la izquierda por un carril estrecho en el que podían entrar dos coches que viajaban en dirección opuesta, siempre que uno se metiera en el césped para dejar pasar al otro. Jack miró hacia atrás y vio que Jon y Alex estaban muy cerca.

Y los dos agentes.

Siete personas, lo que Jack calculó que eran cuatro de más.

Más adelante, las luces de advertencia parpadearon en un cruce de ferrocarril. Tenían una vista completa del tren que se aproximaba. Probablemente trescientos coches de largo y lentos, como una oruga rellena de grasa y lista para hibernar.

—Acelera—, dijo Jack.

—¿Qué? — dijo Sasha.

—Me escuchaste.

Ella lo miró. Tenía ambas manos en el volante. Sus nudillos estaban blancos. —¿Por qué?

—Necesitamos adelantarnos unos minutos.

—¿Te has vuelto loco?

—Hazlo, Sasha.

Sacudió la cabeza y apretó el acelerador. El coche aceleró, pero debido a la curva de la carretera y la curva de la pista, no podía calcular los ángulos mentalmente. ¿Le ganarían al tren? Si el tren llegaba primero, es posible que hubieran viajado demasiado rápido para detenerse a tiempo.

—No me gusta esto, Jack—, dijo.

Volvió a estudiar la distancia. El tren tenía ventaja. —Más rápido, Sasha.

Su pie se hundió y el coche aceleró. Jack sintió que su asiento retrocedía unos centímetros, miró por encima del hombro y vio la gran mano de Oso junto a su cabeza. El hombretón se inclinó entre Jack y Sasha. Si la adrenalina tenía una expresión definida, era la que estaba plasmada en el rostro de Oso.

—Quizás quieras ponerte el cinturón—, dijo Jack mientras se levantaba el cinturón de seguridad alrededor de su abdomen para mostrárselo a Oso.

—No habrá ninguna diferencia si chocamos a ese tren—, dijo Oso.

—Punto a favor—. Jack buscó su cinturón de seguridad.

—No te atrevas—, dijo Sasha. También tuvo la precaución de abrocharse el cinturón de seguridad.

El auto iba más rápido.

El tren avanzó.

Los rieles del tren se acercaron.

El camino se enderezó.

Estaba cerca.

¿Demasiado cerca?

Jack no estaba seguro.

Miró a su izquierda. Por el espejo lateral vio que Jon y Alex se habían quedado muy atrás. Los faros destellaron y luego permanecieron encendidos. Siguieron las luces altas. El teléfono de Sasha empezó a sonar. Tenían que ser ellos.

—No respondas—, dijo Jack.

—Como si estuviera quitando mis manos del volante.

Jack sonrió. Si alguna vez hubo un momento para maldecir, habría sido ese. No creía que ella fuera tan apropiada. Él la miró. Una capa de sudor cubría su frente. Sus ojos estaban entrecerrados y enfocados. Sus mandíbulas se cerraron y sus pequeños músculos se tensaron. Tenía las manos alrededor del volante y los nudillos blancos.

Con una pistola en la cabeza, admitiría que ella le parecía atractiva.

El auto iba más rápido.

El tren avanzó.

Los rieles estaban a unos treinta metros más adelante.

¿Quién llegaría primero?

CAPÍTULO 68

El conductor del tren se quedó con los ojos muy abiertos. Tenía la boca abierta como si se hubiera quedado atrapado en un grito perpetuo. Por supuesto, por encima del rugido del tren ya no se oía nada, ni siquiera las campanas de advertencia. Sonaba como un F5, según pudo adivinar Jack pues sólo se había encontrado con un F3.

El Audi chocó con la delgada barandilla pintada de rojo y blanco. Llegaron a la joroba de asfalto que albergaba las vías a más de ciento sesenta kilómetros por hora. Ya no podía ver al conductor. Probablemente fuera mejor así. El tipo podría estar sufriendo un ataque al corazón y lo último que Jack necesitaba hoy era más culpa.

Miró a su izquierda cuando el coche se elevó aproximadamente treinta centímetros del suelo. Había pasado el tren, pero Oso y el resto del Audi aún no. La muerte aún sería el resultado ya que el impacto haría girar el vehículo enviándolo a él y a Sasha de cara al sólido motor de acero. Y si eso no los mató, seguramente la fuerza de Oso al chocar con ellos lo haría.

Sasha gritó. Oso también. Jack apretó la mandíbula durante unos tensos segundos. Luego gritó. El sonido dentro del auto coincidió con el de los primeros segundos después de que el auto líder en una montaña rusa se deslizara por el borde de la primera gran caída. El sentimiento, no tanto.

El Audi cayó al suelo, se hundió, rebotó, chirrió y patinó. Sasha pisó los frenos. Resbalaron, giraron y chirriaron a lo largo del camino, a través de la hierba, hasta detenerse en dirección opuesta, mirando directamente al tren.

La guantera frente a Jack se abrió cuando tocaron el suelo. Un ambientador aterrizó en su regazo. Tenía una imagen de dos naranjas en el frente. Eso explicaba el olor del coche. Debía haber sido tan débil que sólo él lo había olido.

El tren avanzaba pesadamente; faltaban unos trescientos vagones para llegar. Tardaría al menos quince minutos, tal vez más. Eso, pensó Jack, era todo lo que necesitaban.

—Está bien, ¿quieres decirme de qué se trató todo eso? — preguntó Sasha.

—Primero da la vuelta al coche y ponte en marcha.

Dio marcha y se lanzó hacia atrás, sin que pareciera importarle que el auto se saliera de la carretera. No es que fuera a causar más daño que el que había causado saltar las vías.

—Todavía no confío en Jon—, dijo Jack.

—¿Jon? Está limpio. Puedes confiar en mí en cuanto a eso.

—Confío en ti. No confío en él. Y no quiero que estemos en una situación en la que tengamos a León y Dottie bajo custodia y luego Jon se vuelva contra nosotros. No creo que ninguno de nosotros quiera ser responsable del asesinato de Alex.

—¿Seguro sobre eso? — preguntó Oso. —Ya le disparaste una vez.

—Y si eso significa salvar la vida de mi hija, lo haría de nuevo. Entonces, ¿qué tal si no

dejamos que todo se reduzca a eso? Tenemos la ventaja sobre León y Dottie. Mantengámoslo de esa manera.

—¿Qué pasa si Jon llama con anticipación? — preguntó Oso.

—No lo ha hecho—, dijo Sasha.

—¿Cómo lo sabes? — preguntó oso.

Sasha negó con la cabeza y no dijo nada.

—¿Qué? — preguntó Jack.

Ella todavía no dijo nada.

—Dinos.

—No estás tan lejos, Jack.

—¿Que qué?

—Lo hemos estado observando desde hace algún tiempo. La sospecha está ahí.

—¿Y me acabas de criticar por implicarlo en esto?

Ella lo miró y luego volvió a mirar la carretera.

El silencio se reanudó durante los siguientes veinte minutos. Jack supuso que en ese momento Jon y Alex se estaban moviendo nuevamente. O el tren había pasado, o habían dado marcha atrás y encontrado otra ruta. Si su corazonada hubiera sido errónea, y esperaba que así fuera, tendrían que lidiar con el hecho de que los abandonaran.

Los alrededores comenzaron a dar señales de vida. Cabañas generosamente espaciadas se alineaban a lo largo de la carretera. Las vistas de la costa en el lado sur llenaban los huecos entre las casas.

—¿Cuánto tiempo más? — preguntó Oso.

Jack miró el GPS. —Estamos cerca. Sasha, quiero que nos consigas una carretera rural. Podemos acercarnos a la casa a pie.

—¿Deberíamos pasar primero?

—No me arriesgaría.

Entonces Sasha giró en la siguiente calle e ignoró el GPS que la molestaba para que girara a la izquierda. Cuando estuvieron a la altura de la ubicación, detuvo el auto. Los tres salieron. El baúl se abrió de golpe. Jack cogió una Sig P226 de repuesto y se puso una HK MP7 en el pecho. La M4 sería demasiado, así que la dejó en el maletero y convenció a Oso a hacer lo mismo. Esperaba que la zona estuviera tan desierta como parecía. Incluso si alguien llamara a la policía, un coche tardaría al menos diez minutos en llegar. La terrible experiencia debería haber terminado para entonces.

Pasaron por el jardín de alguien y entraron en una estrecha zona boscosa. Las hojas muertas crujían bajo sus pies a medida que se acercaban a la casa. Dos ardillas juguetonas treparon corriendo a un árbol. Cuando se acercaron a la última hilera de árboles, la casa quedó a la vista.

Un coche que Jack no reconoció estaba en el camino de entrada con el maletero y las puertas traseras abiertas. Por lo demás, no había señales de vida.

—¿Crees que eso es todo? — preguntó Oso.

—Esa es la dirección que nos dio—, dijo Sasha.

Pasó un coche. Un niño en el asiento trasero hizo contacto visual breve con Jack. Observó el coche mientras corría por la calle. Las luces de freno que esperaba nunca parpadearon.

Se abrió la puerta principal de la casa de enfrente. Una puerta mosquitera chirrió sobre las bisagras oxidadas. Una mujer mayor apareció a la vista.

—Dottie—, dijo Jack.

—¿En serio? — preguntó Oso.

—Esa es ella.

—Ella envejeció.

Jack no dijo nada. No sólo observó a la mujer mientras se acercaba al coche, sino también a la casa detrás de ella. Nadie más salió. Ningún rostro se escondía detrás de las ventanas a oscuras. Al menos hasta donde podía ver.

Las manos de Dottie estaban vacías. Se reclinó en el asiento trasero, sacó una bolsa y la arrojó al suelo. Luego caminó hacia la parte trasera del auto, les dio la espalda y se inclinó hacia el maletero. Sacó otra bolsa y la arrojó junto a la otra. Estaba descargando el coche. O iban a esperar en la casa o tenían otros planes para escapar.

—Vamos—, dijo Sasha.

Antes de que Jack pudiera decirle que esperara, la mujer salió corriendo.

—Espera—, dijo Oso.

—Vamos—, dijo Jack.

Cruzaron la calle detrás de Sasha. Jack se preparó para recibir una bala. Eran blancos fáciles. Éste no era el enfoque que había previsto.

Dottie se levantó y miró por encima del hombro. Se reclinó en el maletero y volvió a salir, esta vez con un rifle. Ella disparó a ciegas. El retroceso casi la arrojó contra el maletero. El disparo resonó en el bosque detrás de ellos. La bala no había alcanzado a ninguno de ellos.

Jack sacó su pistola para disparar, pero Sasha ya lo había hecho. Dottie giró hacia la izquierda y luego cayó de rodillas. Luego se acercó y se apoyó contra el parachoques trasero del auto.

Jack tenía una docena de cosas que quería decirle a la mujer. Preguntas que tenía que hacer. Pero no lo hizo. Pasó junto a ella y le dijo: —Vigílala.

CAPÍTULO 69

—¿A dónde diablos vas? — preguntó Oso.

Jack no le respondió.

—¿Qué está haciendo?

—No lo sé—, dijo Sasha.

Oso miró a su alrededor, a las casas vecinas. No se habían abierto puertas. Nadie se quedó en el porche mirando lo que sucedió. No se acercaban sirenas. El lugar debe haber sido abandonado. Un barrio lleno de casas de veraneo, pensó. Quizás fuera de temporada era el tipo de barrio que estaba ocupado los fines de semana y desierto durante la semana. No importó. No iba a quejarse de la falta de atención.

Sasha saltó de un pie al otro. Ella también escaneó el área. Aunque su atención parecía estar más centrada en la casa frente a ellos que en las que los rodeaban.

—Ayúdame a moverla—, dijo Oso.

Dottie apenas estaba consciente. La sangre manó de su herida y manchó su ropa de color carmesí. Oso dudaba que aguantaría lo suficiente hasta que llegara una ambulancia.

Sasha se colocó cerca de los pies de la mujer y se negó a enfundar su arma. En cambio, pasó su brazo izquierdo alrededor de los tobillos de Dottie y levantó las piernas de la mujer en el aire. Juntos, ella y Oso trasladaron a Dottie de detrás del vehículo al costado de la casa. Un par de setos altos los ocultaban de la vista de la calle.

Oso la dejó en el suelo y evaluó su estado. Confirmó lo que pensaba antes. A Dottie le quedaba poco tiempo. Pulso débil. Respiraciones cortas, dificultosas y poco frecuentes. Sus ojos se enfocaron más allá de cualquier cosa que existiera. Estaba cayendo en esa incertidumbre que es la muerte.

—No le queda mucho más—, dijo Oso. —Ve a buscar a Jack y asegúrate de que esté bien.

No hubo respuesta.

—¿Sasha? — Oso miró por encima del hombro, se levantó, se volvió y no la vio.

El viento soplaba desde la costa y sacudía las hojas de los setos.

—¿Sasha? — repitió él.

De nuevo, no hubo respuesta.

—Maldita sea—. Miró a Dottie. Había pasado tiempo con la mujer en el pasado. No tanto como Jack, por lo que el vínculo no era tan fuerte. Para él, ella era una mujer moribunda. Nada más y nada menos. Luchó con qué hacer a continuación. A pesar de lo que había hecho, ¿merecía morir sola?

No importaba. Así tenía que ser. Tenía otros a quienes atender.

Oso rodeó los setos y escudriñó el área frente a la casa. Abandonada. Se encorvó, un movimiento que no logró ocultarlo, y corrió hacia la puerta principal. Allí se detuvo, se apoyó

contra la pared, cerró los ojos y escuchó. El viento azotaba la casa, cubriéndola con aire fresco y salado. El sudor de su frente se enfrió. Sus labios se secaron. Los lamió y probó la sal. Escuchó un suave grito más allá de la puerta principal. ¿Mia? Tenía que ser.

Extendió la mano izquierda y encontró el pomo de la puerta. Giró sin resistencia. Con un ligero movimiento, abrió la puerta. Luego giró rápidamente, con su 9 mm a la cabeza. Un vistazo rápido a la habitación reveló que estaba vacía. Oso avanzó, siguiendo el sonido del llanto de la niña. La habitación en la que se encontraba se abría a un comedor y una cocina. En el lado derecho, en el medio, se alzaba un pasillo oscuro. Desde el pasillo fue de donde se originó el llanto.

Oso enfundó la pistola y agarró el MP7 en su pecho. Desactivó el seguro y lo ajustó de un solo disparo a ráfagas de tres disparos. No era necesario ser tremendamente preciso. Sólo tenía que golpear en algún lugar de la habitación.

Se inclinó hacia la pared, se presionó contra ella y se detuvo justo antes de la abertura del pasillo. Desde allí tenía una vista de toda la cocina. Aparte de la despensa cerrada, comprobó que la habitación estaba tan vacía como la primera.

Otro grito pasó flotando.

Respiró hondo y se dio la vuelta, apuntando con la metralleta. La sala vacía le indicó que siguiera adelante. Eso hizo. Oso presionó su hombro izquierdo contra la pared y caminó hacia el final del pasillo, de la punta al talón. Mantuvo sus ojos enfocados hacia adelante, donde había dos puertas, una a cada lado. En cualquier momento esperaba que una de ellas se abriera.

El sonido de los gritos de Mia se hizo más fuerte. Siguieron susurros indescifrables. Se detuvo, se encorvó y entrecerró los ojos. Dio un paso. Una tabla del suelo estalló. El llanto cesó. También lo hicieron los susurros. Escuchó pasos moviéndose hacia la puerta suave y lentamente.

Su instinto le dijo que disparara. La lógica se impuso. Al menos Mia estaba en esa habitación. Su madre y la otra mujer también podrían estarlo. ¿Quién más? No tenía idea. ¿La única manera de saberlo? Abriendo la puerta.

Y así lo hizo.

El pomo de la puerta giró hacia la derecha sin resistencia. Empujó la puerta hacia adelante y dio un paso atrás. El cañón del MP7 se movía con sus ojos. Mia y su madre se acurrucaron en el rincón más alejado de la habitación. La otra mujer estaba sosteniendo una lámpara que parecía un bate de béisbol.

—¿Quién eres? — preguntó ella.

—Ese es Oso, Hannah—, dijo Erin.

—¿Están solas aquí? — preguntó Oso.

Ambas asintieron. Mia todavía no lo había mirado. Mantuvo su rostro enterrado en el pecho de su madre.

—¿Quién diablos eres tú?

La voz no procedía del interior de la habitación.

Oso dio un paso atrás, se giró y vio a un hombre alto y rubio al otro extremo del pasillo. Se apresuró a rodear con sus manos el arma atada a su pecho.

Aparentemente, la presencia de Oso también había sorprendido al hombre al otro extremo del pasillo. Tuvo que alcanzar su espalda para coger su pistola. Ninguno de los dos tenía la ventaja. Tres rápidas ráfagas surgieron del arma de Oso. El hombre sacó su arma de fuego, que parecía ser una pistola táctica HK45, y disparó al mismo tiempo.

Un dolor punzante se extendió por el abdomen de Oso y por su costado y espalda. Se centró en el lado derecho. No miró hacia abajo. Mirar hacia abajo lo haría real y, tal como estaba, sintió

que podía seguir moviéndose. Parpadeó para contener el torrente de lágrimas que tenía en los ojos. El brazo derecho del otro tipo colgaba a su costado, inútil, destrozado y astillado en la muñeca. Al parecer, Oso no había apuntado al lugar correcto. Su disparo había viajado hasta la grada. Luchó contra el dolor, volvió a apuntar y apretó el gatillo. El arma se había atascado.

El tipo miró su mano y luego a Oso. La incredulidad se extendió por el rostro del hombre. Oso avanzó hacia él. No quería que el hombre se acercara a la habitación con las mujeres allí. El tipo se inclinó, envolvió su brazo izquierdo detrás de su pierna y volvió a enderezarse empuñando un cuchillo con una hoja de quince centímetros.

Oso intentó levantar la metralleta y pasarse la correa por la cabeza. El dolor se lo impidió. Tiró con fuerza y rompió la correa. Con el MP7 en su mano izquierda, desvió la hoja del cuchillo. No dejó de avanzar. El tipo volvió a golpear, amplio y salvaje. Oso giró el arma hacia la izquierda y atrapó al tipo justo por encima de su muñeca izquierda. El hueso se rompió. El cuchillo cayó al suelo. Oso levantó la rodilla. El dolor en su costado casi se volvió demasiado para él. La rodilla conectó con la ingle del hombre. El tipo cayó hacia adelante. Oso agarró la nuca del tipo y la tiró hacia atrás. Luego, Oso empujó su cabeza hacia adelante y hacia abajo hasta el puente de la nariz del hombre. La piel de la frente del chico se partió en dos. Oso empujó al tipo hacia atrás. El hombre cayó al suelo.

Oso avanzó hasta que estuvo frente al hombre. Buscó detrás de su espalda y recuperó la Sig P226. Deseó haberlo pensado unos segundos antes. Se limpió la sangre de las manos y agarró la pistola. El dolor se extendió por su cadera y subió hasta su pecho. Apuntó y respiró hondo.

—No, no lo hagas—, dijo la chica desde atrás.

Oso miró por encima del hombro. Mia estaba parada en el pasillo, con lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Por favor, no lo mates.

La visión de Oso comenzó a oscurecerse. Vio a Mia, pero también a Mandy. Ambas chicas estaban allí de pie, con lágrimas en los ojos, rogándole que perdonara al hombre. Cayó sobre una rodilla, sobre su trasero y luego sobre su costado. Parpadeó con fuerza y vio al tipo en el suelo junto a él. La cabeza del hombre cayó hacia un lado y se miraron el uno al otro.

La otra mujer apareció un momento después. Recordó que su nombre era Hannah. Ella tomó la Sig de su mano, dio un paso atrás y apuntó al otro tipo.

—Soy de Virginia Occidental, asqueroso. Un movimiento y haré que tu cara parezca tu brazo derecho.

Oso sonrió y luego cerró los ojos.

CAPÍTULO 70

Jack estaba de pie en la arena compacta, cerca de donde las pequeñas olas golpeaban suavemente la orilla. A una docena de metros de distancia, León salió del pequeño bote que acababa de llevar a la orilla. León miró hacia Jack y asintió. Ambos hombres permanecieron inmóviles durante unos segundos. En la playa, frente al barco, había varias bolsas. Algunas, llenas de ropa, supuso Jack. Otras, tal vez, con dinero en efectivo. Miró hacia el mar y vio el gran barco al que León había estado transportando los artículos.

—¿A dónde te diriges?

—Lejos.

—¿Por qué?

León no dijo nada.

—Debes estar huyendo de algo.

León negó con la cabeza. —No huyo de nada ni de nadie. A diferencia de ti.

Esto lo hirió. Pero él lo ignoró. —¿Por qué hiciste esto?

—¿Hacer qué?

—Involucrarte en este plan en el que estuvo involucrada Dottie.

León dio unos pasos hacia adelante.

Jack apuntó con su pistola al hombre. —Eso está bastante cerca.

—Le arruinaste la vida, Jack.

—¿Qué quieres decir?

—Esa mierda que hiciste en Montecarlo con Thornton.

—Él se lo merecía.

—No digo que no esté de acuerdo.

—Entonces, ¿cómo arruinó eso su vida?

—Ella no huyó de Thornton por eso, Jack. Él la echó. Le costó más de un millón en honorarios legales y sobornos. Él te culpó a ti y, a su vez, a ella. Esa casa no es de ella. Es mia. Una casa familiar. Ella no tenía dinero. Su jubilación fue un desastre. Mira, ella pensó que lo había logrado con Thornton. Claro, tenía que soportar su lado malo de vez en cuando, pero para Dottie, esos problemas venían con el territorio sin importar lo que hiciera. ¿De qué otra manera habría ascendido en los rangos de inteligencia como lo hizo?

—Entonces todo esto fue una trampa. Ella no me trajo aquí para matar a Thornton, ¿verdad?

León negó con la cabeza.

—La muerte de Thornton ya estaba en proceso. Ella me trajo aquí para matarme.

León asintió. —Se suponía que debía cuidar de ti ese primer día. Pero me tienes ventaja. No quería entregarte esa Browning. Si no lo hubiera hecho, me habrías matado. Pude ver eso. No tuve elección. Adaptarse y superarse, ¿verdad, amigo? — Hizo una pausa, miró hacia la casa y

luego volvió a mirar a Jack con expresión de dolor. —¿Recuerdas a ese cocinero en el restaurante?

—¿El de barba roja? ¿El tipo que vimos en la televisión y que nos había estado mirando con cara de tipo duro en la cocina?

—Ese mismo, y esa no fue una mirada, Jack. Él es mi hermanastro. Él iba a ayudarme a cuidar de ti. Pensé que serías un cadáver en el baño y que él entraría después del primer disparo.

—¿Qué pasa con el tipo que me llevó al almacén?

—Uno de los míos.

—¿Por qué?

—Pensamos que te verían allí y que Naseer haría lo que hace Naseer. Aparentemente, eres mejor escondiéndote que entendiendo las cosas.

—¿Mason?

León negó con la cabeza. —Él es legítimo. Su socio, en cambio, no tanto.

—Yo deduje eso.

—Demasiado tarde, ¿verdad?

Jack no dijo nada. León tampoco.

—¿El bombardeo en el hotel? — preguntó Jack.

—Dos propósitos, en realidad. Para asustarte y eliminar algunos posibles testigos.

—¿Ustedes dos estaban detrás de esto?

León se encogió de hombros.

—¿Qué conexión tenía Dottie con Naseer? — preguntó Jack.

—Coincidencia.

—¿Por qué tenía que matar al primer ministro?

—Dos pájaros de un tiro.

—¿Qué significa?

León miró hacia el mar. Inhaló profundamente. Giró la cabeza hacia atrás, miró al suelo y luego volvió a mirar a Jack. —Deshacerse de ti y de él sin tener que estar directamente involucrada.

—Ella estuvo involucrada. Ella estaba hablando al teléfono.

—Pruébalo—. León extendió los brazos.

—Entiendo que ella me quería muerto. ¿Pero por qué a él? ¿Qué le hizo?

—Él dirigió la inquisición que consiguió que ella fuera destituida de su cargo.

Jack buscó en su memoria, pero no recordaba nada de esto.

León debió haber notado la expresión confusa en el rostro de Jack. —Hace unos años hubo un encubrimiento de algo que sucedió. Dottie dio la orden de hacer algo que no debería haberse hecho. Parkin era una cara nueva en la escena política en ese momento y tenía cierto conocimiento de esta acción. Él había estado involucrado. Yo también. Quería hacerse un nombre, así que usó su conocimiento interno y la derribó. Perdió su trabajo, su pensión y todo el dinero de su jubilación. Después de eso empezó a salir con Thornton.

—Así que ella lo culpa a él por arruinar su vida y a mí por empeorarla aún más.

—Básicamente.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Para limpiar mi conciencia y contarles cómo pasó esto. Ella había cambiado mucho en los últimos años, Jack. Ella no era la misma mujer que conocías.

Jack asintió y no dijo nada.

—Está bien, Jack. Ya terminé de jugar contigo. Obviamente tienes a Dottie, así que déjame

en paz. Hice lo que me dijeron. Soy un soldado al cien por cien, de principio a fin. Seguí órdenes —. Dio un paso atrás. —Déjame subir a mi barco y partir. He paleado tanta basura en mi vida que es hora de jubilarme.

—Tú y yo, los dos.

León se dio la vuelta y subió al barco.

—No puedo dejar que te vayas—, dijo Jack mientras extendía su brazo y apuntaba a León.

León miró por encima del hombro.

—¡Jack! — Sasha llamó desde atrás.

Jack miró hacia un lado. En su visión periférica vio a León girarse. Jack giró la cabeza hacia atrás. León levantó en el aire la pistola que debía haber escondido. Jack hizo lo mismo. El segundo que pasó se prolongó durante minutos en su cabeza. No podía disparar demasiado pronto. La bala fallaría y significaría la muerte para él. Tampoco podía esperar demasiado. León estaba entrenado, era hábil y disparaba rápidamente.

Entonces el rugido explosivo de un disparo rasgó el aire. Jack retrocedió con anticipación. Las gaviotas se alzaron desde sus posiciones en el mar. Jack esperó a que el dolor se extendiera. Pero ninguna bala atravesó su carne. Volvió a concentrarse y observó cómo el cuerpo de León se sacudía hacia adelante y se inclinaba hacia atrás. Una neblina rosa se elevó en el aire sobre la cabeza del hombre. Jack miró con la boca abierta mientras el cuerpo de León se giraba ligeramente hacia un lado. Vio el agujero de bala en la cabeza del tipo. Entonces León cayó por la borda de su bote al agua poco profunda.

Jack miró a su derecha. Oso estaba en lo alto de una pequeña duna de arena con el MP7 agarrado con fuerza con ambas manos. La sangre cubría el estómago, el torso y la parte superior de las piernas del hombretón.

Pequeñas olas golpearon el cuerpo de León. El movimiento del mar empezó a girarlo una y otra vez. Jack y Sasha sacaron el cadáver del agua y lo dejaron caer en la arena. Jack luego dirigió su atención a Oso.

—Jesús, Oso. ¿Estás bien?

—Sólo una herida superficial.

—¿Seguro? Parece fea.

—Estoy bien, Jack. La ambulancia llegará pronto y me revisarán.

Jack y Sasha se pusieron a un lado cada uno y rodearon con un brazo la espalda de Oso. Se dirigieron hacia la casa. Jack miró por encima del hombro. El pequeño barco se había hundido en el mar y se había alejado a la deriva.

—¿Qué pasa con Dottie? — preguntó Jack.

—Muerta—, dijo Oso. —Godfrey está detenido dentro, aunque podría desangrarse y unirse a Dottie pronto.

—Déjalo—, dijo Sasha.

—¿Mia? ¿Estaba ella allí?

—Y Erin y Hannah. Están todas bien. Conmocionadas, pero bien—. Las rodillas de Oso cedieron y casi arrastró a los otros dos al suelo.

Jack y Sasha estabilizaron al grandulón. Oyeron que un coche se detenía en el camino. Cuatro puertas se abrieron y se cerraron. Alex y Jon empezaron a gritarles.

—Aquí—, Gritó Sasha.

Las sirenas se acercaron. Policías, tal vez. Ambulancias, con suerte.

Alex y Jon hicieron preguntas repetidamente.

Jack, Oso y Sasha los ignoraron repetidamente.

Jack entró en la casa y localizó a las dos mujeres y a Mia, acurrucadas junto a la puerta principal. Se acercaron a él, Mia de primera. La levantó en el aire, la rodeó con sus brazos y la acercó a él. Erin y Hannah se unieron a ellas en un fuerte abrazo, lleno de lágrimas.

CAPÍTULO 71

La furgoneta dejó a Clarissa al borde de la pesadilla suburbana y de la jungla de asfalto. Caminó por calles familiares hacia la mansión de Naseer. Se preguntó si debería seguir pensando en esos términos. ¿Quién estaría a cargo ahora con Naseer muerto? La organización tenía planes de contingencia, lo sabía, pero no conocía el contenido de los planes. La muerte de Naseer no sería más que un obstáculo en su viaje.

Su organización también tenía un plan de contingencia. Y que entrara en vigor o no dependía en gran medida de lo que sucediera después de que ella entrara a la casa.

El aire fresco de la tarde entró en el abrigo que envolvía su cuerpo. El sol se puso detrás de ella. Sus rayos le calentaron el cuello y la nuca. Las dos sensaciones la dejaron sintiéndose como si flotara calle abajo. A medida que avanzaba hacia el vecindario, vio al último de los niños dejar sus pertenencias afuera y dirigirse a cenar o bañarse o tal vez a ver su programa de televisión favorito. Quizás los tres. Le costaba recordar cómo era ser niña.

Clarissa siguió caminando.

Su teléfono celular vibró a través del forro de su abrigo contra su estómago. Metió la mano en su bolsillo y lo sacó. No reconoció el número en la pantalla. Pero no importaba. Sólo un par de personas tenían el número y sólo una la llamaría. Y ella no podía hablar con Jack. No esta noche. Quizás nunca más. Arrojó el teléfono a la calle y lo pisó, rechinando el talón para asegurar su destrucción.

La finca palaciega se levantó cuando llegó a la cima de la colina. Podía ver por encima de la valla de hormigón que rodeaba la propiedad. Las luces delanteras estaban encendidas. Varios coches estaban aparcados al final del camino de entrada, cerca de la casa. No perdieron el tiempo y volvieron al negocio.

¿Cuál era ese negocio? ¿Tuvo algo que ver con su desaparición?

Todavía no tenía nada concreto sobre cuáles habían sido los planes de Naseer. Y ahora se preguntaba si la organización sería más agresiva con él fuera de escena. Naseer era originario de Gran Bretaña y, en ocasiones, Clarissa pensó que eso podría haber funcionado en su contra. Él lo habría negado, pero la verdad estaba en sus acciones.

Llegó a la puerta y presionó el timbre. Una cámara giró y la apuntó. Se acercó un carrito de golf. El hombre que apareció en la puerta la conocía y ella lo conocía a él. Él la dejó pasar, pero no le ofreció llevarla. Ella lo vio subirse a su carrito de golf, darse la vuelta y regresar por el camino de entrada. No le molestó. La posibilidad de que solo le quedaran unas pocas horas de vida era muy real. Y si ese fuera el caso, quería disfrutar de sus últimos minutos al aire libre.

Ella siguió caminando. Los cerezos que bordeaban el camino de entrada ya no tenían flores. Vio una o dos atrapadas entre briznas de hierba o presionadas contra el cemento bajo sus pies. Aparte de eso, ya no estaban. Fueron llevadas por las mismas ráfagas de viento que más tarde

habría sentido atravesar su cuerpo en Bélgica. Y con las flores se fue el aire dulce y perfumado. Ahora sólo eran un recuerdo desvanecido.

Es curioso lo rápido que sucede eso.

El hombre del carrito de golf esperaba junto a la puerta principal. No tenía sentido cómo la dejó atrás y ahora estaba obviamente molesto por el tiempo que le tomó llegar a la casa.

Ella se acercó a él y asintió.

—Samir te verá—, dijo mientras abría la puerta y la permitía entrar.

—¿Dónde?

—La oficina.

—¿La oficina de Naseer?

—La oficina de Samir.

Ella entendió. Naseer se había ido y Samir se había hecho cargo. A veces, sentía una conexión con el hombre y sentía por sus acciones y palabras que tenía un alma suave. También lo había visto enojado, y ese lado de él parecía ser diez veces peor que cualquier cosa que hubiera visto en Naseer. Día y noche, norte y sur, ying y yang, como uno quisiera llamarlo. El tipo era polos opuestos de él mismo, a veces en la misma conversación.

Temía que eso significara cosas malas para el mundo.

Clarissa siguió caminando. Pasó el vestíbulo y atravesó el pasillo. Las cámaras abandonaron sus posiciones en el techo. Cada movimiento que hacía estaba bajo escrutinio. Cuando llegó a la puerta de la oficina, se detuvo, respiró hondo y llamó. Oyó los clics de las cerraduras automáticas. Abrió la puerta y entró en la oficina.

—Hola, Samir—, dijo. —Me alegro mucho de ver que saliste ileso en eso...

—Siéntate y cállate.

Cruzó la habitación y puso una mano en la silla. Se habría sentido mucho mejor con el peso de una pistola presionando contra su espalda baja. Lamentablemente, estaba desarmada. Sinclair insistió.

—¿Por qué no estabas en París?

Clarissa se había preparado para esta pregunta. Pero en su cabeza, era Naseer quien le preguntaba. Después de enterarse de su muerte, no tenía idea de quién sería quien la interrogaría. Nunca esperó que el rostro frente a ella estuviera presente. Y esta vez no pudo juzgar su estado de ánimo.

—¿Bien?

—Estaba en París, Samir. Hasta que me enteré de lo que había pasado.

Sus ojos se entrecerraron. —¿Cómo te enteraste?

—Lo vi.

El asintió. —Teníamos hombres en París en la estación de tren.

—Lo sé.

—¿Sabes?

—Los vi.

—¿Por qué no fuiste con ellos?

—Porque, aparte de ti y Naseer—, hizo una pausa, —no confío en ninguno de estos tipos.

Él sonrió. —Chica inteligente. Dicen que parecía que unos agentes te estaban siguiendo.

Ella no estaba preparada para eso. —Lo estaban. También me les escapé.

—¿Por qué te perseguirían agentes franceses?

Se inclinó hacia adelante, colocó ambos codos sobre el escritorio y se apoyó en las palmas de las manos. —¿Te parezco una niña de coro?

Samir se inclinó hacia adelante. Su rostro se detuvo a unos treinta centímetros del de ella. —No, no lo pareces.

Ella sonrió, no dijo nada, esperó que el miedo no fuera evidente en sus ojos.

Se recostó en su asiento. La mirada dura se desvaneció y una sonrisa cruzó su rostro. Se golpeó la barbilla con un bolígrafo y luego lo mordió. —Ve a limpiarte. Cenaremos en una hora.

—¿Me puedo quedar?

—Puedes quedarte. Con una condición.

—Nómbrala.

—Me tratarás como trataste a Naseer.

—Te trataré mejor.

—Vamos, prepárate.

—Gracias—, dijo mientras se levantaba y se dirigía hacia la puerta. Salió al pasillo y se dirigió a su habitación. Las cámaras permanecieron fijas y no siguieron cada uno de sus movimientos.

CAPÍTULO 72

Jack pasó dos semanas con Mia y Erin. Una especie de vacaciones. Recorrieron el campo. Bebieron vino. Visitaron Escocia. Bebieron vino. Fueron a Edimburgo, Glasgow e incluso las convenció para que visitaran el lago Ness. No había sido necesario mucho para convencer a Mia, pero Erin había sido un poco difícil de ceder. Al final ella aceptó. Quizás fueron las tres copas de vino extra esa noche.

El viaje le enseñó mucho sobre sí mismo, le permitió aprender un poco sobre su hija y le ayudó a darse cuenta de que él y Erin no tenían futuro juntos, por mucho que quisiera estar cerca de Mia.

Regresaron a Londres la noche anterior a la partida de Jack hacia Estados Unidos.

Jack y Erin estaban en el balcón de su departamento en una fresca tarde de mayo. Las flores habían desaparecido de todos los árboles que bordeaban la calle de abajo.

—Me gustaría verla lo más a menudo posible.

—Creo que a ella también le gustaría eso, Jack. Ella se ha encariñado contigo. Aún quedan algunos muros que derribar, pero ayudaré con eso. Creo que con el tiempo abandonará al padre que creía tener y te aceptará.

—Parece que ha empezado a hacerlo.

—Ella lo ha hecho.

—¿Te importaría si viniera a Estados Unidos durante aproximadamente un mes cada año?

—Siempre y cuando vengas aquí un fin de semana al mes.

—¿Necesitas un descanso con tanta frecuencia?

—De la realidad.

Extendió la mano. —Trato.

Ella sonrió, le tomó la mano y miró a la luna.

—Erin, no crees que exista la posibilidad de que tú y yo...

—No te vuelvas loco, Jack. No pudimos hacerlo funcionar cuando éramos jóvenes y tontos. ¿Por qué crees que podríamos hacerlo ahora?

El pausó. Siguió su mirada y observó finas nubes plateadas pasar sobre la luna. Pensó en decir algo como que ambos habían cambiado, y tal vez podrían continuar haciéndolo hasta que fueran una unidad cohesiva.

No lo hizo.

—Sabes que tengo razón, dijo.

—Sí, lo sé—. Él la acercó y la abrazó. Su suave mejilla se sintió fría contra la de él. Cerró los ojos e inhaló su aroma a lavanda. Sus labios rozaron la línea de su mandíbula. Abrió los ojos. A través de la ventana vio a Mia durmiendo en el sofá. En sus brazos sostenía el peluche de Nessie que él le compró en Escocia.

—¿Quizás puedas quedarte esta noche? — preguntó.

—No, debería irme.

Ella se apartó, asintió y le alcanzó la cara.

Dio media vuelta y salió del balcón.

Erin permaneció afuera.

Se detuvo en el sofá, se arrodilló y besó la mejilla de Mia. —Regresaré antes de que te des cuenta, dulce ángel—. Se levantó y fue hacia la puerta. Echó una última mirada por encima del hombro. Es posible que se le hayan humedecido los ojos.

Al día siguiente se encontró con Oso y Mandy en el banco. Había dispuesto que una gran parte de sus fondos se depositaran en una cuenta conjunta que planeaba ceder a Oso. Eso los calmaría, en su mayor parte. ¿Podrías saldar una deuda sin valor intrínseco?

—Lamento que no hayas podido hacer un poco más durante tu estadía aquí—, le dijo Jack a Mandy.

Ella se encogió de hombros. —Está bien. El número 10 es un lugar genial cuando no estás atrapado en ese sótano. Y eso también estuvo bastante bien.

Oso le revolvió el pelo. —No hay nada normal en su vida, Jack.

—Lo sé. Viene con el territorio cuando alguien anda contigo todo el tiempo. Deslizó el formulario frente a Oso. —Ahora firma.

—¿Cuánto hay ahí?

—Más de ocho millones.

—Eso es mucho más de la mitad.

Estaba más cerca del ochenta por ciento. La mayoría de los otros veinte iban a parar a Erin en efectivo y un fondo fiduciario para Mia.

—¿Qué necesito? Voy a comprar una casa en una isla y dormir, beber y nadar. Tal vez no en ese orden. Tienes que cuidarla. Comida, ropa, mucha ropa—. Le sonrió a Mandy. —Luego la universidad, una gran boda…

La chica se rio.

—Ella no saldrá con nadie hasta los treinta—, dijo Oso.

Mandy le dio un codazo en la cadera.

—No puedo aceptar tanto, Jack.

—Olvídalo, Oso. Estoy bien.

Oso suspiró, luego firmó, entraron a una oficina y se acomodaron en sillas incómodas frente a un banquero. El hombre al otro lado del escritorio explicó cada parte del formulario. Jack no le prestó atención. Ya no le importaba.

Quince minutos más tarde estaban en la acera.

—Oye, ¿qué pasó con Mason? — preguntó Jack. —¿Se recupera bien?

Oso asintió. —Ya lo hizo. Y escucha esto, él y Gloria se van a volver a casar.

—Bien por ellos. Espero que pueda durar.

Oso negó con la cabeza. —Nunca lo hacen.

—¿Tomamos un taxi juntos al aeropuerto? — preguntó Jack.

—No—, dijo Oso.

—¿Se van a quedar aquí?

—París. Voy a atrapar esa cosa del túnel. Recuerdo, una vez vimos ese programa en Discovery, los británicos y los franceses cavando bajo el canal.

Jack sonrió y asintió. —Recuerdo. ¿Qué hay en París?

Oso se encogió de hombros. —Pensé en ir a ver a Pierre y ver cómo está.

Jack asintió. Sabía lo de Kat, pero no dijo nada. Por muy buenos amigos y socios que fueran, Oso prefería guardarse algunas cosas para sí mismo. Y Jack no interferiría con eso.

Un taxi negro se detuvo junto a la acera. Jack abrazó a Oso y Mandy y luego subió al taxi.

Bajó las ventanillas traseras. El aire lo invadió. Una especie de confirmación, o quizás bautismo. Había dejado mucho atrás y aún tenía mucho por delante. Nada fue como pensó que sería. Tampoco podría volver a ser como había sido. Nuevos amigos, viejos amigos, todos quedaron atrás. La aventura estaba por delante.

Heathrow rebosaba vida, como siempre. Compró el primer boleto disponible para Estados Unidos. No le importaba dónde. Daría la vuelta al mundo al revés e iría a Los Ángeles si eso fuera todo lo que tenían. Sin embargo, eso resultó ser innecesario. El agente de venta de boletos le puso en un vuelo a Atlanta, cuyo embarque estaba previsto en dos horas.

Así que atravesó el aeropuerto. La seguridad no planteó problemas. Encontró su terminal, luego su puerta de embarque y se sentó cerca de la amplia ventana que daba a la pista. Hoy, la vista le permitió observar los aviones mientras aterrizaban. Siempre era una vista que disfrutaba. Si cerraba los ojos, podía sintonizar con la anticipación de todos los que estaban a bordo.

Si hubiera estado mirando hacia otro lado, habría notado que los cuatro agentes armados se dirigían hacia él. Tal como estaban las cosas, no lo hizo.

—Jack Noble—, dijo uno.

El miró por encima de su hombro.

—Ese es él—, dijo otro.

—Levántate—, dijo el primero.

Jack levantó los brazos por encima de los hombros y se levantó. Fuera lo que fuese, tenía que ser una confusión. No es que tuviera nada de qué preocuparse. Estaba limpio, tanto en persona como en cualquier base de datos.

—Ven con nosotros.

—¿Y si no lo hago?

—No nos obligues a obligarte.

—No podrían. Relájense, muchachos—. Le sonrió a la única mujer oficial. Cabello castaño, recogido hacia atrás. Mediados de los veinte. Atractiva. El uniforme le quedaba bien. A los chicos, no tanto. —Y señora. Iré contigo.

Lo rodearon por delante, por los lados y por detrás, y lo condujeron a una pequeña habitación sin ventanas al final de la terminal. La agente permaneció en la habitación con él.

—Para que lo sepas—, dijo. —No tengo miedo de dispararte. Por eso me dejaron aquí. Menos inquisición si saco mi arma que si lo hacen ellos.

Jack asintió. —No hay problema por mi parte. Aunque me gustaría saber por qué estoy aquí.

Ella sacudió su cabeza.

—¿No lo sabes o no me lo dirás?

—Sí—. Ella arqueó una ceja, miró por encima de su cabeza y sonrió.

Pasaron cinco minutos, luego diez. Finalmente, unos treinta minutos después, se abrió la puerta. Jack miró hacia arriba, preparado para armar un infierno con quienquiera que entrara. Se dio cuenta de que eso no sería necesario.

—Hola Jack.

—¿Sasha? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Él me trajo.

—Saludos—, dijo Jon.

—Voy a perder mi vuelo por culpa de ustedes dos. ¿Lo saben bien?

—Lo sabemos—, dijo Jon. —No es para preocuparse. El primer ministro se ocupará de ti—. Él asintió con la cabeza a la atractiva oficial y ella salió de la habitación.

—Entonces, ¿qué pasa? — preguntó Jack.

Jon y Sasha se miraron y sonrieron. Se volvieron hacia Jack, forzando miradas serias en sus rostros.

Jon dijo: —Ya sabes, Jack. Eres demasiado joven para retirarte a las islas.

—Creo que es una elección personal que cada hombre debería ser libre de tomar.

—Te aburrirás.

—Estaré borracho.

—Estarás solo.

—Con miles de nuevas mujeres turistas que acuden al lugar cada semana.

—Sin acción ni emoción.

—Me levantaré, veré el amanecer y conduciré hasta el otro lado de la isla para verlo ponerse. ¿Quién dice que eso no es emocionante?

Jon se rió. —Vamos al punto.

—Por favor, hazlo.

Sasha dijo: —Jack, tenemos una propuesta para ti.

La historia continúa en *Nunca Vuelvas a Casa,* Continúe leyendo un extracto.
https://links.ltryan.com/nunca-vuelvas-casa

Únase a la familia de lectores de LT Ryan y reciba una copia gratuita de la historia de Jack Noble, El Recluta. Haga clic en el siguiente enlace para comenzar:

https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

NUNCA VUELVAS A CASA: CAPÍTULO 1

La mujer salió de un pequeño grupo de peatones. Se separaron cuando ella pasó. La miraron con asombro. Jack los imaginó preguntándose unos a otros: *"¿Quién es esa mujer?"*. Llamaba la atención, en parte por su belleza, en parte por su confianza.

A su alrededor había seis hombres.

Vestidos de negro.

Todos armados.

No es una imagen que se ve todos los días en las afueras de Londres.

Sin embargo, la gente no los notaba. Ella los hacía parecer invisibles.

Jack supuso que los hombres tenían un entrenamiento de un nivel cercano al mío.

La mujer y los hombres continuaron su acercamiento por la calle. Su cabello negro estaba partido por la mitad. Le caía sobre los hombros. La brisa lo levantaba en los bordes y bailaba con el viento.

Se detuvieron frente a Cataldi. El restaurante tenía una estufa de leña. Los cocineros la habían encendido hacía unos minutos. El extractor liberaba humo con olor a comida hacia el cielo. Pasó junto a Jack, a quien le dolía el estómago de anticipación. Tanto por la comida como por el trabajo. La mujer y sus guardaespaldas siguieron adelante. Se habían detenido frente al restaurante los tres días anteriores. Pero nunca entraron. Tres puertas más allá había un café. Si la mujer era tan de costumbres como Jack pensaba y contaba, volverían a entrar allí esta mañana.

El techo le ofrecía a Jack una vista de toda la calle. La desventaja de eso era que se le podía ver desde la calle en ambas direcciones. Con la mujer y su equipo de seguridad cerca, mejor se retiró. No era gran cosa. Sus planes no eran secretos.

Tocó el botón del dispositivo conectado a su oído. Se produjo una estática constante. —Tengo confirmación visual. Voy a entrar ahora—. Tocó el botón nuevamente. La estática se desvaneció.

El ruido se arrastraba a lo largo de la fachada de doscientos años del edificio. El parloteo de los que pasaban, una moto a toda velocidad, el golpeteo constante de los zapatos de suela dura de los guardaespaldas y los tacones de aguja de la mujer sobre la acera.

Sus pasos se destacaban del resto.

Manteniéndose agachado, cruzó la azotea y se detuvo frente al acceso al edificio. Nada en el entorno circundante había cambiado. Abrió la puerta de un tirón, pateó el soporte y bajó las escaleras de dos en dos.

La puerta del vestíbulo se abrió de golpe. Se oyeron pasos pesados en las escaleras. Una persona subió corriendo. Su respiración agitada indicaba que había estado corriendo incluso antes de entrar al edificio. Jack se quedó inmóvil, sacó mi Beretta y se apoyó contra la puerta de alguien.

Una madre regañó a su hijo. El pequeño corrió por el apartamento detrás de mí. Una puerta se cerró de golpe y la madre dejó escapar un sonido de frustración.

Los pasos seguían viniendo hacia mí. *¿Me han visto?* Se alejó de la pared y se dirigió hacia las escaleras. La misma persona se detuvo. Contuvo la respiración. Soltó la suya. Luego respiró profundamente y exhaló de nuevo.

—Buena carrera—, dijo, seguido de una puerta que se abrió y se cerró.

Jack sacudió la cabeza y reflexionó sobre lo cerca que había estado de matar a un inocente transeúnte. No había tiempo para pensar. Continuó su descenso.

La voz de Sasha llenó su oído. —Está frente al café, Jack.

No se detuvo a responder. Cinco pasos lo separaban del vestíbulo. La vería por sí mismo en unos momentos.

Los azulejos a cuadros blancos y negros conducían al frente de la habitación donde las puertas dobles se balanceaban hacia adelante y hacia atrás unos pocos centímetros. Corrió hacia ellas, se detuvo y escudriñó la calle frente a él. No podía verla. Los dos hombres que estaban detrás de ella eran demasiado altos y anchos.

¿Dónde encontraron a esos tipos? ¿En el circuito de lucha libre profesional? Seguro que no eran exmiembros de las Fuerzas Especiales.

Golpeó la puerta con el hombro, la abrió y salió a la acera. Allí abajo, el olor a parrilla era más fuerte. Se combinaba con el de la pastelería de al lado. Casi fue suficiente para despistarlo.

Giró a la izquierda y comenzó a caminar, usando las ventanas a su lado para observar la escena al otro lado de la calle. Uno de los miembros de su equipo de seguridad lo observó. Era de un tamaño gigantesco. Se quedó afuera junto con otro tipo grande, mientras los otros cuatro acompañaban a la mujer al interior del café.

—Están entrando, Jack.

Estiró la mano y activó el altavoz. —¿Estamos listos?

—Nunca entramos.

—¿Qué dijiste?

—Tenían dos esperando.

—¿Entonces tiene ocho guardaespaldas hoy?

—La amenaza era alta. Tú lo sabías. Dijiste que estabas preparada para ello.

Se acercaron tres mujeres mayores. No dije nada cuando me podían oír. Una de ellas me sonrió. Tenía los labios pintados de rojo brillante, así como la piel de arriba y de abajo. Incluso sus dientes eran de tonos rojizos. Le devolví la sonrisa y asentí con la cabeza.

—¿Jack? ¿Quieres que llame a todos y abortemos?

Miró por encima del hombro. La mujer ya no estaba a la vista. Dos hombres estaban en la puerta. Las mujeres mayores cruzaron la calle. Una de ellas dio un paso con un pequeño salto. Debe haber sido una buena taza de café.

Las mujeres mayores se acercaron a los dos gigantes que estaban de guardia. Los guardias exigieron que las mujeres abrieran sus bolsos para poder revisarlos. Tiraron objetos al suelo. Una de las mujeres protestó en voz alta. El tipo dijo algo como: —¿No te gusta? Vete a la mierda.

—¿Jack? —, gritó.

—Diles que se vayan—, dijo.

—¿Te estás rindiendo?

—No estaban haciendo esto ayer.

—¿Qué?

—Te veo en una hora.

—Jack, ¿qué vas a hacer?

Se sacó el dispositivo de la oreja, lo tiró a la basura y continuó caminando media cuadra más. Se metió la mano detrás de la espalda y sacó su Beretta. También fue a la basura. Bajó de la acera, se detuvo ante un Fiat blanco que le tocó la bocina al pasar y luego cruzó la calle. Un grupo de adolescentes le dijo que regresara a Estados Unidos. Los ignoró.

Más adelante, la última de las mujeres mayores entró en el café. El guardia que estaba más cerca de Jack giró la cabeza en su dirección. Observó cómo se acercaba.

Jack se detuvo frente al café. Puso el pie en el primer escalón.

El tipo extendió su gruesa mano. Movió el dedo frente a Jack. Cuando habló, su acento era irlandés, marcado, como si fuera de Cork. —Te vi salir del edificio de apartamentos y dirigirte hacia la calle.

Jack asintió. —Tuve una cita para tomar un café con una mujer. Ella canceló. Estoy un poco feliz, en realidad. Este lugar tiene la mejor cerveza de la ciudad. Pero es la primera vez que veo seguridad aquí. ¿Qué está pasando? ¿La Reina pasó por aquí hoy?

Los hombres se miraron entre sí. Parecían dos defensores a punto de converger sobre el mariscal de campo al mismo tiempo.

—Ven para aquí—, dijo el tipo de la derecha. Era local.

Jack dio un paso adelante y extendió los brazos a los costados.

—Date la vuelta—, dijo Cork.

Se posicionó hacia el edificio de apartamentos. Un chico que pasaba por allí lo miró. Jack le sacó la lengua y le hizo bizcos. Él sonrió. El tipo que estaba detrás de Jack lo palpó, metió las manos en sus bolsillos y lo agarró de algún lugar que no debía. Se levantó de puntillas.

—¿Me vas a comprar un pastel ahora? —, preguntó

—Cállate—, dijo Cork.

—Entra—, dijo el otro.

Ninguno le sostuvo la puerta. Se sintió engañado después de lo cercanos que se habían vuelto. Utilizó la punta dura de su zapato derecho contra la placa protectora de la puerta y la abrió de un empujón. El aroma del café oscuro le llegó. Le hizo la boca agua. Era necesario mantener la concentración, así que escaneó la habitación, dividiéndola en cuadrantes.

La mujer estaba sentada en la esquina, rodeada de tipos más pequeños que los dos de la puerta principal. Esos eran los profesionales. Los otros dos eran idiotas cuyo único propósito era asustar a los clientes de la tienda. Jack mantuvo sus ojos en movimiento. No quería detenerse demasiado en ella. Ni en los hombres.

Había tres personas detrás del mostrador. El día anterior solo había dos, y esos dos no estaban presentes hoy. Imaginó que la mayoría de la gente asumiría que el más grande sería el principal, si es que había uno. No Jack. Y tampoco el tipo flaco con cabello rojo y acné. Identificó una chica linda con hoyuelos. Ella sonrió, le guiñó el ojo y lo tranquilizó.

No es algo fácil de hacer.

Pidió un café americano y se sentó en una mesa a cinco metros de la mujer.

Se llamaba Marcia Stanton. El nombre no decía nada. Le habían dicho que Marcia era una joven promesa en la política. Había ganado relevancia atacando y derribando a algunas personas poderosas. Se creó un movimiento de base y, lo siguiente que supo fue que la gente la alentó a postularse para un cargo.

Al principio, ella rechazó la oferta, pero las ofertas no cesaron. Entonces, cuando un peso pesado intervino y le dijo que se lo debía a su país, aceptó.

Y eso abrió una caja de Pandora de infierno para ella. Llegaron amenazas de muerte. Se

contrataron guardaespaldas. Tres atentados contra su vida resultaron en la contratación de tres guardaespaldas más para reemplazar a sus cuatro principales.

Todo eso llevó a Jack a estar sentado en ese café, a media mañana, hambriento, cansado, desarmado y sin cafeína. Al menos una condición estaba cerca de ser remediada.

—¿Señor?

Miró a la linda chica con hoyuelos. Ella apoyó un codo pálido sobre el mostrador y extendió su taza con la otra mano. Jack se levantó, miró de reojo a Marcia y sus guardaespaldas y caminó hacia el mostrador. La chica lo observó todo el camino. Una mano envolvió la taza. La otra dejó caer una punta sobre la superficie de vidrio.

—¿Crema o azúcar? —, preguntó.

Jack sacudió la cabeza. —Negro está bien. El resto de las cosas estorban.

Ella se encogió de hombros. —¿Algo más?

Detrás de ella, el tipo grande miró fijamente a Jack. Notó una esvástica tatuada en su muñeca. Se miraron a los ojos. Él miró hacia otro lado primero.

—¿Señor? —, dijo la chica.

—Estoy bien—, dijo.

Se dio la vuelta, poniendo los ojos en blanco. Jack era solo otro idiota para ella, y eso estaba bien. Regresó a la misma mesa, se sentó en un asiento diferente. Ese le permitía ver el mostrador y donde estaba Marcia. El inconveniente de eso era que la mesa creaba un obstáculo que tenía que sortear para hacer su trabajo.

Uno de los guardaespaldas se levantó y se dirigió hacia el pasillo que conducía a los baños.

El tatuado atravesó una cortina de cuentas. Jack supuso que había entrado en la cocina. Hoyuelos miró alrededor del café. Su mirada se detuvo en la mesa de Marcia. Un minuto después, la chica se unió al chico en la parte de atrás, dejando al pelirrojo flaco completamente solo.

Jack se puso de pie, caminó hacia el mostrador y se apoyó en él.

El pelirrojo flaco dijo: —¿Te ayudo?

—Estoy bien—, dijo.

El pelirrojo flaco parecía demasiado tranquilo, relajado, confiado. Si había un principal, tenía que ser él.

La puerta de al frente se abrió. Un hombre entró. Una capa de sudor cubría su frente. Su respiración era errática. Sus ojos se movían de un lado a otro. Nunca se detuvieron en nada. Miró a Jack, al pelirrojo, a la cortina de cuentas y a Marcia. Y cuando la vio, se inclinó y se llevó la mano al tobillo.

NUNCA VUELVAS A CASA: CAPÍTULO 2

La mano de Jack se acercó a su oreja y la otra a su espalda. Ninguna encontró lo que buscaba. Había tirado el auricular y la pistola hacía unos minutos. Esperaba recuperarlos pronto. Salir con vida se convirtió en la prioridad número uno. Ahora no había refuerzos. No tenía idea de quién era confiable y quién no en el café.

El hombre nervioso llamó la atención de la mesa de Marcia. Uno de sus hombres se levantó y se acercó al tipo. Esto dejó a Marcia con dos guardaespaldas. Uno a su lado y otro al otro lado de la mesa.

El tipo que se había levantado ahora bloqueaba el camino del hombre nervioso, que estaba inclinado con dos dedos en su calcetín. El hombre levantó la cabeza siete centímetros. Su mirada lo siguió. Sus ojos se inclinaron hacia adentro. Se enfocaron en el cañón de la pistola que apuntaba a su frente. La expresión de su rostro tardó unos momentos en cambiar.

—No te muevas—. El acento del guarda espalda será fácil de ubicar. ¿Sudáfrica, tal vez? Tal vez Nueva Zelanda. Jack los confundía bastante a menudo.

El hombre nervioso emitió un sonido que una vez Jack había oído hacer a una ardilla moribunda. Un par de segundos después, gotas de agua cayeron al suelo. Pero no era agua. Se formó un charco a sus pies.

—Es repugnante—, dijo el guardaespaldas. Apuntó con la punta de su pistola al pecho del tipo nervioso.

Alrededor del café, los clientes miraban horrorizados la escena que se desarrollaba. Parecía que todos estaban cautivados por el evento. Todos excepto una de las mujeres mayores. Mordió su pastel y se negó a dejarlo.

Jack se quedó quieto, observando cómo se desarrollaba la escena.

—Levántate, lentamente—, dijo el guardaespaldas.

El hombre nervioso se sacudió. Se incorporó a medias, se estremeció y luego enderezó su cuerpo. La parte delantera de sus pantalones cortos estaba mojada. Su “arma” tembló en su mano. El guardaespaldas la golpeó. Dos billetes de cinco libras cayeron al suelo.

El guardaespaldas miró por encima del hombro. Se rio y dijo: —¿Crees esto?

Los otros dos miembros del equipo de seguridad de Marcia se rieron. Uno levantó las manos y se encogió de hombros.

Jack oyó pasos detrás de él. El cuarto guardaespaldas, probablemente, regresando del baño.

Estaba equivocado.

El perfume de Hoyuelos le golpeó antes de que pasara por su izquierda. El olor corporal del tatuado erradicó su dulce olor. Tenía una pistola colgando de su mano derecha. Levantó el brazo y apuntó al guardaespaldas que estaba de pie en medio del café.

El entrenamiento del guardaespaldas lo obligó a actuar. Ya armado con una M40, giró.

Golpeó con el hombro el pecho del tipo nervioso. El hombre voló hacia atrás, se desparramó, patinó hacia la puerta. El tatuado disparó primero. Le dio al guardaespaldas en el estómago. Una flor carmesí se formó cerca del ombligo del hombre. Cayó hacia atrás y aterrizó sobre las piernas del tipo nervioso. Los débiles intentos de levantar su arma fallaron.

Jack oyó otro disparo y miró hacia la mesa de Marcia. Uno de sus hombres estaba boca abajo sobre ella. Unos ojos desenfocados miraban fijamente la vitrina. Sobre ellos, la sangre fluía de un agujero en su frente. La bala que recibió acabó con su vida.

Jack tomó una taza del mostrador. Se sentía gruesa, pesada. Giró su brazo y golpeó la taza en la parte posterior de la cabeza del tatuado. Su cuero cabelludo se partió en dos. La taza de café se hizo añicos. Lo único que quedó en su mano fue el asa. El tatuado cayó de rodillas. Lo golpeó dos veces con cada puño y cayó hacia adelante, inconsciente.

Los hombres en la entrada intentaron volver a entrar. Uno golpeó con el hombro la puerta principal. Sonó al abrirse. Sin embargo, no llegó muy lejos. El hombre nervioso y el guardaespaldas que recibió el disparo en el estómago bloquearon el arco de la puerta, evitando que se abriera por completo. Eso no impidió que los dos hombres de afuera la intentaran abrir repetidamente. El hombre nervioso recibió la peor parte del marco de acero de la puerta. Gritaba con cada embestida.

Jack miró hacia otro lado después de que se le rompió el brazo. Había asuntos más urgentes de los que ocuparse en ese momento.

Con el tatuado fuera de su camino, tuvo una buena vista de hoyuelos. Disparó un segundo tiro. El guardia vivo en la mesa cubrió a Marcia Stanton. La bala entró por la parte baja de su espalda. Hoyuelos disparó de nuevo. Dio en la pared. Una nube de yeso se cernió en el aire. Hoyuelos maldijo.

Jack miró por encima del mostrador y localizó al pelirrojo. Estaba tendido en el suelo, con las manos sobre la cabeza. Se sentí decepcionado por haberse equivocado con el tipo.

Hoyuelos se devolvió y luego extendió su brazo. El gatillo hizo clic. La bala no se disparó. Giró el arma de lado. Su cabeza bajó unos centímetros. Sacudió el arma y lo intentó de nuevo. No pasó nada. La pistola se había atascado.

Ya avanzando, Jack metió la mano en su bolsillo y sacó un bolígrafo. Hoyuelos miró por encima de su hombro. Sus ojos se abrieron de par en par. Su hombro derecho se agachó. Giró sobre la punta de su pie izquierdo. Un metro separaba a Jack y a su bolígrafo de ella y su pistola.

Extendió la mano, gritó y apretó el gatillo.

Jack echó el brazo izquierdo hacia atrás y saltó.

La pistola rugió. El destello de la boca del cañón fue brillante e instantáneo. La bala pasó junto a Jack y se estrelló contra la pared de yeso. Un trozo cayó al suelo.

Parecía enojada. Su boca se contorsionó. Se dio la vuelta y reajustó la puntería.

Jack movió el brazo izquierdo y le clavó el bolígrafo en el costado del cuello. No iba a apuntarle a la yugular, ni siquiera a matarla. El bolígrafo hacía daño de otra manera. Su único trabajo era insertar la punta. El líquido dentro del cuerpo hueco hizo el resto. Observó y esperó. Ella se llevó la mano al cuello y la envolvió alrededor del bolígrafo. Su expresión retorcida indicaba que el líquido corría por su sistema.

Rápidamente.

Hoyuelos cayó sobre una rodilla. Cayó de costado contra la vitrina. Sus labios mancharon el vidrio mientras se deslizaba por él en su camino hacia el suelo.

—¿Qué acaba de pasar? —, preguntó Marcia Stanton. Jack se levantó del suelo, se apoyó en

una rodilla y dijo: —Ahora estás bien. Es seguro.

La puerta principal se abrió de golpe. Los dos hombres entraron gritando.

—Quédense ahí—, les dijo Marcia.

Como perros bien entrenados, se quedaron en el lugar.

Con un pie en el aire, un bolígrafo en una mano y la Glock de Hoyuelos en la otra, Jack se levantó. La descarga de adrenalina había comenzado y retrasó su reacción a los pasos detrás de él.

Marcia extendió las manos y sacudió la cabeza de un lado a otro. Parecía que dijera: —No, no, no —.

Algo se estrelló contra la parte posterior de la cabeza de Jack. Cayó hacia adelante, golpeando el costado de su cara contra la mesa de Marcia, a centímetros de la sangre del guardaespaldas muerto. Puede que se haya resbalado sobre ella. Tal vez no. Era difícil decirlo, porque fue más o menos en ese momento cuando se desmayó.

La historia continúa en *Nunca Vuelvas a Casa*, Continúe leyendo un extracto.
https://links.ltryan.com/nunca-vuelvas-casa

ALSO BY L.T. RYAN

Buscar todos los L.T. Libros de Ryan en Amazon.

Disponible en español:

The Jack Noble Series

El Recluta

El Primer Engaño (Precuela)

Los Comienzos de Noble

Distancia Mortal

Línea Borrosa

Las intenciones de Nobel

Muerte en Grecia

Las Retribuciones de Noble

La Traición de Noble

Nunca Vuelvas a Casa

El Juicio de Noble

Nunca Ruegues por Misericordia

Fecha Final

Fin del Juego

El Ultimatum de Noble

La Leyenda de Noble

La Venganza de Noble

Disponible en inglés:

The Jack Noble Series

The Recruit (free)

The First Deception (Prequel 1)

Noble Beginnings

A Deadly Distance

Ripple Effect (Bear Logan)

Thin Line

Noble Intentions

When Dead in Greece

Noble Retribution

Noble Betrayal

Never Go Home

Beyond Betrayal (Clarissa Abbot)

Noble Judgment

Never Cry Mercy

Deadline

End Game

Noble Ultimatum

Noble Legend

Noble Revenge

Never Look Back (Muy pronto)

Bear Logan Series

Ripple Effect

Blowback

Take Down

Deep State

Bear & Mandy Logan Series

Close to Home

Under the Surface

The Last Stop

Over the Edge

Between the Lies (Muy pronto)

Rachel Hatch Series

Drift

Downburst

Fever Burn

Smoke Signal

Firewalk

Whitewater

Aftershock

Whirlwind

Tsunami

Fastrope

Sidewinder (Muy pronto)

Mitch Tanner Series

The Depth of Darkness

Into The Darkness

Deliver Us From Darkness

Cassie Quinn Series

Path of Bones

Whisper of Bones

Symphony of Bones

Etched in Shadow

Concealed in Shadow

Betrayed in Shadow

Born from Ashes

Blake Brier Series

Unmasked

Unleashed

Uncharted

Drawpoint

Contrail

Detachment

Clear

Quarry (Muy pronto)

Dalton Savage Series

Savage Grounds

Scorched Earth

Cold Sky

The Frost Killer (Muy pronto)

Maddie Castle Series

The Handler

Tracking Justice

Hunting Grounds

Affliction Z Series

Affliction Z: Patient Zero

Affliction Z: Abandoned Hope

Affliction Z: Descended in Blood

Affliction Z : Fractured Part 1

Affliction Z: Fractured Part 2 (Muy pronto***)***

ACERCA DEL AUTOR

L.T. Ryan es un autor superventas del Wall Street Journal y del USA Today, famosa por crear thrillers trepidantes que mantienen a los lectores al borde de sus sillas. Conocido por crear historias apasionantes y centradas en los personajes, Ryan es autor de la serie Jack Noble y de la serie Rachel Hatch, entre otras. Con su habilidad para combinar acción, intriga y profundidad emocional, los libros de Ryan han cautivado a millones de seguidores en todo el mundo.

Tanto si se trata del oscuro mundo de los operaciones encubiertas o de la incansable búsqueda de la justicia, las historias de Ryan presentan personajes inolvidables y tramas de alto riesgo que resuenan entre los seguidores de Lee Child, Robert Ludlum, y Michael Connelly.

Cuando no está escribiendo, Ryan disfruta creando nuevas ideas con coautores, dirigiendo una próspera editorial, y conectando con los lectores. Descubra la próxima historia que te mantendrá pasando páginas hasta altas horas de la noche..

Haz clic en el botón de arriba para recibir una alerta de Amazon cuando L.T. tenga un nuevo libro disponible.

Conecta con L.T. Ryan

Suscríbete a su boletín informativo para enterarte de las últimas noticias y recibir contenido gratuito ➜ https://ltryan.com/jack-noble-newsletter-signup-1 Únete al grupo privado de lectores ➜https://www.facebook.com/groups/1727449564174357

Instagram ➜ @ltryanauthor Visite el sitio web ➜ https://ltryan.com Envia un correo electrónico ➜ contact@ltryan.com